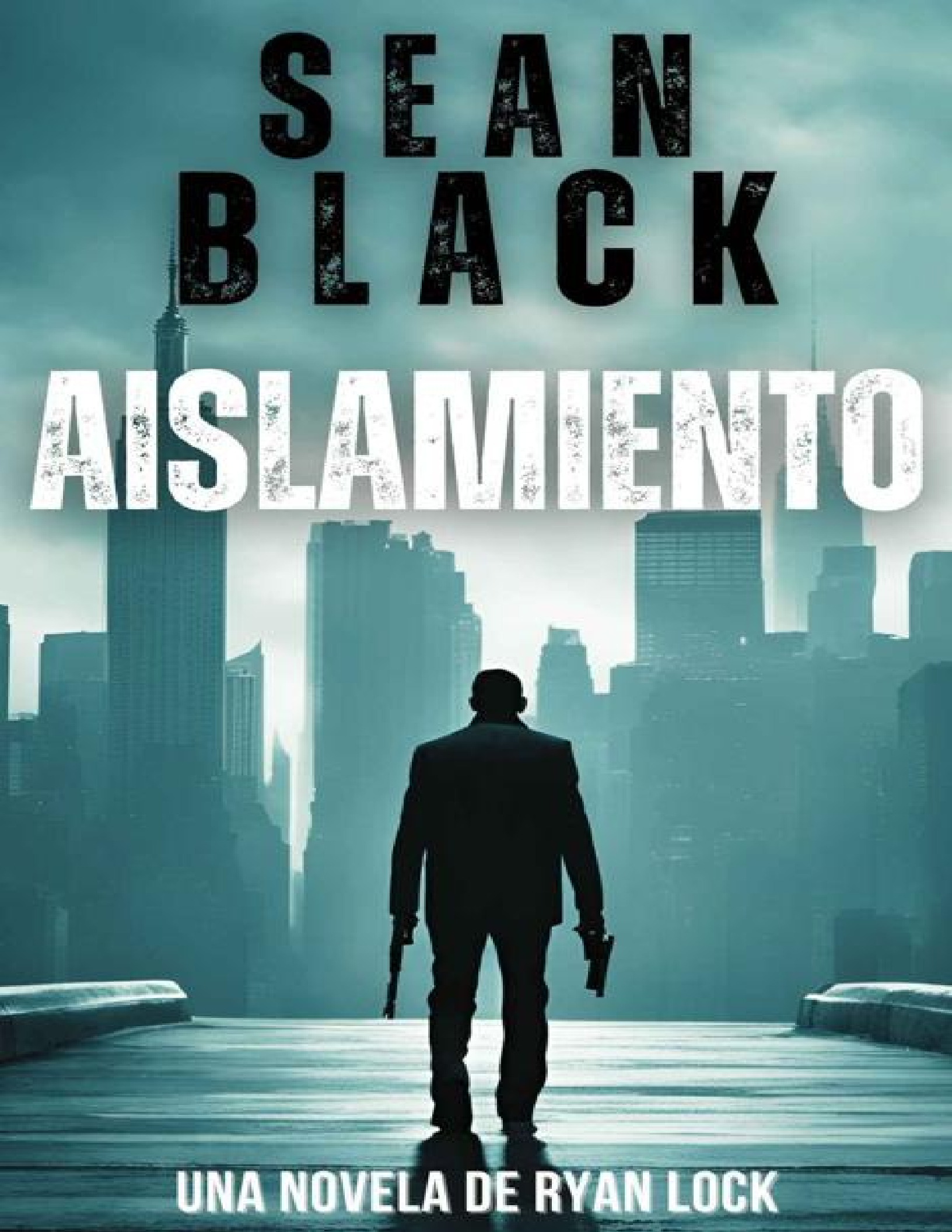




**SEAN
BLACK**

AI SLAMMIENTO

UNA NOVELA DE RYAN LOCK

AISLAMIENTO

RYAN LOCK

LIBRO 1

SEAN BLACK

SBD

*Para mis padres, cuya fe nunca flaqueó, y en memoria de mi abuelo, George Robertson, quien
sacrificó tanto por su país a tan corta edad*

SOBRE EL LIBRO

UNA MISIÓN MORTAL

Aún durante la Víspera de Navidad en la ciudad de Nueva York, para el militar retirado convertido en guardaespaldas, Ryan Lock, el trabajo continúa como siempre. Su misión: proteger al director de una de las compañías biotecnológicas más grandes del mundo de la amenaza de un grupo de activistas radicales altamente determinados.

UN SANGRIENTO TIROTEO

Cuando un fallido intento de asesinato deja las calles de la ciudad cubiertas de cuerpos, y horas más tarde el hijo de uno de los investigadores principales de la compañía es secuestrado de su escuela, la búsqueda de Lock por el niño se convierte en un explosivo juego del gato y el ratón.

SÓLO UN HOMBRE PUEDE SALVAR A NUEVA YORK

A través de los corredores de poder de grandes corporaciones y los oscuros callejones de Manhattan, la búsqueda de Lock lo llevará a un mortal enfrentamiento contra una de las mujeres más peligrosas del mundo, una viuda negra chechena que busca venganza contra los Estados Unidos.

Conforme el reloj avanza hacia la media noche de la Víspera de Año Nuevo, y la multitud se reúne en Times Square, Lock comprende que no es sólo su vida la que está en mortal peligro, sino también las vidas de millones de personas...

"Sean Black escribe con el ritmo de Lee Child y el corazón de Harlan Coben." (JOSEPH
FINDER)

"Divertida, tenaz, y de ritmo frenético, Aislamiento explota desde la página." (JESSE
KELLERMAN)

"Sujétense con fuerza, esta novela arde como un fusible encendido." (GREGG HURWITZ)

PRÓLOGO

NADIE VIGILA A LOS MUERTOS. Una vez que Cody pensó en eso, el plan se resolvió con rapidez. Conducir hacia el cementerio, desenterrarla, amarrar el ataúd en la parte trasera de la camioneta, y desaparecer en medio de la noche. Fácil. Aunque había un pequeño problema.

– Hombre, este suelo es duro como concreto.

Cody miró a su compañero, la luz de la luna dividía su cara en dos.

– Deja de quejarte.

Usualmente prefería trabajar solo. Pero mover un cuerpo era un trabajo que requería dos hombres. No había forma de evitarlo.

– No me estoy quejando. Estoy haciendo una observación.

– Bueno, las observaciones no van a hacer que terminemos más rápido.

– Tampoco cavar. Vamos a necesitar dinamita para sacar a esta bruja del piso.

Don tenía razón. Habían elegido la peor época del año. Noviembre en la Costa Este. Un crudo invierno con el viento proveniente del gris Atlántico. Congelando tanto a los vivos como a los muertos.

La primavera hubiera sido una mejor opción. Las noches habrían seguido siendo largas, pero el suelo habría estado más suave. El asunto era que, en realidad, no tenían elección. No hasta donde a Cody le incumbía.

Como él lo veía, el reloj avanzaba. Cada día se perdían vidas. Cientos, tal vez miles. Nadie lo sabía con certeza. Y estas muertes no eran pacíficas. No eran como la que esta mujer había experimentado: desvaneciéndose poco a poco, el ardiente filo del dolor adormecido por los fármacos, sus seres queridos rodeándola para decirle adiós.

No, estas muertes eran tortuosas y solitarias. Un último escupitajo en la cara para terminar con una miserable existencia.

El enojo que él sentía pensando sobre ello aumentó. Golpeó con fuerza el borde de la pala con el talón de su bota derecha, y finalmente encontró algo. El pasto escarchado dio lugar a tierra congelada. Volvió a golpear. La pala se hundió un par de centímetros más. Su aliento formaba volutas en el aire congelado de la noche, mientras él inhalaba oxígeno y repetía el proceso.

Una hora después, Don fue el primero en golpear algo sólido que no era tierra. Los dos hombres estaban exhaustos, pero el ruido del metal golpeando madera los animó.

Treinta minutos después estaban subiendo los restos a la parte trasera del camión. Cody limpió sus guantes con exageración mientras Don cerraba la puerta trasera de la camioneta que habían robado unas horas antes en una tranquila calle de Brooklyn.

Don abrió la puerta de la cabina y comenzó a subir. Se detuvo a medio camino y se giró hacia Cody.

– Bueno, lo hicimos, – dijo.

Cody sonrió.

– ¿Hablas en serio, hermano? Esa fue la parte sencilla.

CAPÍTULO

UNO

RYAN LOCK MIRÓ a través de los ventanales que se encontraban al frente del área de la recepción del edificio Meditech. Afuera, la helada lluvia caía a cántaros sobre la Sexta Avenida, forzando a cerca de una docena de defensores de los derechos de los animales, que protestaban en la acera opuesta, a amontonarse en un grupo compacto.

– ¿Quién demonios organizaría una protesta en víspera de Navidad? - preguntó la recepcionista.

– ¿Además de los pavos? - dijo Lock, subiéndose la chamarra por encima de los hombros, empujando las puertas giratorias y saliendo hacia el clima casi ártico.

Tres meses como jefe de seguridad de la compañía farmacéutica y biotecnológica más grande de América habían dejado a Lock con poca paciencia para lidiar con los defensores de los derechos de los animales, sin importar la seriedad de su causa.

Una ráfaga fresca de viento golpeó el rostro de Lock. Él levantó el collar de su chamarra y escaneó a los manifestantes. Al frente y al centro se encontraba Gray Stokes, el líder de facto de los manifestantes. De unos cincuenta años de edad, con la estructura huesuda de vegano, Stokes estaba de pie con su usual expresión arrogante, con un megáfono en una mano y la otra sobre los manubrios de una silla de ruedas.

En la silla se encontraba la hija de Stokes, Janice, una morena bonita de unos veinte años de edad, con la pierna izquierda inutilizada por una forma progresiva poco común de esclerosis múltiple. La placa que sostenía con sus manos enguantadas tenía cuatro palabras con gruesas letras mayúsculas negras que leían: NO EN MI NOMBRE.

Lock observó como Stokes levantaba su megáfono y comenzaba a arengar a una media docena de policías uniformados que se encontraban ahí para asegurar el orden. Junto a Stokes uno de los mejores ejemplares de la ciudad, un sargento más corpulento llamado Caffrey, hacía un espectáculo de comer una Big Mac, puntuando cada mordida con un sobreactuado ruido de deleite.

Lock observó la reacción de Stokes con interés.

– ¿Oye, cerdo, alguna vez te has preguntado lo que tienen esas cosas? – le gritó Stokes a Caffrey. – Tal vez el ALF dejó algo de la abuela con el resto de la carne de Mickey D's.

Cualquiera que hubiera hojeado una copia del New York Post, o visto un canal de noticias durante las últimas seis semanas, habría entendido la referencia. El gerente de un local de comida rápida de Times Square había encontrado el cuerpo exhumado de una mujer de setenta y dos años, Eleanor Van Straten, matriarca de la corporación Meditech, en la acera afuera de su establecimiento.

La conexión entre la inesperada aparición de la señora Van Straten, tan poco tiempo después de su funeral, y el movimiento de los derechos de los animales, había sido obvia. Al siguiente

día, Lock había sido invitado a liderar el equipo de seguridad personal de Van Straten.

Lock vio como Caffrey devolvía lo que quedaba de su hamburguesa al contenedor de unicel, y volvía su atención hacia Stokes.

– ¿Entonces, si Dios no quiere que comamos vacas, como es que las hizo de carne? – provocó Caffrey a Stokes.

La respuesta provocó algunas risas disimuladas de los otros policías, y Stokes se adelantó por detrás de la barrera y hacia la banqueta.

– Así es, amigo, acércate más, – le gritó Caffrey. – Puedes enfriarte los pies en Rikers por algunas horas. Hay muchos animales ahí para que convivas con ellos.

Lock vio como Stokes observaba a Caffrey, calculando su siguiente movimiento. Los manifestantes veían el arresto como un símbolo de honor. Lock lo veía como una buena forma de mantener a la compañía en las noticias por todas las razones equivocadas. Caminando con rapidez hacia la barrera, la mano de Lock descendió hacia su pistola SIG de 9 mm, metida en su funda. El gesto no fue ignorado por los manifestantes. Dócilmente, Stokes retrocedió de nuevo detrás de la barrera.

Lock revisó su reloj de nuevo. Ocho treinta. Si iba a seguir el programa, Nicholas Van Straten, el viudo de Eleanor, y el nuevo director de la compañía, estaría aquí pronto. La mano de Lock subió hasta su collar y presionó el botón para hablar de su radio.

– Todas las unidades móviles de Lock.

El auricular de Lock crepitó con estática, y entonces se silenció.

Un momento después, la voz del segundo al mando de Lock, Ty Johnson, se escuchó, tranquila y en control.

– Adelante, Ryan.

– ¿Tienen un tiempo estimado de arribo para mi?

– Estaremos contigo en dos. ¿Qué tipo de recepción tendremos?

– Actividad usual de acera.

– El director quiere entrar por el frente.

– Me aseguraré de que esté libre.

Lock cruzó de vuelta hacia Caffrey, quien había realizado una retirada diplomática hacia su automóvil. Golpeó la ventana y se tomó un momento para disfrutar la irritada expresión de Caffrey mientras bajaba la ventana y el aire frío se adentraba en su automóvil.

– Lo traeremos por el frente.

Caffrey puso los ojos en blanco.

– ¿No es suficientemente malo que tenga a media docena de oficiales aquí atrapados cada mañana?

– Medio millón de dólares y una línea directa hacia el alcalde, sin mencionar la constitución de los Estados Unidos, dicen que él puede caminar por la entrada principal de su propia oficina si así lo quiere, – dijo Lock, dándose la media vuelta antes de que Caffrey tuviera la oportunidad de responder.

Caffrey se encogió de hombros y volvió a subir la ventana justo en el momento en que tres camionetas GMC Yukon con cristales tintados, blindaje grado B-7 y neumáticos antipinchazos se abrían paso a través del embotellamiento de la mañana, con aspecto amenazador.

CAPÍTULO DOS

EN EL INTERIOR de la Yukon que iba en la delantera, Ty Johnson revisó su arma, y después la posición de los otros dos vehículos en su espejo retrovisor. Bien.

Ty dio una señal a su conductor para que se moviera hacia la izquierda y ocupara el carril del tráfico que venía en sentido contrario, que estaba momentáneamente detenido en el semáforo. Al hacer esto permitió que las otras dos camionetas se avanzaran con facilidad, de forma que ahora el vehículo de Ty cerraba la caravana, permitiéndole tener un campo visual despejado cuando los pasajeros descendieran.

Ty asomó la cabeza por la ventana y miró hacia atrás. Casi a media calle de distancia, que en el tráfico equivalía a poco más de veinte segundos, avanzaba una camioneta Hummer roja acorazada.

Dentro de la Hummer se encontraba el CA, o equipo de contra-ataque, liderado por Vic Brand, un coronel retirado de la infantería de marina de los Estados Unidos. Ty sabía que Lock se había resistido a su presencia. Usualmente, un equipo de CA era de uso exclusivo militar, reservado para los entornos bajo altísima amenaza, y Lock sentía que era una exageración. Sin embargo, Stafford Van Straten, único heredero del imperio familiar y perpetua espina en el costado de Lock, había confundido el tiempo que había pasado en el Cuerpo de Entrenamiento de Oficiales de Reserva, cuando había estado en Dartmouth, con experiencia real en seguridad, e insistió en reclutarlos, convenciendo de alguna forma a su padre que serían una adición útil a su equipo de seguridad.

Lock no tenía tiempo para Stafford; y tampoco Ty. Y tenían aún menos tiempo para Brand, un hombre que se deleitaba en narrar a los hombres más jóvenes en el equipo CA sus aventuras en Irak, muchas de las cuales, Lock le había dicho a Ty, eran ficticias. Ty, que había preguntado a algunos de sus amigos de la marina, no estaba tan seguro.

El cerrado mundo de la seguridad estaba lleno de tipos como Brand, fantasiosos seriales que confundían el hablar de algo con realmente haberlo hecho. Para Ty, un buen guardaespaldas era alguien como Lock, el arquetípico hombre gris que se mezclaba con la multitud, surgiendo sólo cuando aparecía una gran amenaza. Desde el punto de vista de Ty, Brand se mezclaba tan bien como Marilyn Manson en un espectáculo de los Jonas Brothers.

Lock observó mientras los manifestantes de la calle eran alejados quince metros más por los policías. Si alguno de ellos corría hacia la entrada, Lock tendría a Nicholas Van Straten en la sala de juntas con su latte descafeinado y una copia del Wall Street Journal antes de que el manifestante pudiera cruzar la puerta principal. Inconscientemente, bajó la mano hacia su costado, sintiendo el mango de su pistola SIG Sauer 226, cuando la primera Yukon se detuvo en la entrada.

La puerta frontal de la cabina del vehículo que venía en la retaguardia se abrió primero. Lock

miró a Ty mientras él avanzaba para abrir la puerta de la cabina de la segunda camioneta para dejar salir al guardaespaldas designado. Mientras el resto de la sección de la escolta personal salía, esparciéndose de forma que tuvieran visibilidad de trescientos sesenta grados, el clamor de los manifestantes aumentó en volumen.

– ¡Asesino!

– ¿Oye, Van Straten, cuántos animales planeas matar hoy?

El guardaespaldas, un atlético hombre de occidente medio de un metro noventa de estatura llamado Croft, abrió la puerta de Van Straten y le permitió salir. Para un hombre que recibía amenazas de muerte como la mayor parte de la gente recibía correo basura, lucía notablemente sereno. Su escolta personal de cuatro hombres ya se había colocado en una formación de caja cerrada a su alrededor, preparada para llevarlo hasta el edificio. Pero era claro que Van Straten tenía otro plan.

Dando una vuelta hacia la derecha por detrás de la camioneta, comenzó a caminar hacia la fuente de las obscenidades que se escuchaban del otro lado de la calle. Lock podía sentir una oleada de adrenalina que comenzaba a formarse cuando Van Straten se embarcó en su caminata no programada.

– ¿Dónde diablos está Stafford? – preguntó Nicholas Van Straten a uno de sus asistentes, que parecía tener dificultades para mantener el paso mientras su jefe se dirigía hacia los manifestantes.

– No tengo idea, señor.

– Se suponía que estaría aquí, – dijo Van Straten, con un aire de decepción que no llegaba a ser sorpresa. Evidentemente, estaba acostumbrado a que su hijo lo decepcionara.

Lock observó como Van Straten confrontaba a Stokes en la barrera. Ansioso, habló por su micrófono.

– ¿A dónde diablos se dirige?

Un segundo pasó antes de que se escuchara la respuesta de Ty.

– ¿A conocer a su público?

La escolta de cuatro hombres se quedó estrechamente alrededor de Van Straten. Croft se volvió hacia Lock como diciendo ‘¿Qué diablos hago ahora?’

Lock solo pudo encogerse de hombros. Esto no aparecía en el manual, y no le agradaba.

– Señor, si no le importa... – la petición de Croft se apagó.

– ¿Si no me importa, qué?

Van Straten parecía estar disfrutando el pánico que emanaba de los hombres a su alrededor.

Unos metros más atrás, el Hummer rojo se acercaba. Lock podía ver a uno de los hombres de Brand al frente, levantando una pistola M-16 a modo de disuasión. Suspirando, Lock habló de nuevo en la radio, esperando un poco para asegurarse de que el inicio de la transmisión no fuera interrumpido.

– Brand, habla Lock. Dile al imbécil que está sentado enfrente de ti que baje su arma ahora. En caso de que no lo haya notado, estamos en Midtown, no Mosul. Si veo esa arma de nuevo, la va a encontrar haciendo una función doble como tapón anal.

Lock suspiró aliviado cuando vio que la M-16 se volvía a esconder detrás del tablero.

– ¿Qué está haciendo tu jefe? Llévelo al interior del edificio antes de que tengamos un motín en nuestras manos. – Caffrey se había acercado desde el otro lado de la calle y estaba dirigiéndose a Lock.

Lock escuchaba sólo estática, y entonces un mensaje de Ty:

– Quiere hablar con ellos.

Lock se lo comunicó a Caffrey, cuya expresión pasó de descontento a apoplejía.

Para cuando Van Straten hubo alcanzado la barrera, Stokes se encontraba a no más de metro y medio de distancia. El silencio descendió mientras las burlas y amenazas se apagaban, los manifestantes confundidos por la proximidad de la figura principal de su odio. Un camarógrafo de CNN intentó abrirse paso a codazos enfrente de Lock.

– Si no es molestia, haga favor de retroceder, señor, – dijo Lock, intentando mantener su voz tranquila.

– ¿Y quién demonios eres tú para decirme lo que tengo que hacer?

Lock levantó las manos, con las palmas abiertas en forma conciliadora.

– Señor, realmente apreciaría que retroceda, – agregó, golpeando simultáneamente con el borde interior de su bota derecha la espinilla del sujeto.

Mientras el camarógrafo retrocedía, maldiciendo en voz baja, Lock se volvió para mirar a Van Straten enfrente a Stokes en la barrera.

– Pensé que probablemente vendría una delegación de tu grupo a verme esta mañana, – decía Van Straten.

Stokes sonrió.

– ¿Entonces recibiste mi mensaje?

Para ese entonces, los medios habían comenzado a agruparse. Una reportera rubia, Carrie Delaney, fue la primera en ser escuchada por encima de la rápida ráfaga de preguntas.

– ¿Señor Van Straten, qué planea discutir en el interior?

Lock encontró su mirada por un segundo. Ella hizo un gran énfasis en mirar hacia otro lado.

Un corresponsal de aspecto remilgado, con rasgos de chico de fraternidad y el físico de un jugador de fútbol americano, interrumpió antes de que Van Straten tuviera oportunidad de responder.

– ¿Es esto una señal de que va a ceder ante los extremistas?

Carrie miró furiosa al sujeto. *Cabrón*. Lock vio al hombre sonriéndole de vuelta. *Igualmente, cariño*.

Van Straten elevó las manos.

– Damas y caballeros, me alegrará responder todas sus preguntas después de mi reunión con el señor Stokes.

Más cuerpos se amotinaron. Un hombre detrás de Lock fue empujado hacia adelante por la oleada de la creciente multitud. Lock lo empujó de vuelta.

Lock miró a su alrededor. Se parecía muchísimo a todos los intentos de asesinato que había presenciado, cinco segundos antes de que ocurriera. Una multitud de cuerpos, seguridad desprevenida y, entonces, de la nada, alguien hacía su jugada.

CAPÍTULO TRES

EL GUARDAESPALDAS DE VAN STRATEN, Croft, se encontraba estacionado en la puerta que llevaba a la sala de juntas cuando Lock salió del elevador.

– ¿Quién está adentro?

– Sólo el viejo y Stokes.

– ¿Los revisaste?

Croft sacudió la cabeza.

– El viejo no quería que lo molestara. No te preocupes, me aseguré de que se sentara en la cabecera de la mesa antes de irme. – Lock se relajó un poco. Había un botón de pánico instalado justo debajo de esa sección. Aunque no creía que Stokes fuera suficientemente tonto para intentar algo ahí.

– ¿Tienes idea de por qué quería reunirse con él el jefe?

Croft se encogió de hombros.

– Nada.

– ¿No dijo nada en el auto esta mañana?

– Ni una palabra. Solo se sentó atrás revisando sus papeles, lo mismo de siempre.

Siendo justo con Croft, Lock había descubierto que Nicholas Van Straten era un hombre difícil de leer. No es que fuera taciturno o maleducado. Lejos de eso, en realidad. En contraste con su hijo, Nicholas Van Straten siempre parecía hacer gran hincapié en ser extremadamente educado con las personas que trabajaban para él, a veces en proporción inversa a su antigüedad en la compañía.

– ¿Así que nadie sabe de qué se trata todo esto?

Croft sacudió la cabeza.

Lock se volvió hacia el elevador cuando la puerta de la sala de juntas se abrió y Van Straten salió.

– Ah, Ryan, justo a quien buscaba, – dijo Van Straten, volviendo su atención hacia Lock.

– ¿Señor?

– Antes que nada, te debo a ti y al resto de los hombres una disculpa. Debí haberles advertido de mis planes.

Lock contuvo su irritación.

– Está bien, señor.

– Fue una decisión de último minuto el abrir directamente las discusiones con el señor Stokes y su grupo.

– Sí, señor.

– Ahora, en aproximadamente diez minutos el señor Stokes y yo volveremos a salir para hacer un anuncio en conjunto.

- Señor, si me permite hacerle una sugerencia.
 - Por supuesto. Hágalo, por favor.
 - Tal vez si encontráramos algún lugar dentro del edificio desde donde usted–
- Van Straten lo interrumpió.

– Ya pensé en eso, pero Missy pensó que sería más visual estar afuera, en los escalones. Oh, ¿podrías arreglar que enviaran algo de café? Sin leche. El señor Stokes no toma leche. Dijo algo acerca de que las vacas encuentran el proceso emocionalmente inquietante.

- En seguida, señor.

Van Straten volvió al interior de la sala y cerró la puerta, dejando a Lock a solas con Croft.

- ¿Quién demonios es Missy? – preguntó Lock.

– Una mujer en la oficina de relaciones públicas. El viejo la llamó unos dos minutos antes de que llegaras.

– Maravilloso, – dijo Lock, intentando mantener la exasperación fuera de su voz. Ahora su estrategia de seguridad estaba siendo dictada por alguien que probablemente pensaba que IED era una forma de anticonceptivo.

- Hombre, relájate, – dijo Croft. – Parece que terminó la guerra.

Lock se acercó a Croft.

- *Hombre*, no vuelvas a usar ese lenguaje en mi presencia.

Croft estaba confundido.

- ¿Qué? No maldije en ningún momento.

- Para mí, “relájate” es peor que cualquier maldición.

De vuelta en el exterior, el rumor de la reunión entre Gray Stokes y Nicholas Van Straten se había esparcido, atrayendo a aún más equipos de noticias a la escena. Los espectadores y manifestantes llenaban los huecos, esperando expectantes cualquier pedazo de información que pudieran obtener.

Lock terminó de informar a su equipo estacionado en los escalones justo cuando Gray Stokes surgió de la entrada, con un puño cerrado elevado, imitando al saludo del poder negro. Junto a él, Nicholas Van Straten miraba sus pies. Un disciplinado Croft se detuvo a una corta distancia de su jefe.

- ¡Lo hicimos! – gritó Stokes, su voz sonaba ronca en el aire frío. – ¡Hemos ganado!

Dos manifestantes vitorearon mientras el grupo de reporteros se adelantaba. Lock notó que Croft y Ty, quienes flanqueaban a Van Straten, lucían nerviosos al recibir los empujones de los reporteros, pugnando por mantener sus posiciones.

Lock se colocó entre Janice, en la silla de ruedas, y un reportero que se apretujaba junto a ella, preocupado porque fuera derribada por los cuerpos amontonados.

- Gente, den a todo el mundo su espacio, – gritó.

Recordando lo que Lock le había hecho antes al camarógrafo, los que estaban más cerca de él retrocedieron rápidamente para hacerle espacio.

Van Straten se aclaró la garganta.

– Me gustaría hacer una breve declaración, si me lo permiten. A partir de hoy a media noche, Meditech y todas sus subsidiarias, junto con aquellas compañías con las que estamos asociados, dejarán de realizar pruebas en animales. Habrá una declaración más completa que entregaremos a los medios más tarde.

Antes de que Stokes tuviera la oportunidad de dejar de hablar, una ráfaga de preguntas se dirigió hacia Van Straten. Incluso en la victoria, Van Straten estaba robándole el centro de atención, y Stokes no parecía estarlo disfrutando en absoluto. Desplazó su peso de un pie a otro.

– ¡Yo también tengo una declaración! – gritó. Pero los reporteros lo ignoraron, y continuaron arrojando preguntas a Van Straten.

– ¿Qué hay detrás de su cambio de política, señor Van Straten?

– ¿Han ganado los extremistas que profanaron el recuerdo de su madre?

Otra pregunta, una más pertinente a una amplia sección de la audiencia en casa:

– ¿Qué piensa que significará esto para el precio de las acciones de su empresa?

Van Straten estiró sus brazos.

– Damas y caballeros, por favor. Creo que sería grosero que no escucháramos lo que el señor Stokes tiene que decir del asunto.

Luchando por mantener la calma, Stokes dio un paso a la derecha. Ahora estaba de pie justo en frente del director de Meditech. Ahora su rostro llenaba las pantallas que se encontraban detrás de él, y millones más en todo el país.

Él levantó su mano derecha hacia su boca, se aclaró exageradamente la garganta, y espero a que se hiciera silencio.

– Hoy ha sido un día importante para el movimiento de lucha por los derechos de los animales, – comenzó.

Pero antes de que pudiera terminar su enunciado, su cuello se dobló hacia atrás. Una única bala calibre .50 había vaporizado su cabeza.

CAPÍTULO CUATRO

LOCK SE COLOCÓ ENFRENTÉ de Croft y desenfundó su arma, dándole tiempo a Croft de girarse y sujetar a Van Straten, de forma que se encontraban espalda con espalda. Con su mano izquierda, Croft tomó el collar de la camisa de Van Straten, lo que le permitiría disparar con la derecha, retrocediendo tan rápido como pudiera. Lock se mantuvo firme entre la multitud de cuerpos mientras Ty y Croft movían a Van Straten de vuelta al interior del edificio.

Lock buscó a sus alrededores a Buck y el resto del equipo CA, pero no se veían por ninguna parte. Retrocediendo, gritó hacia Ty:

– ¡Llévenlo arriba!

En frente de él, las personas comenzaban a dispersarse en todas direcciones, y la multitud se partía en una V en frente del edificio mientras se producía otro disparo, que golpeó a uno de los manifestantes en el pecho. El hombre cayó de frente y dejó de moverse.

Lock suspiró aliviado al ver por el rabillo del ojo a la periodista Carrie Delaney, rebasándolo para dirigirse hacia una camioneta estacionada en la esquina.

Girando hacia su derecha, Lock miró a Janice Stokes sentada en su silla de ruedas, mientras su madre forcejeaba para moverla. Al mismo tiempo, vio una razón adicional para provocar el pánico colectivo.

Una camioneta Hummer roja aceleraba hacia el frente del edificio a gran velocidad, su trayectoria una línea directa hacia la única persona que era incapaz de quitarse del paso. Aún si frenaban a tiempo, la inercia del vehículo lo llevaría hacia adelante por al menos otros setenta metros. Janice estaba perfectamente dentro de ese rango.

Lock corrió hacia el frente, pero su pie izquierdo resbaló al perder la tracción en los congelados escalones. Estalló otra ronda de disparos, destruyendo lo que quedaba de las puertas de vidrio. Con desesperación, Lock tiró a Janice de la silla, y el impulso los arrojó a ambos hacia el pulido piso de piedra.

Detrás de ellos, la Hummer había comenzado a frenar, sus llantas chillaban y su peso la llevaba inexorablemente hacia el frente del edificio y sobre los escalones. La madre de Janice se quedó inmóvil mientras pasaba por encima del cuerpo de Stokes y la golpeaba. Dio varias vueltas en el aire, un manojo rodante de extremidades, y aterrizó con un golpe seco entre las llantas delanteras de la Hummer.

Janice abrió la boca para gritar cuando la Hummer se adentró en el área de la recepción.

– ¡Mamá! – gritó, mientras Lock la ponía debajo de él, cubriendo el cuerpo de ella con el suyo.

Él giró la cabeza para ver abrirse una de las puertas de la Hummer y a Brand saliendo. Brand sujetó la M-16 con su mano derecha. Miró a sus alrededores, observando la devastación que había traído su vehículo, y caminó tranquilamente hacia Lock, con el vidrio crujiendo debajo de

sus botas y su arma elevada.

Lock rodó alejándose de Janice mientras un paramédico corría hacia ellos y se inclinaba sobre Janice. El equipo CA descendió uno a uno de la Hummer y tomaron posiciones en el vestíbulo, desenfundando sus armas.

Brand alcanzó a Lock.

– Yo me encargo, amigo.

Lock sintió una ola de furia manifestarse como bilis en el fondo de su garganta. Una joven acababa de ver la cabeza de su padre destrozada por una bala y a su madre atropellada por Brand.

Brand sonrió.

– Relájate, Lock, era una maldita hippie.

Lock levantó el brazo y caminó hacia el frente. Antes de que Brand tuviera la oportunidad de esquivarlo, el codo derecho de Lock golpeó directamente a Brand en la boca. Escuchó un satisfactorio crujido cuando la cabeza de Brand latigueó hacia atrás y surgió sangre de su boca.

– Era un ser humano, – dijo Lock, alejándose con rapidez.

CAPÍTULO

CINCO

REPENTINAMENTE CONSCIENTE DE su laboriosa respiración, Lock tomó cubierta detrás de un Crown Vic, estacionado a quince metros del frente del edificio, asegurándose de estar por lo menos a dos metros de distancia del automóvil, de forma que fuera más difícil que fuera golpeado por cualquier fragmento de bala que rebotara. Acercarse demasiado era llamado abrazar cubierta. Y abrazar cubierta podía matarte.

Sólo pasaron noventa segundos entre el disparo que golpeó a Stokes y que él tomara cubierta ahí. En un contacto unilateral como este, se sentía como una eternidad.

¿Qué le había dicho su padre, cuando él tenía diez años, acerca del trabajo de un guardaespaldas? *Horas de tedio, momentos de terror.*

Miró hacia donde se encontraba el Sargento Caffrey, agachado junto a él, pegado al automóvil. Lock lo tomó por el hombro y lo obligó a retroceder un par de metros.

– ¿Qué diablos estás haciendo?

– Estás demasiado cerca.

– ¿A qué te refieres?

– ¿De verdad quieres una lección del uso apropiado de una cubierta ahora? Sólo haz lo que te digo, y quédate aquí.

Caffrey hizo un gesto, su complexión pastosa estaba enrojecida por el viento helado y el repentino esfuerzo.

– Hombre, estaría trabajando en el Bronx si hubiera querido involucrarme en esta clase de mierda.

– Creo que están allá arriba, – dijo Lock, haciendo un gesto con la cabeza hacia un edificio de ladrillos rojos de tres pisos con un restaurante coreano en la parte inferior, que destacaba entre sus edificios de oficinas vecinos más refinados.

– ¿Están? ¿Cómo puedes saber que son más de uno? – preguntó Caffrey, asomándose.

Lock lo jaló de vuelta hacia abajo.

– Un francotirador solitario es un chico de universidad desquiciado que no sabe disparar una mierda, o alguien en una película. Un profesional trabaja siempre con un avistador. Y estos tipos son profesionales.

– ¿Los viste? – preguntó Caffrey.

Lock sacudió la cabeza.

– Créeme. Es el único lugar en el que podrían estar. El ángulo del primer tiro debe haberle dado la elevación exacta para eliminar a Stokes entre la multitud.

Lock tomó su radio.

– ¿Ty?

– Adelante.

- ¿Dónde está Van Straten?
- Arropado con leche y galletas. ¿Cuál es el conteo?
- Tres muertos.

Un hombre de mediana edad vestido con un traje salió de su escondite a la izquierda de Lock. Aferrándose a su portafolio, se asomó detrás de un automóvil estacionado, y avanzó tan sólo un par de metros antes de ser levantado de sus pies por el francotirador.

- Corrección. Cuatro.

Disparos automáticos surgieron desde el interior del vestíbulo donde Brand y su equipo CA respondían al fuego.

– De acuerdo. Ty, deja a Croft con Van Straten y baja. Asegúrate de que Brand y el resto de sus amigos no liquiden a ningún otro civil.

- Lo haré.

Lock se volvió hacia Caffrey.

- ¿En cuánto tiempo llegará el equipo SWAT?
- Estarán aquí en cinco. Hay que esperarlos sentados mientras tanto.
- Cuando lleguen, asegúrate de decirles que estoy de tu lado.
- ¿A dónde diablos vas?
- A llevarles a estos imbéciles las buenas noticias, – dijo Lock, acercándose a la puerta más cercana.

Se agachó junto a la entrada del edificio que se encontraba directamente enfrente de las oficinas de Meditech. Ahora que se encontraba del mismo lado de la calle que los tiradores podría acercarse a ellos, edificio por edificio, reduciendo mientras tanto cualquier ángulo posible. Su único miedo real era ser golpeado por el fuego amigo de los secuaces de Brand.

El letrero en la puerta del restaurante había sido cambiado a ‘Cerrado’. Esta tienda no cerraba ni siquiera en Acción de Gracias. Lock estaba ahora completamente seguro de que se encontraba en el lugar correcto. Probó la cerradura. Estaba cerrada. Con la culata de la SIG, golpeó el panel de vidrio de la puerta y entró.

En el interior no había señales de vida. La calma relativa era inquietante mientras las sirenas aullaban en el exterior. Caminó lentamente hacia el mostrador, los dedos de su mano derecha estaban aferrados a la empuñadura de la SIG, y su mano izquierda sostenía la base.

Detrás del mostrador se encontraba una joven agachada por debajo de la caja registradora, las manos atadas con tiras de plástico, su boca sellada con cinta adhesiva. El espacio era estrecho: estos lugares utilizaban todo el lugar disponible para su producto. Al agacharse, él rozó su hombro, haciéndola saltar.

- Está bien, vas a estar bien, – susurró.

Encontró el borde de la cina con la uña de su pulgar.

- Esto va a doler un poco pero, por favor, intenta no gritar, ¿de acuerdo?

Ella asintió, sus pupilas delatadas por el terror.

- Voy a jalarla rápidamente, como un curita. Uno, dos, tres...

Arrancó la cinta y un quejido surgió de la garganta de la mujer.

– Mi padre está ahí, – dijo ella, hablando con breves jadeos. Asintió hacia el corredor, que se alejaba desde el frente de la tienda hasta el fondo. – Está enfermo del corazón.

- ¿Quién más está ahí?
- Dos hombres. Arriba.
- ¿Estás segura?
- Sí. No han bajado aún.

– ¿Dónde están las escaleras?

Ella inclinó la cabeza hacia la puerta de paneles de madera que se encontraba al final del pasillo.

Lock tomó su Gerber, abriendo el cuchillo y asegurándolo en un solo movimiento. La mujer lloriqueó.

– Voy a liberar tus manos.

Ella pareció entender, pero su cuerpo permaneció tenso mientras él se estiraba hacia su espalda para cortar las esposas de plástico. Al principio pensó que quien la hubiera amarrado había tenido que improvisar utilizando tiras de plástico que había encontrado en el lugar, pero ahora podía ver que eran esposas reales. De uso militar en lugares como Irak, donde podrías verte en la necesidad de detener a un gran número de personas en un corto periodo de tiempo. Aún así, el delgado borde del cuchillo Gerber cortó rápidamente la ancha banda blanca de plástico.

– Cuida a tu padre. Si escuchan disparos, salgan, pero quédense en este lado de la acera.

Lock se enderezó y se dirigió hacia la puerta donde se encontraban las escaleras. La abrió, adentrándose y mirando hacia arriba. Su garganta se llenó de polvo mientras ascendía por las escaleras, teniendo cuidado de mantener su peso equilibrado en cada escalón. Se concentró en alentar su respiración mientras su campo de visión, que inconscientemente se había estrechado, comenzaba a abrirse nuevamente. Para cuando llegó al segundo piso su ritmo cardíaco había disminuido hasta veinte latidos por minuto.

Se escucharon pasos sobre su cabeza. Quien sea que fuera, estaba en un apuro. Lock se agachó, recargando la espada contra la pared, y apuntando su 226 entre los barrotes de hierro del pasamanos del tercer piso.

Hubo un movimiento repentino cuando alguien rompió su cubierta arriba de él, la persona se movió con rapidez. Antes de que Lock pudiera ponerlo en su mira, se había ido.

Lentamente, comenzó a abrirse camino hacia la parte superior de las escaleras, con la SIG enfrente de él, su dedo índice descansando con ligereza sobre el gatillo. Al final de las escaleras se encontraba una puerta, dos metros a la izquierda. A su derecha se hallaba otra puerta, completamente abierta.

Se dirigió primero hacia la derecha, al final del pasillo, empujando la puerta con la punta de su bota. La habitación tenía un olor húmedo y mohoso. En el interior se encontraba un escritorio. A su lado, un archivero. La ventana estaba abierta. Daba hacia el callejón trasero. Un clavo de metal estaba enterrado en el marco de la ventana; una cuerda azul de gran longitud que se encontraba amarrada al clavo se alejaba en la distancia. Lock se acercó y miró hacia afuera, vislumbrando lo que sospechaba eran las espaldas del equipo de francotiradores mientras corrían.

Tomó su radio.

– ¿Ty? – susurró.

– Estoy aquí.

– Restaurante coreano media cuadra adelante. Segundo piso.

– De acuerdo, hombre, lo comunicaré.

Con algo de suerte el equipo SWAT podría hacer un perímetro de cuatro calles y encontrarlos antes de que tuvieran oportunidad de desaparecer. Nueva York podía ser el mejor ambiente de camuflaje urbano para algunos locos, pero incluso aquí el asesino más preparado, cargando todas las herramientas de su profesión, podría resaltar.

Lock caminó de vuelta al pasillo, deteniéndose para mirar la puerta cerrada que había visto antes. Retrocedió un paso y levantó su pierna derecha. La puerta se abrió ante el impacto de su

bota.

Hubo un estallido ensordecedor cuando una escopeta, atada a la cerradura de la puerta con una cuerda para pescar, se disparó. La fuerza del impacto envió a Lock de espaldas sobre el pasamanos. Cayó con fuerza sobre su espalda, y su cabeza golpeó la pared, dejando una hendidura en el yeso. Después todo se volvió negro.

CAPÍTULO SEIS

UN GRUPO de automóviles avanzaba afuera de un elegante edificio de departamentos. Con los motores andando, producían un pequeño banco de smog que avanzaba desde la calzada FDR hasta el borde del East River.

Junto a la entrada cubierta por un toldo verde, Natalya Verovsky se refugiaba bajo una sombrilla de golf grabada con el logo del hotel Four Seasons. Un poco alejada de las otras *au pairs* y niñeras que esperaban recolectar a sus niños de una fiesta de Navidad, miró su reloj. Debían llegar en cualquier momento.

Luego de lo que pareció una eternidad, un grupo de niños emocionados comenzó a salir, sujetando bolsas de regalos de fiesta. Al final, como siempre, se encontraba Josh, un niño de siete años de aspecto despistado y cabello marrón. Parecía estar concentrado en una conversación ridículamente seria acerca de la existencia de Santa Claus con uno de sus amigos.

Al ver a Natalya, Josh interrumpió la conversación con un fugaz ‘Debo irme’ y corrió hacia ella.

Normalmente, esta era la señal para Natalya para envolver a Josh en un fuerte abrazo, levantándolo del piso y completando el abrazo con un gran beso, al que Josh reaccionaría con asco, pero que ella sabía en secreto que le encantaba. Hoy, sin embargo, tomó su mano sin decir una palabra, aún cuando sabía que a él le molestaba mucho más ser tomado de la mano que besado.

– Oye, no soy un bebé, – protestó.

Natalya no dijo nada, lo que provocó que Josh volteara a verla, y que la más débil de las señales se registrara en su radar inmediatamente.

– ¿Qué ocurre, Naty?

La voz de Natalya se agudizó.

– Nada. Ahora ven.

Lo apresuró hacia el automóvil que estaba estacionado del otro lado de la calle.

Cuando se abrió la puerta trasera, Josh se resistió.

– ¿Por qué no caminamos?

– Hace demasiado frío para caminar.

Una mentira. Hacía frío. Bastante, a decir verdad. Pero habían caminado a casa cuando hacía aún más frío.

– Pero me gusta el frío.

Natalya sujetó la mano de Josh con más fuerza.

– Rápido, rápido.

– ¿Podemos tomar chocolate caliente cuando lleguemos a casa?

– Por supuesto.

Otra mentira.

Josh sonrió, con una victoria aparente. Natalya sabía que su padre odiaba que tomara algo dulce antes de la cena, y generalmente estaba de acuerdo con él, permitiéndole a Josh comer algo de dulce solo como un premio especial en las tardes de viernes, cuando terminaba sus tareas.

Él subió a la parte trasera del automóvil.

– ¿Con malvaviscos?

– Seguro, – dijo Natalya.

En el interior del auto el chofer, cuyo rostro estaba oscurecido por la partición, presionó la bocina con la palma de la mano, antes de llevar el Mercedes hacia el tráfico. Al final de la calle, dio una vuelta inmediatamente a la derecha en la calle 84 hacia la Primera Avenida.

Natalya miraba hacia el frente.

Josh la miró, su rostro era una imitación de la preocupación adulta.

– ¿Algo está mal, verdad?

Se escuchó un golpe sordo cuando las puertas de ambos lados se cerraron. Natalya podía observar los primeros indicios de pánico en los ojos de Josh.

– Es para que no te caigas.

Una tercera mentira.

– Pero no me voy a caer.

Los semáforos que se encontraban adelante cambiaron a verde. Natalya se estiró para asegurar el cinturón de Josh mientras el automóvil aceleraba para evitar ser detenido por el siguiente conjunto de semáforos. El parque estaba ahora a su derecha, los árboles desnudos de sus hojas. Pasaron junto a un corredor solitario, cuyo rostro se veía serio mientras avanzaba contra el helado viento.

En la calle 97, dieron la vuelta hacia Central Park, dirigiéndose hacia el Upper West Side. Para entonces cualquier pretensión de que se dirigían a casa había desaparecido.

Josh desabrochó su cinturón y se revolvió en su asiento para ver por la ventana trasera.

– No es por aquí, – protestó, su voz aguda con preocupación. – ¿A dónde estamos yendo?

Natalya hizo lo que pudo por silenciarlo.

– Es por poco tiempo.

Esta parte, le habían prometido, era verdad.

– ¿Qué es por poco tiempo? ¿A dónde estamos yendo? – Pausó y tomó un tembloroso aliento. – Si no vamos a casa ahora, le diré a mi papá, y despedirá tu trasero.

La ventana de la partición descendió y el conductor se dio la vuelta. Su cabello estaba cortado de forma militar, y estaba flanqueado de gris en las sienes. El traje negro en el que se había metido para tener el aspecto de un chofer parecía estar a punto de romperse en sus brazos.

– ¡Llévanos a casa! – le gritó Josh. – ¡Ahora!

El conductor lo ignoró.

– Haces que el mocosito se siente o lo hago yo, – le dijo a Natalya, levantando su saco para revelar una funda con una pistola Glock de 9 mm en su interior, la empuñadura negra resaltaba contra su camisa blanca.

Josh lo miró, tranquilizándose ante la visión de una pistola, convirtiendo su pánico en una ira silenciosa.

Más allá del río, a través del vidrio transparente del parabrisas, podía ver un vehículo color azul y blanco, con las letras NYPD, dirigiéndose hacia ellos. En un par de segundos, estaría paralelo a su automóvil. Un segundo después de ello se iría.

Presintiendo que podría ser su única oportunidad, Josh dio un salto repentino hacia el asiento

delantero. El codo derecho del conductor se elevó, golpeándolo directamente en la frente con un tronido, y enviándolo hacia el piso del auto.

– Siéntate, maldita sea, – dijo, empujando un botón en la consola para elevar la partición una vez más.

Natalya jaló a Josh de vuelta a su asiento. Ya comenzaba a formarse un moretón donde el conductor lo había golpeado. Un par de centímetros más abajo y le habría destrozado la nariz. Le resultaba inútil intentar no llorar.

Sus ojos buscaron los de Natalya.

– ¿Por qué haces esto?

Mientras comenzaban los sollozos de Josh, profundos y sin aliento, Natalya cerró los ojos, sintiendo como el nudo de silencioso temor que se había estado formando en su estómago durante las últimas semanas se solidificaba. Sabiendo ahora lo que se había estado negando a sí misma durante todo ese tiempo. Había cometido un terrible error.

A unos metros de distancia, la patrulla que circulaba los rebasó. Ninguno de los policías le dirigió la mirada a su vehículo.

CAPÍTULO

SIETE

DIEZ MINUTOS después de que el conductor hubiera golpeado a Josh, la partición volvió a descender y él aventó una mochila hacia Natalya. Ella la abrió dubitativamente, aunque le habían dicho lo que encontraría en su interior.

El primer objeto que sacó fue una bolsa de plástico impresa con un logo azul y rojo de la marca Duane Read. Buscando más adentro, encontró un conjunto de ropa para niño, nueva y de la talla de Josh: pantalones azules, una camiseta blanca y una sudadera azul marino. Sin caricaturas, sin nombres de marcas, sin lemas, sin características distintivas de ningún tipo. Simple. Genérico. Anónimo. Seleccionado precisamente por esas cualidades.

– Mira, ropa nueva, – dijo Natalya, haciendo lo mejor que podía por sacar a Josh de la esquina del asiento trasero.

Josh se volvió hacia Natalya, con lágrimas secas como glicerina en sus mejillas.

– Apestan.

– Vamos a cambiarte, ¿está bien?

– ¿Por qué? ¿Para qué?

– Por favor, Josh.

Josh miró hacia la partición.

– Olvídalo.

Natalya se inclinó hacia él.

– ¿No queremos que se vuelva a enojar, verdad?

– ¿Quién es él, de todas formas? – preguntó Josh. – ¿Es tu novio?

Natalya se mordió el labio.

– ¿Lo es, no es así?

– No importa quien sea.

– ¿Por qué me estás haciendo esto?

Natalya bajó la voz.

– Mira, cometí un error. Voy a intentar sacarte de aquí. Pero por ahora, necesito que cooperes.

– ¿Por qué debería creerte?

– Porque no tienes opción.

Finalmente, Josh se cambió de ropa. Natalya metió su ropa de fiesta en la mochila, habiendo terminado la parte sencilla. Después, tomó la bolsa de la farmacia, armándose de valor, y volvió a bajarla. A menos que pensara inmovilizar a Josh contra el piso para hacer lo que tenía que hacer, y arriesgarse a herirlo en el proceso, esto iba a necesitar mucha delicadeza.

– Te ves bien así, – dijo Natalya.

– No.

– Esa ropa se te ve bien.

Nada de eso estaba facilitando las cosas y Natalya podía ver que Josh comenzaba a inquietarse de nuevo.

Él cambió de posición en el asiento trasero.

– ¿Podemos irnos a casa? ¿Por favor? Si quieres dinero mi papá puede dártelo, pero quiero ir a casa.

– No es tan simple.

– ¿Por qué no?

Natalya tomó un par de tijeras de estilista de la bolsa de la farmacia.

La mano de Josh subió hasta su cabeza.

– No. No mi cabello.

El automóvil comenzó a frenar y se detuvo a la orilla del camino, mientras el auto que iba detrás hacía sonar su bocina. La partición descendió. Esta vez el conductor tenía la pistola en la mano. La apuntó directamente a Josh.

– Si tengo que detenerme una vez más, te arrepentirás.

Temblando, Josh le dio la espalda a Natalya. Con las piernas cruzadas, ella se sentó detrás de él y comenzó a trabajar.

Apenas cinco minutos después el asiento trasero estaba cubierto de largos mechones de cabello marrón oscuro. Josh estiró la mano y la pasó por su disparejo corte.

Natalya tomó la mano de Josh y la apretó.

– Volverá a crecer. Ahora, déjame terminar de arreglarlo.

Ella hizo algunos ajustes más, dejándose llevar momentáneamente por la tarea.

– Listo. ¿Ahora, sabes que iría bien con este estilo?

– ¿Qué?

– Un color diferente.

– Supongo, – dijo Josh, sonando completamente derrotado.

Natalya buscó nuevamente en la mochila, suspirando mientras sacaba una botella de plástico de tinte para cabello. Escaneando rápidamente las instrucciones en la parte trasera de la botella, hizo un gesto de desaprobación y dio unos golpecitos en la partición.

– No puedo usar esto ahora.

El conductor la miró a través de su espejo retrovisor.

– ¿Por qué no?

– Necesito agua. Tendrá que esperar.

– ¿Estás segura?

– ¿Crees que soy estúpida?

Ella empujó la botella hacia la partición, cubriendo con dos dedos la parte de la etiqueta que leía ‘aplicación única en seco’. El conductor gruñó, guardó la botella en su bolsillo y volvió a encender el auto.

– No te preocupes, no dejaré que nada malo te pase, – susurró Natalya, poniendo su brazo alrededor de Josh.

– ¿Esto no es malo? – preguntó él.

Natalya lo acercó más hacia ella y él finalmente cedió, acurrucándose a su lado. Quince minutos después había comenzado a dormir, descansando su cabeza contra el hombro de Natalya mientras el auto se detenía y el conductor abría la puerta, sacándolos a los dos hacia el frío.

Mientras estaban de pie, temblando entre la congelada niebla de llovizna, el conductor sacó una aspiradora de autos y la utilizó para eliminar el cabello de Josh del asiento trasero. Alguien

más vendría después a recuperar el auto.

El área era desolada y semi industrial, con un camino que se alejaba a su izquierda. Ellos avanzaron sobre una delgada capa de nieve hacia una gigantesca puerta de metal que se encontraba al final de una cerca de alambre aparentemente interminable. Se encontraban completamente solos. Un hombre con una pistola, Natalya, y el niño a quien le habían pagado por cuidar y que ella acababa de traicionar cruelmente.

Natalya miró a sus alrededores, intentando encontrar un punto de referencia: el letrero de alguna calle, tal vez, o una tienda, pero todo lo que podía ver era la línea de la costa. Ella podía escuchar en la cercanía el sonido de las olas golpeando contra un muelle.

Todo había cambiado para ella desde el momento en el que habían golpeado a Josh. Independientemente de lo que estaba en juego para ella, estaba determinada a remediar su error. Y eso implicaba devolver a Josh sano y salvo con su padre.

Sin embargo, tendría que escoger el momento con cuidado. No habría una segunda oportunidad de escapar.

No habían manejado a través de ningún túnel o sobre ningún puente, así que estaba segura de que seguían estando en Manhattan, pero no necesitaba ser un genio para saber que este vecindario estaba bastante lejos de Upper East Side.

El conductor empujó a Natalya hacia la puerta de metal con la palma de su mano.

– Muévete, – gruñó.

En la puerta, una solitaria cámara de seguridad se movió, acompañada de un ligero sonido hidráulico. La puerta chasqueó y el conductor la empujó, apresurando a Natalya y a Josh a entrar.

En el extremo de un muelle, se encontraba amarrado un barco de alta velocidad de un solo motor, sin nadie a bordo. Pintado de color gris oscuro, flotaba inerte sobre el agua. Caminaron hacia él, el conductor subió primero, y estuvo a punto de perder el equilibrio cuando una ola repentina se elevó bajo el casco. Por un segundo Natalya consideró correr, pero el muelle se extendía por cerca de diez metros hacia el agua, así que ella sabía que jamás se alejarían a tiempo.

Natalya ayudó a Josh a subir al bote.

– Alcánzame la cuerda, – dijo el conductor, empujando a Josh hacia abajo de forma que no le estorbara la vista de cualquier tipo de tráfico que pasara por el río.

Natalya desenganchó la rígida cuerda del amarradero y la aventó hacia él. Era su oportunidad.

El conductor le hizo un gesto con la mano mientras el bote comenzaba a separarse del muelle.

– Rápido.

Ella dudó, y entonces encontró los aterrados ojos de Josh. No podía dejarlo. Tomando un paso rápido, brincó hacia abajo, el conductor tomó su mano y la jaló con fuerza hacia el bote.

El conductor encendió el motor y aceleraron en una ola de espuma y aceite de motor. Pronto el muelle se perdió de vista, convirtiéndose en una delgada línea negra contra el fondo gris.

Natalya contó los edificios que podía reconocer. La torre del Edificio Chrysler. El Empire State. Las fauces abiertas de la brecha donde alguna vez habían estado las Torres Gemelas, ahora reemplazadas con los primeros cimientos de la Torre de la Libertad.

El conductor buscó en su bolsillo y sacó la botella de tinte de cabello. Miró las instrucciones en la parte trasera como si estuvieran escritas en sánscrito. Finalmente, dirigió la mirada hacia Natalya.

– ‘Aplicación en seco. Tonterías. – Le aventó la botella a Josh. – Asegúrate de tallar con

fuerza.

CAPÍTULO OCHO

LOCK DESPERTÓ en una cama en una pequeña habitación, conectado a un monitor y a una clase de intravenosa. Rezó porque fuera morfina, pero sospechaba que se trataba de solución salina. Si seguía sintiendo tanto dolor, debía tratarse por lo menos de una morfina de poca calidad.

Movió los dedos de sus pies y de sus manos, aliviado de sentir que parecían responder. Para asegurarse de que no se trataba de algún tipo de sensación fantasma, levantó la sábana, sorprendido de poder moverse con tanta facilidad, y divertido al descubrir que tenía una erección. Tal vez se trataba de alguna clase de respuesta evolutiva a su experiencia cercana a la muerte. Era eso o una vejiga llena.

Esperó a que su excitación disminuyera, pensando en las imágenes menos eróticas posibles para acelerar su eliminación. No funcionó. Ni siquiera una Madonna sudorosa tras hacer yoga podía atenuarlo. Las persianas no estaban del todo cerradas, y él podía observar las luces de la ciudad que no dormía más allá de su ventana, continuando sin él.

Tentativamente, bajó las piernas hacia el borde de la cama y, con una mano en el barandal de la cama, se levantó. Por un segundo o dos la habitación se movió repentinamente, pero la sensación desapareció rápidamente, y logró caminar cautelosamente hacia su diminuto baño.

El hombre que le devolvía la mirada desde el espejo con un rostro inexpresivo lucía una barba de tres días y una cabeza completamente rapada. Pasando los dedos por la parte superior de su cráneo, encontró un conjunto de suturas. No estaba seguro si se trataba de una herida o el resultado de una incisión. Las tocó con los dedos. No sentía dolor, pero definitivamente se trataba de suturas.

Su rostro estaba hinchado, particularmente alrededor de los ojos. Sus ojos eran un punto azul entre la palidez mortal que cubría el resto de su piel, sus pupilas pequeñas como puntos.

Le tomó un momento volver a recordar como era que había terminado ahí. Alivio. Recordaba todo. Los manifestantes, la caminata inesperada de Van Straten, Lock de pie en los escalones afuera de Meditech y la bala. Corrección: balas. El vistazo de Carrie corriendo para buscar cubierta. Sintió más alivio al recordar eso. Él enfrentando la amenaza, la joven coreana de la tienda que estaba amarrada, caminar hacia la escalera, un disparo, y un repentino corte a negro.

Lo recordaba todo. Se permitió a sí mismo sonreír ante eso.

Llenó el lavamanos y comenzó a salpicarse la cara con agua fría, deteniéndose repentinamente al escuchar como se abría la puerta principal de la habitación. Presionando su espalda contra la pared, se asomó hacia afuera.

En la habitación, un hombre en un abrigo azul miraba a su alrededor, como si la cama vacía fuera la evidencia de alguna clase de truco de magia. Por un segundo, Lock casi esperó que el hombre comenzara a alumbrar con su lámpara debajo de las cobijas.

Salió hacia el cuarto, y la cara del sujeto se relajó en una sonrisa.

– Ahí estás.

– Aquí estoy, – fue todo lo que Lock pudo pensar en responder.

Sobrecogido por una repentina ola de cansancio, Lock dio un paso hacia la cama y tropezó. El hombre lo sostuvo con una mano, devolviéndole el equilibrio.

– Tranquilo.

Lock se separó de él, concentrado en colocar algunas sábanas entre él y su visitante.

– Déjame adivinar, ¿FECT?

La oficina de campo de la Fuerza Especial Conjunta contra el Terrorismo se encontraba en el centro, en la Plaza Federal. Compuesta de miembros de FBI, ATF y la Policía de Nueva York, estaba encargada de lidiar con todo tipo de incidentes de terrorismo doméstico en cinco condados y más allá. La campaña contra Meditech había caído bajo su jurisdicción cuando los activistas de los derechos de los animales habían comenzado a elevar la gravedad de sus acciones. Lock se había puesto en contacto con algunos de los empleados en su oficina, aunque el hombre que se encontraba de pie ante él no era uno de ellos, hasta donde recordaba.

– John Frisk. Acabo de ser transferido.

– Ryan Lock.

– Al menos recuerdas tu nombre, eso es bueno.

– ¿Así que, de dónde te transfirieron?

– FBI.

Lock se reclinó sobre la cama. Frisk tomó una silla y se sentó junto a él.

– Eres un tipo con suerte. Si te hubiera golpeado a algunos centímetros de distancia cualquier lado de las placas estarías muerto.

Lock había estado usando cuatro placas. Dos al frente y dos en la espalda, que se deslizaban en el interior de los bolsillos de su chaleco antibalas para proveerle de una protección adicional.

Lock sonrió.

– Tal vez debería ir a Las Vegas, mientras me dure esta racha de buena suerte.

– Llévame contigo. Me haría bien salir de vacaciones.

Lock relajó la cabeza sobre su almohada y miró a un punto fijo en el techo.

– ¿Con qué me dispararon?

– Una calibre doce amarrada a la puerta, – dijo Frisk.

– Es mejor que la alternativa, supongo. ¿Ya atraparon a alguien?

– Esperábamos que pudieras ayudarnos con eso.

Lock mordió un lado de su boca.

– Profesionales. Ambos hombres. Ambos por encima del metro ochenta. No pude verlos muy bien más allá de los talones. ¿Qué dijo el equipo de estudio de la escena del crimen?

– En realidad, no puedo decirte.

– ¿Tienen demasiadas pistas, no?

Fue el turno de Frisk de suprimir una sonrisa.

– Pensé que yo era el investigador y tú el testigo.

– Es el hábito.

Frisk dudó por un momento.

– De acuerdo, lo que pudimos concluir fue que, como dijiste, se trataba de profesionales. Rifle francotirador de alto calibre, aún estamos averiguando exactamente de que tipo, pero de calibre cincuenta.

– ¿Cincuenta?

– Así es. Si lo hubieran amarrado a la puerta no estaríamos teniendo esta conversación, – dijo Frisk, en un tono increíblemente casual.

– Es verdad, – dijo Lock. Habiendo visto lo que la bala calibre .50 le había hecho a la cabeza de Stokes, Lock sabía que no había suficiente protección en el mundo que lo pudiera haber salvado.

– Tenían la ruta de escape planeada con anticipación, no dejaron mucho para los forenses. No había casquillos por ningún lado, aunque no creo que eso nos hubiera ayudado mucho, de todas formas. Además la habitación había sido limpiada antes de que salieran por la ventana.

– ¿Qué hay de la escopeta? – preguntó Lock, inclinándose para alcanzar un vaso de agua que estaba sobre la mesa junto a su cama.

Frisk fue más rápido que él y se lo acercó.

– Supongo que querían asegurarse que tendrían algunos segundos extra para escapar.

Lock gruñó en conformidad.

– Seguimos su rastro hasta el dueño de una casa en Long Island. El lugar ha estado desocupado desde el verano, el tipo ni siquiera sabía que alguien la habían invadido.

– ¿Se salvó la chica?

– ¿La de la silla de ruedas?

Lock asintió, tomando un trago de agua.

– ¿Está bien?

– Muy conmovida. Sabe tanto del asunto como tú.

– Tienes a grandes testigos de tu lado, por lo que parece. ¿Cuál fue el conteo final?

– Cinco muertos en total.

– ¿Cinco?

– Tres por disparos, una atropellada, y un infarto al corazón.

Un golpe en la puerta. Una joven doctora afroamericana de veintitantos años, que lucía como si hubiera estado despierta la misma cantidad de tiempo que Lock había estado inconsciente, asomó la cabeza por la puerta.

– Pensé que había dejado bastante claro que no quería que mi paciente fuera molestado hasta que estuviera listo.

– Fue mi culpa, doc, – dijo Lock. – Yo estaba interrogando al Agente Frisk, no él a mí.

– Bueno, si tiene alguna duda, siempre me puede preguntar a mí.

Lock volvió la mirada hacia Frisk.

– No tuve oportunidad de preguntarle al Agente Frisk cual era mi pronóstico federal.

– Bueno, tu arma era legal, aunque no sé como demonios la portas escondida en la ciudad en estos días.

Lock alzó la mirada hacia el techo.

– Tengo amigos bien colocados.

– Y tu suerte no termina ahí, – continuó Frisk. – Dado que no hiciste ningún disparo, no habrá ningún cargo. Pero la próxima vez, deja el ataque de la caballería a la caballería, ¿de acuerdo?

Lock se erizó. Había sido el único que había decidido enfrentar la amenaza y ahora Frisk lo estaba tratando como si fuera un policía novato.

– Me encantaría, si logran llegar antes del acto final. Hablando de eso, ¿qué pasó con Brand?

– El departamento de policía está dispuesto a procesarlo por asesinato homicidio vehicular involuntario. Pero el fiscal está siendo presionado para acusarlo de un cargo mucho menor, o dejarlo pasar por completo.

– Si hablas con alguien de su oficina puedes decirles que yo estaría más que dispuesto a subir al estrado para ese juicio.

Frisk levantó una ceja.

– ¿No se llevan muy bien, no?

– Tenemos diferentes enfoques, eso es todo.

– ¿Ah sí, y cuál es la diferencia?

– El mío es correcto, – dijo Lock cortantemente.

– El señor Lock realmente necesita su descanso, – interrumpió la doctora.

Frisk entendió y salió de la habitación.

– No vayas a ninguna parte, – dijo desde la puerta.

Cuando se hubo ido, Lock se llevó la mano hacia la herida de su cabeza. Pasó las puntas de los dedos sobre ella, como un niño pequeño preocupado por la costra en su rodilla.

– Esa cicatriz que tiene ahí se ve bastante bien, – dijo la doctora, colocándose al lado de su cama.

– ¿Piensa que me hará más atractivo con las mujeres?

– No pensé que tuviera ese problema.

– Aceptaré cualquier cosa que me ayude.

– ¿Le molesta si le echo un vistazo?

– Adelante.

Él inclinó la cabeza para permitirle ver mejor.

– Tuvo mucha suerte.

– Es lo que todo el mundo dice.

– Sufrió una ligera hemorragia. Tuvimos que perforar su cráneo para sacar algo de fluido. Existe el riesgo de que sufra algunos desmayos. Ah, y han habido casos en los que el trauma en esa particular área del cerebro puede resultar en un nivel elevado de–

– Puede detenerse ahí, doc. Creo que sé que me quiere decir. ¿Así que, cuándo puedo salir de aquí?

Ella se enderezó.

– Los traumatismos craneales son un asunto muy serio. Sería mejor que se quedara aquí al menos por un par de días.

– Por supuesto, – dijo él, comenzando a planear su escape.

CAPÍTULO NUEVE

– ¿No tiene un hogar al que ir?

La doctora estaba de vuelta al pie de la cama de Lock, ocupada mirando su historial mientras él estaba recostado viendo televisión. Incluso en esta temprana etapa de su convalecencia, él ya había hecho algunos descubrimientos interesantes, siendo el más sorprendente que, con una dosis suficientemente alta de morfina, las telenovelas diurnas eran increíblemente fascinantes.

– No habría adivinado que usted era un fanático de las telenovelas, – meditó ella mientras Lock enmudecía la televisión, dejando a un aspirante a Clooney de barba partida abofeteando a una actriz cuyo rostro inexpresivo por el botox recorría toda la gama de emociones humanas desde la A a la B y de regreso.

– Estaba esperando a que comenzara el noticiero.

– Seguro. – Esa sonrisa asesina de nuevo.

– ¿Está coqueteando conmigo, doc?

Ella ignoró la pregunta, y se ocupó haciendo una nota adicional en su historial.

– ¿Qué está escribiendo? – preguntó él, haciendo su mejor esfuerzo por ver.

Ella inclinó el historial de forma que él no pudiera ver.

– No resucitar.

Lock se rio. Sintió dolor.

Ella sonrió nuevamente.

– Lo siento, pero me coquetean demasiado, y no he dormido en dos días.

– ¿Quién dijo que estaba coqueteando con usted?

– ¿No lo hacía? Está bien, ahora me siento insultada. De cualquier forma, ¿no es esta una discusión inútil? Tiene novia.

– ¿Ah, sí?

– Bueno, hay una mujer que no ha dejado de llamar desde que lo trajeron aquí. ¿Le suena el nombre Carrie Delaney?

– Bastante, pero desafortunadamente sólo somos buenos amigos.

– ¿Desafortunadamente para usted o para ella?

– Probablemente para los dos.

– Ya veo.

Lock se enderezó hasta sentarse.

– Sabe, nunca lo había pensado antes, pero nuestros trabajos tienen varias cosas en común.

– ¿Salvar vidas?

– Estaba pensando más bien en las horas terribles y el que sólo nos prestan atención cuando nos equivocamos.

– ¿En qué se equivocó? – preguntó ella. – Janice Stokes no estaría aquí si usted no hubiera

hecho lo que hizo por ella.

– Tampoco yo.

Ella lo estaba mirando.

– ¿Entonces por qué lo hizo?

– Esto va a sonar como una línea de una película mala.

– También tengo algunas de esas.

– Lo hice porque fue lo que me entrenaron para hacer.

– ¿Así que es un hábito suyo rescatar a damiselas en peligro?

Lock sacudió la cabeza.

– No, sólo tengo el hábito de cruzar puertas que no debería. Escuche, ni siquiera sé su nombre.

– Doctora Robbins.

– Me refería a su primer nombre.

– Lo sé.

Sobre el hombro de ella, Lock alcanzó a ver a Carrie dando la noticia principal en la televisión. Verla le dolía más que recibir un disparo. Se encontraba afuera de un edificio de departamentos con un toldo verde, un portero con guantes blancos entraba y salía de cuadro detrás de ella, aparentemente indeciso entre la discreción y el deseo de aparecer en televisión.

– ¿Esa es su amiga? – preguntó la doctora Robbins, siguiendo la mirada de Lock hacia la televisión y leyendo el letrero en la parte inferior de la pantalla.

– Lo fue. Por un tiempo.

– Parece demasiado elegante para usted.

– Todos me dicen eso. ¿Le importa si...?

– Adelante, – dijo la doctora Robbins, quitándose de en medio. Lock subió el volumen, escuchando a Carrie a la mitad de una oración.

– ... el FBI permaneció silencioso ante este último giro en la historia de la masacre de Meditech que ha impactado a los Estados Unidos. Pero hasta ahora, sólo un hecho permanece claro: tres días después de su desaparición, Josh Hulme, de siete años, continúa desaparecido.

La pantalla mostró la fotografía de un pequeño niño blanco con grueso cabello marrón y ojos azules, sonriendo apenado para un retrato familiar.

Lock se alejó de la doctora Robbins cuando ella intentó observar la parte trasera de su cabeza.

– ¿Qué tiene eso que ver con Meditech?

– Su padre trabaja para ellos, o algo así.

Lock sintió un golpe de adrenalina. Comenzó a levantarse de la cama, ganándose una acusadora mirada de la doctora Robbins.

– Necesito hacer una llamada.

– Bien, pero háganos a todos un favor.

– ¿Qué necesita, doc?

– Póngase antes una bata. Se le ve el trasero.

CAPÍTULO DIEZ

VESTIDO, y usando una gorra de béisbol para cubrir lo que él llamaba su aspecto de paciente de lobotomía, Lock salió hacia el corredor. Seguía sintiéndose un poco inestable sobre sus pies, y había decidido no afeitarse. Mirándose en el espejo mientras se lavaba la cara, había concluido que alterar ligeramente su apariencia podría ser una buena idea bajo sus actuales circunstancias. Claramente la ‘Masacre de Midtown’, como era llamada por la prensa, desenterrando alegremente un pedazo de aliteración de entre los muertos, había sido un primer ataque en lugar de una última resistencia.

Encontrar una forma de llamar a Ty había resultado complicado. El teléfono móvil de Lock se encontraba inconvenientemente en el fondo de un cajón de su escritorio en Meditech, y los teléfonos de paga parecían escasear. La doctora Robbins le había dicho que podía hacer arreglos para que le trajeran un teléfono a su habitación por una pequeña tarifa, pero él no quería esperar. Finalmente, encontró uno en la planta baja, junto a la tienda de regalos.

Ty respondió al primer telefonazo.

– ¿Dónde está mi canasta de frutas?

– Pero si se trata de Rip Van Winkle. Comenzaba a preguntarme cuando ibas a aparecer.

– El sueño de los justos, hombre.

– Te entiendo. Es bueno tenerte de vuelta.

Lock estaba agradecido por el alivio que escuchaba en la voz de Ty. Era reconfortante saber que a alguien en la compañía le importaba un carajo su mortalidad.

– ¿Te gustaría ponerme al día?

– Estamos bien encerrados. No han habido más incidentes. Todo parece estar bien.

¿Bien?

– Y yo que pensaba que había sido yo quien había recibido un golpe en la cabeza. ¿Cómo pueden estar las cosas bien cuando el hijo de uno de nuestros empleados está desaparecido?

– ¿Te enteraste de eso?

Lock alejó el teléfono de su rostro y contó hasta tres. Lentamente.

Ty pareció entender su silencio.

– Escucha, Ryan, – dijo, – las cosas han sido un poco más complicadas de lo que piensas. El FBI está involucrado, así que hemos dejado que ellos se encarguen.

– ¿Entonces para qué diablos hemos estado pagando un seguro por secuestro y rescate durante todo este tiempo si vamos a dejar todo en manos de los federales?

– Richard Hulme, el padre del chico desaparecido, renunció a su posición en la compañía hace dos semanas, lo que significa que ni él ni su hijo son nuestro problema. Lo lamento Ryan, yo tuve exactamente la misma conversación cuando me enteré, pero la orden viene desde arriba. No nos involucraremos.

– Pero el FBI no pagará el rescate.

– Ellos tienen sus políticas y nosotros las nuestras.

– Y nueve de cada diez veces nuestra política logra que las víctimas lleguen a casa sanos y salvos, y el único daño que ocurre es una mella en la hoja de balance de alguna compañía aseguradora, y acaso un reajuste actuarial para la cuota del siguiente año.

– Lo sé, hombre, lo sé.

Justo en ese momento, una niña pequeña pasó en una silla de ruedas junto a él, con un yeso adornado con marcadores cubriendo su pierna. Le sonrió a Lock.

– Escucha, Ty. Voy a salir de aquí, pero antes tengo que verificar algo.

– De acuerdo, hombre. Oye...

– ¿Qué?

– Ten cuidado.

Lock colgó y se dirigió directamente hacia la tienda de regalos. Tomó un ramo de flores que ofrecía una garantía de siete días de ‘no marchitamiento’ (Lock se sentía identificado) y una caja de dulces. Mientras le pagaba a la mujer del mostrador, miró los periódicos en el estante. El rostro de Josh lo miraba desde la primera página de todos los diarios a excepción del New York Times, que se enfocaba en asuntos de mayor importancia en el Medio Oriente: había ocurrido lo que se sospechaba era un ataque biológico en las tropas de coalición en la frontera entre Afganistán y Pakistán.

Tomó una copia del Post y la hojeó mientras caminaba de vuelta hacia el vestíbulo. En el interior, encontró una imagen de dos páginas de ancho que lo mostraba a él quitando a Janice del camino de la camioneta Hummer. No le gustaba: un buen operativo de seguridad permanecía fuera de los reflectores. Una fotografía a doble página no era precisamente quedarse fuera de los reflectores.

En el elevador, Lock fue empujado hasta el fondo por un par de ordenanzas del hospital que llevaban a un anciano en una camilla. Uno de ellos lo miró con desconfianza. Se sintió repentinamente arrepentido de no haberse afeitado cuando había tenido la oportunidad.

Lock le entregó el Post a uno de los ordenanzas, abierto en la página de su fotografía.

– Relájate, soy uno de los buenos.

El anciano en la camilla estiró la mano para tomar el periódico.

– Déjenme ver eso, – sus ojos se desplazaron entre Lock y la fotografía. – Sí, se trata de él.

Una vez que la curiosidad de todos estuvo satisfecha, Lock salió en el cuarto piso, agradecido de que no le hubieran pedido firmar autógrafos o posar para fotografías. La habitación de Janice fue fácil de encontrar. Era la que tenía a una policía vigilando afuera, bebiendo de un vaso de unicel.

Una vez que Lock repitió la galimatías del periódico, y la policía hubo hablado con alguien de su recinto, quien a su vez habló con alguien de la Plaza Federal, le permitieron pasar por la puerta.

Las persianas estaban cerradas pero Janice estaba despierta, dándole la espalda a la puerta. La habitación estaba llena de flores y tarjetas. Algunas cuantas tarjetas de luto repartidas entre las que le deseaban una rápida y completa recuperación. El departamento de investigación de mercado de Hallmark claramente aún no había descubierto el nicho de ‘Que Gusto Que Hayas Sobrevivido Y Buena Suerte Con La Enfermedad Terminal’ en el mercado de las tarjetas de felicitación.

Lock dejó las flores en el pie de la cama y tomó una silla. Se sentaron en silencio por unos momentos.

- ¿Cómo te sientes? – preguntó Lock por fin.
- Terrible. ¿Y tú? – la pregunta fue enunciada con la sombra de una sonrisa.
- Me siento... – Lock divagó, intranquilo. – Estoy bien.

Ella estiró una mano para tomar las suyas.

- Gracias.

La simple humanidad que se encontraba en ese gesto lo descontroló un poco. Dado que trabajaba para Nicholas Van Straten, Janice y su padre habían sido sus enemigos durante meses.

- Me alegra que sobrevivieras, – dijo él con suavidad.

Ella bajó la mirada.

- Por ahora.

– No sabes eso. Podría haber algún avance, algún fármaco nuevo o un tratamiento para tu condición.

Tan pronto como dijo esas palabras, se arrepintió de haberlo hecho. Incluso si existiera algo así, era más probable que un Testigo de Jehová accediera a una transfusión de sangre, a que Janice tomara algo que, con toda probabilidad, hubiera sido probado antes en animales.

Ella lo dejó pasar. Comenzó a estudiar la cara de Lock durante el tiempo suficiente para hacerlo moverse incómodamente en su asiento, antes de comenzar.

- ¿Alguna vez has ido a un matadero?

Por un segundo, él pensó en decirle acerca de los seis meses que había pasado en Sierra Leona, donde Charles Taylor y el Frente Unido Revolucionario se habían embarcado en una campaña sistemática de amputación de miembros de la población civil, incluyendo bebés. Al menos matar animales para comerlos tenía un propósito, pensaba ahora. Mucho de lo que Lock había presenciado durante los últimos años, había nacido de un impulso humano mucho más oscuros.

Suspiró, tallándose la parte trasera de la cabeza, encontrando sus costuras.

- He visto mucha muerte.

- Pero la muerte es inevitable, ¿no es así? – dijo Janice, elevando la voz.

– Estoy hablando de asesinato. Los animales saben que están a punto de morir. Cuando los ponen en camiones, lo saben. Lo puedes ver en sus ojos, lo saben. Puedes verlo en sus ojos, escucharlo en los ruidos que hacen.

Lock se inclinó hacia el frente y tocó su brazo.

– Janice, necesito hacerte algunas preguntas. No tienes que responderlas, pero necesito hacerlas de todas formas.

– Gandhi dijo que puedes juzgar la moral de una nación por la forma en la que trata a sus animales, – continuó Janice, perseverante.

Estaba comenzando a divagar, su mente daba vueltas en círculos, o eso le parecía a Lock. Ella sujetó los barrotes del marco de su cama y se enderezó hasta sentarse. Él intentó ayudarla, pero ella lo detuvo.

– Janice, esto es importante. No creo que quien haya matado a tu padre lo haya hecho por accidente. Lo que quiero decir es, entre más lo pienso, más siento que no podía tratarse de alguien que haya intentado asesinar a Nicholas Van Straten y haya cometido un error. Se trataba de alguien que intentó asesinar a tu padre y lo logró.

- ¿Crees que no lo sé? – preguntó Janice, repentinamente atenta.

- Ya habíamos recibido amenazas de su parte.

- ¿A qué te refieres?

- Llamadas, cartas, diciendo que si no deteníamos la protesta nos matarían.

- ¿Le mencionaron esto a alguien?
- ¿A quién podíamos decírselo? ¿Al FBI? Probablemente fueron ellos quienes lo hicieron.
- Vamos.

– Mis padres se habían dedicado a salvar animales durante veinte años antes de que un montón de tontas anoréxicas se quitaran la ropa en una sesión de fotos sólo porque estaba de moda. Crecí sabiendo que nuestro teléfono estaba intervenido y nuestro correo era revisado. No hubo una sola Navidad en la que no supiera lo que me había regalado mi abuela porque esos imbéciles abrían todo. ¿Qué ha cambiado? Además del hecho de que hoy en día hay mucho más dinero en juego. Por lo que sé, bien podrías haber sido tú quien hacía esas llamadas.

– De acuerdo, tú ganas. Debe ser algo de la culpa reprimida lo que me hizo arriesgar mi vida para salvar tu trasero allá afuera, – respondió Lock, que ahora se sentía molesto.

Los regalos de la abuela, que estupidez. Hablando de lavado de cerebros. Ma y Pa Stokes habían hecho tan buen trabajo que su única hija estaba preparada para morir como una mártir de su causa, con tal de no comprometer sus principios y vivir, mientras que ellos se habían contentado con sólo mirar. ¿Y para qué? Para probar su superioridad moral sobre todos los demás.

– Gracias por las flores, pero tal vez es hora de que te vayas, – dijo Janice, dándole la espalda.

Lock se puso de pie. Inhaló un par de veces.

– De acuerdo, me iré. Pero hay algo más que necesito preguntarte.

– Está bien, pero que sea rápido, comienzo a sentirme cansada.

– Tu padre le dijo algo a Van Straten cuando estaban afuera. Algo acerca de haber recibido su mensaje.

Janice lo miró inexpresiva.

– Ya te lo dije, nosotros no hacíamos amenazas.

– No estoy sugiriendo que fuera una amenaza. Pero si habían existido algún tipo de comunicación–

– ¿Con Meditech? De ninguna manera.

– ¿Entonces cuál era el mensaje?

La voz de Janice tembló con emoción.

– No lo sé. Y ahora nunca lo sabré. Mis padres están muertos, ¿recuerdas?

Lock se puso de pie, sintiendo como su irritación era reemplazada por arrepentimiento.

– Lo siento, no debí...

Pero sus ojos ya estaban cerrados, y para cuando él hubo llegado a la puerta ella ya se había dormido. La oficial uniformada la revisó antes de permitir que Lock se fuera. Ella levantó la mirada hacia Lock mientras le hacían el cateo de rutina, aunque para él era un misterio que podía haberse podido llevar de la habitación de hospital de Janice.

– Debe sentirse bastante bien, – dijo ella.

– ¿Qué cosa?

La novata le sonrió.

– Salvar la vida de alguien así.

Lock se encogió de hombros. No había salvado la vida de Janice, sólo había pospuesto su muerte. Le dio la espalda a la policía y caminó de regreso hacia el elevador.

CAPÍTULO ONCE

BRENNANS TAVERN ERA PROBABLEMENTE TAN AUTÉNTICAMENTE irlandés como un plato de cereal Lucky Charms, pero era un lugar oscuro, lo que beneficiaba a Lock. Incluso con los analgésicos que había tomado de la farmacia del hospital para aliviar un poco su dolor, las luces brillantes aún le provocaban hacer una mueca de dolor.

Salir del hospital había resultado ser casi tan tardado como salir del ejército, con casi el mismo número de horas de llenado de formularios. La doctora Robbins le había advertido que en su actual condición era un peligro no sólo para sí mismo, sino también para otros. Él omitió decirle que su oficial al mando le había dicho lo mismo.

Mientras sus ojos se ajustaban lentamente a la oscuridad, tomó un sorbo de cerveza. Sin duda la etiqueta de los analgésicos contenía alguna advertencia acerca de no consumirlos con alcohol, pero su visión seguía estando un poco borrosa, y ¿quién podía leer esa letra tan pequeña en tan poca luz?

La puerta se abrió, y Carrie entró al lugar. Al verla, Lock se sintió repentinamente alegre. E incluso más mareado. Sin detenerse a mirar a su alrededor, caminó directamente hacia él, aventando su abrigo y su bolso en la mesa, con actitud de negocios, como si jamás hubieran terminado.

– ¿Mal día? – le preguntó Lock.

– Promedio.

– ¿Cómo me encontraste tan rápido?

– La mesa de la esquina, de espaldas a la pared, con visibilidad hacia la puerta y fácil acceso a la salida trasera. No hay que ser un genio.

– Ves, sí sacaste algo de haber salido conmigo, después de todo. – Él se levantó y sacó una silla para ella.

Ella fingió una reverencia y se sentó.

– Siempre tuviste buenos modales.

Se miraron el uno al otro sobre la mesa, Lock se encontró deseando que la iluminación fuera mejor.

– Que gusto que salieras de ahí en una sola pieza.

– Sí. Tuve miedo por un minuto.

– Yo también, – accedió Lock. Las únicas personas que decían no tener miedo en una situación violenta eran los psicópatas y los mentirosos. El miedo es algo innato.

– ¿Así que, cómo está mi héroe?

– ¿Yo soy tu héroe?

– Ryan, no hay que–

Él subió una mano en forma de disculpa.

– Tienes razón. A ver, veamos, ¿cómo estoy? – tomó un trago, reflexionando. – Estoy adolorido. Si lo hubiera visto venir...

– ¿No estarías adolorido?

Lock no estaba seguro de tener ganas de explicar. Mucho tiempo atrás se había formado la teoría de que, si sabías que ibas a resultar herido, y lo esperabas, tu cerebro enviaría una señal en anticipación a tu cuerpo para que, cuando el dolor llegara, lo hiciera sin tanto impacto. Desde entonces, cada vez que se encontraba en una situación complicada, lo primero que pensaba era que iba a salir lastimado. Y, de alguna forma, cuando hacía eso y el dolor llegaba, era capaz de lidiar con él y salir triunfante.

El numerito de la escopeta lo había tomado por sorpresa. Pero hoy en día todo en el mundo era una sorpresa.

– ¿Ryan? ¿Estás bien?

– Lo siento. – Se pasó una mano por la cabeza. – Me distraje un poco.

– Evidentemente. Lindo peinado, por cierto.

Él sonrió. Una de las muchas cosas que amaba de Carrie era su habilidad para sacarlo de lo que ella llamaba sus momentos de “arma torturada”.

– ¿Te gusta? – le preguntó.

– ‘Gustar’ puede ser una palabra demasiado fuerte. Ciertamente es... diferente. Déjame comprarte un trago.

– Yo invito.

Él hizo un gesto al camarero y le pidió a Carrie un Stoli en las rocas con jugo de limón.

– Es lindo que lo recuerdes.

La forma en la que lo miró parecía decir que algo se avecinaba más adelante. En su estado actual, Lock no podía decidir si eso era algo bueno o malo. Por una parte no podía pensar en nada que le gustaría más que pasar la noche con Carrie, pero por otra parte dudaba que Carrie quedaría muy impresionada si se desmayaba encima de ella.

Eso, y el hecho de que era complicado. La primera vez que se involucraron juraron que su relación sería algo informal, pero rápidamente se dieron cuenta, luego de que él se quedara con ella cada noche durante dos semanas, que se estaba convirtiendo en algo más. Finalmente, llegaron a un mutuo acuerdo: persona correcta, momento incorrecto. No hubo una gran discusión. No hubo recriminaciones. Solo la lenta comprensión de que no iba a funcionar. Lock se lamentó por un tiempo, y después se concentró aún más en su trabajo.

El camarero le trajo a Lock otra cerveza y a Carrie su Stoli en las rocas. El dedo de Carrie recorrió el borde de la copa. Estaba pensando en algo. Lock lo notaba.

– Obtuvimos muy buen material de cuando salvaste a esa chica en la silla de ruedas.

– No.

– Aún no te hacía una pregunta.

– Sé lo que vas a preguntar, y mi respuesta es no.

Carrie se recargó en el respaldo de su silla, sonriendo.

– ¿Me concederías una entrevista?

– Sabes lo que pienso de la mierda de los medios. A excepción de la presente compañía. Y sabes lo que pienso de los tipos que se hacen famosos en mi línea de trabajo.

– Pero salvaste su vida.

– Es lo que me entrenaron para hacer. No fue valentía, fue reflejo. Escucha, mi trabajo es ser–

– El hombre gris. Ya lo sé.

Carrie había cometido del error de acurrucarse en el sillón con Lock una noche para ver los Premios de la Academia. Había recibido toda una cátedra llena de impropiedades acerca de las deficiencias de varios de los ‘guardaespalda’ que acompañaban a la crema y nata de Hollywood por la alfombra roja. Fue también la primera vez que Carrie escuchó la expresión, presuntamente adquirida de sus antiguos colegas británicos, ‘imbéciles de cuello ancho’.

– Gracias por entender de qué hablo.

– ¿No puedes culparme por intentarlo, o sí? – Vacío su copa de Stoli de un trago.

– ¿Por qué no vamos a otra parte?

Lock cerró los ojos, saboreando el momento.

– ¿Estás bien?

– Mejor que bien. ¿Tienes algún lugar en mente?

– Tal vez.

Por encima del hombro derecho de Carrie, Lock observó a un hombre maduro entrando al bar. Llevaba un largo impermeable completamente abrochado, pero su cabello empapado indicaba que no había pensado en llevar un paraguas. Escaneó el bar rápidamente, claramente estaba buscando a alguien, pero su forma de actuar era extraña, le causaba demasiada incertidumbre.

El hombre se dirigió hacia la barra, inclinándose sobre ella para hablar con el barman, quien hizo un gesto hacia Lock. Mientras el hombre se acercaba hacia ellos, Lock empujó su silla hacia atrás algunos centímetros, dándose espacio para levantarse rápidamente si llegaba a necesitar hacerlo.

– ¿Qué ocurre? – preguntó Carrie, mirando hacia atrás. El hombre se detuvo a un par de metros de distancia de ellos.

La atención de Lock permaneció en las manos del hombre, esperando a que se movieran al interior de su impermeable. Pero no lo hicieron, y cuando él finalmente habló, lo hizo con un ligero acento, sus palabras breves y seguras.

– ¿Señor Lock?

Otro reportero, sin duda alguna. Lock quitó la mirada de su cerveza para observar al hombre.

– Lo siento, pero la NBC ya tiene la exclusiva.

– Ni que tuvieras tanta suerte, – murmuró Carrie.

Lock abrió la boca para decirle al hombre que estaban a punto de irse, pero se detuvo cuando observó su rostro de cerca. Tenía grandes bolsas oscuras debajo de los ojos, y lucía como si estuviera a punto de romper en llanto.

La mirada del hombre se posó brevemente sobre Carrie, y después volvió hacia Lock.

– Señor Lock, – dijo con voz temblorosa. – No soy un reportero. Mi nombre es Richard Hulme. Soy el padre de Josh Hulme.

CAPÍTULO DOCE

– ¿Cómo me encontró? – le preguntó Lock a Richard Hulme.

– Uno de sus amigos de Meditech. Tyrone. Me dio una lista de lugares en los que podría encontrarlo. Creo que se siente mal porque Meditech no está dispuesto a ayudar.

Estaban solos en una mesa en la esquina, Carrie había accedido a encontrarse con Lock más tarde.

– ¿Quiere decirme qué ocurrió? – preguntó Lock.

Richard comenzó a narrar su historia con voz contenida e inexpresiva. Lock reconocía lo que muchos habrían interpretado como una falta de emoción, como un padre que hacía su mejor esfuerzo para no desmoronarse; no se trataba de un arrogante orgullo de macho, sino del saber que permanecer estoico podría ayudarle a recuperar a su hijo en una pieza. Lock había estado en esa situación antes, y como cualquiera que hubiera tenido que lidiar con el secuestro de un niño sabía, se trataba de un recuerdo difícil de suprimir.

Sin embargo, mientras Richard describía la secuencia de eventos, tan metódicamente como se esperaría de un científico, Lock comenzó a sentirse inquieto. No se trataba de un caso de secuestro como ninguno en los que Lock había estado involucrado, ni siquiera de los que había escuchado.

– Ni siquiera supe que no estaba hasta la mañana siguiente. Tengo que explicarme. Estaba en una conferencia fuera de la ciudad. Llamé desde mi hotel, pero asumí que Josh debía estar dormido y...

– ¿Su esposa había desconectado el teléfono?

Richard tragó saliva con fuerza.

– La madre de Josh falleció hace tres años. Cáncer.

Lock no dijo nada. Era un momento de análisis, no de trivialidades. Que la madre de Josh estuviera muerta eliminaba un primer posible escenario. Alrededor del noventa y cinco por ciento de los secuestros de niños eran el resultado de un desafortunado juego de poder entre los que se hacían llamar adultos.

– ¿Su *au pair*, Natalya, es de Europa del Este?

– Es rusa, para ser exactos. De San Petersburgo, creo.

– ¿Cuánto tiempo lleva con ustedes?

– Cerca de cuatro meses. ¿No cree que...?

– Es posible. Créame, de donde viene Natalya el secuestro, el alcoholismo y la violencia intrafamiliar son las formas más comunes de sobrevivir a las largas noches de invierno, así que no la descartaría. Las buenas noticias son que la Mafia Rusa no suele asesinar a sus víctimas. Sería un daño para un negocio tan repetitivo.

– No hay forma de que Natalya esté involucrada.

- Nunca la hay. Hasta que ocurre.
- Josh la adoraba, y era un sentimiento mutuo.
- No le va a gustar mi siguiente pregunta, pero...

Por la forma en que Richard se sobresaltó, Lock se dio cuenta que sabía lo que estaba por decirle.

- Yo no estaba involucrado con Natalya. Era eso lo que quería preguntarme, ¿no es así?
- Escuche, nadie lo va a juzgar si lo estaba. Especialmente sabiendo que su esposa había fallecido.

- El FBI me hizo la misma pregunta.

Eso provocó que Lock alzara una mano, con la palma en dirección de Richard.

– Si el FBI está involucrado, ¿por qué sintió la necesidad de hablar conmigo? ¿Por qué no dejárselo a ellos? – Era una pregunta que lo había estado molestando desde que conoció a Richard.

- No se dan prisa. Y yo estoy preparado para tratar con quien tenga que hacerlo.

- Si hay algo que quiera decirme, hágalo ahora.

– Ahora que Meg no está, Josh es todo lo que tengo. Necesito contar con alguien que esté dispuesto a todo.

- ¿Y cree que ese alguien soy yo?

- Así es.

Lock se levantó.

- ¿A dónde va? – dijo Richard, levantándose también.

– El FBI es experto en esto, – dijo Lock, odiándose a sí mismo por ofrecer una explicación tan transparente. – Déjelos hacer su trabajo.

Richard tomó la solapa de la chamarra de Lock. Lock miró la mano de Richard hasta que éste la retiró.

- Lamento su pérdida. De verdad.

- Habla de él como si ya estuviera muerto.

Lock permaneció callado.

- ¿Eso es todo? La compañía no me ayudará y usted tampoco.

- ¿Qué le dijeron cuando habló con ellos?

– Que yo ya no era su problema. Y tampoco Josh. No utilizaron exactamente esas palabras, pero pude entender que eso era lo que querían decir.

- ¿Le gustaría que hablara con ellos por usted?

Lock notó que Richard tenía las uñas enterradas en sus palmas.

- Lo que quiero es encontrar a mi hijo. No me importa como.

- Puedo hacer algunas llamadas por usted. Pero no puedo hacer nada más. Lo siento.

El rostro de Richard se hundió.

– ¿Algunas llamadas? ¿Eso es todo? ¿Vengo aquí a pedirle su ayuda, y usted sólo hará algunas llamadas?

– Escuche, doctor Hulme, yo trabajo para Meditech, usted sabe, la gente que no quiere ayudarlo. ¿Qué le hace pensar que este es mi trabajo?

Richard se talló la cara.

– No lo sé. Tal vez porque haber arriesgado su vida por la manifestante en la silla de ruedas tampoco era su trabajo, yo creí...

- Como dije antes, lo lamento.

La mano de Richard comenzó a temblar cuando señaló el rostro de Locke con el dedo índice.

– Usted sabe como terminará esto, y yo también, – gritó, llamando la atención de los pocos clientes que se encontraban en el lugar. Lock lo jaló hacia la puerta. – Mi hijo va a ser sacrificado por esos lunáticos y todo lo que Meditech y usted hacen es decirme más mierda corporativa.

Lock bajó su voz hasta convertirla casi en un susurro, con la esperanza de que lo estaba a punto de decir calmara a Richard lo suficiente para que sus comentarios sobre Meditech se reservaran solo para las personas de cuatro cuerdas a la redonda, en lugar de los cinco distritos.

– Si yo creyera que soy la persona indicada para ayudarle, doctor Hulme, lo haría. Pero es un hecho que no lo soy.

Richard inhaló profundamente.

– Usted encontró a Greer Price.

Lock suspiró lentamente, su aliento formaba una neblina en el frío. Claramente, Richard Hulme había estado haciendo su propia investigación.

– Hace mucho tiempo que no escuchaba ese nombre, – dijo.

Greer Price era una niña de cuatro años que había desaparecido en un supermercado adyacente a la base militar británica en Osnabruck, Alemania. A pesar del hecho de que había habido por lo menos dos docenas de clientes y empleados en la tienda en el momento de su desaparición, y que la madre de Greer le había dado la espalda tan solo por algunos segundos, no habían encontrado testigos de la desaparición de la pequeña. Lock era un novato en el Real Cuerpo de Policía Militar, y el caso había estancado por un año antes de que se lo asignaran. Richard tenía razón, Lock había resuelto el caso, pero nunca lo había considerado un momento memorable en su carrera.

– Greer estaba muerta cuando la encontré.

– Pero la encontré.

– Para lo mucho que sirvió.

– Pero llevó a alguien ante la justicia.

– Lleve a alguien ante la corte, donde lo condenaron y sentenciaron. La justicia no tuvo nada que ver con eso.

Por un segundo, Lock se encontró a sí mismo de vuelta en el ático de una pequeña e insignificante casa, que le pertenecía a un anciano aún más insignificante. Un contador retirado, dado a ordenarlo todo, incluso lo inimaginable. Lock había pasado dos días en ese ático, buscando en una caja tras otra, llenas de bolsas de plástico transparentes. Cada caja contenía recuerdos de un niño que había sufrido de abuso, las bolsas tenían escritas en tinta la fecha de cada abuso. Greer había sido descubierta algunos días después, enterrada en el jardín trasero.

Lock suprimió un temblor al pensar en el lugar al que jamás le gustaría volver, ni siquiera en recuerdos, mientras Richard Hulme esperaba una respuesta enfrente de él.

– De acuerdo, – dijo Lock finalmente. – Termine su historia. Tal vez descubra algo que el FBI haya pasado por alto. Pero si no lo hago, ¿me dejará en paz?

Richard asintió.

Salieron del bar y caminaron hacia el auto de Richard, una camioneta Volvo último modelo. Las ventanas se empañaron mientras el calentador se esforzaba por evitar que se congelaran.

– Así que llegó a casa y la encontró vacía.

– Así es. Intenté llamar al teléfono móvil de Natalya, pero debe haber estado apagado.

Lock hizo una nota mental. La única forma de evitar rastrear un teléfono móvil era mantenerlo completamente apagado, de lo contrario las autoridades podían triangular su posición por medio de las antenas en el área.

– Continúe.

– Pensé que tal vez Natalya había olvidado su teléfono. No me gustaba meterme con su privacidad, pero bajo tales circunstancias... Así que lo busqué en su habitación, dejé pasar una hora más y llamé a la policía. Ellos contactaron al FBI.

Lock sabía que ese era el procedimiento estándar en esos casos, cuando alguien en lo que los federales llamaban eufemísticamente los ‘años tiernos’, un menor de doce años de edad o menos, desaparecía. Si tenían más de doce años, tenía que haber la sospecha de que la persona pudiera cruzar las fronteras estatales antes de que se vieran involucrados.

– ¿Cuándo fue la última vez que los vieron?

– Algunas otras *au pairs* en la fiesta dijeron que vieron a Natalya recogerlo. Se subieron en un auto y desaparecieron.

– ¿Qué clase de auto?

– Un Lincoln gris.

– ¿Era así como se transportaban Natalya y Josh normalmente?

– Natalya tiene el número de un servicio de automóviles que contraté en caso de que el clima fuera muy malo en el trayecto desde la escuela, – Richard suspiró y se talló los ojos. – Pero ellos no tienen registro de que Natalya pidiera un auto durante la última semana.

– ¿Habló el FBI con los conductores?

– Bastante. Todos fueron llamados cuando Josh desapareció.

– ¿Pero definitivamente fue visto subiendo a un auto con Natalya?

– Así es.

– ¿Hubo alguna señal de forcejeo? ¿De que lo forzaran a subirse al automóvil?

Richard sacudió la cabeza.

– ¿Y sigue estando seguro de que Natalya no está involucrada?

– Sé lo que parece. Tal vez ella pensó que había pedido un auto y se le olvidó.

Lock presintió que Richard estaba aferrándose a los pretextos que le quedaban, negándose a aceptar lo inevitable: que la mujer que había contratado era la responsable del secuestro de su único hijo.

– ¿Ella llegó al país con una visa, o ya estaba aquí?

Richard se alteró ligeramente.

– Utilicé una agencia. No emplearía a nadie ilegalmente.

– Así que deben haber revisado su historial

– Me aseguraron que la investigaron extensamente.

– ¿Había recibido alguna amenaza previa?

– Por supuesto. Todos en Meditech han recibido alguna.

– No, me refiero a algo que llegara directamente a su casa. ¿Cartas? ¿Llamadas telefónicas?

– Una o dos llamadas de broma, junto antes de que renunciara. Y algunos correos electrónicos.

– ¿Fue por eso que decidió abandonar Meditech?

– Fue uno de los factores, sí.

– ¿Y los otros factores?

– Están todos expresados en mi carta de renuncia.

Lock comenzaba a sentirse irritado.

– Debemos ayudarnos mutuamente, Richard.

Richard se revolvió incómodo en su asiento.

– Estoy en desacuerdo con las pruebas en animales, pero por razones más científicas que éticas.

- ¿Pero estuviste involucrado en ellas?
- Durante la mayor parte de mi carrera, sí.
- ¿Y había comenzado a sentirse presionado?
- Fue una decisión a la que llegue luego de mucha consideración. No habría renunciado si no hubiera creído que se trataba de mala ciencia.

Lock había escuchado suficiente acerca del debate de las pruebas en animales durante los últimos meses, y ciertamente no quería recibir otro sermón como el que había tenido que soportar de Janice. Decidió seguir adelante.

- ¿Y hubo alguna amenaza después de eso?
- No es que haya hecho mi renuncia pública, pero no.
- ¿Y desde que Josh desapareció, que tipo de contacto han tenido con usted?

La mirada de Richard se posó en el suelo.

- Ese es el problema. No ha habido ningún contacto.

Lock no podía creerlo.

- ¿No pidieron dinero? ¿No pidieron nada en absoluto?
- Nada.

El segundo posible escenario había quedado descartado. Después de la posibilidad de que un padre o padrastro secuestrara al niño, tres por ciento de los secuestros caían en la categoría de secuestros por dinero de rescate. Debido a las prohibitivas sentencias que se promulgaban desde el secuestro Lindbergh, solo los criminales estúpidos o muy peligrosos en los Estados Unidos veían el secuestro por rescate como una oportunidad viable para obtener una ganancia. En otras partes, sin embargo, era una de las mayores áreas de crecimiento en el negocio criminal, junto con la falsificación, el fraude por internet y el narcotráfico. En estos casos, donde el principal motivo era el dinero, la demanda de un rescate seguía rápidamente al secuestro, usualmente acompañada por horribles amenazas para que la familia no contactara, por ningún motivo, a las autoridades.

Lock se mordió el labio inferior. No se atrevía a pensar en lo que yacía detrás de la puerta del escenario número tres. Los activistas por los derechos de los animales eran personas a las que no les importaba desenterrar a una anciana y tirar sus restos en medio de Times Square para probar su punto.

Richard miró a Lock, sus pupilas estaban dilatadas por el miedo.

- ¿Eso es malo, no es así?

Lock se tomó un momento antes de responder.

- Sí, es malo.

CAPÍTULO TRECE

LA MITAD *del recinto 19 debía estar en turnos de guardia*, pensó Lock, mientras Richard y él descendían de levador y caminaban hacia la puerta principal de Richard.

El oficial en la patrulla reaccionó con una mezcla de alarma y alivio cuando los vio.

– Se suponía que no debía salir sin avisarnos, – le dijo a Richard.

Richard palideció, como un niño al que hubieran atrapado después de su hora de llegada.

– Lo lamento, espero no haberlo metido en problemas.

Como gran parte del resto del edificio, su apartamento estaba casi completamente a oscuras. Era casi la media noche, y en esta parte de la ciudad las calles eran tranquilas. Lock razonó que la clase de dinero requerida para poder pagar un hogar en este vecindario requería que la mayoría de sus residentes favorecieran las noches tranquilas en lugar de ir de bar en bar.

Richard encendió uno de los interruptores de luz para revelar un estrecho pasillo, que conducía a tres habitaciones y un baño. Más allá, se abría hacia una sala amplia y espaciosa.

– ¿Cuánto tiempo lleva viviendo aquí? – preguntó Lock.

– Desde antes de casarme. Era el departamento de Meg cuando era estudiante de posgrado.

– Es una parte muy elegante de la ciudad como para una estudiante de posgrado.

– Control de renta. Una tía suya había muerto, – dijo Richard mientras se dirigía a encender la luz principal.

– Estaría bien que cerraras esas persianas antes.

– A veces lo olvido. Además, ahora que Josh no está, no estoy seguro de que me siga importando.

Como cualquier otro empleado de Meditech por encima de cierto nivel, Richard debía haber pasado por un programa y revisión de seguridad. Lock sabía que le tenían que haber aconsejado cambiar su rutina diaria lo más que pudiera, y que vigilara la ausencia de algo normal, como un portero ausente del frente del edificio. De igual manera, debía estar al pendiente de la presencia de algo anormal, como un portero apareciendo repentinamente en un edificio que no solía tener uno. Todos los consejos se resumían a permanecer vigilante y emplear su sentido común.

Lock caminó hacia una diminuta área de cocina en el extremo más alejado de la habitación. Dos sillones. Sin televisión. Repisas construidas en la pared, llenas de libros y periódicos. Un retrato familiar. Richard, Josh, y una mujer rubia increíblemente atractiva, a la que no hubiera emparejado con Richard en un millón de años.

– Meg, – dijo Richard, ahorrándole a Lock la pregunta incómoda acerca de su esposa difunta.

– No ha habido nadie más desde que la perdí. No sentí que fuera justo con Josh. En realidad, eso no es del todo cierto.

Lock no dijo nada. Le dio oportunidad de continuar.

– También ha sido por mi trabajo. Tal vez lo he estado utilizando como un distractor para

evitar enfrentar las cosas, – añadió Richard, antes de volverse a tallar los ojos.

Lock comenzaba a sentir que Richard estaba actuando como alguien tal vez demasiado bueno.

– ¿Le importa si veo el resto del lugar?

Richard se encogió de hombros.

Lock se dirigió de vuelta al pasillo, ambas paredes a sus lados estaban vacías. No pudo evitar sentir que el lugar parecía más un dormitorio de universidad que un hogar familiar.

El primer dormitorio era similarmente utilitario, aunque la ausencia de toques personales era más comprensible aquí. Resultaba claro que Natalya no había traído consigo muchas de sus pertenencias cuando se había mudado. Sobre la cama se encontraba un reproductor de discos portátil, algo que ya podía considerarse una reliquia antigua. En la mesita junto a su cama se encontraba la fotografía de un hombre y una mujer mayores, posiblemente sus padres. Quien, Lock asumió, podía ser un hermano mayor, estaba de pie a lado de su padre, rebasándolo por al menos treinta centímetros de estatura, aunque no podía haber tenido más de quince años de edad. Natalya estaba de pie junto a su madre, con su largo cabello negro amarrado en una coleta, sus ojos y sonrisa brillantes y seguros. No había fotografías de algún novio, ni de nadie más para el caso.

Una atractiva joven rusa y, para sus estándares, un adinerado viudo que aún seguía en sus mejores años. Lock se preguntó que tan honesto había sido Richard al decirle que no había nada entre Natalya y él. Por el aspecto de la madre de Josh, Richard podía atraer a mujeres atractivas. Tal vez no había querido complicar las cosas por el bien de su hijo. Era eso o estaba mintiendo.

Aunque el FBI debía de haber revisado este lugar con gran precisión, Lock hizo su propia búsqueda rápida, sin encontrar nada que pareciera relevante. Salió de nuevo al pasillo y abrió la puerta de la habitación de Josh.

En contraste con el aspecto limpio y casi antiséptico del resto del departamento, el cuarto de Josh era un desorden de juguetes, equipo deportivo e historietas. Una cama individual se encontraba en el fondo contra una de las paredes. Sobre el duvet se hallaba un oso de peluche FAO Schwarz, la única concesión que había de sus tiernos años. Alguien había colocado un guante de béisbol sobre su cabeza en un ángulo extraño.

La mente de Lock volvió a Osnabruck. Jamás había sido capaz de deshacerse de la sensación de fracaso que había sentido después del caso de Greer Price. Aunque sabía que para cuando se le había asignado la investigación Greer llevaba ya bastante tiempo muerta, no dejaba de carcomerlo.

Era la soledad de su muerte lo que lo molestaba más que nada. La sensación de abandono que debió haber sentido en sus últimos momentos lo había dejado sintiendo un gran vacío. Incluso, sabía que al final de cuentas no existía un acto de venganza que pudiera ser equivalente al asesinato de un niño; de haberlo habido, él mismo habría puesto una bala en el cráneo del asesino de Greer.

Enderezó los hombros, tomó una gran bocanada de aliento y salió de la habitación de Josh.

En una esquina de la habitación de Richard, una hebra de ADN rebotaba en el monitor plano de veinte pulgadas de una computadora, que se encontraba sobre el escritorio en la esquina del cuarto. Lock movió el cursor y el salvapantallas desapareció, mostrando la pantalla de inicio.

– El FBI ya revisó todo lo que hay ahí, – dijo Richard, desde el marco de la puerta. – Pero si cree que pudieron haber pasado algo por alto...

– ¿Quiere decir, en caso de que usted esté involucrado?

La idea le parecía ridícula, pero Lock no podía descartarla sin motivo. No sería la primera

vez que el secuestrador provocara su propia captura al intentar emplear a un investigador privado como pantalla de humo para mejorar su apariencia de inocencia.

Richard parecía sorprendido.

– No, no sea ridículo. Quiero decir, tal vez hay algún correo, algo que pueda ser una pista.

Ver no haría daño.

Richard abrió el navegador Firefox.

– Quemé en un disco todos mis correos electrónicos del trabajo antes de irme.

– ¿Tiene una copia?

– Aquí está, – dijo Richard, tomando un DVD del carrusel junto a la computadora.

– ¿Alguna otra cuenta de correo?

– Hotmail, pero no suelo utilizarla.

– ¿Revisó el FBI su cuenta de Hotmail?

– ¿Por qué lo harían? No he recibido ninguna amenaza por ahí.

– ¿Le importa si la reviso?

– Adelante.

Richard abrió Firefox, cuya página de inicio era Hotmail. Escribió su nombre de usuario y contraseña, le entregó a Lock el disco con los correos de su trabajo y se fue para permitirle trabajar.

Lock dudaba que las amenazas recibidas por correo los llevaran a ninguna parte. O las cartas, dicho sea de paso. Cualquiera que se tomara la molestia de enviar una amenaza de muerte por correo no se molestaría en firmar con su nombre, directa o indirectamente, lamiendo el sobre para dejar su ADN en él. Y los correos debían ser enviados desde un café internet o por medio de servidores proxy. Una de las cosas que había aprendido acerca de los defensores de los derechos de los animales que atacaban Meditech era que eran conocedores además de motivados. Muchos de ellos tenían educación universitaria, y sabían tanto de ciencia como cualquier empleado de Meditech.

Una media hora después, Lock no había hecho ningún progreso. No había amenazas específicas hechas a nadie por nombre, además de Richard. Se mencionaba a la familia como para generalizar; no había ninguna referencia a su hijo, ni siquiera a una esposa, muerta o no. Como correo de odio, era bastante insípido.

Volvió a abrir el navegador. Ociosamente, abrió la carpeta de correos borrados y leyó la lista de correos basura que ofrecían mejorar el desempeño sexual del recipiente, o pedían que utilizaran su cuenta bancaria para liberarla de algunos millones de dólares.

Entonces lo vio. Sin abrir, como la mayor parte de los correos basura. Sin título. Una dirección de Gmail. Había llegado el día de la masacre, tal vez una hora antes de que Josh fuera visto por última vez con Natalya. Lo abrió.

Ahora sentirás el dolor que le has infligido a otros.

Lobo Solitario

Cuando caminó de vuelta a la sala, Richard estaba de pie junto a la ventana con las luces apagadas. Lock consideró preguntarle por el correo electrónico. Richard se había mostrado bastante seguro de que las amenazas habían cesado una vez que había dejado de trabajar para la compañía, así que decidió dejarlo ir. No haría ninguna diferencia en cuanto a Josh o el secuestro y, crucialmente, no había sido abierto.

Un automóvil se detuvo del lado opuesto del edificio de departamentos y Lock observó como salía un hombre de su interior. Mientras cruzaba la calle y pasaba debajo de una lámpara, Lock confirmó su sospecha. Se trataba de Frisk.

Lock recibió al agente del FBI en la puerta.

– Maldita sea, sal de aquí, Lock, – gruñó Lock, – nosotros podemos lidiar con esto.

Lock seguía enfurecido por su encuentro en el hospital. Cuando Frisk le había dado ese estúpido discurso acerca de no presentar cargos en su contra, como si le estuviera haciendo a Lock algún tipo de favor personal.

– Parece que están haciendo un trabajo terrible hasta ahora, agente Frisk, – observó Lock.

– Ha pasado poco tiempo.

Lock cerró la puerta, de forma que Richard no pudiera escuchar el resto de la conversación. Su intercambio parecía indicar que algunos hechos estaban por salir a la luz, y Lock no estaba seguro de que Richard estuviera listo para escucharlos.

– En poco tiempo se arruinan las cosas. Sabes que sé de esas cosas. Pero ya que estás aquí, puedo decirte que Hulme me buscó a mí, no al revés.

– ¿Quince minutos de fama no te bastan, eh? – dijo Frisk agresivamente.

– De acuerdo, podemos empezar a comparar el tamaño de nuestros penes si eso quieres, o podemos intentar ayudarnos el uno al otro, – dijo Lock, bajando la voz.

– ¿Y que ayuda podrías brindarme tú?

– Bueno, para empezar, te gustaría volver a revisar su computadora.

– Uno de nuestros técnicos ya hizo una copia de los datos de su disco duro.

– Lo que no te ayudaría en absoluto con una cuenta de correo electrónico. Revisa la carpeta de correos basura. Debes buscar el correo de alguien que se llama a sí mismo Lobo Solitario. Llegó el día de los eventos de Meditech.

El rostro adusto de Frisk se enrojeció. Lock sabía que algún técnico iba a recibir un sermón cuando volviera a la Plaza Federal.

– ¿Algo más?

Lock se encogió de hombros.

– Eso es todo... por ahora.

– ¿Así que, qué piensas de todo esto? Vamos, tienes buenas ideas, me encantaría escucharlas.

– Encuentra a la *au pair* y encontrarás al chico.

– Ponte al día, Lock. Eso ya lo hicimos. La unidad del puerto la sacó del East River hace media hora.

CAPÍTULO CATORCE

UNA VISITA a la morgue era un asunto delicado en los mejores momentos, y éste estaba lejos de ser un buen momento. El hecho de que aún no había señales de Josh, vivo o muerto, se consideraba como algo bueno bajo las presentes circunstancias, aunque el río podría estar esperando a ofrecer su miseria en cuotas. Las malas noticias eran que la labor de identificar el cuerpo de Natalya había recaído en Richard Hulme. *Como si el pobre bastardo no tuviera suficiente con que lidiar*, pensó Lock, mientras escuchaba como Frisk hacía la solicitud.

Richard se había portado estoico al respecto, accediendo sin argumentar. Incluso considerando que no se había ofrecido aún a ayudar, Lock decidió que lo menos que podía hacer era unirse como un hombro sobre el cual Richard pudiera llorar. Eso, y el hecho de que tal vez podría obtener información de la aparición de Natalya. Algo que pudiera ayudarlos a encontrar a Josh. Si seguía con vida.

El pasillo que estaba afuera del sitio donde se haría la identificación estaba caluroso. La cabeza de Lock seguía punzando. Encontró una silla solitaria, se sentó y cometió el error de cerrar los ojos.

Despertó cuando Richard estaba por entrar a la morgue, con los ojos enrojecidos, las manos temblorosas, y la pesadumbre de saber que le ocurrían cosas malas a las personas buenas. Cosas de las que una persona podría no recuperarse jamás. Lock había visto ese aspecto antes, cuando se había parado frente a la familia de Greer Price mientras su ataúd era bajado hacia la tierra. Había esperado nunca volverlo a ver, pero aquí estaba, ofreciendo una plegaria silenciosa porque la historia no estuviera a punto de repetirse.

Por lo poco que Frisk le había dicho acerca de la investigación del FBI, Lock había concluido que habían descubierto la misma cantidad de información útil que Lock había logrado obtener de su conversación con Richard, algunas horas antes. Casi nada. Así que Lock hizo algo que estaba en contra de cada fibra de su ser profesional: hizo una llamada a un miembro de la prensa. Una llamada que sabía que, probablemente, conseguiría que lo despidieran, y que podría asegurar que nunca volvería a trabajar en seguridad privada.

Aún así, no dudó ni un segundo. Su modo de acción siempre era el mismo cuando se encontraba acorralado: acción rápida, agresiva y determinada. Lo que no necesariamente significaba que tenía que usar sus puños.

– Necesito un favor.

Del otro lado de la línea, Carrie sonaba preocupada.

– ¿Ryan?

– ¿Recuerdas que dije que jamás te daría una entrevista...?

Podía imaginar como ella se enderezaba, estirándose para tomar la libreta y pluma que estaban siempre en la mesita del lado izquierdo de su cama.

- ¿Lo harás?
- No.
- ¿Me despertaste para decirme eso?
- No, te llamé para hacerte una oferta aún mejor.

La voz de Frisk resonaba tan alto sobre las paredes de azulejos de la morgue que uno de los asistentes le tuvo que pedir que hablara en voz baja.

Lock no estaba del todo seguro de cuantos decibeles eran necesarios para despertar a los muertos, pero entre los exabruptos de Frisk y las brillantes luces que golpeaban su retina, el dolor de cabeza que había estado sintiendo desde su alta estaba a punto de alcanzar niveles nucleares.

– ¿Estás completamente loco? Esos locos enfermos adoran esa clase de atención, – gritó Frisk, apuntando un dedo hacia el rostro de Lock.

Lock no reaccionó.

– Ya es de dominio público.

– ¿Así que lo que quieres es ponerlo en televisión nacional?

– Internacional. Estoy seguro que otros países querrán transmitirlo.

– ¿Y qué pasará si provoca a los secuestradores?

– Si lo iban a matar, si ese era su plan, ya lo habrán hecho.

– ¿Y si no es así?

– Alguien tiene que haber visto algo. Alguien debe saber donde está. Al menos así llamaremos su atención.

– Lo dices como si fuera bueno.

– ¿Cuál es la alternativa? ¿Sentarnos y esperar que pase algo?

– Estás interfiriendo con una investigación federal.

– Entonces arréstame.

– No estés tan seguro de que no lo haré, – dijo Frisk, volviéndose para vigilar a Richard Hulme.

Cuando el congelador que contenía el cuerpo se cerró, Richard tembló involuntariamente.

– No estoy seguro.

Incluso con el trabajo que se había hecho por arreglar lo que quedaba del rostro de Natalya, la bala de punta hueca y el río habían hecho su trabajo. Podría ser Natalya. Probablemente lo era. Pero no podía estar seguro.

Frisk pasó un brazo sobre su hombro. Estaba acostumbrado a esta clase de incertidumbre en los testigos, más aún en una morgue.

– No se preocupe, doctor Hulme, podemos buscar una coincidencia con el ADN que recolectamos de su departamento. Tardará un poco más, pero está bien.

Afuera, Lock caminaba de un lado a otro del corredor. Si hubiera sido un fumador habría estado abriendo su tercer paquete del día en ese momento. Pensaba en el cuerpo que yacía tan solo a unos metros de distancia, e intentaba reconciliarlo con la fotografía en la habitación de Natalya. Pensaba en sus padres, y en la llamada que recibirían. Su hija, la niña cuya nariz limpiaron y cuyas lágrimas secaron, la que creció para convertirse en una hermosa joven, la que tenía la oportunidad de tener una nueva vida en Norteamérica... ha sido asesinada.

Lock tomó una gran bocanada de aire. Sabía que tenía que evitar tener esa clase de pensamientos. No podía darse el lujo de pensarlos en ese momento. Tendría tiempo suficiente para hacerlo después. Demasiado tiempo. Ahora tenía que concentrarse en los vivos.

Seguía convencido de que Natalya, incluso en la muerte, era la clave. Tal vez más ahora que estaba muerta. Si no era importante, ¿por qué tomarse el problema de matarla? Natalya era la

última persona que había sido vista con Josh. Natalya lo había subido al auto. Cómplice activa, o víctima ignorante, la historia de Natalya era la historia de su secuestro. Estaba completamente seguro.

La puerta al final del pasillo se abrió, y Richard salió solo. Vio a Lock y sacudió la cabeza.

– No puedo estar seguro. Ha estado... – Sus rodillas se doblaron bajo su peso y se hundió en el suelo.

Lock deseó que alguno de los activistas pudiera verlo, dado lo predispuestos que habían estado en el pasado a caricaturizar a hombres como Hulme como viviseccionistas que se entusiasmaban haciendo sufrir a animales indefensos.

Richard alzó la mirada hacia Lock, su piel completamente pálida y grisácea.

– Le dispararon en la cara.

Lock lo ayudó a levantarse.

– Escúcheme, tiene que creer que Josh sigue con vida. Si alguien lo quisiera muerto, no habrían pasado por todo este problema.

– ¿Pero qué pasa si algo sale mal? ¿Qué tal que intentaron escapar, y por eso ocurrió todo esto? Josh puede ser bastante testarudo en ocasiones.

– En una situación como esta, que sea testarudo no es algo necesariamente malo. Que sea testarudo podría mantenerlo con vida.

– ¿En verdad?

– Absolutamente, – mintió Lock.

CAPÍTULO QUINCE

LA HABITACIÓN ERA blanca y olía a pintura fresca. La puerta era gris y tan pesada que el conductor había tenido problemas para abrirla cuando llegaron. Josh lo escuchó gruñir por el esfuerzo, aunque no podía verlo. Le había puesto un sombrero en la cabeza y lo había jalado sobre sus ojos durante la última parte del trayecto.

El piso también era gris. Siempre se sentía frío cuando lo pisaba. Había una cama. Era más larga que la que tenía en casa, pero no mucho más ancha. No había ninguna ventana, pero había luz. Se trataba de un domo de plástico transparente, y estaba montado en el techo, en el extremo más alejado del cuarto desde la puerta. Nunca se apagaba. Junto a él había una cámara, como las que había visto a veces en las tiendas. Había una televisión, que estaba conectada a un reproductor de DVD, y una selección de películas. Todas eran para niños pequeños. Cosas que habría visto si hubiera tenido seis años.

Había un baño y un lavabo. Ambos eran plateados y brillantes. El baño estaba directamente debajo de la cámara, así que creía que nadie podía verlo orinar. Eso era bueno.

Y eso era todo. Todo lo que había en su habitación. Además de él mismo, por supuesto. Y su ropa. Y el álbum de fotos. Pero no le gustaba pensar en el álbum. Ni siquiera le gustaba tocarlo.

Ya estaba ahí cuando él llegó. Junto con las películas. No parecía nada en particular, solo un álbum con una cubierta gris y el lomo rojo. No tenía un título al frente ni nada que indicara quién lo había escrito. Había cometido el error de abrirlo. Cada vez que se había ido a dormir desde entonces, había tenido pesadillas acerca de las fotografías que se encontraban en su interior. Pensó que podría tratarse de la mano del conductor, pero no podía estar seguro porque nunca le dirigía la palabra.

La peor parte era estar solo. Se preguntaba si alguien lo estaba buscando. Probablemente su papá. Intentaba imaginar que la puerta se abría y él entraba caminando. Cerraba los ojos e imaginaba que lo levantaba en brazos y lo abrazaba. Como Natalya solía hacer.

Entonces su mente recordaba lo que le había pasado a Natalya en el bote. O peor aún, las fotografías en el álbum. Entonces tenía que volver a abrir los ojos. Y cuando abría los ojos su padre desaparecía, pero el álbum seguía ahí. Y entonces volvía a llorar.

CAPÍTULO DIECISÉIS

ERAN CASI las cuatro de la mañana cuando Lock volvió a su departamento, un estudio en Morningside Heights, a corta distancia de la Universidad de Columbia. No había nada más que hacer por ahora. El laboratorio estaba ocupado identificando el cuerpo que creían era de Natalya. Por lo que Frisk había dicho, era casi seguro que la prueba resultaría positiva. LA NBC ya estaba preparando la exclusiva de Carrie con Richard Hulme, la cual se televisada más tarde ese mismo día. Y todos los demás que tenían trabajo en la mañana estaban dormidos. Lock decidió unírseles, cayendo encima de su cama, aún completamente vestido.

Menos de cuatro horas después fue despertado por un rayo del bajo sol de invierno que entraba en su cuarto. Le tomó casi tanta determinación el no aventar una almohada sobre su cabeza y volver a dormir, como le había tomado el investigar la posición del francotirador del edificio de Meditech. En el baño, se dio cuenta de que la brevedad del tiempo significaba que tendría que elegir entre rasurarse o bañarse. No tendría tiempo de hacer las dos cosas. Priorizando su olor corporal sobre la suavidad de su piel, se desvistió rápidamente y dio un paso hacia el chorro de agua caliente.

De pie con una toalla alrededor de la cintura, buscó entre su guardarropa. No le faltaban colores oscuros, pero sospechaba que un conjunto negro y una máscara de esquiar no se consideraría vestimenta adecuada para un funeral. Al final, decidió ponerse un par de pantalones negros, una camisa blanca con los últimos botones desabotonados, una chamarra de parka negra lo suficientemente gruesa para cubrir una multitud de pecados, y su pistola, que le había sido de vuelta la noche anterior luego de otra acalorada discusión con Frisk.

Mientras se vestía, abrió su refrigerador, sólo para ser recibido por una mohosa colección de alimentos dignos del odio de Gordon Ramsay. Tomó una bolsa negra de plástico y se deshizo de la mayor parte de las cosas. El desayuno tendría que esperar.

Sonó el timbre. Lock presionó el botón del interfono.

– Diga.

– Soy Ty.

Lock abrió la puerta y entró a su habitación. Cuando volvió a salir, Ty se encontraba de pie en la cocina, abriendo sus cajones. Ty estaba hambriento casi siempre todo el tiempo pero, sin importar lo mucho que Lock lo veía comer, la comida parecía no tener efecto en su delgada complexión de jugador de basquetbol de un metro noventa y tres de estatura.

– ¿No tienes ni cereal en este basurero? – le preguntó Ty.

– Nunca estoy aquí.

Ty se dio la vuelta, se detuvo y vio a Lock.

– Guau, hombre. Sólo... guau.

– ¿Me veo como la mierda?

– No, más bien como... – Ty pausó, buscando la palabra. – Como animal atropellado.

Lock se rascó la barbilla.

– Tuve una noche pesada.

– Hombre, he visto tipos que han pasado diez años en la cárcel con mejor aspecto que tú.

Como sea, ¿no deberías estar descansando?

– Debería.

– ¿Entonces por qué no lo haces?

– Encontraron a la *au pair* de Josh Hulme.

– Bien. ¿Qué explicación dio?

– No dijo mucho. Le dispararon en la cara y la tiraron en el East River.

– Que horror, – dijo Ty, con una expresión neutra. Estudió el aspecto de Lock. – ¿Es por eso que estás vestido como Walker, Ranger de Texas?

– ¿Estás diciendo que me parezco a Chuck Norris?

– Chuck en un mal día. Mira, Lock, ¿recuerdas que te dije que no vamos a involucrarnos?

– No nos involucraremos. Lo haré yo.

– Ryan, eres un empleado de Meditech, igual que yo.

– Y dado que estoy convaleciente, pensé que podría hacer algo de trabajo pro bono.

Lock tomó una toalla, entró al baño y cerró la puerta.

Ty movió un par de calzoncillos sucios de una silla y se sentó mientras Lock desaparecía en el baño. Sonrió para sí mismo. Tenía que admitirlo, era clásico de parte de Lock. El tipo nunca había encontrado una causa perdida que no le gustara.

Así había sido Lock desde que se conocieron por primera vez en Irak, cuando Ty estaba en la Marina y Lock, extrañamente, en la Unidad de Protección Personal del Real Cuerpo de Policía Militar Británico. Lock se había convertido en una fuente de instantánea fascinación para Ty. Aunque caminaba, hablaba e incluso mascaba chicle como cualquier norteamericano, estaba ahí, trabajando con los británicos, habiendo volado a Inglaterra para enlistarse justo después de haber salido de la universidad. La decisión, explicó Lock más tarde, provino de su padre, un inmigrante escocés que había servido en la misma unidad, pero se había enamorado y casado con una joven de California, antes de que las canciones de los Beach Boys la hicieran famosa.

Después de Irak, y de que ambos hubieran dejado por fin el uniforme, Ty le había conseguido a Lock el trabajo en Meditech. Ni siquiera le molestó enterarse de que estaría trabajando como el segundo al mando de Lock. Dejando de lado su propio ego, sabía que cuando se trataba de trabajos de protección personal, la Unidad de Protección de la policía británica era lo mejor que existía. Sin actos de bravuconería o heroísmo. Simplemente hacían el trabajo con el menor escándalo posible.

Lock salió del baño. Ty decidió hacer un segundo intento.

– No es una buena idea, hermano. Brand quiere tu trabajo.

– Dime algo que no sepa.

Tanto Lock como Ty sabían que Brand había estado buscando ocupar el puesto de Lock desde que había sido contratado.

– Y ha estado susurrando en el oído de Stafford Van Straten. Diciéndole que estabas alardeando cuando atacaron las oficinas, – dijo Ty.

– Sartén. Cazo.

– Tal vez, pero Stafford le ha pedido al viejo que te despida. Escucha, estás en su nómina y no quieren verse involucrados en el secuestro.

– Richard Hulme trabajó para ellos por mucho tiempo. Le deben su ayuda.

- Ellos no lo ven así. Mándame al diablo si quieres, pero deja el asunto en paz.
- ¿Ellos te enviaron?
- Maldita sea, no. No saben nada acerca de esto.
- Lo que no saben no puede herirlos.

Ty sonrió. Si así era como Lock veía las cosas, entonces al diablo, tal vez podría unirse también a la aventura.

CAPÍTULO DIECISIETE

CARRIE MIRÓ DIRECTAMENTE al lente de la cámara dos.

– Es la pesadilla de todos los padres. Un crimen que ha atrapado la atención del público como ningún otro. Imagine a su hijo o hija, secuestrado por una persona o personas desconocidas. ¿Quién podría imaginar el tormento sentido por un amoroso padre... – cortaron la imagen de Carrie para hacer un acercamiento a Richard Hulme, que lucía incómodo mientras se enderezaba la corbata por enésima vez. – para quien esta pesadilla es una realidad? En pocos momentos hablaremos con el doctor Richard Hulme. Su hijo Josh, de siete años de edad, desapareció luego de dejar una fiesta de Navidad en el Upper East Side. El día de ayer se encontró un cuerpo que, se cree, pertenece a la *au pair* de Josh, la rusa Natalya Verovsky. Pero, hasta este momento, no hay señal del pequeño Josh. Esta noche su padre hablará de la desaparición de su hijo, y del papel que pudo haber jugado en el secuestro su empleo como científico investigador para la controversial compañía Meditech. A continuación, después de los siguientes mensajes comerciales.

El anuncio terminó, y mandaron la transmisión a comerciales. Carrie se volvió hacia Richard, quien estaba sentado a su lado, completamente pálido.

– Nunca accedí a hablar de Meditech.

– Entonces no responda esas preguntas, – le contestó ella, con algo de dureza en su voz.

– Pero entonces parecerá que tengo algo que esconder.

– ¿Bueno, lo tiene? – lo retó. Richard desvió la mirada.

Carrie se inclinó hacia él.

– Estoy aquí para ayudarlo a encontrar a su hijo. Pero también planeo llegar al fondo de esta historia. Con o sin usted.

Volvieron de los anuncios y Carrie comenzó a describir la línea temporal de la desaparición de Josh, consciente de que, mientras lo hacía, Richard hacía su mejor esfuerzo por no desmoronarse, su rostro siendo capturado por un lento acercamiento.

– Cada mañana, cuando despierto, siento que estoy ahogándome, – dijo, con la voz entrecortada. Carrie asintió con simpatía. Luego del siguiente corte comercial, planeaba hacer su jugada, acelerar el ritmo y pasar al tema de Meditech y los activistas de los derechos de los animales. Lock le había mencionado un par de preguntas que quería que salieran al aire, como la razón por la que Meditech había despedido a Richard. Ambos sabían que Richard no tendría las respuestas, pero al someterlas al dominio público, podrían contar con que el resto de los noticieros ampliarían su enfoque.

Mientras Carrie anunciaba el siguiente corte comercial, escuchó a su productora, Gail Reindl, en su oído.

– Necesito hablar contigo antes de que volvamos a estar en vivo. Estoy bajando.

Carrie se aseguró de que el asistente de producción rellenara el vaso de agua de Richard mientras ella se dirigía al fondo del estudio para hablar con Gail.

Gail llevó a Carrie hacia una esquina.

– No hagas preguntas sobre Meditech.

– ¿Por qué?

– No preguntes.

– Esto es una idiotez, – dijo Carrie, liberando su brazo. – Ya sé, no me digas: uno de sus agentes de publicidad ha estado en el teléfono vociferando acerca de sus anuncios en la cadena. Malditos agentes.

Gail ignoró el comentario.

– Escucha, todo el material emocional es dinamita. No perderemos nada si evitamos el tema.

– ¿Además de la verdad, quieres decir?

Gail resopló con sorna.

– Estás hablando como si fueras una estudiante de primer año de periodismo.

Carrie se enfureció.

– No, voy a perseguir la historia. ¿Cómo podemos omitir que trabajaba para una compañía afuera de cuyas oficinas fueron asesinadas varias personas? Quedaremos como imbéciles.

– De acuerdo, menciónalo cuando volvamos, pero cambia de tema inmediatamente.

– ¿A qué?

– Ya se te ocurrirá algo.

Y con eso Gail se marchó, envuelta en cachemir negro y una nube de Chanel Nº 5. Carrie tuvo que trotar por el estudio para volver a su posición a tiempo.

Con los ojos de la nación una vez más sobre ella, Carrie continuó con fluidez.

– Richard, hasta hace algunas semanas solías trabajar para la Corporación Meditech.

– Sí, así es.

– ¿Por cuánto tiempo trabajó para ellos?

– En total, casi seis años.

– ¿Y en que consistía su trabajo?

– Estaba involucrado en un gran número de áreas.

– ¿Y éstas incluían pruebas en animales?

Richard no dudó en responder.

– Es correcto. Yo creía que los beneficios a la humanidad superaban el sufrimiento causado a los animales.

– ¿Pero dejó recientemente su empleo en Meditech?

– Unas semanas antes de que Josh desapareciera, es verdad.

Carrie podía escuchar a Gail, que se estaba quedando sin aliento mientras corría de vuelta a la cabina, diciéndole al oído:

– Suficiente, vuelve al tema del niño.

– ¿Cuál era la naturaleza del trabajo que hacía para Meditech?

– Ese es un tema que no puedo discutir a detalle, por cuestiones de confidencialidad.

Gail habló de nuevo.

– Basta, Carrie.

Carrie le sonrió a Richard, y dedicó su siguiente comentario a Gail, y al imbécil trajeado que había decidido intentar hacer su trabajo por ella.

– Entiendo, y su lealtad es admirable, particularmente ahora que su antiguo empleador se rehúsa a ayudarlo a encontrar a su hijo, ¿no es así?

Richard dudó esta vez.

– Sí... es correcto.

Al pasar al siguiente corte comercial, Gail se dirigió hacia Carrie. Carrie se preparó para el embate. Gail Reindl en modo de ataque era todo un espectáculo.

En lugar de eso, Gail paseó la mirada por el estudio y dijo:

– Termina ya con Hulme.

– Pero aún nos quedan diez minutos.

– Lo sé, pero tenemos una llamada. Quiero que la transmitas en vivo.

El corazón de Carrie se aceleró.

– ¿Ya tenemos una pista?

– Tenemos a todos los maniáticos desde Long Island hasta Long Beach saturando las líneas, pero este es diferente. El director de Meditech quiere aclarar algunas cosas.

Carrie hizo su mejor esfuerzo por evitar sonreír. No por la idea de los impresionantes niveles de audiencia que obtendrían, sino por lo que Lock le había dicho cuando la llamó para arreglar la entrevista con Richard Hulme.

Veamos si podemos enfurecer a alguien.

Desde el rabillo del ojo, Carrie alcanzó a ver como un asistente de producción se alejaba con Richard. Mientras el gerente de piso contaba silenciosamente a sus espaldas con los dedos, ella miró directamente al lente de la cámara.

– En la línea tenemos ahora a Nicholas Van Straten, el socio mayoritario y director ejecutivo del antiguo empleador de Richard Hulme, Meditech. Señor Van Straten, gracias por ponerse en contacto con nosotros. Nuestros televidentes seguramente estarán muy agradecidos porque nos comparta su perspectiva.

CAPÍTULO DIECIOCHO

NO HABÍA NECESIDAD DE MÁSCARAS. No había cámaras en el interior del departamento, y el único testigo era la persona a la que habían venido a matar. El hombre más alto golpeó la puerta primero, mientras que el más bajito de los hombres se colocó a un lado de la puerta.

Al principio nadie respondió. Tal vez el volumen de la televisión estaba demasiado alto. O tal vez había salido. Estaban a punto de marcharse cuando la puerta se abrió y el rostro de una mujer se asomó por la apertura. Era ese tipo de vecina.

El hombre más alto sonrió.

– ¿Señora Parker? – preguntó.

– Ya les he dicho que no sé donde se esconden.

– No se trata de eso, señora Parker.

– ¿Se ha quejado alguien de mis gatos?

– Lamento molestarla, señora, pero, ¿me permitiría pasar?

Él podía notar que ella lo estaba considerando, tomando en cuenta que era educado, iba bien vestido y, lo más importante, era blanco. Ella cerró la puerta para poder deslizar la cadena, la abrió nuevamente y lo dejó pasar. Él entró.

– Permítame, – dijo, cerrando la puerta, pero no del todo.

El olor era abrumador. No sabía como podía vivir así. Un gato ronroneó y se talló contra sus piernas. Pasó sobre él y siguió a la mujer hacia la sala. Efectivamente, el televisor estaba encendido, César Millán le explicaba a una mujer anoréxica como hablarle a su cretado rodesiano. Hasta ahí llegaba la teoría de que las personas se parecían a sus mascotas.

– Ahora, permítame decirle algo acerca de las personas que viven a lado. No les gustan mis gatos, ¿sabe?

– Y son tan hermosas criaturas, – dijo él, moviéndose de forma que si ella lo quería ver de frente quedaría de espaldas a la puerta.

– ¿Eso cree?

– Completamente. Es mi animal doméstico favorito. Por mucho.

– ¿Tiene usted alguno?

Ya estaba a lado de la puerta. Casi en posición.

– No, me temo que vivo en un edificio donde no permiten tener mascotas.

– Es una pena.

El hombre más bajito apareció en ese momento en la entrada, la mujer no había reparado en su presencia. Pero la media docena de gatos que se encontraban en la habitación sí lo habían hecho. Gracias a alguna clase de sexto sentido felino, comenzaron a maullar. Primero uno, luego otro.

El hombre más bajito se movió con rapidez, dando los pasos restantes en un segundo, y quitando la tapa de plástico de la jeringa mientras lo hacía. Cuando ella se giró, le clavó la punta de la jeringa en la nalga derecha, y empujó el émbolo.

Cuando ella comenzó a gritar, el hombre más alto la envolvió en sus brazos. El hombre más bajito apretó su mano libre contra su boca. Un gato siseó y brincó sobre la televisión donde se detuvo sin parpadear, mientras su dueña se deslizaba hacia el piso. Su boca estaba abierta. También sus ojos. La expresión en su rostro era una de completa sorpresa.

– De acuerdo, llevémosla a la silla.

Juntos, la llevaron hacia una silla solitaria, colocando sus manos sobre su regazo. El hombre más bajito cerró sus párpados con sus dedos pulgar e índice, y dio un paso atrás para apreciar su obra.

– Se ve muy forzada, – dijo el hombre más alto.

– Tienes razón.

El hombre más bajito se agachó y jaló su pie derecho, de forma que la pierna quedaba en un ángulo extraño. Una última revisión.

– Perfecto, – dijo, agachándose para recoger la tapa de la jeringa.

– ¿Qué hay de los gatos?

– ¿Qué tienen?

– ¿Bueno, no se morirán de hambre?

El hombre más bajito dirigió una última mirada a la anciana que estaba sentada sobre la silla.

– Tendrán provisiones suficientes para tres semanas justo aquí.

CAPÍTULO

DIECINUEVE

STAFFORD VAN STRATEN parecía estar al borde de un aneurisma. Se pasó una mano por su rubio cabello mientras su boca se abría y cerraba con la articulación de un pez dorado.

– ¿Vas a poner a Lock a cargo de esto?

Su padre lo llevó hacia una orilla, donde su séquito no pudiera escucharlos.

– Sé que ustedes dos no se llevan bien, y no me interesa la razón, pero lo necesitamos ahora, – dijo, ignorando el hecho de que ambos sabían perfectamente bien la razón por la que Stafford y Lock no se llevaban bien. La razón le había costado incontables noches de insomnio y un cuarto de millón de dólares, y probablemente Nicholas Van Straten jamás la olvidaría.

– Pero Richard Hulme no es nuestro problema.

– Escúchame. Sin importar cuales son nuestros problemas con Richard Hulme, y sin importar lo que digan nuestros abogados, – Nicholas Van Straten se detuvo, bajando la voz hasta convertirla en un urgente siseo. – Un niño está perdido. ¿Qué harías si se tratara de ti?

Stafford sonrió.

– Yo no soy un niño

– Exactamente, entonces deja de comportarte como si lo fueras.

Despidiendo a su hijo sobre su hombro, Nicholas Van Straten le hizo un gesto a Ty para que se acercara.

– ¿Tyrone?

– Sí, señor.

– ¿Tuviste suerte con Ryan?

– Sigue incomunicado.

– Habla como civil, Tyron.

– Apagó su celular.

– De acuerdo, tan pronto como puedas contactarlo, quiero que venga aquí para darme un reporte. Mientras tanto, ¿puedes comenzar con los otros procedimientos?

– Sí, señor.

Stafford entró en su oficina, levantando el palo de golf que estaba en una esquina y balanceándolo como un bate de béisbol. Él era el heredero, el hombre que dirigiría la compañía algún día, y ni siquiera le preguntaban su opinión. La opinión del superintendente del edificio era más importante en la compañía que la suya.

La puerta hacia el baño ejecutivo estaba abierta, y alcanzó a ver su propio reflejo. Se detuvo, complacido por su propia imagen, sus brillantes ojos azules y su abundante cabello rubio, ambos heredados de su madre. Sólo lo decepcionaba la débil barbilla que había heredado de su padre. Con una barbilla más sólida habría tenido el rostro adecuado para la portada de la revista Fortune. El rostro de un hombre nacido para la grandeza.

– Te ves muy bonito.

Stafford se dio la vuelta para ver a Brand de pie en el resquicio de la puerta. Dejó caer el palo en una posición más convencional y fingió dar un golpe amplio.

– ¿No te enseñaron a llamar a la puerta antes de entrar? – dijo, sintiéndose como si lo hubieran atrapado haciendo algo malo.

Brand puso una mano sobre su hombro.

– No dejes que el viejo te haga enojar.

– Esta era nuestra oportunidad de superar toda esta idiotez de los derechos de los animales. ¿Por qué no le pudo haber asignado esto a uno de tus muchachos? Quiero decir, quien sea menos Lock. Odio a ese tipo. – Stafford pateó la pared con la punta de sus sandalias inglesas de piel de Oxford.

– Lo sé, hombre.

– ¿Qué vamos a hacer con él?

– ¿No puedes hablar con tu padre? Sugerirle que tal vez es momento de que Lock busque otras oportunidades fuera de la compañía.

Stafford sonrió.

– ¿Y hacerte a ti jefe de seguridad?

– Oye, no es una mala idea.

– No lo hará. No después de todo lo que ha pasado. Ahora cree que el sol sale del trasero de Lock.

– Que bonita imagen. ¿Sabes qué creo yo? Probablemente fue Lock el que planeó la entrevista. Lock lleva tiempo saliendo con la entrevistadora.

– Tal vez podamos aprovechar eso.

Brand volvió a darle a Stafford una palmada en el hombro.

– Ya llegará tu oportunidad, Stafford. Tú y yo, somos el futuro. Tu padre y Lock serán historia pronto.

CAPÍTULO VEINTE

UN LETRERO QUE LEÍA “EN RENTA” estaba colgado como una bandera de paz afuera del restaurante coreano. Más adelante, el edificio de Meditech se veía exactamente igual a como había estado antes de la masacre, aunque con una o dos gigantescas adiciones en forma de media docena de barreras anti asalto Metalith™. El frente de vidrio también había sido reconstruido, y la tonalidad de las ventanas, aún con la luz del día, reflejaba sus capacidades a prueba de explosiones.

Las ventanas reflejaban la imagen de Lock mientras él se encontraba de pie en el exterior, estudiando el rostro del siempre cambiante extraño. Lo que alguna vez había sido una sombra ahora era una barba cerrada. Sus ojos tenían grandes bolsas debajo de ellos. Sus pupilas estaban dilatadas pero su esclerótica estaba enrojecida. Le recordaba a alguien más. Le tomó un momento razonar a quien. Ya lo tenía. Se veía como Richard Hulme. Se quitó la gorra de béisbol, alzó una mano y se tocó las suturas en el cráneo. Tal vez todos terminarían pareciéndose a Richard Hulme antes de que encontraran a Josh.

Dio algunos pasos hacia el vestíbulo.

– ¿Disculpe, señor, a quién viene a ver?

Era alguien del equipo de Brand. Un ex marinero con cara de bebé que se hacía llamar Hizzard.

Lock miró el bulto debajo del abrigo del guardia.

– Hizzard, tal vez está haciendo frío allá afuera, pero aquí adentro hacen más de veintisiete grados aquí adentro. Te ves como un imbécil.

Hizzard se quitó de mala gana el abrigo, revelando una Mini Uzi con lo que Lock estimaba era un cargador de cincuenta disparos.

– Por Dios, pensándolo bien ponte el abrigo antes de que alguien vea esa cosa. ¿De qué diablos se trata? ¿Crees que estás en una película de acción?

Hizzard parecía avergonzado.

– Escucha, Fiddy, – dijo Lock, – escoge un arma que sea adecuada para el trabajo. Así de simple.

Se escucharon pasos sobre el piso de mármol a sus espaldas. Lock se dio la vuelta, complacido de ver a Ty caminando hacia ellos por el vestíbulo.

– Te quieren arriba en veinticinco minutos. Podemos hablar en el camino.

– Por supuesto, – dijo Lock, desviando la mirada de Hizzard a Ty.

Ty le hizo un gesto a Lock como queriendo decir “estos chicos de hoy en día” mientras se dirigían al primer grupo de elevadores, que los llevaría hasta el piso veinte. Entraron en uno y Ty presionó el botón. Las puertas se cerraron. Una cámara escondida en la esquina del elevador los vigilaba. Lock le dio la espalda y contó hasta diez.

– ¿Qué hay con todo el armamento, Tyrone?

– Te dije hombre, ahora que no estás todos quieren superarte. Brand está marcando su territorio.

Las puertas se abrieron en el piso veinte. Los esperaban dos miembros más del equipo CA de Brand. Esta vez no traían abrigos, pero ambos llevaban el mismo modelo de ametralladora que los chicos de la planta baja.

Lock y Ty se miraron el uno al otro. Claramente los lunáticos estaban controlando el manicomio.

CAPÍTULO VEINTIUNO

ENTRANDO en la sala de juntas del piso veinticinco, Lock se sintió tan cómodo como un adicto al crack en el Rainbow Room. Aunque nadie lo estaba juzgando, todo lo contrario. Nadie hizo ningún comentario sobre su apariencia. O le preguntó como estaba. O intentó averiguar que tal le iba como el representante “oficial” de Meditech en la búsqueda de Josh Hulme. En lugar de mirarlo, todos se pusieron a estudiar las hojas que tenían enfrente de ellos y esperaron que su jefe, Nicholas Van Straten, comenzara.

Nicholas Van Straten se sentó en la cabecera de la mesa. Stafford se encontraba directamente a la derecha de su padre, Brand a su izquierda. Eso no era una buena señal. Ty tomó asiento junto a Lock, a algunos asientos de distancia. Repartidos en las otras sillas se encontraban cinco o seis empleados. Lock podía nombrar a algunos de ellos, y a algunos no. Era una empresa muy grande.

Stafford miró a Lock de arriba a abajo.

– No me avisaron que era viernes casual.

La mujer del departamento de relaciones mediáticas murmuró como una colegiala.

Lock miró a Stafford.

– Mi esmoquin está en la tintorería.

Nicholas Van Straten cerró un delgado sobre de papel manila con una mano con manicura perfecta y levantó la mirada hacia la mesa, mirando a Lock a los ojos por un segundo.

– Gracias por estar aquí, Ryan. En verdad lo aprecio. ¿Cómo te sientes?

Lock dirigió su respuesta hacia Brand.

– Listo para trabajar.

Brand sonrió.

En lugar de enfurecerse, Lock intentó imaginarse flotando fuera de su cuerpo y mirando lo que ocurría desde el techo. Lock, como un observador desapasionado, podía recordarse a sí mismo que todo lo que había hecho era ganarse su paga. A los guardaespaldas se les paga la cantidad de dinero que se les paga porque, algún día, deberán arriesgar su propia vida para salvar la de su jefe.

Lock tomó aliento e hizo su mejor esfuerzo por concentrarse.

– Me gustaría disculparme por mi apariencia. He tenido un par de días algo caóticos.

Lock podía ver a Ty estudiando la mesa, haciendo un gran esfuerzo por no reírse.

– Bastante, diría yo, – dijo Nicholas. – Ahora, ¿podemos discutir que haremos a continuación?

La mujer de relaciones públicas, la famosa Missy que había tenido la idea de la “conferencia de prensa en el exterior de las oficinas”, dio inicio a un entusiasta discurso acerca de como manejar la situación de Josh Hulme desde la perspectiva de su departamento. Como la verdadera

profesional que era, comenzó con un poco de adulación.

– Bueno, señor Van Straten, con su brillante intervención hemos dado un gran inicio en el manejo de esta muy delicada situación. Claramente, nuestra falta de participación inicial hizo algo de daño, pero eso no debería durar demasiado ahora que se sabe que estamos ayudando.

El ‘se sabe’ divirtió a Lock, pero permaneció callado. Claramente, el terreno había cambiado mucho en poco tiempo, y necesitaba tener una perspectiva general antes de decir cualquier cosa.

Mientras Missy continuaba, utilizando palabras de tres sílabas cuando dos habrían sido suficientes, Lock estudió a Brand. Con una cabeza cuadrada sobre un torso igualmente cuadrado, estaba sentado tieso como un palo, mirando directamente a la mujer que hablaba. Sus manos estaban dobladas sobre la mesa, sus dedos cruzados. Daba la apariencia de ser alguien que escuchaba con atención cuando, en realidad, Lock sabía por su experiencia que seguramente no tenía la menor idea de lo que estaban diciendo. Aún así, permanecía inexpresivo. Tranquilo y en control.

– Así que, en resumen, – decía Missy, – creo que se trata de una excelente oportunidad no solo para construir la conciencia de la marca, sino para reposicionar a nuestra compañía como una que realmente se preocupa por la comunidad.

Mierda. Sólo en la América capitalista podía el secuestro de un niño, que ya había producido un cadáver, ser visto como la forma de hacer parecer a una empresa cálida y amigable.

– Tengo una idea, – dijo Lock.

Todos los ojos voltearon hacia él.

– Tal vez si recuperamos al niño en una pieza podríamos hacer un comercial con alguno de nuestros medicamentos. Ya saben, como Ritalin o algo así.

Nadie se rio. Ni se enfureció. Missy anotó algo.

– ¿O crear tal vez algún tipo de fundación?

– Creo que notarán que el señor Lock está bromeando, – dijo Nicholas Van Straten con sequedad.

– Oh, – dijo ella, mirando a Lock como si acabara de orinarse en la esquina de la sala de juntas.

– ¿Me permiten? – interrumpió Stafford.

– Adelante, – dijo su padre.

Stafford juntó las palmas de sus manos en aparente actitud de súplica y pausó por un momento.

– No creo que esto sea un problema. Esto no son más que tonterías de relaciones públicas, nada que nos pueda afectar. Y seguramente nada que deba preocupar a nuestros accionistas. Los activistas de los derechos de los animales, ese es nuestro verdadero problema. Pero ahora que salieron de la ecuación podemos volver a concentrarnos en nuestro verdadero objetivo. – Stafford se levantó. – Ahora, esto es lo que propongo...

Lock se movió incómodo, su recurrente dolor de cabeza había comenzado a molestar la parte frontal de su cráneo. Mientras miraba como Stafford parloteaba, su mente volvió tres meses atrás, recordando la primera vez que vio al hombre.

Lock había estado supervisando una redada de los pisos superiores del edificio, explicando al recién contratado Hizzard el procedimiento correcto para la búsqueda de civiles en una locación mientras el lugar estaba tranquilo. Incluso los empleados que odiaban regresar a un departamento vacío, o que querían hacer horas extra sin paga para impresionar a su gerente, se habían ido varias horas antes.

Lock había dejado a Hizzard para que revisara una mitad del piso mientras él revisaba la otra.

A Lock le quedaba una oficina por revisar. La de Stafford. Su oficina se encontraba un piso por debajo de la oficina de su padre, suficientemente cerca como para que pudiera sentirse importante, pero lo suficientemente lejos como para que su padre no tuviera que verlo todo el tiempo. La puerta estaba ligeramente entreabierta, y cuando Lock la abrió vio a una mujer recargada sobre el escritorio. En la mano derecha de Stafford se encontraba un mechón de su cabello, mientras que su mano izquierda se movía entre sus muslos. La mujer hacía lo que podía por luchar contra él, rasguñando la cara de Stafford con la mano que tenía libre.

– Cierra la maldita boca, perra, – gruñó Stafford, jalando con fuerza su cabeza.

– Me estás lastimando, – suplicó ella.

Stafford acercó su rostro al de ella.

– Apostaría que te gusta duro, ¿no es así? – le susurró.

Lock había visto suficiente. Entró por la puerta.

– No necesitas revisar esta oficina, ve a otra parte, – ladró Stafford, sin molestarse en mirarlo.

Cuando no hubo respuesta, Stafford soltó el cabello de la mujer y comenzó a desabrocharse los pantalones.

Cubriendo la distancia entre ellos con seis grandes pasos, Lock se detuvo en cuanto Stafford miró a su alrededor. La mirada en la cara de Stafford no era de pena, o culpa, o nada que se aproximara a esos sentimientos. Sólo parecía estar un poco irritado porque alguien tuviera la audacia de desobedecerlo. Nunca antes había sentido Lock tanta urgencia por borrar la expresión de alguien de su rostro.

Lo hizo dándole un solo golpe a Stafford en la cara, la curva de su codo encontró su nariz con un suave crujido. Si había algo que podía garantizar que un violador perdiera su erección, eso era una repentina sacudida de dolor. Usualmente funcionaba mucho más rápido que una ducha fría.

La mujer se liberó y se dio la vuelta. Respiraba con dificultad por el forcejeo. Se llevó ambas manos al rostro y se talló los ojos, como deseando despertar de una pesadilla. Lock pensó que tenía alrededor de veinte años, se trataba de una pasante o una recién egresada de la universidad.

– ¿Estás bien? – preguntó Lock.

Ella asintió, forcejeando para volver a subirse las pantimedias. Hizzard, el nuevo recluta, entró a la habitación y se paralizó al ver la escena.

– Hay un baño al final del pasillo, – le dijo Lock a la mujer. – Hizzard te llevará.

Ella parecía indecisa.

– No te preocupes, estás a salvo, – dijo Lock.

– De acuerdo.

Su voz sonaba vacilante. Acomodándose la falda, salió de la oficina con la cabeza agachada, evitando mirar a Stafford. Hizzard salió detrás de ella, manteniendo una cuidadosa distancia.

Lock pasó junto a Stafford y se dirigió al teléfono. Le agradó ver un destello de pánico en los ojos de Stafford.

– Oye, espera un minuto.

Lock presionó el número nueve para que el teléfono le diera línea. Podía ver que Stafford estaba desesperado por arrancarle el auricular, pero era demasiado cobarde para hacerlo. Sostuvo el teléfono entre su hombro y su barbilla.

– ¿Qué vas a decirme? ¿Qué le gusta duro? ¿Qué se te ha estado insinuando por semanas? ¿Por qué más se quedaría tan tarde en una noche de viernes sólo contigo y ella en el edificio? – presionó nuevamente el número nueve.

– ¿Lock? ¿Así te llamas, no? – dijo Stafford, su voz repentinamente agua por el pánico.

Lock presionó el uno. Sólo quedaba un dígito más.

– Mira, hombre, no voy a darte ninguna excusa. No sé que estaba pensando. Tengo un problema.

– Ahora lo tienes, – dijo Lock, presionando el último uno. – Departamento de Policía, por favor.

Pasó un segundo antes de que lo comunicaran, y Lock se sentó casualmente en la orilla del escritorio, disfrutando de la evidente incomodidad de Stafford. En su interior estaba seguro de una cosa: esta bien podría ser la primera vez que Stafford había sido interrumpido, pero definitivamente no era la primera vez que ocurría.

– Al diablo contigo, hombre, – espetó Stafford. – Lo que viste no servirá de nada en la corte. Ni siquiera irá a juicio. Es su palabra contra la mía.

Lock bajó el auricular. Lo que Stafford creía que había sido una táctica para intimidarlo por parte de Lock, era mucho más que eso. Lock había bajado el teléfono no porque Stafford lo asustara, sino porque tenía razón. Una llamada a la policía no cambiaría nada.

Tomó su pistola SIG y la levantó hacia la cara sangrante de Stafford. El movimiento fue tranquilo, hasta el punto de parecer casual.

– ¿Te gustan las armas?

El rostro de Stafford estaba ahora pálido por la sorpresa.

– Estuve en el Cuerpo de Entrenamiento de Oficiales de Reserva en la universidad, – tartamudeó.

– ¿Recuerdas la primera lección que de tío tu instructor de armas de fuego? ¿La regla cardinal?

Stafford tragó saliva.

– Nunca apuntes con tu arma a nadie a menos que planees dispararles.

– Muy bien. Diez de diez. Ahora, afuera, – Lock le hizo un gesto a Stafford señalando la puerta.

Hay muchas maneras en las que un hombre puede pensar que reaccionará si se le apunta con un arma. En combate, Lock había visto como algunos fanfarrones perdían el control de sus vejigas, y los cobardes encontraban una calma relativa con la que podían defenderse. Pero la primera emoción que todos experimentaban era siempre la misma. Miedo.

Stafford caminó dócilmente hacia la puerta. En el pasillo, Lock bajó su arma, pero se aseguró de que Stafford caminara frente a él y no volteara a verlo. Detrás de ellos, Hizzard montaba guardia en el baño de las mujeres.

Lock llevó a Stafford hacia el elevador. La confirmación de que estaban siendo observados llegó en forma de una voz en el oído de Lock que provenía de el cuarto de control.

– Estamos bien. Sólo vamos a tomar un poco de aire, – respondió Lock.

Subieron al último piso. Dese ahí podían tener acceso al techo del edificio. Lock ingresó el código e hizo pasar a Stafford por la puerta con un empujón.

Afuera estaba oscuro. Hacían diez grados a lo mucho. Una luz con sensor se encendió, arrojando las sombras de los dos hombres sobre el borde del techo.

La caminata parecía haberle dado la oportunidad a Stafford de recuperar un poco de su compostura.

– ¿Qué harás ahora? ¿Vas a matarme? – preguntó.

– No, – respondió Lock, – vas a saltar.

– ¿Qué? ¿Estás loco? Las cámaras te grabaron trayéndome hasta aquí

– ¿Hablas de las cámaras cuyos discos van a ser accidentalmente borrados por orden mía justo cuando estés golpeando la acera?

– ¿Qué hay de la chica?

– ¿Crees que va a decir algo a tu favor, después de lo que hiciste?

– No hay forma en que te puedas salir con la tuya.

– Estuve diez años con el Cuerpo Real de Policía. ¿En verdad piensas que no puedo liberarme de toda sospecha?

Manteniendo su pistola apuntando a Stafford, Lock caminó hacia el borde del techo.

– Te atrapé intentando violar a un miembro del personal. Te separé de ella. ¿Todo eso puede ser corroborado, no es así?

Stafford no respondió.

– No hay cámaras aquí arriba, nadie que sepa que has admitido tu culpa, – continuó Lock, moviendo ligeramente su arma, de forma que apuntaba a Stafford directamente a la cara.

Stafford levantó las manos.

– De acuerdo, pensemos que ella admitirá esa versión de los eventos. ¿Qué diferencia hace?

– Bien, tengo la obligación de reportarte. Tú me suplicas que lo reconsidere. Tienes una oferta que hacerme. Venimos al techo, donde nadie puede escucharnos. Todo lo que se verá en las cámaras son dos personas caminando hacia aquí. Subimos y cómodamente, bajo las estrellas, me haces una oferta. Pero yo no la acepto. De hecho, voy a mencionarlo cuando el caso llegue a la corte. Decir que me ofreciste un soborno hará la historia de ella mucho más convincente, ¿no crees?

Lock había estado caminando en círculos, así que ahora estaba frente a Stafford y Stafford estaba de espaldas a la orilla. Al hablar, Lock había avanzado hacia él. Sólo lo suficiente para reducir su espacio personal. Stafford había retrocedido instintivamente, inconsciente de lo que hacía. Estaba a menos de dos metros del precipicio.

– Estás perturbado. Llorando. Incoherente. Porque sabes lo que les ocurre a los violadores en prisión. Especialmente a los jóvenes atractivos como tú. Estarás recibiendo en lugar de dando. Además, serás una vergüenza para tu familia. Así que... – Lock colocó su dedo en el gatillo de la SIG – saltas.

– Nadie creerá eso, – dijo Stafford, retrocediendo un paso.

– Oh, algunas personas no lo creerán. Es una historia muy rebuscada, ¿no? Pero una corte lo resumirá todo en tu palabra contra la tuya. Y tú ya no estarás en condiciones de decir nada.

Stafford miró sobre su hombro. Sorprendido por lo cerca que estaba del borde, dio un paso hacia adelante, pero Lock negó con la pistola.

– Sentido contrario.

– No lo haré. No voy a saltar.

– Entonces te aventaré. No sería la primera vez que lo haga.

Lock guardó la SIG y empujó a Stafford con fuerza en el plexo solar. Él se dobló por el dolor y Lock lo pateó en la entrepierna, y después en la cara.

– Nadie va a notar algunos golpes de más en el cuerpo de un suicida, – notó, tomando a Stafford por la ropa y llevándolo hacia el borde.

– ¡Ayuda! ¡Alguien ayúdeme! – gritó Stafford.

– Estamos solos, Stafford. Ni siquiera papi te podrá rescatar ahora.

Había un borde de concreto justo en la orilla del techo. Lock jaló a Stafford hacia ahí.

– Por favor. ¡Por favor no lo hagas! – suplicó Stafford.

– ¿Por qué lo haría? Dame una buena razón.

– No tengo ninguna.

– ¿No quieres morir, o sí?

Stafford sacudió la cabeza, las lágrimas caían sobre su rostro.

– No, no quiero.

Lock retrocedió, sin dejar de apuntarlo con la pistola.

– De acuerdo, entonces esto es lo que vamos a hacer.

Lock describió brevemente las obligaciones de Stafford, y lo que pasaría si no las cumplía. Entonces retrocedió de vuelta hacia la escalera, dejando a Stafford solo en el techo por el resto de la noche, para que pensara en lo que había hecho.

Algunos días después la pasante contactó a Lock para agradecerle. Luego del ataque, llegó por correo a su departamento un cheque firmado por la cantidad de doscientos cincuenta mil dólares. También recibió un acuerdo legal que declaraba que ella no haría nada más al respecto.

Lock sabía que era una forma vulgar para liberar a Stafford del problema y se sentía mal al respecto. Pero también sabía cual era la tasa de condenas en los casos de ataques sexuales.

Una vez más, la justicia no había tenido nada que ver con ello.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

– QUIERO que Ty trabaje conmigo en la recuperación, – dijo Lock, diciéndolo no como una pregunta sino como una declaración. Sería más rápido de esa manera, y ya habían perdido media hora en estupideces que nada tenían que ver con la recuperación de Josh Hulme y, por el contrario, se concentraban sólo en el precio de las acciones de Meditech y el ego de Stafford.

– De acuerdo, – dijo Nicholas. – ¿Qué más necesitas?

– Necesitaremos a alguien que nos enlace con la Fuerza Especial Antiterrorista.

– ¿No serías tú la mejor persona para hacer eso? – preguntó Nicholas.

– Estaré demasiado ocupado. Además, que yo esté involucrado no les ha parecido bien.

– ¿De acuerdo, que más?

– Necesitamos un equipo de personas que revisen todas las amenazas que habíamos recibido anteriormente. En particular las que se relacionen con Richard Hulme.

– Ya lo hemos hecho, – comentó Stafford. – Y he enviado un aviso a todos los empleados advirtiéndoles que permanezcan atentos y reporten cualquier actividad sospechosa, a las autoridades locales y a nuestro personal de seguridad.

Tal vez la aventura de media noche de Stafford y Lock en el techo había logrado que él se convirtiera en una persona razonable, pensó Lock.

– ¿Y quién va a cuidar el fuerte mientras sales a jugar detective? – preguntó Brand.

– Yo creía que tú ya habías tomado la posición, – respondió Lock.

– Bueno, alguien tenía que hacerlo.

Nicholas Van Straten revolvió sus papeles, señalando que la junta había llegado a su fin.

– Está todo arreglado, entonces.

Ty y Lock volvieron juntos al elevador.

– ¿Estás seguro de dejar este lugar en manos de Brand? – preguntó Ty.

– No.

– Yo tampoco. Sabes, no tengo la clase de experiencia en investigación que tú tienes.

– ¿Y?

– Tal vez no soy el hombre más indicado para ayudarte.

– Te ajustas a mis tres criterios principales, – dijo Lock.

– ¿Ah sí, y cuáles son esos?

– Necesito a alguien en quien pueda confiar. E investigar requiere algo que ninguno de los simios de allá arriba posee. Sentido común.

– Esos son dos motivos. ¿Y el tercero?

– Si encuentro más puertas cerradas, necesito a alguien frente a mí.

– Eso puedo creerlo. Aunque sigo sintiendo que hay algo más.

Lock suspiró.

– De acuerdo. Los activistas políticos con los que estaremos lidiando no son precisamente conservadores seguidores de Bill O'Reilly, ¿verdad?

– Lo que quiere decir que será mucho más difícil para ellos mandar al diablo a un hombre negro.

– Exactamente. Debemos localizar los puntos débiles del enemigo. Si sucede que ese es su conciencia liberal, es algo que podemos aprovechar.

– ¿Así que estás dispuesto a usar el color de mi piel para manipular a alguien?

– Por supuesto.

Ty lo consideró por un segundo.

– De acuerdo, puedo ayudarte con eso.

El elevador estaba llegando a los pisos inferiores.

– ¿Y qué posibilidades crees que tengamos? – preguntó Ty.

Lock lo pensó un momento. Las puertas del elevador se abrieron en el vestíbulo.

– Bien, no tenemos una demanda de recompensa, ni avistamientos desde el secuestro, y acaban de confirmar que la única persona que sabía lo que había ocurrido está muerta. Aparte de eso, creo que nuestras posibilidades son excelentes.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

– IREMOS EN MI AUTO.

Ty miró a Lock.

– ¿Qué?

– Nada.

– Si tienes algo que decir sobre mi auto será mejor que lo digas.

– Está bien, pero si iremos en tu auto, – Ty sacó un iPod negro, – pondremos mi música.

Fue el turno de Lock de poner los ojos en blanco.

– Tal vez debí haber elegido a Brand como mi compañero, después de todo.

Ty fingió escandalizarse.

– Ese campesino escucha música *country*. Una vez tuve que quedarme con él en el vehículo del CAT. Me hizo escuchar una canción que se llamaba “¿Cómo Puedo Decirte que te Amo con una Escopeta en la Boca? ¿Y dicen que las letras del rap son perturbadoras? Maldición.

– Buen punto. Mi motor, tu música.

– Llamar a tu auto un “motor” es mucho decir.

– Igual que llamarle música a la mierda que escuchas.

Cuarenta minutos después se detuvieron frente a las puertas del cementerio, aún debatiéndose sobre las ventajas y desventajas del auto de Lock y el gusto musical de Ty. Ty estudió a las otras personas que se encontraban ahí.

– ¿Esta gente no se ve en el espejo antes de salir de su casa?

En la cima de la colina un grupo de gente importante de los defensores de los derechos de los animales estaba reunida, viendo como sepultaban a Gray y Mary Stokes, junto con sus fallecidos perros, gatos, conejos, e incluso un burro.

– ¿No te gustan los animales?

– Una vez tuve un pitbull. Amaba a ese perro, hombre.

– ¿Qué le pasó?

– Intentó comerse a mi primita, Chantelle. Tuve que dispararle. Quiero decir, ella había estado jalándole las orejas y haciendo mierda así, así que no fue del todo su culpa. Pero la familia es la familia.

– Ty, se me hace un nudo en la garganta cada vez que me cuentas alguna historia de tu familia. Es como los Walton en *crack*.

– Jódete, niño blanco, – sonrió Ty.

– Escucha, vas a tener que quedarte en el carro.

– Ah, hombre. ¿Tengo qué?

– ¿Cuál es el problema?

Ty miró el interior del Toyota de Lock con repulsión.

– Alguien podría pensar que este pedazo de mierda es mío.

Un rostro familiar recibió a Lock mientras subía la colina. El sargento votado como el ‘más probable en tener colesterol alto pero paciencia corta’ levantó un emparedado de pescado con queso extra a modo de saludo. Lock se preguntó que clase de persona le pondría queso a un emparedado de pescado.

– Pero si es Jack Bauer, – dijo Caffrey, limpiándose una mancha de mayonesa de una de sus papadas.

Lock estaba tan complacido de ver un cambio en la dieta de Caffrey como de participar en el intercambio de sarcasmos que vendría a continuación.

– ¿Qué tal está ese emparedado?

– Comida de los dioses, – murmuró Caffrey con un bocado en la boca.

– ¿Estás en todo, no es así?

– Me avisó la Fuerza Antiterrorista.

– ¿Es una nueva táctica? Al-Qaeda ataca, nosotros les enviamos a Spurlock hasta que sus hígados revienten.

– ¿Spurlock? – preguntó Caffrey, sin entender la referencia.

– El tipo que hizo una película acerca de comer nada más que hamburguesas durante un mes.

– ¿Un mes?

– Así es.

– Bastardo con suerte.

– Bueno, fue una buena conversación.

Lock intentó rebasarlo, pero Caffrey lo bloqueó.

– No vayas a molestar a estas personas, Lock. Tendré suerte si termino el último montón de papeleo que generaste antes de retirarme.

– Sólo vine a presentar mis respetos.

Caffrey lo dejó pasar, y le dio una mordida a su pescado. Desde la perspectiva de alguien que se había saltado el desayuno, se veía bastante bien.

Lock continuó subiendo por la cima hasta un punto desde donde podía ver algunas camionetas con vidrios polarizados. Tan sutil como un ladrillo, hubiera sido lo mismo que las placas leyeran “Vigilancia del FBI”. Pero tal vez ese era el punto: permitir que los líderes de las campañas de derechos de los animales supieran que estaban siendo vigilados por el FBI.

Al pasar junto al vehículo del FBI, Lock resistió la juvenil tentación de golpear las ventanas. Se detuvo cuarenta y cinco metros antes de llegar donde estaba la comitiva del funeral que se reunía junto a la tumba. Dos tumbas. Una junto a la otra.

Al acercarse, Lock se dio cuenta de que no debía haberse preocupado por su ropa. Casi era la persona mejor vestida en ese lugar. Los dolientes eran una extraña mezcla de *hippies* decadentes y veinteañeros de la Nueva Era. Un chico que debía tener veinte años de edad había ido en pantalones vaqueros y una chamarra marrón de piel de imitación, probablemente tejida a partir de tofu. Lock lo habría perdonado si hubiera sido negra, pero ¿marrón?

Algunos de los dolientes voltearon a verlo cuando Lock se acercó, pero nadie dijo nada. Al centro del grupo vio a Janice sentada en su silla de ruedas, mirando a vacío mientras los dos ataúdes eran bajados simultáneamente a la tierra.

Un hombre de unos sesenta años de edad con un aspecto cenizo y largo cabello grisiento estaba de pie, con las manos cruzadas y la cabeza agachada, diciendo algunas palabras. Lock se acercó a tiempo de escuchar el final de su discurso.

– Gray Stokes ha fallecido siendo un héroe. Un mártir por la causa de los derechos de los

animales. Él era un hombre que veía genocidio ahí donde otros elegían desviar la mirada. Un hombre que decidió confrontar a los hombres que controlaban los campos de concentración. Un hombre que decidió hablar por aquellos que no tenían una voz. Pero su muerte no será en vano. El movimiento que busca liberar a los animales de la tortura, continuará. Y su espíritu viajará con nosotros en nuestro camino.

Martirio, sacrificio, lucha. Lock se preguntó donde había escuchado esas palabras antes. Tal vez John Lewis, el subdirector adjunto del FBI para la lucha contra el terrorismo, tenía razón cuando le advirtió al Senado, unos años atrás, que los activistas por los derechos de los animales se estaban convirtiendo en una verdadera amenaza. Pero entonces Al-Qaeda había entrado dramáticamente en escena con navajas en lugar de pistolas, y en adelante casi todos olvidaron que el terrorismo no se limitaba a los tipos que tenían una preferencia por las vírgenes.

Las personas en el borde del grupo comenzaron a separarse y a descender la colina una vez que el hombre terminó su discurso. Lock se acercó a Janice, algunos de los dolientes le dirigieron miradas de desprecio al pasar junto a él. El hombre joven de la chamarra marrón estaba hablando ahora, con la cabeza inclinada en desafío.

– Van a pagar por esto. Ya lo verán. Estarán llenando cementerios enteros para cuando hayamos terminado. – Sus terribles predicciones estaban dirigidas a todos y a nadie. Janice le urgió que guardara silencio cuando Lock se acercó.

Lock estiró una mano y tocó su hombro.

– Lamento tu pérdida.

Las palabras parecían inadecuadas. Se preparó para otro arrebato del fanático extremadamente casual, incluso para un golpe, pero el chico se alejó con los demás.

Janice mantuvo la mirada en los dos ataúdes.

– ¿Por qué has venido?

– Vine a presentar mis respetos. – Lock movió la cabeza en dirección del fanático. – ¿Quién es él?

Los ojos de Janice se movieron de Lock hacia las dos camionetas de la brigada antiterrorismo.

– ¿Por qué no se lo preguntas a tus amigos?

– ¿No crees que las cosas se han vuelto demasiado serias como para que continuemos con estos juegos?

– ¿Entonces por qué estás aquí realmente?

– Responde mi pregunta y te lo diré.

– Es Don, – dijo Janice. – En realidad no era parte de nuestro grupo. No estaba de acuerdo con nuestro estilo de protesta.

– ¿Es del tipo que prefiere ir de lleno a la acción?

– Ha estado involucrado en algunas liberaciones.

‘Liberaciones’ era el término que los activistas utilizaban para allanar los laboratorios que utilizaban animales, para liberar a dichos animales. Ocasionalmente entraban también a granjas, usualmente a las que tenían vastos cobertizos de crianza de pollos en batería.

– ¿Y qué hace aquí, entonces?

– Lo mismo que tú.

– ¿Este tipo te está molestando? – preguntó alguien, tocando el hombro de Lock para enfatizar su pregunta.

Lock volteó para ver al tipo de la chamarra marrón de tofu. Era alto, pero le costaba trabajo ser imponente. Lock lo ignoró.

Lo volvió a tocar en hombro. Esta vez con más fuerza.

– ¿Por qué no la dejas en paz?

– Don, está bien. Él es Ryan Lock, ya sabes, el hombre que me salvó.

Don se veía repentinamente incómodo y comenzó a estudiar el suelo con detenimiento.

– Supongo que te debo un agradecimiento.

Su disculpa sonaba algo resentida.

– Estoy seguro de que hubieras hecho lo mismo, – dijo Lock.

– Sí, lo habría hecho.

– ¿Y qué me puedes decir de Josh Hulme?

Don parpadeó confundido ante el cambio de conversación de Lock.

– Sé lo que hace su padre. Si vives con violencia tú–

Lock se acercó rápidamente a Don, asegurándose de verlo a los ojos todo el tiempo.

– Estamos hablando de un niño. Apreciaría que le dieras a mi pregunta suficiente consideración.

Janice colocó su silla entre los dos hombres.

– No hay necesidad de hacer esto. Especialmente no aquí. Y no el día de hoy.

– Bajo circunstancias normales, estaría de acuerdo. Pero mientras Josh Hulme siga perdido tendré que considerar que las reglas normales no aplican. Especialmente si tú, y tus amigos, podrían saber donde está. – Lock tomó a Don por la muñeca y la torció, justo lo suficiente para hacerlo interesante. – Ahora, Don, tal vez podríamos empezar por tu nombre completo.

Nadie se movió en las camionetas polarizadas, aunque Lock podía apostar la granja a que tenían micrófonos escuchando cada palabra de su conversación. La decisión de no intervenir no le sorprendía, aún cuando acababa de cometer un ataque. Las agencias gubernamentales externalizaban mucho de su trabajo hoy en día, y Lock podía manejarse tan bien como cualquier carcelero sirio con un una picana y algo de tiempo en sus manos. Además, no estaba tan restringido por sutilezas.

– ¿Por qué diablos tendría que decirte algo? No eres un policía.

– Está bien, Don, no lo soy. Lo que significa que no tengo que limitarme al procedimiento adecuado.

Don miró a Lock, su mirada estaba llena de odio.

– ¡Basta! – gritó Janice. – ¡Acabamos de enterrar a nuestros padres!

Lock soltó la muñeca de Don.

– ¿A qué te refieres con “nuestros”?

– Don es mi hermano menor.

CAPÍTULO

VEINTICUATRO

LOCK SE PREGUNTÓ que tan extremista tenías que ser para ocupar el lugar de la oveja negra en la familia Stokes. De cierta manera, explicaba algo del enojo del joven. Casi provocaba que Lock se arrepintiera de empeorar las cosas lastimando la muñeca de Don. Entonces pensó en Josh Hulme, y su momentáneo sentimiento de simpatía desapareció, tan rápidamente como había aparecido.

Don revisó su muñeca.

– Hombre, como me gustaría un trago.

Por como lo dijo, Lock asumió que no hablaba de tomar un licuado de proteínas libre de lactosa. Lock siempre había asumido que los activistas de los derechos de los animales no eran grandes fanáticos del licor. Guisos de lentejas, claro. Whisky barato, no tanto.

– Hay un lugar a unas cinco calles de aquí. Puedo llevarte, – ofreció Lock.

Don no parecía seguro.

– Está bien, – dijo Janice.

Don no dijo nada. Lock no quería presionarlo, pero esta era una gran oportunidad. ¿Qué podría decirle Don Stokes luego de compartir algunos tragos?

– Escucha, no debí haberte atacado de esa forma, hombre. Lo siento.

Don casi logró sonreír.

– Olvídalo, salvaste la vida de mi hermana.

– ¿Estamos bien? – preguntó Lock, ofreciendo su mano.

Don la agitó con la izquierda.

– Usualmente soy diestro, pero un imbécil estuvo a punto de romperme la mano.

En idioma de hombres, eso significaba que sí. La tensión entre ellos desapareció.

Lock ayudó a Janice a bajar la colina. No lo había pensado antes, pero si subir una silla de ruedas por una colina era difícil, bajarla era una aventura. Abajo, podía ver a Ty completamente enfrascado en la tarea aparentemente imposible de fingir que no tenía nada que ver con el Toyota de Lock mientras estaba de pie junto a él.

Lock los presentó. Una vez que terminaron, Ty y Don ayudaron a Janice a subir al auto, y pasaron los siguientes diez minutos doblando la silla e intentando meterla en la cajuela.

– Debimos haber traído una de las Yukon, – observó Ty mientras arrancaban, con el vehículo del FBI detrás de ellos.

Lock condujo con Janice junto a él en el asiento del pasajero, dándoles a Ty y Don la oportunidad de congeniar en el asiento de atrás.

– ¿Realmente deben gustarte los animales, eh? – dijo Ty.

– Supongo que sí.

– Yo tuve un perro una vez, – continuó Ty, ganándose una mirada de “por favor no cuentes

esa historia” por el retrovisor de parte de Lock. – Hombre, amaba a ese perro.

– ¿El que murió cuando ya era muy viejo? – preguntó Lock, presionando el acelerador, ansioso por llegar al bar.

– No, me refiero a otro. Ya sabes, el pitbull. Estoy seguro que te conté esa historia, ¿no es así?

– Y es por eso que no necesito volverla a escuchar.

Lock miró por el retrovisor. La camioneta de la fuerza antiterrorista seguía detrás de ellos, manteniendo la obligatoria media cuadra de distancia.

Ty le sonrió a Don.

– Lock se pone muy sentimental cada vez que la cuento. Fue una situación parecida a la de Old Shep.

– Bien, hemos llegado, – interrumpió Lock, entrando tan bruscamente al lugar de estacionamiento que Ty y Don fueron arrojados a un lado en el asiento trasero.

Habiendo ayudado a Don a sacar la silla de ruedas de la cajuela, Lock lo dejó para rearmarla. Entonces se alejó un poco con Ty.

– ¿Qué estás haciendo, Tyrone? Esta gente adora a los animales más que a otra gente, ¿y quieres contarles la historia de cómo le disparaste a tu perro?

Ty volteó a mirar a Don.

– Oye, si creen que soy suficientemente duro para matar a mi propio perro, tal vez comenzarán a pensar en lo que puede pasarles si no aparecen a ese chico.

CAPÍTULO

VEINTICINCO

JOSH DESPERTÓ con el sonido de botas en el pasillo de afuera. Se tensó cuando se detuvieron frente a su puerta. Retrocediendo, chocó contra la pared. La cámara giró, su ojo de cíclope seguía sus movimientos. Su respiración se aceleró. Miró hacia el álbum que yacía acusadoramente sobre el vestidor.

La puerta comenzó a abrirse. Josh cerró los ojos. Cuando los volvió a abrir, Natalya estaba de pie en la entrada.

¿Pero cómo? Natalya estaba muerta. Josh estaba seguro de ello. En realidad, había cerrado los ojos luego de que el hombre elevara su pistola. Pero había escuchado el disparo. Seguido por un chapoteo. Había habido sangre en el extremo más alejado del bote.

Natalya le dirigió una sonrisa.

– Está bien, Josh. Ya puedes irte a casa.

Josh se quedó donde estaba.

– ¿Cómo puedo creerte después de lo que hiciste?

– ¿No quieres irte a casa, Josh?

– Sí.

– Entonces ven conmigo.

Natalya levantó una mano. Josh dio un paso hacia ella, estirando la suya. Ya casi. Había tan solo un par de centímetros entre sus dedos. Entonces se escuchó un fuerte golpe cuando la puerta se cerró y Natalya desapareció.

Josh se sentó rápidamente. Le dolía la espalda. La solapa en la puerta estaba abierta. Habían empujado una bandeja a través de ella. El desayuno.

Él volvió a hundirse en la cama, escuchando el sonido de las botas, esta vez retrocediendo. Se puso de pie y corrió hacia la puerta, golpeándola con los puños.

– ¡Déjenme ir! ¡Déjenme salir de aquí!

Las botas desaparecieron en el silencio.

Él miró la bandeja. Cereal seco. Pan tostado. Jugo de naranja. Estaba famélico. Comió el cereal con las manos, metiendo grandes bocados en su boca, ignorando a la cámara. Su boca comenzó a sentirse seca y tomó el jugo de naranja. Sabía al jugo que se hacía en casa. Arenoso. Horrible.

Entonces vio un pedazo de papel, doblado bajo el plato de cereal de plástico. Lo tomó y lo desdobló, preparándose para que fuera algo horrible como las imágenes del álbum. Pero sólo era una nota. Dio un trago al jugo de naranja mientras la leía.

Josh –

Sigue haciendo lo que se te indica y pronto podrás volver con tu familia.

Lobo Solitario

Josh leyó con lentitud, asegurándose de entender cada palabra.

Lobo Solitario. Estaba seguro de haber escuchado ese nombre antes. Tal vez tenía que ver con las llamadas que habían recibido en casa. Él contestaba el teléfono y nadie hablaba. Estaba seguro que tenía que ver con el trabajo de su padre para la compañía. A Josh le había alegrado cuando su padre le dijo que renunciaría. Y entonces le había pasado esto.

Volvió a mirar la nota, tomando otro trago de jugo. No decía nada acerca de lo que pasaría si no cumplía con lo que le ordenaban. Si la idea era tranquilizarlo, había tenido el efecto opuesto. En cuanto tuviera oportunidad, planeaba escapar de este lugar.

Volvió a sentarse en la cama. Su cuerpo se sentía pesado, especialmente sus piernas. El horror de la visita de Natalya comenzaba a desaparecer. Volvía a sentirse seguro, de alguna manera.

Hundiéndose de nuevo en la cama, cerró los ojos. En algunos segundos había vuelto a dormir.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

LOCK, Janice y Don tomaron una mesa cerca de la orilla del bar junto a un tocadiscos Wurlitzer. Ty se quedó afuera, consiguiendo una Yukon para llevar a Janice y a Don a casa. Le tomaría unos veinte minutos llegar, lo que le daría a Lock tiempo suficiente.

El bar olía a cerveza rancia y a pedos de viejos, un efecto desafortunado de la prohibición del estado de fumar en lugares cerrados. Los clientes durante el almuerzo eran escasos, pero los clientes frecuentes parecían compensarlo bebiendo cantidades industriales de cerveza y whisky.

Predeciblemente, Lock tomó la silla que veía en dirección a la puerta, y estudió a Don mientras iba a pedir bebidas a la barra. Si estaba directamente involucrado con el secuestro de Josh, estaba haciendo muy buen trabajo ocultándolo. Incluso los criminales más fríos que Lock había conocido tenían algún *tell*, como lo llamaban en el póquer. Tampoco había hecho un gran esfuerzo por convencer a Lock de su inocencia, algo que los criminales culpables hacían a menudo cuando se enfrentaban a una figura de autoridad atacándolos con preguntas incómodas.

Cuando todos estuvieron sentados, Lock levantó su vaso, que era de refresco.

– ¿Por qué deberíamos brindar?

En la presente compañía, no podía pensar en un tema más delicado.

– ¿Qué tal, por la supervivencia?

– Y por quienes no lo lograron, – añadió Don.

Lock no tenía problema en reflexionar sobre eso. Chocaron sus vasos, lo que hizo que algunos de los hombres los voltearan a ver. Lock se encontró a sí mismo estudiando el rostro de Janice mientras ella vaciaba su whisky de un trago y miraba el fondo del vaso como si fuera a encontrar algún secreto ahí grabado. Se preguntó que tanta de su compostura actual sería el resultado de haber enfrentado su propia muerte.

– ¿Qué hay de aquellos que aún pueden ser salvados? – preguntó Lock, dirigiendo la pregunta a Don.

– Lo que dije antes, sobre el niño.

– Los dos estábamos muy alterados.

– No hay forma en que nadie que esté involucrado con nosotros hiciera esto.

– ¿Entonces quién podría hacerlo?

– ¿Cómo podríamos saberlo?

– ¿Quién es Lobo Solitario?

Janice y Don se miraron inexpresivos. Pero justo antes ambos habían mirado la mesa por un breve segundo. Fue la primera nota de falsedad que Lock había detectado.

– No jueguen conmigo, – Lock bajó la voz tanto que apenas y podían escucharlo. – ¿Quién es Lobo Solitario?

Sacó la copia arrugada del correo electrónico que había impreso desde la computadora de

Richard Hulme y la colocó sobre la mesa.

Los hermanos compartieron otra mirada.

– No sabemos de quien hablas, – dijo Don.

Lock golpeó su vaso contra la mesa con suficiente fuerza para llamar la atención de todo el bar.

– Dejen de mentirme o, lo juro por Dios, realmente les haré daño esta vez.

Don se terminó su cerveza.

– No es una persona, quiero decir, es como Espartaco o algo así. La gente en el movimiento adopta un nombre.

– ¿Cuándo quieren hacer una amenaza de muerte? – preguntó Lock.

– Cuando quieren hacer una declaración, – respondió Don.

– Oh, por Dios, Don detente, – dio Janice. Se giró de forma que estaba mirando directamente a Lock. – Lobo Solitario es un hombre llamado Cody Parker. Él tuvo la idea de desenterrar a la anciana y tirarla en Times Square.

– ¿Y él se llevó a Josh Hulme?

Don se puso de pie.

– No hay forma, no hay ninguna manera en que Cody haría algo así.

Lock lo miró.

– ¿Y cómo puedes saberlo?

Don desvió la mirada, respondiendo así la pregunta de Lock. Él volvió a dirigirse a Janice.

– ¿Qué piensas tú?

– Don tiene razón. Él no haría algo así.

– De acuerdo, vamos a preguntarle.

Don hizo la cabeza hacia atrás y rio.

– ¿Y cómo planeas que hagamos eso? El gobierno lleva años buscándolo y nunca han estado cerca de encontrarlo.

Lock lo pensó por un momento antes de volver a hablar.

– ¿Tienen una moneda?

– ¿Qué?

– Para el tocadiscos.

Don miró a Lock como si estuviera loco, pero sacó varias monedas y se las entregó.

– Las damas eligen. ¿Alguna preferencia? – le preguntó a Janice. Ella se encogió de hombros, tan confundida como su hermano.

Lock tomó las monedas y las metió en el Wurlitzer. Él eligió algo de una banda que tenía la palabra ‘muerte’ en su nombre. Entonces caminó hacia la barra y puso un billete de cien dólares en el mostrador.

– Yo invito las bebidas, pero necesito que suban el volumen.

Lock se volvió a sentar junto a Don y Janice cuando comenzaron a sonar las primeras notas de una guitarra distorsionada y el ruido de la batería ahogaba todo lo demás. Se inclinó sobre la mesa, de forma que su rostro estaba a centímetros de ellos.

– Todo lo que me preocupa ahora es el seguro retorno de Josh Hulme a su familia. Sólo para que los dos entiendan perfectamente mi posición personal, me importa un bledo si hay pequeños conejitos peludos a los que les vierten champú en los ojos, y por ahora tampoco me importa una mierda Meditech. Así que les voy a dar una oportunidad. Es completamente no negociable, y tienen hasta el final de esta canción para tomar una decisión. Con lo que ya me han dicho, puedo entregarlos al FBI y los dos enfrentarán cargos por conspiración. Janice, tú morirás en alguna

unidad correccional, probablemente antes de que llegues a juicio. Don, por la forma en que las cortes consideran los secuestros de menores, sin mencionar a los guardias y a los presos, probablemente correrás la misma suerte. De hecho, haré lo posible por incrementar las posibilidades de que eso ocurra. Esa es la opción número uno.

– ¿Y cuál es la otra opción? – preguntó Janice.

– Llevarme con Cody Parker.

Don retrocedió en su silla.

– ¿Qué le pasó al perro?

La pregunta tomó a Lock por sorpresa.

– ¿Cuál perro?

– Tu amigo en el auto. Su perro.

– El perro atacó a la prima de Tyrone y, verán, Ty es muy sentimental cuando se trata de niños, – dijo Lock, estirándose para tomar la muñeca adolorida de Don. – Mucho más sentimental de lo que es con los animales. Así que, ¿quieres saber que le pasó al perro que tanto amaba? Le disparó. Y si juegan con nosotros, diría que hay una buena probabilidad de que haga lo mismo con ustedes.

CAPÍTULO

VEINTISIETE

– APUESTO A QUE SIGUES comediantes gritando los finales de sus chistes antes de que puedan contarlos, – dijo Ty, aventándole las llaves a Lock.

– Oye, funcionó. Van a ayudarnos.

Ty miró a Don, que estaba ocupado subiendo a su hermana en la parte trasera del Toyota de Lock.

– Más les vale, – dijo, subiendo a la cabina de la Yukon.

– ¿Sabes qué hacer, cierto? – le preguntó Lock.

– Por supuesto.

Mientras Ty salía del estacionamiento del bar, Lock caminó para ver si Don necesitaba ayuda.

Tenía que admitirlo, eran un equipo de búsqueda muy extraño: una chica en una silla de ruedas cuya pierna izquierda solía tener espasmos azarosos; un hombre joven que la empujaba con una mano mientras masajeaba su muñeca con la otra; un tipo con un mal corte militar, intersectado por una reciente cicatriz de casi quince centímetros; y un hombre afroamericano de un metro noventa y tres de estatura, calvo y lleno de tatuajes.

Mientras Lock sacaba su automóvil del estacionamiento, la camioneta que llevaba al equipo de vigilancia antiterrorista los esperaba. Para asegurarse de que la segunda opción de Janice y Don Stokes no se convirtiera en la primera, su primera tarea era perderlos. Debido a que el Cuerpo Real de Policía era la rama que instruía al resto de la policía británica en cuanto a tácticas defensivas y, si surgía la necesidad, tácticas ofensivas de manejo, la perspectiva no lo preocupaba demasiado.

Su teléfono sonó. Él lo abrió, manejando con una mano.

– Hola, vaquero.

– ¿Carrie?

– ¿Cuántas otras rubias atractivas que acaban de tener el treinta y cinco por ciento de una audiencia conoces?

– ¿Treinta y cinco es bueno?

– Hace diez años era bueno. Hoy en día es espectacular.

– ¿Debe preocuparse Katie Couric?

– Debes estar orinando en los pantalones.

– Escucha, ¿puedes investigar algo por mí? Pero necesito discreción al respecto.

Su petición de discreción fue recibida con silencio.

– ¿Carrie?

– Sí, está bien. ¿De qué se trata?

– Toda la verdad acerca de un caballero llamado Cody Parker.

– Dalo por hecho.

– Gracias, – dijo Lock, dando por terminada la llamada.

Girándose hacia Don, hizo una pregunta para la cual ya sabía la respuesta:

– ¿A dónde vamos primero?

Don le dio una dirección. No era la que le había dado unos momentos antes.

Don giró sobre su hombro para ver la camioneta de la unidad antiterrorista.

– ¿No podrán escucharnos?

– No, están demasiado lejos, – mintió Lock, encendiendo el radio y subiendo el volumen como si apenas se le hubiera ocurrido.

En la parte trasera de la camioneta negra, el encargado de las comunicaciones de el equipo de vigilancia de tres hombres sonrió ampliamente.

– Tenemos una dirección.

El conductor volteó para mirarlo.

– ¿De qué? – preguntó.

– Lo descubriremos cuando lleguemos, supongo. Aunque puedes irte relajando. Esta va a ser fácil.

Don miró nerviosamente sobre su hombro cuando se detuvieron en un semáforo.

– No te preocupes por ellos, – dijo Lock. – Aunque nosotros estemos en un Toyota compacto de doce mil dólares y ellos en acero especialmente modificado por el gobierno con un valor de más de cincuenta mil dólares, tenemos algunas cosas a nuestro favor.

– ¿Ah, sí?

– Bueno, para empezar, estoy conduciendo un auto de velocidades, – explicó Lock, cambiando la velocidad y acelerando en cuanto los semáforos cambiaron a verde.

Don volteó sobre su hombro de nuevo para ver que la camioneta también avanzaba.

– Por algún motivo no creo que eso sea suficiente.

– No he terminado, – dijo Lock, acelerando hasta alcanzar la siguiente intersección. – Más importante aún, el problema de su vehículo no es solo que se trate de una camioneta, sino que también está blindada. Lo que quiere decir que... – Se concentró en su siguiente maniobra, acelerando al acercarse a la esquina, frenando en el ápice y volviendo a acelerar después. – Da vueltas como un ladrillo de goma.

Detrás de ellos la camioneta había quedado atrás. Muy atrás. Como Lock había anticipado, el conductor aceleró cuando tenía que haber frenado en un intento por acercarse a su objetivo. Llegó a la esquina con demasiada velocidad y las llantas del pesado vehículo perdieron tracción. Cuando la camioneta comenzó a sacudirse de un lado a otro, el conductor tuvo que pisar los frenos para recuperar el control de su vehículo.

Detrás de ellos Ty, que conducía la Yukon, tomó la oportunidad, frenando demasiado tarde y golpeando el vehículo del FBI en la defensa. Esto lanzó a la camioneta repentinamente hacia adelante, activando ambas bolsas de aire frontales. Ambos vehículos se detuvieron.

Ty se aproximó al vehículo del FBI, abriendo la puerta del conductor mientras el éste intentaba quitarse la bolsa de aire de enfrente.

– Lo lamento, – dijo Ty, – frenaste demasiado rápido enfrente de mi. La distancia de freno de estas porquerías es una basura, ¿no crees? Escucha, ¿quieres que te de los detalles de mi seguro?

Ty siguió hablando sin parar mientras observaba al encargado de comunicaciones en la parte trasera, que tomaba un par de audífonos mientras al mismo tiempo que intentaba sacarse el asiento delantero de la boca.

– Ah, diablos, ¿son policías?

CAPÍTULO

VEINTIOCHO

LOCK TOMÓ un profundo aliento y empujó con fuerza la puerta del departamento. Una explosión de un tipo muy distinto estuvo a punto de derrumbarlo. El aire apestaba a muerte y podredumbre. Su estómago dio un vuelco mientras caminaba por el estrecho pasillo, cubierto por periódicos nuevos y viejos, así como materia orgánica menos saludable.

Afuera, al pie de las escaleras, podía escuchar al vagabundo junto al que había pasado enfrascado en un monólogo filosófico.

– Malditas perras. Drenando a un negro hasta dejarlo seco. ¿Dónde quedó la justicia, hermano?

Don y Janice estaban en el auto, Janice estaba exhausta por los eventos del día y Don se rehusaba a ver a Cody.

Si Cody estaba aquí.

Lock pateó una puerta entreabierta que llevaba hacia la sala. Encontró a una mujer anciana, sentada en una silla con la televisión aún encendida, el volumen bajo. No estaba respirando. Sus ojos estaban cerrados.

Un gran gato pardo estaba sentado en su regazo, mordisqueando su mano. Por los rasguños que tenía ella en la cara, era obvio que no era la única parte de su cuerpo que le había llamado la atención.

Lock caminó hacia él.

– Largo.

El gato esperó el tiempo suficiente para mostrarle quien mandaba ahí, y luego saltó al piso.

Lock dejó el cuerpo y revisó el resto de las habitaciones. Incluso con un inhalador Vicks en cada fosa nasal, un truco empleado por policías y técnicos de emergencias médicas, nadie habría podido soportar el hedor por más de algunos minutos.

De vuelta en el pasillo, su cuerpo perdió por fin el control y vomitó. Podía ver sombras oscuras danzando frente a sus ojos. *Aquí viene*, pensó. *El primer desmayo*. Pero no ocurrió. Su estómago dejó de contraerse y su cabeza se despejó lo suficiente para permitirle marcar al 911.

Lock creía que, en esta parte del Bronx, un cuerpo en descomposición encontrado en un departamento no ameritaba que lo policías se apresuraran a la escena, y ellos se tomaron su dulce tiempo para llegar. Si a las autoridades parecía no importarles mucho esa mujer cuando aún vivía, ¿por qué les importaría ahora que estaba muerta?

Él salió de vuelta al automóvil. Janice palideció cuando lo vio.

– ¿Te encuentras bien?

Haber preocupado a una mujer moribunda lo hizo sentirse aún peor. Don salió del auto y Lock le explicó lo que había encontrado adentro.

– Esa debe ser la mamá de Cody.

Lock hizo que Don se la describiera brevemente. Era ella. No quería pedirle a Don que entrara y revisara el cuerpo. Hoy no.

– Escucha, Cody puede estar algo loco, pero no hay forma de que–

– Lo sé.

No había indicios de golpes, apuñaladas o heridas de bala.

– ¿Eran cercanos, Cody y su madre?

– Sí, eso creo.

– ¿Ella estaba involucrada en el movimiento?

– Fue por ella que Cody se unió.

Perfecto. Lock buscó su teléfono móvil en el interior de su chamarra y se lo entregó a Don.

– Comienza a divulgar la información. Pero no digas a nadie que está muerta, sólo di que algo le ocurrió. Que se encuentra mal. Ah, y vuelve al interior del auto, tenemos que irnos.

Si iban a encontrar a Cody Parker, no lo harían con una escolta.

Lock condujo mientras Don hacía llamadas en la parte trasera. Lock había insistido que pusiera el altavoz para que él pudiera escuchar ambos lados de la conversación. Para la sexta llamada, comenzaron a obtener información. Una mujer en un ‘refugio animal’ clandestino en Long Island les avisó que Cody había salido por víveres, pero que volvería.

Por indicación de Lock, Don le dijo que le advirtiera a Cody que no se acercara al departamento de su mamá.

– Hay policías por todas partes.

– ¿Tú la encontraste? – preguntó la mujer.

– Algo así.

– Entonces Cody querrá hablar contigo.

CAPÍTULO

VEINTINUEVE

EN EL CAMINO, dejaron a Janice en una hermosa casa suburbana en Dix Hills, donde vivía una mujer cuya hija también había sufrido de esclerosis múltiple, y que había conocido a Janice en un grupo de apoyo para familias afectadas por la condición. La mujer dirigió una mirada a Lock y apresuró a Janice a entrar a su casa, azotando la puerta sin mirar atrás.

Lock llamó a Meditech y habló con Brand, quien le informó con gusto que Ty había sido detenido por los federales, y que ambos Van Straten estaban completamente enfurecidos. Lock le agradeció por el aviso. No era de importancia: estaban acercándose a Josh. Lock podía sentirlo.

En el camino hacia el refugio, Don puso a Lock al día respecto a la historia de Cody. Existían varios refugios en todo el país, manejados por voluntarios, que eran el hogar de los animales ‘liberados’ por el movimiento. *Una red clandestina al estilo del Ferrocarril Subterráneo, pero para cuadrúpedos*, pensó Lock. Cuando se liberaban animales, técnicamente seguían siendo propiedad de la compañía que los había utilizado para sus experimentos, así que los refugios debían permanecer ocultos. Sólo los activistas más confiables sabían sus ubicaciones, lo que hacía que Lock se preguntara en que parte del espectro del extremismo se localizaba Don Stokes.

El refugio que estaban a punto de visitar era dirigido por una mujer con quien Cody había tenido una relación intermitente.

Un coro de ladridos proveniente de la parte trasera de la casa los recibió a su llegada. Lock revisó su SIG. Cuando vio el arma, la actitud de Don cambió.

– Sin pistolas, – dijo.

– ¿Qué?

– Es una de las reglas.

– Para ustedes, desquiciados, tal vez. Yo tengo mis propias reglas. Y la número seis, o algo así, es llevar un arma cuando estás a punto de enfrentarte a un criminal buscado.

– ¿No vas a entregarlo, o sí?

– Eso depende.

– ¿De qué?

– De que tenga secuestrado a Josh Hulme, – dijo Lock, sin mencionar que si Cody lo tenía, lo entregaría como cadáver.

– No lo tiene. Puedes creerme.

– Vamos, entonces.

A decir verdad, Lock no tenía la intención de entregar a Cody Parker a las autoridades. Por lo menos, no aún. Si Cody era arrestado, Lock sabía que lo primero que haría sería invocar la Quinta Enmienda y quedarse callado.

La casa había sido pintada de blanco pero se había vuelto amarilla, y el patio principal estaba descuidado. Don lo llevó por un lado. Lock lo siguió algunos pasos atrás. Fueron recibidos por

una jauría de perros que corrió hacia ellos, decenas de perros moviendo las colas y sacando sus lenguas. Un alborotado Labrador Retriever, con la forma y velocidad de una bola de boliche, metió su nariz en la entrepierna de Lock. La parte superior de la cabeza del perro mostraba una cicatriz con un patrón rectangular, donde se le había arrancado la piel. Lock se preguntó si era el perro insignia de los manifestantes de Meditech. Le rascó detrás de las orejas y el perro se acercó aún más a él.

– Esa es Ángel. La rescataron de un laboratorio en Austin.

Dieron la vuelta para encontrar a Cody Parker, cargando una bolsa de tamaño industrial de alimento para cachorros. Miró a Lock por un segundo antes de volverse hacia Don, pero no hizo ningún movimiento. No parecía estar sintiendo pena. Tal vez la mujer con la que Don había hablado aún no le había dicho las noticias.

– ¿La tienen, eh? – le dijo a Don.

Oh no, pensó Lock, aquí vamos. Todos a bordo del tren de la paranoia. Cody aventó la bolsa de comida.

– ¿Quién es él?

– Ryan Lock.

Cody era un hombre grande, con una coleta rubia que caía a la mitad de su espalda. Un metro noventa de estatura y noventa y cinco kilogramos de peso, ninguno de los cuales era de grasa.

– Ya lo recuerdo. Meditech. ¿Vino a matarme a mí también? – preguntó Cody, tomando otra bolsa.

– ¿En verdad crees eso? – preguntó Lock, que había sido desconcertado por la pregunta.

– ¿Que mi madre fue asesinada, o que has venido aquí a matarme a mí también? – Cody se enderezó, con los pies separados y los brazos en sus costados, demasiado relajado como para creer realmente la segunda parte de su pregunta. – Si es lo segundo, no veo por qué habrías traído un testigo.

– De acuerdo, entonces dime porque querría alguien asesinar a tu mamá.

– Porque creen que tengo algo.

– ¿Qué cosa?

– He dicho que creen que lo tengo, no que sea cierto.

– Uno de los lugares en los que Cody se hospedaba fue asaltado hace algunas semanas, – dijo Don, explicando.

Lock pensó en el departamento en el Bronx. ¿Qué tan baja tenía que ser la ambición de un ladrón para entrar en un agujero como ese, sin mencionar el haber asesinado a una anciana?

– ¿Qué se llevaron?

– Documentos, más que nada.

– ¿Qué había en ellos?

– Detalles de los lugares donde torturan animales.

– ¿Quieres decir laboratorios?

– Entre otros lugares.

– Pero Meditech planea discontinuar su investigación con animales.

– Eso es lo que ellos dicen.

– Escucha, vine aquí para encontrar a Josh Hulme.

– Él cree que tú lo tienes, – añadió Don.

Cody no parpadeó.

– ¿Y por qué haría yo algo así?

– Porque eres capaz de hacerlo, – respondió Lock.

- Todo el mundo es capaz de hacer atrocidades si se les orilla a hacerlo.
- ¿Entonces no te importaría que revise el lugar?
- Adelante.

Lock cruzó la puerta de malla y entró en la casa. Cody, Don y la Labrador lo siguieron. Él intentó alejar al perro, pero éste siguió caminando detrás de él.

– Debe estar más dañada de la cabeza de lo que creíamos, – musitó Cody, señalando a la perra.

Lock le rascó la cicatriz mientras ella se tallaba contra sus piernas. Si Cody tenía a Josh aquí, él estaba increíblemente tranquilo al respecto.

- ¿Conocen a una chica llamada Natalya Verovsky?
- Conozco su nombre, claro. Al igual que el de Richard Hulme. Y su hijo. Han aparecido en todos los noticieros.
- ¿Sabías que el FBI te está buscando?
- No por esto.
- Es solo cuestión de tiempo. Dudo que pasar de un saqueo de tumbas a un secuestro sea demasiado difícil para el jurado. A menos que también vayas a negar que desenterraste a Eleanor Van Straten.

Cody miró directamente a Don. Resultaba obvio. Cody lo sabía también.

– Tendré que invocar la Quinta Enmienda en ese caso, mi amigo, – dijo. – Pero permíteme hacerte una pregunta.

Lock se detuvo en medio de la sala.

- Adelante.
- ¿Por qué le volarían la cabeza a Gray Stokes? Y no me vengas con ese cuento de mierda que los noticieros han estado contando, diciendo que el francotirador le había estado apuntando a Van Straten y falló. Esa fue una mierda extremadamente precisa. Un disparo. Una muerte.
- No puedo responder esa pregunta.

Cody lo miró de frente.

– Yo sí puedo.

Lock se sentó en un sillón cubierto por pelo de perro. Ángel puso su cabeza en el regazo de Lock, mirándolo con ojos marrones que parecían contener la sabiduría de mil años.

– Ilumíname, entonces, – dijo.

– ¿Hablas en serio, hermano? Stokes y todos los demás en el movimiento habían estado molestando a Meditech por años. Desde nuestro punto de vista, si podíamos detener a una corporación tan grande como la suya para que dejaran de usar animales, otras los seguirían. Pero ellos se rehusaron. Sólo siguieron contratando más y más tipos como tú. Entonces, de la nada, se rinden. ¿Cómo pasó eso?

Lock guardó silencio.

– Hombre, tal vez no tengo todas las respuestas, pero al menos hago las preguntas correctas, – dijo Cody.

– Digamos que se cansaron de ser intimidados, – ofreció Lock. – Eso pasa.

Cody soltó una carcajada.

– A individuos, por supuesto. ¿Pero a una compañía que está persiguiendo un gran contrato con el Pentágono?

– ¿Qué?

– Ah, ¿pero se supone que nadie debe saber eso, verdad?

– ¿Entonces por qué lo sabes tú?

– ¿Crees que no tenemos gente en el interior? Hay personas que creen en unirse a una compañía como Meditech, les compran el cuento acerca del jabón que puede curar el cáncer, pero algunos de ellos abren los ojos. Sólo quieren el dinero. Siempre ha sido así. Siempre lo será.

– ¿Y qué tiene eso que ver con Josh Hulme? ¿O con Gray Stokes, en todo caso?

– Como dije antes, solo tengo preguntas. Pero no se necesita ser un genio para saber que ese arreglo debía ser lo último que quería Van Straten. Un contrato grande como el que quiere implica hacer más experimentos. Torturar más animales, como tu nueva mejor amiga justo aquí, – Cody asintió hacia Ángel, que se había quedado dormida con la cabeza en el regazo de Lock. – Pero anunciaron una tregua, y dos segundos después Janice estaba recogiendo el cerebro de su padre del piso. Él sabía algo, mi amigo. Sabía algo suficientemente grande para hacerlos retroceder y hacer que lo mataran, todo al mismo tiempo.

– De acuerdo, ¿qué sabía él?

Cody dio una palmada.

– Bravo, señor ‘Acepto el Dinero Corporativo’. Ahora estás haciendo las preguntas correctas. Escucha, tengo algo por aquí que podría ayudarte. Déjame traerlo.

– Pensé que todo lo que tenías había sido robado.

Cody separó los labios, formando una sonrisa.

– No todo.

Cody salió de la habitación. Menos de cinco segundos después se escuchó el sonido de una puerta azotándose y Cody corriendo. Lock se levantó de inmediato y salió corriendo, tirando a Ángel al piso. Ángel se enderezó y se arrojó contra las piernas de Lock. Él tropezó, pero permaneció de pie.

Al llegar a la entrada, Don hizo lo posible por bloquearle el camino. Lock corrió hacia él con el hombro por delante, tirándolo al piso y saliendo justo a tiempo de ver una camioneta roja que se alejaba por el camino, arrojando nieve y lodo con las llantas traseras.

Lock sacó su pistola, pero la camioneta ya estaba fuera del rango efectivo para dispararle a las llantas, y no creía que fuera a resultar bien dispararle a un civil desarmado, incluso si se trataba de un fugitivo buscado, sin la autoridad necesaria. Estaba guardando nuevamente la SIG cuando Don salió.

Don comprendió la mirada que Lock le dirigió.

– Lamento haberme puesto en tu camino, pero Cody es mi amigo.

– ¿Y te sacrificarías por tus amigos, cierto?

– Y por el movimiento.

– Bueno, admiro tus principios, – dijo Lock, tomando la muñeca de Don y terminando lo que había comenzado. Tronó con un ruido sordo.

Don gritó en agonía.

– ¡Hijo de perra! ¡La rompiste! ¡Me rompiste la muñeca!

– Vuelve a hacer algo como eso y te romperé el cuello.

CAPÍTULO TREINTA

LOCK SE ALEJÓ de la casa con una Labrador amarilla vieja en el asiento delantero, en lugar de Josh Hulme. Ángel los había seguido hasta el carro, había entrado y se había rehusado a salir. Lock la miró, y ella le devolvió la mirada. *Al diablo*, pensó Lock, ¿que más daba otro caso perdido en un carro que estaba lleno de ellos?

– ¿A dónde vamos? – preguntó Don desde el asiento trasero.

Lock cerró las puertas traseras con un botón.

– Tú, mi amigo, irás a la cárcel.

– Te ayudé a encontrarlo.

– Y luego lo ayudaste a escapar.

– Él no tiene al niño.

– ¿Entonces por qué corrió?

– Porque lo busca la policía. Pero no por esto.

Lock se giró hacia atrás.

– Ahora sí.

– Debiste haberlo escuchado, – suplicó Don.

– Por Dios, todos ustedes creen que todos tienen algo en su contra.

– De acuerdo, está bien, ¿entonces por qué dijo que mi padre sabía que iba a morir?

– ¿Él te dijo eso?

– No tenía que hacerlo.

Mientras Ángel ponía la cabeza tan cerca del aire acondicionado como podía, Lock estudiaba a Don por el espejo retrovisor.

– Sigue hablando.

– ¿Alguna vez escuchaste el discurso que dio Martin Luther King en Memphis antes de que le dispararan?

– ¿El de “Tengo un sueño”? – aventuró Lock.

– No. Este hablaba de escalar a la cima de la montaña, acerca de que el movimiento de los derechos civiles estaba ganando, pero que podría ser que él no estuviera ahí para presenciar su victoria final. Algo así. Pero el asunto es que, si ves el vídeo, parece que sabe que no le queda mucho tiempo.

– Ya habían intentado matarlo antes.

– Sí, pero esta vez fue diferente.

El enojo de Lock hacia Don se había calmado lo suficiente como para permitirle retomar su interés.

– ¿Y qué tiene que ver eso con tu padre? ¿Crees que él sabía que alguien intentaría matarlo?

– No, nada tan específico, pero, bueno, es como si él hubiera sabido que algo estaba pasando.

Por algo extraño que dijo. Que las cosas estaban a punto de cambiar y que debíamos seguir siendo fuertes.

– Janice me dijo que habían sido amenazados. ¿Supieron algo al respecto?

– No, todo se ha calmado en ese aspecto.

– Tal vez tus padres no querían decir nada, – sugirió Lock.

– Créeme, lo habría sabido. ¿Si no, cuál es el punto de hacer una amenaza?

– Tal vez deberías preguntarle a tu hermana. O a tu amigo, Cody.

Pero Don tenía razón en algo. Lock tenía que reconocerlo. En una multitud, él nunca se preocupaba del loco que gritaba obscenidades, enfureciéndose y haciendo todo tipo de descabelladas amenazas. Sólo eran de cuidado cuando se quedaban callados. Existe un océano de diferencia entre una persona que amenaza con cometer un acto de violencia y una que ha decidido hacerlo.

Alguien que se ha decidido no sentirá la necesidad de decírselo al mundo. De hecho, lo último que harían sería anunciar el hecho y prevenir a los demás.

Mientras Don seguía enfurruñado en el asiento trasero, Lock volvió hacia la Autopista de Long Island. Ángel había logrado colocar su cabeza, de alguna manera, entre el volante y el regazo de Lock. Eso hacía que hacer los cambios resultara complicado. Lock descansó una mano en el volante y acarició a la perra con la otra, agradecido por la calma relativa y el tiempo que tenía para decidir que hacer a continuación.

Dejaría que el FBI persiguiera a Cody Parker. También podían quedarse con Don, si querían. Eso lo hacía volver al principio. Un principio en el que ahora se encontraba una mujer muerta.

Lock se detuvo en una tienda junto a la Avenida West Jericho y compró una bolsa de alimento para perro seco, agua embotellada y dos platos. Ángel comió al aire libre en el frío estacionamiento antes de pasear por un tramo de pasto en el extremo de la tienda y seleccionar cuidadosamente el lugar ideal para hacer sus necesidades. Después siguió a Lock de vuelta al auto y saltó en el asiento delantero.

– Este es un arreglo temporal, así que no te hagas ideas, – le dijo Lock. – Y si alguien te necesita para curar el cáncer, te largas. ¿Comprendes?

Ángel inclinó la cabeza.

– Y puedes ir dejando la mierda linda como esa.

Don se inclinó hacia el espacio entre los asientos frontales.

– ¿Entonces a dónde vamos ahora?

– No vamos a ninguna parte, – respondió Lock. Yo voy de vuelta al trabajo, y tú vas a la cárcel.

CAPÍTULO

TREINTA Y UNO

TREINTA Y UNO

Lo que la Plaza Federal realmente necesitaba era un conjunto más grande de puertas giratorias, pensó Lock al empujar a Don en una dirección mientras Ty era seguido por Frisk en la otra.

- Te lo cambio, – dijo Lock, empujando a Don hacia Frisk.
- Igual estaba por dejarlo ir, – dijo Frisk, asintiendo hacia Ty.
- ¿De verdad? Dañar propiedad federal es una ofensa grave.

Ty miró la mano inerte de Don.

- También lo es romperle a alguien la muñeca.

Frisk se agachó para acariciar la oreja de Ángel y notó la cicatriz.

- ¿Y qué te hizo el perro?

– Estaba así cuando la encontré, – dijo Lock. Volteó la mirada hacia Don. – Y por cierto, él también.

- Ajá.

- No parece que te crea, – dijo Ty.

- Me pagan por sospechar de todos, – dijo Frisk. Hizo un gesto con la cabeza hacia Don. –

¿Y cuál es la historia de ese?

- Es la oveja negra de la familia Stokes.

- Eso debe haberle costado trabajo.

- Fue lo mismo que yo pensé. Pero me ayudó a encontrar a Cody Parker.

Esto pareció llamar la atención de Frisk.

- ¿Dónde está?

- Se fue, – respondió Lock.

- ¿Pero lo viste?

- Brevemente.

- ¿Viste al niño?

- No creo que él lo tenga.

Esto provocó una reacción en los tres hombres. Don parecía ser el más sorprendido.

- Eso es lo que he estado intentando decirte, – dijo.

Lock lo silenció con una mirada.

- Cuando quiera tu opinión, Donald, me aseguraré de proveerte una.

- ¿Entonces por qué crees que Parker no tiene al niño? – preguntó Frisk.

- No parece ser el tipo de persona que haría eso.

- ¿Eso es todo?

- Oye, yo hablé con él. Fue más de lo que ustedes han conseguido.

– Y después lo dejaste ir.

– Se escapó. Es diferente.

Frisk puso una mano sobre el hombro de Don Stokes.

– Está bien, déjame ver que me puede decir este campeón.

– Tal vez te gustaría darle algo de atención médica a su muñeca. Se le atoró en la puerta del auto cuando Parker estaba escapando.

Ty y Lock se alejaron una calle antes de hablar.

– ¿Entonces qué está pasando en realidad? – preguntó Ty.

– Lo que le dije a Frisk. Excepto la parte de Don lastimándose la muñeca con la puerta del auto. Yo se la rompí.

– Era obvio.

– Nuestras opciones disminuyen, Ty. No le digas a nadie, pero no creo que los activistas de los derechos de los animales tengan a Josh Hulme.

– ¿Entonces quién?

– Tal vez sea un secuestrador común y corriente.

– Sería demasiada coincidencia.

– O tal vez no. Meditech ha estado apareciendo en los noticieros. Todo el mundo sabe que son suficientemente granes como para tener una póliza de rescates. Un secuestrador no se acercaría a alguien tan importante como Van Straten por temor a ser aniquilado, así que tomaron al hijo de uno de los investigadores principales. Una semana antes, podía haber sido al director de Microsoft. Tuvimos mala suerte.

– Pero Richard Hulme no está cubierto por la póliza.

– Puede ser que no supieran eso.

– ¿Pero eso dónde nos deja?

– No puedo dejar de pensar en la *au pair*.

– ¿Lo dices porque es rusa?

– ¿Y cuál ha sido uno de los crímenes por dinero con una de las tasas de crecimiento más altas a nivel internacional durante los últimos cinco años?

– Secuestro por recompensa.

– ¿Y quién ha liderado el mercado?

– Islamistas, colombianos y rusos.

– Pero los colombianos y los islamistas se quedan en su propio territorio, lo que sólo nos deja a los rusos. La ola se ha estado moviendo hacia el oeste. ¿Recuerdas a la familia de un banquero que secuestraron en Frankfurt? ¿Y al corredor de bolsa en Londres? Entregó la mitad de la reserva de efectivo de su compañía sin que nadie lo supiera. Era sólo cuestión de tiempo que comenzara a ocurrir en Norteamérica. Y al no conocer el territorio, irán detrás de quien tenga el perfil más alto y la menor seguridad.

– Pero no ha habido una petición de recompensa, ni advertencia de ningún tipo, hombre. No creo que sea así, – dijo Ty.

Lock se mordió el labio inferior.

– No... pero entonces explícame por qué Natalya se subió al auto con Josh Hulme.

– No puedo.

– Yo tampoco.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

PARECÍA QUE HABÍA PASADO mucho tiempo desde la última vez que había estado en el departamento de Carrie, pero no podían haber pasado más de tres o cuatro meses. Dado que era alguien a quien no le gustaba seguir ningún tipo de reglas, Carrie lo había invitado a entrar prácticamente desde la primera cita, enfatizando que no era esa clase de chica. Normalmente él tampoco era esa clase de chico, pero la atracción entre los dos había sido inmediata y poderosa, era más una conexión que un romance de una noche. Volver a ese lugar, especialmente con toda la mierda que había estado ocurriendo, tranquilizó a Lock.

Había llamado a Carrie desde su auto y le había dicho que lo encontrara en la pista al aire libre del Centro Rockefeller antes de que ella sugiriera que su departamento estaría mucho más cálido. Lock no pensó en discutir.

Al colgar su chamarra en el closet del pasillo, se dio cuenta de lo mucho que la extrañaba. La intensidad de su trabajo le había permitido hacer esos sentimientos a un lado. Pero la tranquila domesticidad de su ordenado apartamento, las flores frescas en el jarrón sobre la mesita de café, el fuerte olor a cera para muebles, el tibio aire que flotaba gentilmente a través de los respiraderos del piso, todo ello conspiraba para enviar una ola de arrepentimiento hacia él.

Todas las sensaciones de oportunidad perdida se vieron agravadas tan pronto como se sentó en el sillón. Volteó a ver las fotografías enmarcadas en el aparador de caoba. Lock estaba familiarizado con la mayor parte de ellas, a excepción de una reciente adición.

Debía haber sido tomada en un viaje de esquí. Carrie estaba de pie, envolviendo con sus brazos la cintura de un hombre, ambos sonreían a la cámara como recién casados. Era aproximadamente de la misma edad de Lock, con un costoso bronceado natural y unos dientes blancos mucho menos naturales. Lock lo odió con solo mirarlo.

Carrie entró desde la habitación, habiéndose cambiado a un par de pantalones vaqueros y un suéter. Ella vio a Lock mirando la fotografía.

– Ese es Paul, – dijo. – Es uno de nuestros productores. Se divorció el año pasado. Ya llevamos algo de tiempo saliendo.

Ella parecía ansiosa por superar la incomodidad del momento.

– Bueno, es un país libre, – respondió Lock, demasiado rápido para ser convincente.

– Es un gran tipo. Te agradaría.

– Por alguna razón, lo dudo.

En una muestra de apoyo, Ángel saltó sobre el sillón, se recostó junto a Lock y comenzó a lamerse los genitales.

– Bueno, esto es incómodo, – dijo él, desviando la mirada de la perra. – ¿Una chica tiene que divertirse, no?

– ¿Seguimos hablando de Paul? – rio Carrie.

– ¿Entonces van en serio?

– Oh, Ryan. ¿Si te dijera en este momento que botaré a Paul para que nos demos otra oportunidad, qué me dirías?

Él sabía que pretendía. Al igual que un abogado litigante, la profesión de Carrie exigía que ella nunca hiciera una pregunta de la que no supiera la respuesta.

– Diría que tengo un niño pequeño que encontrar.

– Y te amo por ello, pero no nos lleva a nada, ¿o sí?

Permanecieron algunos minutos en silencio. Ángel terminó de lamerse e intentó besar a Lock en la cara.

– No es que no aprecie el gesto, pero no eres mi tipo, – le dijo Lock a la perra, rechazando gentilmente su cabeza con la mano.

Carrie se ocupó preparando algo de pasta y ensalada mientras Lock abría una botella de vino rojo. Él pensaba, mientras tanto, que ella podía hacer que algo tan mundano como poner agua a hervir pareciera elegante. Todo lo que hacía era tan preciso, y con tanta atención al detalle.

– Oh, casi lo olvido. – Caminó hacia un banco, levantó su bolsa, tomó una carpeta y se la entregó a Lock. – Todo lo que siempre has querido saber acerca de Cody Parker pero tenías miedo de preguntar.

Carrie había recopilado no solo los reportes usuales del periódico, también había conseguido los registros de arresto, transcripciones de juicios de las primeras ofensas de Cody y un perfil clasificado e información de escuchas telefónicas de la fuerza antiterrorista.

– ¿Cómo conseguiste todo esto?

– Podría decírtelo, pero tendría que matarte.

– Siempre que pueda comer antes, – dijo Lock, preparándose para leer con rapidez toda la masa de información.

Don debía haber tenido razón acerca de la influencia de la madre de Cody en sus creencias, dado que su registro criminal comenzaba desde muy temprana edad. Desde los catorce, en realidad. Pero casi todos sus crímenes habían sido daños contra propiedad. Era el sospechoso principal en la exhumación y el vertido de Eleanor Van Straten pero, incluso, podría argumentarse que esos crímenes involucraban un objeto inanimado. Lo más peligroso que había hecho había sido una amenaza de bomba a una compañía de construcción que estaba erigiendo una nueva unidad para investigación y pruebas en animales cerca del antiguo astillero en Brooklyn. El cliente era Meditech.

– ¿A quién tuviste que contactar para obtener esta información? – Lock deslizó un pedazo de papel sobre la mesa de mármol hacia Carrie.

– Esa fui yo.

– Bueno, no hagas espacio en tus repisas para tu Pulitzer todavía.

– ¿Oh, y por qué no?

– Porque conozco todas las unidades de Meditech. Y nunca he escuchado que tengan una cerca del astillero.

Carrie mordisqueó un pedazo de achicoria.

– Puedo revisarlo por ti, si quieres.

– Probablemente fue un error de escritura de alguien. Todas estas compañías tienen nombres similares.

– ¿Y qué opinas de la posibilidad de que Cody Parker secuestrara a Josh Hulme?

Lock levantó el archivo.

– No lo creo, después de ver todo esto. Sabes, él mencionó algo acerca de como todos los

caminos llevan de vuelta a Meditech.

– Por supuesto que sí. Y el ataque del once de septiembre fue organizado por la CIA. Y los medios controlados por los judíos saben todo esto.

– Sin embargo, él dijo algo que me hizo pensar.

Carrie caminó hacia el lavabo y comenzó a lavar la achicoria bajo el agua fría.

– ¿Y qué fue lo que dijo?

– ¿Escuchaste algo acerca del contrato que Meditech quiere firmar con el Pentágono?

Carrie se encogió de hombros, sacudiendo el exceso de agua de la lechuga y colocándola en un tazón sobre el mostrador.

– ¿Y qué? El gobierno ha estado dándoles millones a las compañías de biotecnología desde que se dio cuenta que el Departamento de Defensa no era suficiente. Deberías saberlo. Han entregado cuarenta y cuatro millones de dólares desde 2001. Todas las compañías de farmacéuticos y biotecnología han estado peleando por conseguir esos contratos federales.

– Pero el bioterrorismo es mentira. Los terroristas son buenos con algo que requiera poca tecnología. Fertilizante. Cortadores de cajas. Cosas que son fáciles de adquirir, – dijo Lock, dándole a Carrie una copa de vino.

– ¿Podría ser que alguien añadiera información falsa?

– Es posible, supongo.

Tomó un trago de vino.

– ¿Podrías averiguar algo por mí?

– ¿Acerca de este contrato?

– Y de Richard Hulme. Nunca me dijo por qué renunció.

Carrie hizo un gesto de desagrado.

– A mí tampoco.

Lock sabía que era difícil que admitiera eso. Era algo que no le pasaba a menudo.

– ¿Puedo darte un consejo, Ryan?

– Claro.

– Siempre que estoy consiguiendo una historia, intento mantener las cosas simples. Es fácil ver cosas que no están ahí. Hacer conexiones que no existen.

– ¿Cómo este contrato con el Pentágono?

– Precisamente. Piénsalo por un segundo. En todo caso, si existiera dicho contrato, ¿no haría que Meditech aumentara las pruebas con animales?

– Eso fue lo que dijo Cody Parker. Pero Meditech *en verdad* ha dejado de hacer pruebas con animales.

– No, *dijeron* que lo habían hecho. Son dos cosas muy diferentes.

CAPÍTULO

TREINTA Y TRES

NIÑERAS Y AU PAIRS KENSINGTON se encontraba en una pequeña esquina del piso superior de un edificio de cinco pisos, a poca distancia de Alphabet City. Ty la había rastreado como la compañía que Meditech utilizaba para conseguir quien cuidara a los hijos de sus empleados principales. ‘Utilizaba’ era la palabra clave. Habían habido varias quejas que decían que las personas referidas eran incapaces de cuidar siquiera a un pez, mucho menos niños, y la compañía había sido abandonada como contratista externa.

En el cuarto piso, Lock y Ty tuvieron que detenerse para recuperar el aliento.

– Hombre, ya no estamos en forma, – observó Ty, tomando aire.

– Oye, yo acabo de salir del hospital, ¿cuál es tu excusa?

– He vivido demasiado bien.

Siguieron hacia el último piso. La puerta que llevaba hacia la oficina estaba ligeramente abierta, y podían escuchar a una mujer en el interior lidiando con múltiples llamadas. Lock empujó la puerta con la punta del pie y entraron.

La mujer parecía tener alrededor de cuarenta años. Sosteniendo el teléfono en una mano, revoloteaba con la otra una pila de papeles que estaban en el escritorio enfrente de ella. Una taza de café llena estaba intacta junto a los papeles, la leche comenzaba a formar una pasta blanca en la parte superior de la taza. El resto de la oficina era un desorden, había papeles desordenados sobre todas las superficies posibles.

– Sí, y lamento que las cosas no hayan funcionado, pero simplemente no hay nadie más disponible en este momento, – dijo ella en el teléfono. Hizo un gesto hacia Lock y Ty para hacerles saber que sabía que estaban ahí, y les indicó dos asientos en el lado opuesto de su escritorio con otro gesto.

Lock levantó la pila de documentos que estaban sobre su silla y los colocó sobre un archivero.

– Escuche, tengo a alguien en mi oficina en este momento, – continuó la mujer. – Si llegara a haber alguien disponible usted será la primera persona en enterarse.

Lock aún podía escuchar a la persona hablando del otro lado de la línea cuando ella colgó el teléfono.

Cuando volvió a hablar, pareció perder el acento británico con el que había estado hablando, adquiriendo una entonación más parecida a la de Brooklyn.

– Sólo quiero que sepan que tengo una lista de espera de tres meses antes de que pueda encontrar a alguien para que cuide a su pequeño paquete de alegría.

– Ah, no estamos juntos, – objetó Lock.

– Sí, – dijo, observando a Ty de pies a cabeza antes de volverse hacia Lock, – él está fuera de tu alcance, cariño. – Ty rio mientras Lock decidía si sentirse o no ofendido.

– ¿Disculpen, existe la posibilidad de que ustedes sean niños? – preguntó con una acosadora sonrisa.

– Sólo para adultos, – sonrió Ty. – Y definitivamente soy cien por ciento heterosexual.

Sólo Ty podía convertir esto en una oportunidad para ligar, pensó Lock.

– ¿Es así como consigue a su personal? ¿Contrata a cualquiera que toque la puerta?

– ¿Están con el FBI? Porque ya le dije a unos amigos suyos todo lo que sé. Mierda, ¿no son reporteros, o sí? Porque si lo son no planeo hacer ningún comentario.

– Estamos aquí por nuestra cuenta, señora...

– Lauren Palowsky.

– Señora Palowsky. El padre de Josh Hulme nos pidió que lo ayudáramos a encontrarlo. – Lock omitió deliberadamente mencionar a Meditech.

– El FBI dijo que no debía discutir nada de esto.

– El FBI está completamente consciente de nuestra investigación, – le aseguró Lock.

– Entonces hable con ellos.

El rostro de Lock cambió de expresión, todo rastro de afabilidad se había ido.

– Estoy hablando con usted. Y si no le importa que lo mencione, parece estar notablemente tranquila para ser alguien cuya empleada ha sido brutalmente asesinada, mientras el niño que ella cuidaba era secuestrado, y tal vez asesinado.

Lauren estudió la capa de nata que flotaba sobre su café matutino.

– Hago lo posible por no pensar en eso. Pero dejemos clara una cosa: Natalya no era mi empleada. Soy una agente comercial, después de todo.

El teléfono volvió a sonar, pero Lauren dejó que la llamada se fuera al buzón.

– ¿Su abogado le recomendó que dijera eso?

– No. Y, de todas formas, ¿de verdad creen que no he estado terriblemente preocupada por el niño desde que me enteré?

– No tengo idea. Usted dígame.

Ella bajó la mirada hacia su escritorio, tomando papeles al azar y sosteniéndolos ante él.

– Todas estas personas están buscando a alguien que cuide a sus hijos porque ellos no tienen tiempo. Todos quieren a Mary Poppins, pero sólo están dispuestos a pagar el salario mínimo. Y cuando algo sale mal, repentinamente todo es mi culpa.

– Sólo estoy tratando de entender lo que ocurrió, – dijo Lock, bajando la voz e inclinándose hacia adelante. – Hábleme de Natalya.

– No hay mucho que decir, en realidad. Es la misma historia de todas las chicas que me contactan pidiendo trabajo. Su inglés no era muy bueno, pero era mejor que el de muchas. Parecía ser agradable.

– ¿Cuánto tiempo llevaba en el país?

– No parecía que fuera mucho tiempo.

– ¿Años? ¿Meses? ¿Semanas?

– Meses, probablemente.

– ¿Dijo algo acerca de sus circunstancias?

– Había estado trabajando en bares, viajando todos los días hacia la ciudad desde Brighton Beach o algo así. Ella creía que una posición en la ciudad le serviría, y le daría la oportunidad de ahorrar algo de dinero.

– ¿En dónde había estado trabajando?

– Manejo docenas de aplicaciones cada semana. Es una suerte que recuerde algunos de los nombres.

– ¿Qué hay de su visa? ¿Tenía una, cierto?

Hubo una pausa.

– No soy del FBI, ni de INS ni de Seguridad Nacional. Entendería si me dice que tenía que hacer ciertas concesiones, – sugirió Lock.

– Los clientes firman un contrato que estipula que ellos, como empleadores, tienen la responsabilidad de revisar esa clase de cosas. Mire, no estoy metiendo gente de contrabando al país.

– ¿Entonces cuál es la diferencia entre usar sus servicios y poner un anuncio en el periódico, o en Craigslist?

Ty respondió por Lauren.

– ¿Cerca de cuatro mil dólares por cabeza, no es así?

– Estás comenzando a dejar de gustarme, – le dijo a Ty.

– Lo mismo digo, nena, – respondió Ty.

Lauren suspiró.

– Si estas chicas fueran legales, la mayor parte de ellas podrían conseguir un trabajo que les pagara más de siete dólares por hora, ¿entienden? Todo el mundo se queja de los ilegales, hasta que llega el momento de meter la mano en sus bolsillos.

Lock presentía que este era el discurso favorito de Lauren cuando tenía que defender su ética laboral. Pero no le estaba ayudando a descubrir qué papel había jugado Natalya en la desaparición de Josh Hulme.

– ¿Obtuvo alguna recomendación del empleador anterior de Natalya?

– Ya le entregué todos los documentos al FBI. Sacaron copias.

– ¿Podemos verlos?

El teléfono volvió a irse a buzón de voz. Lauren suspiró, y con lo que parecía ser un gran esfuerzo, se levantó de su escritorio y se dirigió a uno de los archiveros.

– No quise darles los originales en caso de que todo el caso llegara a la corte. – Se detuvo en medio de la habitación. – Ahora bien, sé que los dejé en algún lugar seguro.

Lock adivinó que ‘seguro’ en el contexto del caótico sistema de clasificación de Lauren Palowsky quería decir que estaban en algún lugar del que nunca volverían a salir.

El teléfono sonó por tercera ocasión.

– ¿Les molesta si...? – preguntó ella.

– Escuche, ¿quiere que yo busque?

– ¿Podría? Si no respondo todas mis llamadas estaré aquí hasta media noche.

Lock abrió el cajón superior del archivero más cercano y comenzó a trabajar. Le indicó a Ty que comenzara a revisar las numerosas e inestables pilas de papeles.

Toda una hora después, Lock comenzaba a preguntarse como era que algunas personas pasaban toda su vida en sus oficinas haciendo exactamente lo mismo que él estaba haciendo en ese momento. No era que sufriera de claustrofobia, pero su mente y su cuerpo eran inherentemente incansables; siempre estaba en movimiento, nunca quieto. Incluso cuando dormía, sus sueños eran vívidos y cinéticos.

La búsqueda tuvo dos funciones: le dio acceso a los registros de la agencia y le permitió a Lock tener tiempo para evaluar a Lauren. Una cosa se volvió evidente inmediatamente: ella no estaba involucrada en el secuestro. Realizar un secuestro requería un nivel de organización que estaba fuera de su control. Si lo hiciera, probablemente terminaría enviando la nota de rescate a la dirección equivocada.

Mientras tomaban y revisaban una hoja de papel tras otra, Ty y Lock habían notado con

rapidez que los recibos, aplicaciones y cualquier otro tipo de documento imaginable estaban agrupados sin orden ni razón. Había aplicaciones de candidatas a niñeras que tenían más de diez años, y detalles de familias cuyos hijos probablemente ya asistían a la universidad.

Ty levantó una carpeta verde cuya etiqueta leía “cuenta telefónica”, que naturalmente contenía todos los detalles crediticios de la compañía. Debajo de ella, en el fondo de uno de los gabinetes, se encontraba un pedazo de papel. Lo levantó. Era una carta de recomendación. Iba a colocarla junto a las otras cuando notó el nombre. Natalya Verovsky.

Ty caminó hacia el escritorio de Lauren, haciéndole un gesto con la mano. Ella cubrió la bocina del teléfono.

– ¿El FBI vio esto? – preguntó él.

– ¿Qué es eso? – Ella miró la carta. – Mierda. Debe haberse salido de su archivo.

Lock se unió a Ty junto al escritorio, le quitó la hoja de papel a Lauren y la analizó. No tenía encabezado. Estaba escrita a mano. La letra era ordinaria, con largos trazos. El nombre de Natalya estaba escrito con letras de imprenta casi a la mitad de la hoja, y la recomendación estaba escrita debajo de él. Eran sólo un par de líneas.

Natalya ha trabajado por doce meses para mí. Ha sido una muy buena trabajadora. Es muy buena con los clientes y siempre llega a tiempo. Me alegra poder recomendarle sus servicios.

Había un espacio de poco más de tres centímetros, y debajo de él se encontraba la firma de “Jerry Nash”. Había una dirección, pero no un número de teléfono. Tampoco había ninguna referencia acerca de cual había sido el trabajo de Natalya, ni ninguna mención acerca de cual había sido la relación entre Natalya y Jerry. ¿Era su jefe? ¿Compañero? ¿Amigo?

Les tomó a Lock y Jerry otros cuarenta minutos encontrar la aplicación original de Natalya. Cuando por fin la encontraron, no había nada en ella que no supieran ya. Además, no indicaba donde había sido su último empleo. Ni ningún otro empleo. Así que la recomendación seguía siendo significativa, la única pista nueva en una investigación que se aproximaba rápidamente a un callejón sin salida.

Increíblemente, no había ninguna computadora en la oficina, ni otra forma de revisar la dirección escrita en la recomendación, o si siquiera existía. Sin un número de teléfono, Natalya bien pudo haberlo inventado todo ella misma.

Lauren seguía en el teléfono. Lock llamó su atención. Ella le hizo una cara.

– ¿Ahora qué?

Lock tomó tres pasos, se agachó, y arrancó el cable del teléfono del enchufe. Lo sostuvo directamente frente a su rostro.

– ¿Revisó siquiera la dirección que está aquí?

– Por supuesto. Por ahí hay una carta que les escribí alguna vez. Creo que nunca me respondieron.

– ¿Alguna vez le dijeron que no creyera cualquier cosa que lee? – le preguntó Ty.

Ella lo miró con la boca abierta. Lock sentía ganas de estrujar el papel y hacer que se lo comiera.

– Hago lo que puedo, – se quejó.

Lock dobló la recomendación, la metió en su bolsillo y salió de la oficina. Él llamó a Carrie desde la calle. Le tomó menos de minuto y medio devolverle la llamada: mucho más rápido que el FBI.

– Bien, es una dirección real. También es un negocio real, – dijo Carrie.

– ¿Qué clase de negocio?

– El más antiguo.

CAPÍTULO

TREINTA Y CUATRO

– ESTA CLASE de investigación sí me gusta, – dijo Ty, vigilando el frente rosa neón del Club Kittykat en la acera de enfrente.

Antes de que fueran al lugar, Lock había pasado a su casa a cambiarse. Vestido con un traje de pana negra, una camisa blanca y un par de lentes sin aumento, se acercó al club de forma paralela a la entrada. Había dos vigilantes en la puerta, tipos grandes que se basaban en su gran estatura y en sus músculos llenos de esteroides para realizar sus labores. Para llegar al frente tendrían que pasar junto a ellos.

A lo largo de los años Lock había lidiado con suficientes tipos como esos para saber que la clave para que le permitieran pasar era parecer tan poco amenazador y complaciente como fuera posible. Ellos estaban programados para ver ofensas donde no había ninguna. El contacto visual directo era un no rotundo. Los lentes, esperaba, le ayudarían con ello, y le darían un aspecto débil. Era sorprendente como los estereotipos escolares quedaban se convertían en ideas fijas para los adultos.

Caminó por la acera y dio una vuelta cerrada hacia la izquierda, manteniéndose cabizbajo y haciendo su mejor esfuerzo por parecer nervioso. Sin embargo actuar así no le resultaba natural, y uno de los hombres puso una mano sobre su pecho.

– ¿Cuál es la prisa, amiguito? – le preguntó el otro sujeto.

– Déjanos ver tu identificación, – dijo el vigilante que lo había detenido.

Lo último que Lock quería hacer era enseñarles algo que tuviera su nombre encima.

– No tengo mi cartera conmigo, amigos.

La presión que el hombre había puesto en su mano se convirtió en un ligero empujón.

– No puedes entrar sin identificación.

Lock se permitió retroceder un paso antes de recuperar el equilibrio. Bajó una mano hacia el bolsillo izquierdo de sus pantalones, tomando algo de dinero, y separó dos billetes de veinte dólares.

– Aquí tienen, amigos.

Ellos tomaron el dinero y lo guardaron, y la mano que lo había empujado descendió como si se tratara de un puente levadizo.

– ¿Qué te pasó en la cabeza? – preguntó el vigilante mientras guardaba su mano en su bolsillo.

– Mi esposa. Encontró el número de alguien más en una servilleta de cóctel del Lizard Lounge en mi cartera. Me golpeó con la plancha. Estuve en el hospital una semana, – dijo Lock. Contó toda la historia con la mirada clavada en sus zapatos. Eso explicaba que no tuviera su cartera, que estaba nervioso y, sobre todo, la enorme cicatriz en su cabeza.

Los dos vigilantes se rieron. Ambos estaban pensando exactamente lo mismo. *Que perdedor.*

– Está bien, solo tenemos que buscarte rápidamente.

Lock alzó ambos brazos, las monedas en los bolsillos de su saco eran suficientemente pesadas para evitar que el saco se subiera y les permitiera ver la SIG. Esta era la señal de Ty.

– ¡Oye! – Ty apareció de la nada.

Lock sonrió al ver a Ty cruzando la calle dando largos y rápidos pasos. Bajó nuevamente los brazos mientras los dos vigilantes caminaban hacia la acera para enfrentarlo.

– ¿Cuánto cuesta la entrada? – preguntó Ty mientras Lock pasaba entre ellos con su arma oculta.

La barra cubría toda la longitud de la pared. Detrás de ella, se encontraba una única barman. Iba desnuda del torso. Definitivamente eso complicaba el asunto de ordenar una bebida. Tenía un bronceado de motel y cabello rubio pálido muy ajustado detrás de la cabeza, lo que le daba a su rostro un estiramiento facial barato.

– Cerveza, gracias, – dijo Lock.

Ella notó que él estaba evitando mirar sus pechos, aún cuando estaban justo al nivel de sus ojos.

– Puedes verme las tetas si quieres, – dijo ella con confianza.

Lock solo podía pensar en una forma de responder a la oferta.

– Gracias.

A decir verdad, los pechos no le llamaban mucho la atención. Ni las piernas. Le gustaban los ojos. Y los labios. Sí, prefería un bonito par de ojos, ojos que tuvieran algo de chispa. Y labios expresivos. Tal vez una nariz proporcional que se viera bien con el resto de la cara. Tal vez era un hombre al que le llamaban la atención las caras.

– Creo que fue el motivo por el que acepté este trabajo, – continuó la mujer. – Quiero decir, ustedes nos ven las tetas todo el tiempo, así que, ¿por qué no dejar de fingir? También gano mejores propinas.

– ¿Llevas mucho tiempo trabajando aquí? – preguntó Lock, haciendo que sonara tan patético como podía.

– ¿Es tu primera vez, cariño? – respondió ella, molestandolo.

– Es mi primera vez en este lugar. Acabo de conseguir un trabajo al final de la calle.

Ella le entregó su cerveza. Él sacó su fajo de billetes y pagó, dejándole una generosa propina.

– Quédate el cambio.

– Sólo por dejarlo claro, conmigo, una propina es sólo una propina. Si estás buscando acción, para eso están las bailarinas.

– Por supuesto.

Algunos momentos después, Ty se sentó en el otro extremo de la barra. Lock levantó la cabeza a forma de saludo.

Una esquelética pelirroja se acercó a Lock. Se presentó como Tiffany y él le compró un refresco de diez dólares. Él esperaba una invitación para ir a la parte de atrás por un baile privado, pero ésta nunca llegó. Tiffany prefirió narrarle la historia de su vida. Lock sonrió educadamente e hizo su mejor esfuerzo por escuchar.

Por razones que probablemente sólo entendían las jóvenes que asistían a ese tipo de lugares, Lock parecía emitir alguna clase de aura de sacerdote confesor tan pronto como entraba a esos establecimientos. Incluso se convirtió en una broma recurrente entre sus amigos del ejército. Debía haber sido el único soldado en la historia de las fuerzas armadas que había terminado dándole un masaje en la espalda a una prostituta mientras ella le contaba sus más profundos y oscuros secretos. Él ya se sabía la historia para ese entonces: un padre ausente o abusivo, seguido

por una búsqueda de redescubrimiento en una letanía de hombres igualmente vacíos.

Cuando sintió que era un buen momento para interrumpir la historia – Tiffany acababa de perder a su hija a manos de los trabajadores sociales, lo cual la había enviado en una espiral de abuso de ketamina – Lock se excusó de su compañía y se levantó de su banco, fingiendo que se dirigía al baño de los hombres.

– ¿Quieres que te espere? – dijo ella con una sonrisa, recordando el objetivo final de los lugares como éste.

– No, gracias, pero aprecio la oferta. Eres una buena chica.

Ella caminó hacia el fondo de la barra para sentarse junto a Ty.

Detrás de una puerta que leía “gángsters”, para el baño de hombres y “putas” para el de mujeres, se encontraba un pequeño pasillo que llevaba hacia tres puertas. Una correspondía al baño de hombres, otro al de mujeres, que probablemente también funcionaba como vestidor para las bailarinas, a juzgar por el sonido de la música rap que emanaba de ahí; y la tercera, que llevaba a un pequeño conjunto de escaleras, tenía un letrero que decía “No Entrar”. El letrero hizo todo más sencillo.

Mientras subía, Lock sacó su SIG, puso una bala en la cámara y quitó el seguro utilizando la palanca en la empuñadura de la pistola. Entonces volvió a guardarla. La había dejado preparada. Siempre lo hacía cuando estaba a punto de entrar por una puerta sin saber exactamente que había del otro lado, y si existía la posibilidad de que fuera algo peligroso.

Al llegar a la parte superior de las escaleras se detuvo, sacó su Gerber y cortó un pedazo de alambre que sobresalía junto al marco de la puerta. Lo metió en su bolsillo antes de abrir la puerta.

Una solitaria lámpara de escritorio hacía un arco de luz en la oscuridad. Había un olor de sudor rancio y humo de cigarro. Una mujer obesa con el cabello recogido en un moño estaba sentada detrás de un escritorio. Manoteó en busca del botón de pánico.

Lock levantó el trozo de alambre que había cortado del marco de la puerta.

– No funciona.

Había un teléfono en el escritorio, pero la mujer no hizo ningún intento de tomarlo. Parecía estar sorprendentemente tranquila, como si tener a un hombre armado irrumpiendo en su oficina fuera algo que ocurriera todos los días. Encendió un cigarrillo nuevo a partir de las cenizas del anterior y le dio una gran calada, aparentemente resignada a lo que fuera que ocurriera a continuación.

– ¿Qué es lo que quieres? Estoy ocupada.

Lock metió la mano en el bolsillo de su saco y tomó la foto de Natalya con sus padres. La puso en el escritorio enfrente de la mujer. Ella la miró, y después desvió la mirada.

– ¿Y?

– ¿La conoces?

Ella lo miró con sospecha.

– ¿Quién diablos eres tú?

– Está muerta. Pero antes de morir un niño pequeño al que cuidaba fue secuestrado. Estoy intentando encontrarlo. Y tú vas a ayudarme.

– No sé de qué estás hablando.

No estaban progresando. Tarde o temprano alguien se daría cuenta de que uno de los clientes que había ido al baño de los hombres no había regresado. Y entonces vendría uno de los gorilas a revisar.

Él sacó la carta de recomendación, y la colocó en el escritorio junto a la fotografía, señalando

la firma.

– ¿Ésta eres tú, no es así? Eres Jerry. – Él podía notar que en ese momento negaría incluso que se encontraba en una habitación con él, así que continuó. – Ahora bien, puedes responder mis preguntas, o puedo llamar al FBI.

– Ese es mi nombre, pero yo no firmé. Mi nombre se escribe con I, no con Y. – Ella levantó la carta y se tomó su tiempo en estudiarla. – Ella trabajó aquí. Hasta, tal vez...

Hizo una pausa, esforzándose por recordar.

– Hasta hace cinco meses. Después se fue.

Hubo un golpe en la puerta. La voz de un hombre. Uno de los vigilantes.

– Oye, Jerri, te necesitamos abajo.

– Respóndele, – susurró Lock.

– Bajo en cinco.

Escucharon como el hombre bajaba las escaleras. Oyeron también como entraba al baño de mujeres y le gritaba algo a una de las bailarinas.

Jerri volvió a tomar una bocanada de su cigarrillo mientras Lock observaba los documentos sobre su escritorio.

– Escucha, si hubiera tratado tan mal a Natalya, ¿por qué regresó a recuperar su antiguo trabajo?

Lock alzó la mirada.

– ¿Qué?

– ¿No sabías eso, cierto? – dijo Jerri, sonriendo brevemente.

– ¿Cuándo ocurrió eso?

– Déjame pensar. Hace un mes, seis semanas.

– ¿Te dio alguna razón?

Jerri sopló un anillo de humo y se encogió de hombros.

– No lo hizo. Pero debe haber sido un hombre. Siempre es un hombre.

– ¿Mencionó a alguien en particular?

– A un tipo llamado Brody, creo.

– ¿Pudo ser Cody?

– Sí, tal vez.

– ¿Cody Parker?

– Ella solo lo llamó Cody.

Mierda. Lock se había equivocado. El tipo no era inocente, solo era bueno bajo presión.

– ¿Dijo algo acerca de los derechos de los animales?

– ¿Los qué de los animales?

Lock lo interpretó como un no.

– ¿Lo viste alguna vez?

– Tal vez vino por ella una o dos veces.

– ¿Era mayor? ¿Más joven?

– ¿Que ella? Mayor. Escucha, se acabaron nuestros cinco minutos. Vendrán de vuelta en cualquier momento y tú vas a estar en problemas.

Justo en ese momento se escuchó un golpe en la puerta. Esta vez más insistente.

– ¿Jerri?

Antes de que pudiera responder, la puerta se abrió y uno de los vigilantes recibió un cañón de pistola en la cara.

– Relájate, – dijo Lock. – Ya me iba.

El vigilante palideció.

– Está bien, hombre. No voy a intentar detenerte.

Lock lo empujó y bajó por las escaleras, abarcando dos escalones con cada paso. En la barra, Tiffany estaba sentada en el regazo de Ty.

– Debo irme, – le dijo Ty.

Ella arrojó sus brazos sobre su cuello.

– ¿Me llamarás?

– Seguro.

Ty alcanzó a Lock. Detrás de ellos, podían escuchar al vigilante gritando en su teléfono móvil mientras descendía por las escaleras.

– Sí, tiene un arma. ¡Necesito a alguien aquí, ahora!

En la oficina, Jerri había encendido un cigarrillo nuevo y sostenía el teléfono con su hombro.

– No sé, – dijo, formando un anillo de humo perfecto y observando como se disolvía enfrente de su rostro. – Pero si yo fuera tú, comenzaría a darle fin a esto de una buena vez.

CAPÍTULO

TREINTA Y CINCO

– ASÍ QUE LO teníamos y lo dejamos ir, – dijo Ty, caminando hacia la ventana en la sala de Lock y fingiendo que golpeaba su propio reflejo. – Si le han hecho daño al niño...

Lock estaba sentado en el sillón, con su cabeza en sus manos, las puntas de sus dedos tallando su cicatriz.

– Bien podría no ser Cody, sabes.

– Ah, vamos Ryan. Él conocía a Natalya, y después ella mágicamente apareció como la niñera de Josh Hulme.

– *Au pair*, – lo corrigió Lock.

– Como sea.

– Supongo que deberíamos llamar a Frisk. Entregarle el caso a los federales. Tal vez nadie quería entregar a Parker cuando era el Che Guevara de los animales, pero esto podría cambiar su imagen.

Lock sacó su teléfono móvil del estuche en su cinturón. Vibró en su mano. La extensión era de la Plaza Federal.

– Hablando del diablo. – Abrió el teléfono para responder.

– ¿A qué demonios crees que estás jugando?

La voz correspondía inconfundiblemente a Frisk.

– Justo el hombre con el que quería hablar.

– Vete al diablo, Lock.

– Sabemos quien tiene a Josh Hulme.

– Genial. ¿Sabes quién tiene a su padre también?

– ¿Qué?

Ty leyó el rostro de Lock.

¿Qué ocurre?

Lock lo ignoró.

– Richard Hulme está con ustedes, ¿no es así?

– Lo estaba hasta hace una hora.

– ¿Qué ocurrió?

– Salió de su departamento y ahora no podemos encontrarlo.

CAPÍTULO

TREINTA Y SEIS

STAFFORD VAN STRATEN tomó algunos papeles de su portafolio de piel de ochocientos dólares y los colocó en el asiento trasero de la camioneta Hummer.

– Pasé la mayor parte del día negociando con nuestra compañía aseguradora, – dijo.

Richard miró los documentos, con una expresión helada en el rostro.

– Logré convencerlos de que no invaliden la póliza que cubre a tus parientes de secuestro por recompensa con base en que existe un periodo muy corto de tiempo entre el fin de tu contrato y tu decisión de volver a la compañía. En otras palabras, sigues estando asegurado.

Stafford sonrió para sí mismo. Habría sido un excelente vendedor de puerta en puerta.

– Fue una negociación sencilla considerando las circunstancias. Están poniendo un límite en la recompensa de dos millones de dólares. Usualmente llegan hasta cinco. Pero creo que tenemos suerte de que hayan decidido extender su cobertura después de todo, ¿no crees?

De nuevo, Richard no dijo nada.

– En caso de que el pago del rescate excediera los dos millones de dólares, Meditech ha acordado cubrir el exceso hasta un total de cinco millones. Podemos deducirlo de impuestos, en todo caso.

Finalmente, Richard lo miró.

– Es la vida de mi hijo a la que le estás poniendo un precio.

Stafford aflojó su corbata, desabrochó el primer botón de su camisa.

– Lo lamento, Richard. No quiero sonar tan cínico. Realmente no soy el mejor tipo cuando se trata de lidiar con emociones. Tiendo a suprimir las cosas, ya sabes. Es más fácil para mí solucionar las cosas que preocuparme en pensar porqué están mal en primer lugar. Entiendo que darías cualquier cosa por tenerlo de vuelta. – Rozó el contrato que se encontraba sobre el asiento con las yemas de su mano derecha.

Richard bajó la mirada hasta la gruesa pila de hojas de papel bond impresas con láser.

– ¿Qué es esto?

– Bien, para que esto funcione debes trabajar con nosotros por al menos los siguientes doce meses. Si es menos tiempo la compañía aseguradora volverá a invalidar la póliza. Así como la cobertura a otros empleados. Lo que haría que fuera prácticamente imposible para nosotros asegurarnos con alguien más. Y eso presentaría muchísimas dificultades, especialmente por nuestras operaciones internacionales. También te causaría dificultades a ti, debido a que tendrías que pagar el rescate. Y creo que si tuvieras algunos millones de sobra no estarías aquí sentado. ¿Ves lo que estoy diciendo, Richard, no es cierto?

Richard dudó por un momento, y luego tomó el contrato. Comenzó a hojearlo, buscando el sitio donde se requería su firma.

– Son cosas muy básicas, – dijo Stafford rápidamente, entregándole una pluma Mont Blanc.

– Todas las cláusulas básicas, en particular las relacionadas a la sensibilidad comercial de tu trabajo.

Richard dejó de hojear el contrato.

– No volveré a utilizar animales.

– Y nosotros tampoco. Nuestra palabra está clara con respecto a ese asunto. – Richard llegó hasta la última página y firmó con su nombre. Stafford le entregó una copia. También la firmó.

– Estás hablando acerca de una recompensa, – dijo Richard, – pero aún no han pedido ninguna.

– Eso no es del todo cierto.

– ¿A qué te refieres?

– Necesitamos resolver algunos asuntos primero. Antes de decirte.

Por un momento Stafford pensó que Richard lo iba a apuñalar en el cuello con su pluma.

– ¿Los contactaron los secuestradores?

– Obviamente estaban confundidos respecto a tu situación en la compañía. ¿No te pareció extraño no haber recibido ninguna amenaza?

– ¿Por qué no me lo dijeron? – dijo Richard absolutamente incrédulo.

– Si lo hubiéramos hecho, le habrías dicho al FBI, ¿y qué habríamos logrado con eso? Escucha, Richard, has sido un poco problemático para la compañía. Incluso antes de todo esto. Todas tus objeciones acerca de las pruebas con animales no le parecieron bien a la junta directiva.

– Es mala ciencia. La estructura genética de un primate no es suficientemente parecida a la nuestra para hacer algo de esta naturaleza. Está bien si quieres encontrar algo para tratar, digamos, la diabetes, pero no hay margen de error con estos agentes.

Stafford lo interrumpió. Era hora de un poco de amor duro.

– Bien, mientras tú estabas ocupado desnudando tu alma en televisión nacional, yo estaba trabajando en sacar a la compañía de este maldito enredo. Las personas que tienen a tu hijo han dejado claro que no quieren que el FBI se entere de que existe una demanda de rescate. Nosotros tampoco. ¿Cuántos hijos de nuestros empleados podrían ser secuestrados si esto se hiciera público? Habría millones de dólares involucrados. Cada imbécil perdedor del país intentaría repetir el truco. Cada niño cuyos padres trabajaran para grandes corporaciones serían un blanco andante. ¿Es eso lo que quieres?

– Por supuesto que no. No le desearía esto a mi peor enemigo.

– Bien. Entonces no le digas a nadie más. Especialmente al FBI. Si se enteran, lo bloquearé, y tu hijo probablemente morirá.

– ¿Cómo podemos asegurar que sigue vivo?

– ¿Quieres una prueba?

Richard asintió.

Stafford abrió la parte trasera de su portafolio de piel y tomó una bolsa de plástico con un sello Ziploc en la parte superior. En el interior había cuatro mechones de cabello marrón.

– Los hemos estado analizando en nuestros propios laboratorios. Definitivamente es de Josh. Y nos enviaron esto.

Consciente de que una fotografía Polaroid evitaría que hubiera la sospecha de que la imagen hubiera sido alterada, Stafford sacó una fotografía con un borde blanco, y se la entregó a Richard. En ella, Josh estaba de pie, parpadeando por la luz, su cabello corto y de un color distinto, sosteniendo una copia de dos días atrás del *New York Post*.

– Oh, por Dios. Mi hijo. ¿Qué le han hecho? – dijo Richard, derrumbándose al fin.

CAPÍTULO

TREINTA Y SIETE

CERCA DE LA MEDIA NOCHE, las luces aún brillaban afuera del restaurante coreano. Una luz de dura realidad comercial iluminaba el letrero de “En Renta”.

– Esto solo tomará un minuto, – dijo Lock, empujando la puerta.

– Bien podrías enviar solo una tarjeta, – objetó Ty.

En el camino de vuelta a las oficinas habían escuchado de parte de Carrie que el anciano coreano no había sobrevivido, que su corazón había dejado de funcionar.

Su hija se encontraba detrás del mostrador. Ella se tensó en cuanto vio a Lock entrar. Incluso más cuando vio que era seguido por Ty. Lock suspiró: algunas cosas en la ciudad jamás cambiaban.

Se quitó la gorra de béisbol y la sostuvo contra su pecho.

– Lamento lo de tu padre.

Ella desvió la mirada, el dolor aún la tomaba desprevenida. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Ty estudiaba el suelo.

– Eso es todo lo que hemos venido a decir, en realidad.

– Gracias.

Comenzaron a avanzar hacia la puerta.

– Espera, – dijo, avanzando desde atrás del mostrador. – Mi padre creía que eras un héroe. Sabes, nos habían robado antes. Y nadie hizo nada. Sólo se quedaron de pie y dejaron que ocurriera.

– ¿Ha dicho algo la policía acerca de los hombres que entraron?

– Han estado haciendo preguntas acerca de las personas que estaban protestando más abajo en la calle.

– Me imagino.

– ¿Por qué?

– No importa. Cuándo los tiradores entraron, ¿qué fue lo que dijeron?

– No dijeron nada.

– ¿Nada en absoluto? Ni siquiera “tírense al piso” o “no se muevan”?

– Nos dieron una nota a cada uno.

– ¿Qué quieres decir?

– Eran instrucciones en una hoja de papel. La que le dieron a mi padre estaba en coreano.

Lock se sintió repentinamente despierto. Ty, que había tomado un periódico para matar el tiempo, lo puso de vuelta en la repisa.

– ¿Y qué decía?

– Sólo decía lo que teníamos que hacer.

– ¿Y las notas estaban definitivamente escritas en coreano?

- E inglés. Sí.
- ¿Le dijiste esto a la policía?
- Por supuesto.
- ¿Y qué te dijeron?
- Nada. ¿Por qué?
- ¿Les entregaste las notas?
- Los hombres se las llevaron.

Lock miró a Ty, ambos estaban pensando la misma cosa. Le repitieron lo apenados que estaban de escuchar que su padre había fallecido y se fueron.

Un policía civil no habría hecho la conexión. Para él o ella, habría sido solo un buen truco, tal vez una forma de asegurarse que la víctima no identificara sus acentos. Pero para Lock y Ty las instrucciones escritas significaban algo distinto. Algo importante.

En Irak, cuando las patrullas militares realizaban redadas en casas donde no tenían acceso a un intérprete local, utilizaban tarjetas escritas en todos los dialectos locales. Confiaban en el hecho de que la población iraquí era educada, y aunque los niveles de alfabetización eran altos, no podían garantizar que las personas hablaran inglés. También sabían que si alguien no lograba entender las instrucciones eso podría conducir a un malentendido, y los malentendidos podían significar la muerte. Así que utilizaban tarjetas.

Lock sintió un impulso de adrenalina. Quien fuera que había tomado esa tienda había sido un militar, o un ex militar.

Caminando rápidamente por la vereda, llegaron a la entrada del edificio de Meditech en menos de un minuto. Hablaron sólo una vez que se encontraron dentro del elevador.

- ¿Cody Parker hizo algún servicio?
- No lo creo.
- ¿Don Stokes?
- ¿Estás bromeando? Con la actitud que tiene ese chico no habría durado ni dos segundos.

Brand estaba sentado detrás de un escritorio cuando entraron al cuarto de operaciones improvisado. Sobre la cabeza de Brand se encontraba un cartel de Josh Hulme.

Brand empujó su silla hacia atrás, poniéndose las manos detrás de la cabeza.

- Los viajeros regresaron.

Lock se inclinó sobre el escritorio de forma que su rostro estaba a centímetros del de Brand.

- ¿Dónde está Hulme?
- A salvo.

Lock retrocedió un paso, levantando la bota y utilizándola para patear la silla de Brand hasta la pared.

- Dije donde, ahora.

– Sé lo que dijiste, Lock. Pero mientras estabas paseando en los prostíbulos de los cinco distritos buscando a una nueva puta, la situación cambió. Él está en la bahía, si te interesa saberlo.

- Brand, basta de idioteces. ¿Qué está pasando?
- Relájate, nosotros nos encargamos.
- Yo estoy a cargo aquí, y lo sabes. Cuando ocurre algo deben hacérmelo saber.
- Corrección. Estabas a cargo.

Brand se levantó y tomó dos sobres blancos del escritorio. Uno estaba dirigido a Lock, el otro a Ty. Se los entregó.

Lock abrió el suyo. La única línea en mayúsculas negritas que se encontraba debajo del

encabezado no dejaba lugar para las interpretaciones: NOTIFICACIÓN DE DESPIDO.

CAPÍTULO

TREINTA Y OCHO

STAFFORD SE ENCONTRABA de pie en la terraza del condominio de la familia en Shinnecock Bay, teléfono en mano. Novecientos metros cuadrados de pornografía arquitectónica sin nada que la separara de Europa, a excepción del Atlántico. Nuevo dinero enfrentando al viejo.

Terminó la llamada y se volvió hacia los dos hombres que estaban de pie detrás de él. Uno de ellos era su padre, el otro era Richard Hulme.

– Está acordado, – dijo.

Los hombros de Richard se desplomaron, la gravedad parecía haber vuelto a la normalidad para él.

– Dime que está bien. Dime que mi hijo está a salvo.

– Se encuentra bien, Richard.

– Entonces, podemos–

– Si todo sale bien, todo esto habrá terminado en menos de veinticuatro horas.

Richard asintió para sí mismo, desesperado por creerlo, como Stafford sabía que se sentiría. Nicholas Van Straten caminó hasta el borde de la terraza, con los brazos cruzados.

– ¿Cuánto pidieron?

– Tres millones.

Los ojos de Nicholas se estrecharon mientras observaba el océano, más allá de la alberca que se encontraba debajo de ellos.

– Es un precio pequeño.

– Especialmente cuando logramos que alguien más pagara la mayor parte de la cuenta, – añadió Stafford.

– ¿Richard, me permitirías tener un momento a solas con mi hijo?

– Por supuesto.

Nicholas esperó a que Richard desapareciera de la vista.

– Bien hecho, Stafford.

Era el primer elogio incondicional que Stafford podía recordar que su padre le hubiera dicho. Aún cuando era un niño, cualquier halago había sido siempre temperado por una adición inmediata, que decía que cualquier logro suyo era de esperarse debido a las ventajas de su cuna.

Quería saborearlo. Pero todo lo que sintió fue resentimiento.

– Gracias, señor.

– Tal vez debí haberte involucrado antes.

– Tal vez debiste hacerlo.

Y entonces llegó, la inevitable condición:

– Sólo nos queda esperar que la entrega ocurra sin problemas, ¿de acuerdo?

CAPÍTULO

TREINTA Y NUEVE

EL CUARTO se sumió en la oscuridad. Josh se acercó a la televisión a gatas y presionó el botón de encendido, pero nada ocurrió. El miedo que había estado evitando durante los últimos días había vuelto en la forma de palpitaciones en su pecho y sequedad en su boca.

La ausencia de luz era total. La habitación estaba tan oscura que podía sentir su mano sobre su cara, pero no podía verla. Gritó pidiendo ayuda, pero nadie llegó.

Entonces, tal vez un minuto después, tal vez cinco, escuchó que se abría la puerta. Del otro lado también estaba oscuro. Entonces se encendió una luz cegadora, dirigida hacia su cara. Él entrecerró los ojos, y negras figuras delineadas de amarillo comenzaron a danzar frente a él. Sintió que había alguien detrás de la luz. Entonces arrojaron una bolsa hacia el cuarto, que aterrizó en sus pies.

– Feliz Navidad, – dijo la voz de un hombre. Josh bajó la mirada hacia la bolsa.

– Adelante, Josh. Ábrela.

Josh se agachó y abrió el cierre. Sus manos temblaban. *No seas un bebé*, se dijo a sí mismo.

Dentro encontró un par de zapatillas deportivas.

– Póntelas.

Él se sentó en el piso y se apresuró a colocarlas en sus pies, forcejeando con los cierres de velcro.

– De acuerdo, ahora date la vuelta.

Hizo lo que se le indicaba.

– Ahora, voy a ponerte una gorra. Es una gran gorra, así que no podrás ver nada. Pero no voy a lastimarte. ¿Entiendes?

– Sí, – dijo Josh. Su voz le sonaba extraña. Entonces recordó que llevaba varios días sin hablar.

Se dio la vuelta y el hombre le puso una gorra sobre la cara.

– De acuerdo. ¿Prometes no mirar?

– Lo prometo.

– Bien, porque si lo haces no podrás volver a casa. ¿Entiendes?

– Sí.

– Muy bien, voy a tomar tu mano para mostrarte hacia donde ir.

Josh sintió la piel áspera contra su mano mientras el hombre lo guiaba al exterior de la habitación. El aire era más frío, y podía escuchar el eco de las pisadas del hombre mientras caminaba junto a él. Hubo un chasquido, como si una puerta se abriera. El hombre empujó a Josh hacia adelante y se escuchó otro chasquido. Adivinó que la puerta había vuelto a cerrarse. Josh luchó por seguirle el paso, corriendo cada tanto para no quedarse atrás. Lo último que quería era provocar que el hombre se enojara.

Hubo un zumbido y después el chasquido de otra puerta abriéndose, y entonces una ráfaga de aire helado.

– Fíjate por donde caminas, – dijo el hombre, prácticamente levantándolo de sus pies. – Por aquí.

Se escuchó el sonido de la puerta pesada de un automóvil siendo abierta, y entonces lo metieron en el interior, agazapado en el fondo.

– Aquí, siéntate.

Sintió una presión contra su mejilla cuando el hombre lo forzó a sentarse. El asiento era suave, frío y suave contra sus manos desnudas. Se escuchó el chasquido del cinturón de seguridad.

– No te lo quites. Te estaré observando.

Un momento o dos después el motor se encendió. Josh colocó sus manos en su regazo. Podía sentir la lana de la gorra haciéndole cosquillas pero resistió el impulso de rascarse. Enterró sus uñas, que habían crecido desde que lo habían secuestrado, en las palmas de sus manos, para distraerse.

El automóvil olía igual que el que había ido por él y Natalya después de la fiesta, lo que parecía haber ocurrido hacía una eternidad. Le hacía pensar en recuerdos que él prefería evitar. El pánico que sintió mientras se alejaban. El olor del río. El paralizante chasquido de la pistola. Apretó sus manos con más fuerza, sus uñas se enterraron aún más en su piel, el dolor hacía que se olvidara de todo.

En el asiento de enfrente, el conductor hizo la primera de tres llamadas telefónicas. La primera le preocupaba más porque no sabía si la persona con la que necesitaba hablar le respondería. Sintió un gran alivio al escuchar la voz del otro lado de la línea. Había pasado horas familiarizándose con ella, escuchando una y otra vez las amenazas del hombre que poseía esa voz.

– ¿Sí?

– Sé lo que le ocurrió a Stokes, y por qué.

– ¿Quién habla? ¿Cómo consiguió este número?

– Si quiere descubrirlo, deberá reunirse conmigo en una hora, – dijo el conductor. Entonces le dio la dirección y terminó la llamada.

La naturaleza humana haría el resto.

CAPÍTULO

CUARENTA

TY Y LOCK se deslizaron en el asiento. Del otro lado, Tiffany parecía estar intentando hacer un hoyo en su taza de café con la cuchara.

Ty deslizó una fotografía de Cody Parker sobre la mesa. Tiffany la miró por menos de un segundo de Nueva York y sacudió la cabeza.

Lock se inclinó hacia ella.

– Pero es él, él es Cody Parker.

– No se veía así en absoluto.

Lock usó su mano para cubrir la parte superior cabeza de Cody, razonando que tal vez los sedosos rizos de Cody bien podrían haber sido una forma suya de disfrazarse, dejándolos crecer tiempo después.

– Vuelve a mirar.

Ella siguió agitando su café. Lock se estiró y le quitó el café de la mano. Ella intentó recuperarla pero él la alejó de su alcance.

– Dije, vuelve a mirar.

– No tengo que hacerlo. No se parece en nada a él.

Lock le devolvió la cuchara y ella volvió a agitar su café.

– De acuerdo, ¿entonces como se veía el Cody Parker con el que Natalya había estado saliendo? Y si dices “no como el de la fotografía” te quitaré esa cuchara y la meteré en tu trasero.

Tiffany miró a Ty.

– Tu amigo es muy intenso.

– Lo sé, – dijo Ty, – y eso es una de sus mejores cualidades.

– Comencemos por la estatura, – dijo Lock.

– Era así de alto, – dijo ella, señalando a un camarero latino bajito que estaba limpiando la mesa de a lado.

– ¿Cerca de un metro setenta?

– Si eso mide ese tipo, entonces sí.

– ¿Blanco? ¿Negro? ¿Latino?

– Blanco, pero su piel era horrible. Como si hubiera tenido un mal acné en su juventud.

– ¿Qué tipo de cabello?

– Café, con algo de blanco. Muy corto.

– ¿Como el mío?

Ella puso la cuchara sobre la mesa, con unas cuantas gotas de café aferrándose a ella. Alzó la mirada hacia Lock como si apenas lo hubiera notado.

– Sí. Algo así.

– ¿Cuántos años?

– Cuarenta. Tal vez cincuenta.

– ¿Pero dijo que su nombre era Cody?

Ella miró a Lock de la misma forma que lo haría una maestra particularmente impaciente a un estudiante obtuso.

– Sí.

– Quédate con ella otros cinco minutos, – le dijo Lock a Ty, – asegúrate que no se vaya a ningún lado.

– ¿Por qué? ¿A dónde vas?

– Voy a conseguir algunas fotografías.

CAPÍTULO

CUARENTA Y UNO

EL AUTOMÓVIL AVANZÓ por el terreno accidentado del lote baldío. El conductor se estacionó, apagó el motor, salió del auto y se alejó hacia el otro lado de la acera. Entonces hizo dos llamadas más. La primera a las oficinas de Meditech. La segunda, diez minutos después, al FBI.

Cuando terminó la última llamada apagó su teléfono móvil. Cruzó de vuelta al edificio abandonado que se encontraba junto al lote baldío. Al fondo del edificio se encontraba una puerta que antes había sido bloqueada con tablas. La atravesó y caminó entre la basura que llenaba el pasillo hacia un conjunto de escaleras, y comenzó a subir hasta su puesto de observación. Desde ahí podía ver el lote y el automóvil estacionado en medio.

Quince minutos después, dos gigantescas camionetas GMC Yukon se detuvieron junto al lote baldío. Se quedaron ahí, con los motores encendidos, sin saber que hacer a continuación.

Brand estaba sentado en el asiento del pasajero del primer vehículo, con las yemas de los dedos de su mano derecha acariciando los pequeños cráteres de su rostro. Hizzard estaba en el asiento del conductor. Brand lo había seleccionado especialmente a él cuando recibieron la llamada diez minutos antes.

Richard Hulme estaba sentado en la parte trasera. Cuando se detuvieron, saltó hacia adelante, aferrándose al asiento de Brand.

– ¿Qué estamos esperando?

– No es tan simple. Tenemos que confirmar que está aquí primero. Entonces hacemos la transferencia. Cuando quede validada, entonces podemos ir por él.

– ¿Por qué no lo tomamos y ya?

– Ya le dije por qué. Estas personas no están jugando.

– Déjenme ir a ver, – dijo Richard.

– Podría molestarle si lo ve. Una vez que esto termine, podrá ir por él. Lo prometo.

– ¿Y qué tal que ni siquiera está en el auto? ¿Y si se trata de una broma de mal gusto?

Brand se dio la vuelta para mirarlo de frente.

– Hizzard, ve tú.

Hizzard abrió la puerta, salió de la camioneta y caminó hacia el auto. Cuando se encontró a tres metros del auto disminuyó la velocidad y se agachó, observando con cuidado la parte inferior del automóvil. Entonces cruzó hacia la puerta trasera más cercana a él. Tocó la manija, tomó un profundo aliento y abrió la puerta. Había un niño pequeño en el interior. Estaba sentado casi casualmente, con las piernas colgando del borde, y una gorra sobre su cabeza.

– ¿Hola? – dijo él, su voz era áspera, la pregunta dubitativa.

– ¿Josh?

– Sí. – Su voz era un susurro.

– He venido por ti con tu papá. Pero necesito que seas paciente solo por unos minutos más. ¿Puedes hacer eso por mí?

– Eso creo.

– Bien. Estás siendo muy valiente. Ahora, voy a quitarte la gorra de la cabeza para que puedas verme.

– De acuerdo.

Hizzard se estiró y le quitó la gorra. Josh lo miró, se parecía a las fotos que había visto de él. Habían cortado su cabello, y lo habían teñido, pero definitivamente era él.

– Ahora, tendré que irme por un par de minutos. Pero volveré muy pronto. Tienes que hacer algo por mí, ¿de acuerdo? Tienes que quedarte aquí hasta que vuelva por ti. Hagas lo que hagas, no salgas de este carro.

Cerró la puerta, dejando a Josh solo. Trotó de vuelta y se subió a la primera Yukon.

Richard lo sujetó en cuanto se sentó.

– ¿Es él? ¿Está bien? ¿Le han hecho daño? – su voz estaba entrecortada, sus preguntas se encimaban entre sí.

– Es él. Está bien, doctor Hulme.

Brand marcó a uno de los contactos guardados en su teléfono. Hubo una segunda pausa antes de que su llamada fuera respondida por el corresponsal de la compañía aseguradora.

– Habla Brand. Confirmamos su identidad.

– Autorizaré la transferencia en este momento, señor Brand, – respondió la mujer del otro lado de la línea.

Brand terminó la llamada.

– ¿Ahora qué? – preguntó Richard.

– La compañía aseguradora hará la transferencia. Una vez que la hayan verificado, nos contactarán para que vayamos por él.

– ¿Y si no mantienen su parte del trato?

– Lo harán, – dijo Brand. – Si no lo hacen, perseguiremos a cada uno de ellos. Lo saben.

Sonrió con confianza hacia Richard.

– Todo ha terminado. Recuperaremos a su hijo muy pronto.

Desde su ventajosa ubicación tres pisos más arriba, el conductor observó a una vieja camioneta Ford del '96 se acercaba de forma paralela al lote y se estacionaba. El conductor encendió su teléfono e hizo otra llamada. Sólo dijo dos palabras:

– Lo tenemos.

Entonces colgó.

Abajo, observó como se abrían las cuatro puertas de cada Yukon y los hombres salían corriendo hacia el auto. El primer hombre en alcanzarlo abrió la puerta trasera con tal fuerza que la dobló sobre su eje. Entonces su cabeza y su torso desaparecieron en el interior. Volvió a salir con una pequeña figura en brazos y corrió de vuelta hacia la Yukon. Un hombre que vestía una chamarra deportiva y pantalones de vestir, que debía tratarse de Richard Hulme, tomó al niño de los brazos del otro hombre. El resto de los hombres lo llevaron, aún con el niño en brazos, de vuelta a los vehículos.

Del otro lado de la calle, Cody Parker se detuvo justo a tiempo para asegurarse un asiento de primera fila para la transferencia.

– Hijo de perra.

Cambió la velocidad de la camioneta justo cuando el primer vehículo del FBI se acercó hasta él, bloqueando la parte frontal de la camioneta. Volteó hacia el espejo retrovisor, listo para poner

la reversa, pero otro automóvil chocó contra él desde atrás.

Arriba, el conductor esperó hasta que las puertas de ambas Yukon estuvieran cerradas para hacer su última llamada.

Dentro del automóvil en el lote, el teléfono móvil apenas y tuvo la oportunidad de sonar. El automóvil explotó, enviando una llamarada de fuego hacia el cielo. Las ventanas estallaron, arrojando fragmentos de vidrio en todas direcciones. La ola expansiva empujó los paneles principales del cuerpo del automóvil, que giraron fuera de control, y uno de ellos golpeó a la Yukon más cercana. Un segundo después, una segunda explosión disparó otra llamarada desde el frente del automóvil al encenderse el tanque de gasolina.

En el asiento trasero de la segunda Yukon, Richard observó a la carcasa vacía del automóvil mientras ardía, con Josh abrazado al pecho de su padre. Sollozando con alivio, se agachó y besó la parte superior de la cabeza de su hijo, pasando los dedos por su cabello. Del otro lado de la calle, podía ver a un hombre musculoso con una coleta grasosa siendo arrastrado del interior de una camioneta por cuatro hombres que llevaban uniformes azules grabados con las insignias de la fuerza antiterrorista. El hombre gesticulaba obscenidades mientras su brazos eran puestos detrás de su espalda y lo elevaban del suelo.

– Salgamos de aquí, – dijo Brand.

Hizzard no necesitaba que le ordenaran que acelerara para alejarse de lo que quedaba del automóvil en llamas.

En el asiento trasero, Richard se aferró con fuerza a su hijo.

– Está bien, Josh, ya estás a salvo. Estás a salvo conmigo.

CAPÍTULO

CUARENTA Y DOS

– EN UN INESPERADO giro en el caso de secuestro de Josh Hulme, el hombre que se hace llamar un ‘liberador de animales’, Cody Parker, también conocido por la policía como Lobo Solitario, será presentado el lunes por cargos federales de secuestro por el presunto secuestro de Josh Hulme, de siete años de edad.

Carrie se detuvo, arreglando un mechón de cabello que había caído sobre su ojo izquierdo.

– Lo siento, Bob, déjame intentarlo de nuevo, – le dijo a su camarógrafo, enderezándose y haciendo que su rostro mostrara preocupación.

– En un dramático giro en el caso de secuestro de Josh Hulme, el activista por los derechos de los animales de treinta y siete años, Cody Parker, también conocido por las autoridades como Lobo Solitario, será presentado el lunes por cargos federales de secuestro. Parker también está siendo investigado por la exhumación del cuerpo de Eleanor Van Straten, fallecida a los setenta y dos años de edad. Él, sin embargo, niega estar involucrado en el secuestro de Hulme.

Ella sostuvo la misma expresión por tres segundos más.

– Excelente, si eso fue lo que ocurrió en realidad, – dijo Lock, caminando junto a la fuente en el exterior de la Plaza Federal.

No habían hablado desde la última vez que cenaron en el departamento de ella. Para Lock, había sido una noche en la que Paul, el nuevo amante de Carrie, había estado regodeándose toda la noche desde la fotografía en el aparador. Incluso Ángel, la perra rescatada, lo había abandonado por los confines más suaves de la habitación de Carrie, donde se había recostado sobre las almohadas, rehusándose firmemente a moverse.

Después de ese día, Carrie había estado ocupada intentando seguir el ritmo de la historia de Josh Hulme conforme se desenvolvía a una velocidad vertiginosa, mientras Lock había estado haciendo aún más investigaciones. Se llamaron mutuamente un par de veces, pero Lock no estaba dispuesto a escuchar nada de su buzón de voz por desconfiar de él.

Mientras el camarógrafo desmontaba su equipo, Carrie se unió a Lock junto a la fuente.

– ¿Entonces que ocurrió?

– Todavía no tengo todas las piezas, pero puedo decirte una cosa: Cody Parker no tuvo nada que ver con el secuestro de Josh Hulme.

– El FBI no está de acuerdo. Parecen creer que tienen un caso bastante sólido. Tiene suerte de que el estado de Nueva York no tiene la pena de muerte, si me lo preguntas a mi.

– Nueva York no la tiene por casos como este.

– ¿A qué te refieres?

– ¿Qué hace que una persona termine amarrado a la vieja silla eléctrica, o con una gran jeringa de cloruro de potasio hoy en día?

– ¿Por qué presiento que estoy a punto de recibir uno de tus pequeños discursos?

– Compláceme.

– De acuerdo. Un crimen horrendo. Secuestro de niños, asesinato.

– Y en casos como esos las autoridades se encuentran bajo una enorme presión por llevar a alguien ante la corte.

– Oye, no es que seleccionaran a Cody Parker de la guía telefónica. Tienen evidencia bastante sólida.

– Y te puedo decir que toda ella es circunstancial.

– ¡No puedo creer que estés defendiendo a este tipo! Escuchaste lo que dije hace unos momentos. Es completamente seguro que es culpable de haber desenterrado a la anciana y haber tirado su cuerpo en medio de Times Square.

– Y debería ir a la cárcel por eso. Por mucho tiempo. Pero lo que están haciendo, – dijo Lock, mirando hacia el Edificio Federal Jacob K. Javits, – es inculparlo por secuestro.

– ¿Si no lo hizo Cody Parker, entonces quién?

– Meditech.

Ella soltó una carcajada. Lock la miró a los ojos.

– Oh, por Dios. Estás hablando en serio.

– Así es, pero no fue un esfuerzo colectivo. Estoy adivinando que muy pocas personas estaban al tanto de ello. Ni siquiera estoy seguro de que Nicholas Van Straten lo supiera.

– Pero él es el director.

– Precisamente. Mira, Carrie, la razón por la que la gente piensa que estás loco cuando mencionas algo así es porque tienen una imagen en la mente de una gran sala de juntas con Van Straten sentado en una silla de espalda alta acariciando a un gato blanco. Esta mierda no funciona de esa manera. La compañía necesitaba que Richard Hulme volviera a trabajar para ellos.

– ¿Y entonces por qué no ofrecerle, digamos, diez millones de dólares?

– Porque alguien como Richard es la peor pesadilla de toda compañía.

– ¿Y por qué?

– Un sujeto con principios no puede ser comprometido por un gran número de ceros.

– ¿Entonces secuestraron a su hijo?

– En mi opinión, sí. Hulme era un problema que necesitaba ser resuelto. Alguien pensó de forma creativa.

– ¿No quieres decir que alguien pensó como un lunático?

– La coartada ya estaba ahí. El niño desaparece, todos van a voltear a ver a los activistas de los derechos de los animales. Luego de todo lo que había ocurrido, ¿quién iba a creer que no estaban involucrados? Especialmente después de que su amado líder fuera asesinado justo frente a los escalones de la compañía.

– ¿Y Meditech hizo eso también?

– Lo estás viendo de la forma equivocada. Piensas que Nicholas Van Straten ordenó el asesinato de Gray Stokes.

– ¿No es eso lo que estás sugiriendo? – dijo Carrie.

Lock suspiró. La verdad es que no todo hacía mucho sentido para él tampoco. Pero tampoco la versión oficial. A decir verdad, esa tenía incluso menos sentido.

– El asunto es que una compañía grande como Meditech no opera igual que el Ejército. El Ejército toma cada tarea y la divide en pequeños pasos. Eso hace que sea a prueba de idiotas, pero también significa que cada nadie puede ir y hacer lo que se le da la gana. En una compañía grande es diferente. Les importa un carajo como se logre algo, todo lo que les importa son los resultados. Así es como tienes a tipos que trabajan para compañías de seguridad en Irak,

tirándole humo personas por todas partes. Todos son ex soldados que repentinamente no tienen una estructura de mando, nadie que ponga su trasero en un palo si hacen las cosas de forma indebida. – Pausó, frotándose las suturas. – Supón que Meditech tiene a alguien amenazándolos, y la persona incorrecta obtiene esa información, y decide resolver el problema directamente. Tan pronto como esa línea es cruzada una vez...

– ¿Entonces quién secuestró a Josh Hulme? – preguntó Carrie.

Lock la miró de frente.

– Alguien en la mesa directiva que apoyara a Stafford. Brand, probablemente.

– ¿Estás completamente seguro? Ustedes dos nunca se han llevado bien.

– Es verdad, pero no es por eso que creo que está involucrado.

– ¿Entonces por qué?

– Porque Brand estaba acostándose con Natalya Verovsky. Pero le dijo que su nombre era Cody Parker.

CAPÍTULO

CUARENTA Y TRES

JOSH HULME ESTABA SENTADO JUNTO a su padre en el crucero mientras éste se abría camino hacia el muelle, dejando espuma a su paso. Delante de ellos se encontraba el Astillero de Brooklyn, hogar de la nueva instalación de investigación de Meditech.

Richard levantó la mirada hacia el gigantesco complejo. Una pared de seis metros de altura corría hasta los bordes de su visión periférica. Encima de la pared, una solitaria bandera ondeaba con el viento. Debajo de ella, dos guardias caminaban por una pasarela. Ambos iban armados.

Richard acercó a Josh hacia él y besó la parte superior de su cabeza.

– ¿Estás bien, campeón? – Estiró la mano hacia su bolsillo, sacando un paquete de tabletas Scopace. – Si te sientes mareado, puedo darte una de estas.

Josh hizo un gesto de rechazo.

– ¿Papá, cuándo podremos irnos a casa?

– Papi tiene algo de trabajo que terminar primero.

– ¿Hoy?

– Tal vez en una semana.

– Pero casi es Año Nuevo.

– Lo sé, amigo, lo sé, pero papi hizo una promesa.

A decir verdad, Richard se odiaba a sí mismo. Josh lo necesitaba. Lo necesitaba ahora más que nunca. Pero si no hubiera hecho el compromiso que ahora tenía con Meditech, Josh no estaría aquí, podría ser que incluso no estuviera vivo así que, ¿que más podía hacer?

Stafford descendió hacia la cabina del crucero.

– El mar está algo picado aquí. – Se sentó en la banca junto a Richard y alborotó el cabello de Josh. – No se preocupen, llegaremos en cuestión de minutos.

Josh se tensó y se alejó de él.

– Escucha, ¿puedo llevarme a tu papá por unos segundos, campeón?

Richard siguió a Stafford hacia la cubierta mientras el barco seguía avanzando.

– Ochenta millones de dólares. ¿Es hermoso, no es así?

Todo lo que Richard podía ver era una pared blanca de unos trescientos metros de largo junto a una parcela de tierra que daba hacia el muelle. Lo único notable era la altura. Por lo menos seis metros. Quizá más.

Stafford le dio unas palmadas a Richard en la espalda.

– Estará bien.

– Él no es tu hijo. No puedes imaginar lo tortuoso que ha sido todo esto para nosotros.

– Eso es verdad. Pero lo importante es que ahora está a salvo.

Richard siguió mirando hacia el frente.

Stafford miraba la pared también.

– No creo que vayan a venir muchos locos a protestar aquí, por alguna razón.
– ¿No crees que toda esta seguridad es un exceso?
– Diablos, Richard, sé que ustedes los científicos a veces no ven toda la imagen, pero demonios. Vamos a estar lidiando con un Nivel 4, Categoría A en este lugar. Podrías eliminar a la mitad del país con lo que tenemos en el interior.

– ¿Pero no habrá animales?
– Nada que tenga cola, patas o pelo. Te escuchamos, Richard. Y por una vez estoy de acuerdo contigo. Lo que estábamos haciendo era mala ciencia. Y era un mal negocio.

El bote se detuvo en uno de los embarcaderos y fue amarrado. Stafford descendió. Le ofreció una mano a Richard, que a su vez ayudó a Josh a llegar a tierra firme.

Siguieron a Stafford por una pasarela y hasta una plataforma de concreto, Josh tenía problemas para seguir el paso de las grandes zancadas de Stafford. Entonces siguieron caminando hasta el final de la muralla y dieron vuelta a la izquierda.

Stafford miró sobre su hombro a Richard.

– No falta mucho. Pensé que llegar por el río sería una buena idea. Te dará una mejor impresión del tamaño del lugar.

Trescientos cincuenta metros más adelante, la pared se dividía por un estacionamiento suficientemente grande para albergar a camiones que pasaran por ambos lados de una cabina de entregas manejada por un hombre Afroamericano que llevaba el uniforme de seguridad de Meditech. Se detuvieron frente a la cabina y Stafford presentó su tarjeta laminada de Meditech. Richard hizo lo mismo. El guardia las revisó sin decir una palabra, y comparó su nombre con la lista de visitantes.

– ¿Podrían ser tan amables de alzar la vista, por favor? – dijo, señalando a un punto detrás de él.

Lo hicieron, y surgió un flash de un punto fijo en la pared donde la cámara había sido montada.

El guardia miró el monitor de una computadora.

– Está bien, pueden pasar.

– Es un programa de reconocimiento facial, – dijo Stafford, avanzando.

– La seguridad aquí es igual a la de Fort Knox, – dijo Richard.

– No es igual, – respondió Stafford. – Es mejor.

Una vez que atravesaron la puerta pasaron junto a una caseta de vigilancia ocupada por dos guardias, ambos armados. Era suficientemente ancha para bloquear la vista del área detrás de ella para cualquiera que estuviera de pie en el primer punto de control. Repitieron el mismo galimatías y pasaron hacia el cuerpo del complejo, donde Missy los esperaba, dando saltitos en su lugar para evitar congelarse, pero alegre como siempre.

– Hola, Josh, permíteme mostrarte donde vas a quedarte, – dijo con alegría.

Stafford la había nombrado, aparentemente, la niñera no oficial. Pasaron por una serie de edificios de un solo piso blancos, notables sólo por su uniformidad. El solo tamaño del lugar era impresionante, especialmente por encontrarse tan cerca de la ciudad.

Josh no soltó nunca la mano de su padre.

– Tenemos un árbol de Navidad para ti y todo, – dijo Missy.

– Está bien, Josh, – le aseguró Richard a su hijo, – puedes ir con ella. Te alcanzaré en algunos minutos.

A regañadientes, Josh soltó la mano de su padre y dejó que Missy se lo llevara. Richard lo vio alejarse.

– ¿No podíamos haber esperado hasta que pasaran las vacaciones?
– Richard, estamos con el tiempo justo. Si esperamos, perderemos nuestra ventaja competitiva, – le respondió Stafford dándole una palmada en la espalda.

– Escucha, si el ensayo sale bien puedes tomarte tres meses libres con paga. Diablos, puede que incluso te acompañe. Ahora, déjame mostrarte primero el laboratorio de investigación. Creo que te va a sorprender.

Stafford se dio la vuelta, pero Richard se quedó donde estaba. Su atención había sido atraída a un área que se encontraba a unos sesenta metros de distancia. Se trataba de un edificio igual a los otros, rodeado por una reja con alambre de púas en la parte superior.

– ¿Qué es eso? – preguntó.

– Es el edificio de alojamiento. No te preocupes, no tendrás que acercarte a él si no quieres.

– ¿Qué estaremos alojando?

– Sujetos de pruebas.

– Me mentiste.

– Semántica, Richard. Eso es todo.

– Y hay algo más, – dijo Richard.

Ni siquiera lo había pensado, hasta ahora. Fue por algo que Lock le dijo en su departamento, que apenas ahora volvía a su memoria. Algo acerca de la presencia de lo anormal y la ausencia de lo normal. El alambre de púas caía dentro de la categoría de lo anormal, pero había algo más en el lugar que era extraño.

– He estado aquí durante cinco minutos y sólo he visto guardias. ¿Dónde están los técnicos?

– Estamos utilizando muy poco personal durante esta fase.

– ¿Entonces por qué me necesitan aquí para eso?

– Porque tienes que firmar los datos. Tu nombre significa mucho para la Administración de Alimentos y Fármacos, sin mencionar para el Departamento de Defensa.

– Entonces háganlo y envíenme los resultados clínicos. Puedo hacer un juicio con base en–

– Stafford lo interrumpió tomando su mano y apretando con fuerza.

– No tenemos tiempo que perder en más dilemas éticos, ni lo tendremos cuando se hayan realizado los ensayos. Es por eso que preferimos que estés tan involucrado como sea posible.

Richard sintió el terror que comenzaba a formarse en el fondo de su estómago.

– Y estos sujetos de pruebas. ¿Qué son exactamente?

– Piensa en ellos como primates superiores.

CAPÍTULO

CUARENTA Y CUATRO

UN FUERTE VIENTO CRUZADO AZOTABA al avión Gulfstream mientras éste comenzaba a acercarse a la pista de aterrizaje, severamente obstaculizada por una fuerte lluvia que azotaba un lado del aeronave. Las máscaras de esquí que llevaban el piloto y el copiloto no ayudaban, tampoco. Ninguno de los dos sabía el nombre del otro, o para quien trabajaba. Esto era verdad también para los otros ocho miembros de la tripulación.

En la cabina, los cómodos asientos, usualmente utilizados para acomodar los agotados traseros de los ejecutivos de alto rango, habían sido reemplazados por seis camillas. En cada una de ellas yacía una persona. Seis en total. Cinco hombres y una mujer.

Sus cabezas estaban encapuchadas, con un corte en el tercio inferior para permitirles respirar. Sus manos estaban esposadas, y cada esposa estaba unida a un estribo soldado a ambos lados de la camilla. Sus pies estaban asegurados de forma similar. Sus ropas consistían de playeras y pantalones color rojo brillante. Debajo de los pantalones llevaban pañales para adultos. Ninguno de ellos había sido soltado durante el vuelo para poder ir al baño.

Aunque de todas formas no sentían un gran interés por moverse. Antes de partir, habían sido inyectados con una cantidad de Haldol, un poderoso antipsicótico. Las pastillas podían ser deslizadas bajo la lengua o escupidas, y por ello la administración intravenosa había sido considerada el modo más efectivo para asegurarse que los fármacos entraran en sus sistemas.

Mareta Yuzik, adormitada y sintiendo la lengua pesada, abrió los ojos en la oscuridad. Por un momento se preguntó si se había quedado ciega. Entonces recordó la capucha. Podía sentir la tela contra su rostro. Sonrió aliviada.

Sintió un dolor agudo en su costado izquierdo. Intentó estirar una mano para tocarlo, pero su mano no se movió. La presión alrededor de sus muñecas y tobillos le dijo que estaba encadenada.

No estaba ciega, solo encapuchada. No estaba paralizada, solo encadenada. Y, milagrosamente, podía escuchar. Durante las últimas semanas, cuando había sido movida de un lugar a otro, le habían colocado protectores contra el ruido en la cabeza, de forma que solo podía escuchar los ruidos más intensos, debido principalmente a la vibración que provocaban. Ser capaz de escuchar significaba que sabía que se encontraba en una aeronave. También significaba que podía escuchar a los guardias, aún sobre el sonido de los motores. Reconoció sus acentos por las películas. Eran norteamericanos. Podía escuchar a dos de ellos hablando.

- Hombre, es bueno estar en casa.
- ¿De cuánto tiempo será tu escala?
- Una semana, tal vez. Depende de como salga todo. ¿Tú?
- Casi lo mismo. Déjame decirte, será bueno alejarme de esta cosa. Estos tipos me asustan.
- Relájate, tienen drogas suficientes en sus sistemas para derrumbar a un elefante.
- ¿Para qué los traen aquí?

- No lo sé. Escuché algo acerca de un ensayo.
- Bien. Espero que los maten.
- Yo les dispararía y me ahorraría la fatiga.

El Gulfstream recorrió la pista de aterrizaje y viró hacia la derecha, dirigiéndose a un hangar remoto a no más de quinientos metros de distancia. Las puertas del hangar ya estaban abiertas y más de una docena de hombres se encontraban en el interior, junto con seis camionetas. Como todos los que iban a bordo, los hombres estaban enmascarados.

La aeronave entró en el hangar y las vastas puertas de metal se cerraron detrás de ella. Unos cuantos segundos después las puertas del avión se abrieron y los escalones descendieron al piso. Uno de los hombres caminó hacia ellos y desapareció en el interior de la aeronave.

Sólo uno de los detenidos había sido soltado. La mujer. Uno de los guardias sacó su arma de fuego y se la entregó a su compañero. Él la ayudó a bajar de la camilla y a ponerse en pie. Ella tuvo problemas para enderezarse e hizo lo que pudo por evitar caer de rodillas. Descendieron los escalones del avión como dos amantes saliendo de un bar.

Cuando ella pisó el concreto, se hundió hasta sus rodillas.

- ¿Está bien?
- Tengan cuidado, podría estar fingiendo.
- Amigo, tienes una imaginación hiperactiva.
- ¿Leíste su archivo? Ha matado a más personas que Bin Laden.

CAPÍTULO

CUARENTA Y CINCO

– ES MENTIRA. ¡Yo no secuestré al niño!

– ¿Entonces qué estabas haciendo ahí, Cody?

Frisk estaba mirando a Cody Parker y a su abogada asignada por la corte, una mujer latina de casi treinta años, del otro lado de la mesa en una sala de interrogatorios en el tercer piso de la Plaza Federal.

– Ya se lo dije. Recibí una llamada.

– Eso es muy conveniente. ¿De quién?

– No lo sé. Dijeron que sabían quien había matado a Gray Stokes y que si quería averiguarlo debía encontrarlos en esa dirección.

– ¿No te dieron un nombre? ¿No reconociste la voz?

– No. Mire, si yo secuestré a este niño, ¿dónde está el dinero, eh? ¿O lo plantaron en mi camioneta?

– ¿Por qué no nos dices tú donde está?

– Alguien me tendió una trampa.

Frisk se balanceó sobre su silla, estiró los brazos y bostezó.

– Continúa, entonces, estoy listo para explorar escenarios alternativos.

– Fue esa compañía. Querían vengarse de mí.

Frisk se rio. Poco profesional, pero no podía evitarlo.

– ¿Arreglaron el secuestro del hijo de uno de sus empleados solo para lograr alguna clase de venganza personal contra ti? De acuerdo, admitiré que es una hipótesis interesante. Pero aún no encuentro el motivo. ¿Por qué tú?

– ¿A que se refiere con “por qué yo”? He estado atacándolos. ¿Y por qué no están intentando atrapar al criminal que mató a mi mamá?

– Porque no tenemos evidencia de que haya muerto por algo que no fueran causas naturales. Pero eso nos lleva a otro punto. La exhumación del cadáver de Eleanor Van Straten. ¿A eso te refieres cuando dices que estuviste “atacándolos”?

Cody miró hacia el techo.

– No sé de que está hablando.

– Excepto porque encontramos partículas de suelo en tus botas que corresponden al suelo de la tumba de la señora Van Straten.

La mandíbula de Cody se tensó. Le dirigió a su abogada una breve mirada.

– Está bien, ese fui yo.

– Por fin, – dijo Frisk. – ¿Y quién estaba contigo?

– Estaba solo.

– Mover un cuerpo, aún el de una ancianita, es un trabajo que requiere dos personas. Mínimo.

– Ya se lo dije. Estaba solo.

– ¿Y este amigo tuyo, fue él quien voló el auto y se deshizo de toda la evidencia forense?

– ¿Creen que haría explotar un carro para deshacerme de la evidencia forense y me quedaría sentado a una calle de distancia del chico?

– Bueno, en eso estamos de acuerdo. Quiero decir, nadie te teletransportó, ni nada parecido.

– Estaba ahí. Ya le dije porque. Revisen los registros telefónicos de la casa, si no me creen.

– Ya lo hicimos.

– ¿Y?

– Recibiste una llamada a la hora que dices.

– Entonces estoy diciendo la verdad.

– Los registros no indican nada de lo que se dijo en la llamada. Y, en cuanto a decir la verdad, ¿cuántas veces fuiste interrogado por el asunto de la señora Van Straten?

– No lo recuerdo con exactitud.

– Tres veces. Y esas tres veces negaste estar involucrado. Así que permíteme permanecer escéptico cuando se trata de creer en tu honestidad.

Cody estiró los brazos hacia el techo.

– ¿Entonces que pasará ahora?

– Se han presentado cargos. Estás en espera para ir a juicio. Tendrás tiempo suficiente para pensar si debes o no declararte culpable.

– No pueden inculparme. Ni a nadie en el movimiento.

– ¿Eso crees? – dijo Frisk, levantándose de su asiento y caminando hacia una pequeña caja de almacenamiento en la esquina de la habitación. Quitó la caja y sacó una bolsa de evidencia de plástico transparente. En el interior se encontraba un álbum de fotos con el lomo rojo y la cubierta gris. Lo llevó de vuelta a la mesa.

– Adelante.

Cody abrió la bolsa como si algo fuera a saltar de entre las páginas del álbum y morderlo.

– Esto es mío. ¿Y qué?

– Ah, sabemos que es tuyo. Tiene tus huellas por todas partes.

– ¿Entonces por qué me estás preguntando?

– Porque estaba con Josh Hulme cuando lo encontraron. Alguien lo dejó en el punto de intercambio. Tiene tus huellas, así como las de Josh Hulme.

– Me quitaron muchas cosas durante un robo, – dijo Cody inexpresivamente.

– ¿Lo reportaste?

– No, – respondió Cody, sacudiendo la cabeza.

Frisk se estiró y abrió el álbum en una página al azar. Los ojos eran grandes, marrones y conocidos para Frisk y para Cody. También lo era el pedazo de carne roja en la parte superior del cráneo del perro.

La puerta se abrió y un oficial uniformado entró. Se inclinó junto a Frisk, bajando la voz.

– Un tal Ryan Lock quiere hablar contigo.

Frisk se levantó. Levantó el álbum de fotos y lo elevó a la altura del rostro de Cody.

– Es algo terrible como para mostrárselo a un niño, ¿no está usted de acuerdo, señor Parker?

CAPÍTULO

CUARENTA Y SEIS

– ¿Quieres que cambie completamente el sentido de esta investigación con base en la palabra de una prostituta adolescente que encontraste en un club nudista? Al que, incidentalmente, entraste portando un arma de fuego. Sigue actuando así, Lock, y vamos a tener que inventar delitos sólo para seguirte el paso.

– ¿Pero averiguarás algo al respecto?

Lock sabía que Frisk era difícil de convencer. Diablos, ni siquiera estaba seguro de que Carrie le creyera. Pero aquí estaba, en la oficina de Frisk, pidiéndole al hombre un favor.

– Podría hacerlo, – dijo Frisk llanamente.

– Todo lo que te pido es que mantengas la mente abierta.

– ¿Esto no tiene nada que ver con Brand reemplazándote como jefe de seguridad de Meditech, o sí?

– Estoy convaleciente.

– La mayor parte de las personas pasan por eso estando en cama con un tazón de caldo de pollo.

Lock sonrió.

– No dije que fuera bueno en eso.

Frisk abrió el botón inferior de su escritorio y sacó un contenedor de plástico Tupperware.

– Mi esposa me prepara el almuerzo. Ya sabes, para asegurarse de que coma verduras. – Le quitó la tapa y levantó el contenedor para que Lock lo inspeccionara. – En serio, hombre, ¿tú te comerías esta mierda?

Lock lo hizo a un lado.

– Haz estado obsesionado con Brand desde la primera vez que te conocí, – continuó Frisk.

– Él está obsesionado conmigo.

– ¿Ofreciéndote para declarar en contra de uno de tus propios hombres? ¿Eso no haría que alguien te matara en la milicia?

– No donde yo serví. No si alguien ha cruzado la línea.

– Ah, sí, olvidé que serviste con los británicos. ¿Es por eso que no te llevas bien con Brand?

– Serví en la misma rama de la milicia que mi padre. Serví para honrar su memoria. Y recibí mucha mierda de ambos lados por ser americano mientras lo hice. Pero nunca sentí la necesidad de envolverme a mí mismo en una bandera para probar mi patriotismo.

– Bonito discurso, – dijo Frisk, poniendo la tapa en el contenedor de su almuerzo.

– Mira, tengo un sospechoso.

– Que no lo hizo.

– Hay evidencia de la que no sabes nada.

– ¿Cómo cual?

Frisk se levantó.

– ¿Quién demonios te crees, Lock? Sólo eres un empleado.

– Este caso está mal y lo sabes.

– Sé que tengo a un sujeto que acaba de admitir haber desenterrado a Eleanor Van Straten y que se encontraba en el intercambio. Todo lo que tú tienes es el hecho de que uno de tus compañeros se estaba cogiendo a la niñera de Richard Hulme.

– Que tuvo que haber estado involucrada en el secuestro.

– Unos meses antes había estado masturbando tipos en la parte de atrás de un club nudista, ¿así que cómo sabes que no se había estado acostando con más de una persona?

Lock recordó los minutos que pasó en la habitación de Natalya luego de que Richard Hulme lo contactara. Parecía que había sido hace una vida, pero podía ver en su mente la fotografía de la joven con su familia. Todo ese optimismo, todas esas promesas. Apretó su puño derecho y comenzó a hacerlo hacia atrás, inconsciente de lo que estaba haciendo.

Frisk observó como los nudillos de Lock palidecían, y retrocedió un paso.

– Esa sería una idea terrible.

Lock estaba consciente de que había un par de agentes observándolo desde su escritorio.

– Sabes, cuando escuché que corriste hacia el francotirador, pensé que debías estar loco. Pero ahora estoy completamente seguro.

Lock tomó un profundo aliento y contó lentamente hasta diez.

– ¿Terminamos? – le preguntó Frisk.

– Bien, dado que tú lo mencionaste. ¿Qué hay de Gray Stokes? ¿Será alguien acusado por su asesinato?

– Estamos investigando.

– ¿Qué dijeron los forenses acerca del rifle que mató a Stokes?

– Fue un M-107.

– ¿Rastreable?

– Lo perdió una unidad de combate que peleó en Irak.

– Así que probablemente estamos hablando de alguien con experiencia militar, – dijo Lock inexpresivo.

– Diría que es una suposición justa.

– Y eso no encaja con el perfil de los defensores de los derechos de los animales.

– No conocemos a todos, – objetó Frisk. – Diablos, Cody Parker mantuvo un perfil bajo y mira lo que fue capaz de hacer.

– Escucha, cuando fui a la parte trasera de esa tienda, supe en seguida que estaba lidiando con alguien que estaba más allá de enfurecerse porque le entreguen un paquete de cigarrillos a un beagle. Si alguien estaba preparado para tomarse la molestia de conseguir una M107, y aprender como usarla, ¿crees que fallarían y le dispararían al tipo equivocado?

Frisk se puso su abrigo y caminó hacia la puerta.

– Por Dios, Lock, la próxima vez trae algo más que tu resentimiento.

CAPÍTULO

CUARENTA Y SIETE

BRAND ESTABA de pie afuera de la puerta junto con otros dos miembros del equipo. Todos ellos estaban vestidos con equipo antidisturbios: cascos con viseras, equipos de protección y botas pesadas. Ahora que la situación de Hulme había sido resuelta satisfactoriamente, Brand se haría cargo personalmente del funcionamiento diario de la unidad de aislamiento. En total debían vigilar a doce individuos, traídos en dos vuelos por separado. Cada uno de ellos era considerado extremadamente peligroso.

En su mano, Brand sostenía un pequeño monitor, que recibía la imagen en vivo de una cámara colocada del otro lado de la puerta. Una mirilla, aún una hecha de vidrio o Perspex, sería demasiado peligrosa.

La mujer yacía sobre su cama, mirando al techo. Los otros dos hombres entrarían a la celda, y la esposarían de pies y manos, mientras él se quedaba de este lado de la puerta. Más de dos hombres en la celda junto con el sujeto de prueba harían que moverse resultara complicado. Sólo terminarían estorbándose. Por esa misma razón no se permitían armas de fuego en el interior de la celda, ni en el resto del edificio, en todo caso.

– ¿Listos? – les preguntó Brand.

Los hombres hicieron una última revisión a su equipo.

– No entiendo porque no pueden estar drogados, – dijo uno de ellos. – Haría que todo esto fuera mucho más sencillo.

– No puedes hacer pruebas en alguien con ese tipo de mierda en su sistema.

– ¿Y qué debemos hacer si hay un problema con alguno de ellos?

– ¿Qué clase de problema?

– Que nos ataquen, por ejemplo.

Brand levantó su visor y apuntó al monitor.

– ¿Le temes a una mujer?

– Sólo estoy haciendo una pregunta.

– El procedimiento dice que estás por tu cuenta.

Cinco minutos después, Mareta fue llevada al cuarto de examinación, encadenada y esposada. No parecía asustada. Ni desafiante, en todo caso. Se veía inexpresiva.

El estómago de Richard dio un vuelco. Había entendido desde su conversación con Stafford que estarían utilizando sujetos de prueba humanos, y había razonado que debía tratarse de voluntarios. Los pagos de los ensayos clínicos podían llegar a los miles de dólares. Eso era mucho dinero para algunas personas. ¿Pero quién se ofrecería voluntariamente a algo como esto?

Él sabía que la investigación de vacunas para contrarrestar la amenaza de las armas biológicas había aparecido intermitentemente a lo largo de la historia. Desde soldados que deliberadamente eran expuestos a altas dosis de radiación durante pruebas nucleares, hasta

civiles que participaban en ensayos de fármacos que salían terriblemente mal; los ensayos en vivo eran un campo minado tanto ético como legal. Si salían bien podían llegar a salvarse miles de vidas, a veces millones; si salían mal, las consecuencias persistían. A veces en la forma de deformidades en el nacimiento, por generaciones.

Era por eso que Stafford había estado tan aferrado por tenerlo en su equipo, sin importar lo que tuviera que hacer. Su mejor apuesta, tal vez la única ahora, era participar en lo que fuera que estaba ocurriendo.

– ¿Por qué está amarrada así? – le preguntó a Brand.

– No se preocupe, doc, es más que nada por su seguridad.

– ¿Puedo hablar contigo en privado por un momento?

– Por supuesto, doc.

Richard abrió una puerta en el fondo de la sala de examinación y Brand lo siguió hasta una pequeña oficina.

– ¿Qué ocurre? – preguntó.

– Oiga, yo estoy aquí sólo para asegurarme de que todos estuvieran a salvo.

Sí, claro, pensó Richard, notando el aspecto divertido en el rostro de Brand.

– ¿Creía que íbamos a poner un anuncio en el Village Voice y obtener voluntarios así, doc?

– ¿Quién es ella?

– Alguien que este planeta no extrañará si algo sale mal. Eso es todo lo que usted necesita saber.

– Eso no es suficiente. Me rehúso a realizar pruebas a menos que alguien me explique que está pasando aquí.

– Entonces hable con Stafford. Estará aquí más tarde.

– ¿Y que pasa si yo no estoy aquí?

– Eso depende de usted. Pero hasta ahora lo único que se le ha pedido hacer es revisarlos y asegurarse de que sirvan para su propósito.

La puerta que conectaba las dos habitaciones seguía entreabierta, y Richard podía ver a Mareta con sus dos guardias. Ella parecía diminuta en comparación, y la diferencia era acentuada por sus equipos de protección. Apesadumbrado, caminó de regreso hacia ella, preocupado por el hecho de que su hijo estaba en el complejo.

El cuerpo de Mareta era un entramado de tortura. Richard había pensado que así sería en cuanto la vio por primera vez. Su caminar era lento, la longitud de sus pasos menor a lo que debería haber sido. Caminaba casi sobre los dedos, renuente a colocar sus talones en el suelo: el resultado de una técnica conocida como *falanga*. En términos sencillos, consistía en golpear las plantas de los pies con un instrumento romo. En repetidas ocasiones.

– No puedo examinarla adecuadamente si está amarrada así.

Brand intercambió miradas con los dos hombres.

– Es demasiado peligrosa para soltarla.

Richard tuvo que suprimir las ganas de reír. La mujer medía menos de un metro setenta, pesaba no más de cincuenta kilogramos y parecía estar al borde del colapso.

– Tal vez no parezca gran cosa, doc, pero sólo necesita golpear su garganta con un dedo para liquidar a alguien.

Richard tomó una silla que estaba detrás del escritorio y la puso junto a la mesa de examinación.

– Al menos permítanle sentarse.

Mareta fue empujada hacia la silla. Un hombre la tomó por un brazo para que pudiera

sentarse.

Richard se arrodilló enfrente de ella, de forma que sus ojos quedaron a la misma altura. Parecía estarlo estudiando.

– Hola, soy el doctor Hulme, ¿tú como te llamas? – dijo Richard, en un tono que sugería que estaba hablando con un niño.

Uno de los guardias soltó una risita.

– No habla *anglais*, doc, – dijo Brand.

– ¿Habla español?

Otra risita.

– No, no secuestramos a ningún frijolero, – respondió Brand. – Aunque me gustaría haberlo hecho. Podíamos haber hecho un trato con la gente del Proyecto Minuteman y nos habríamos ahorrado bastantes traslados aéreos.

– Miren, necesito un nombre para el archivo.

– Tenemos un número, si eso le sirve. Tal vez haga ayude a que todo sea más simple. Especialmente cuando tenga que inyectarle lo que sea que esté probando.

– Gracias, estoy familiarizado con la teoría, – respondió Richard.

Luego del primer ensayo del fármaco DH-741, se había enviado un memorando a todos los empleados de Meditech involucrados en las pruebas con animales, que les informaba que todos los sujetos serían conocidos solo por número, y que bajo ninguna circunstancia se les asignaría un nombre, o se les llamaría por algo que no fuera su número. Cualquiera que se refiriera a un animal por nombre sería inmediatamente reportado a Recursos Humanos. Supuestamente, la razón era que reduciría la probabilidad de que se confundieran los datos de los animales, pero Richard sospechaba que había otra razón. Al darle a un nombre a algo se le daba una identidad.

De todas formas, muy pocos científicos se habían molestado en nombrar a los sujetos. Se burlaban de las tendencias antropomórficas entre algunos de sus colegas, considerando que la prescripción del trato humano hacia los animales era infantil. Sin embargo, Richard sospechaba que su actitud se derivaba del deseo de ignorar sus propios sentimientos. En los mejores casos, los animales sentían incomodidad; en los peores, experimentaban una muerte agonizante.

Richard lo veía de otra manera. Si dos docenas de primates tenían que vivir un infierno para desarrollar un tratamiento que podría llegar a salvar miles de vidas, entonces el fin justificaba los medios. Cuando su esposa había muerto de cáncer, esto solo había fortalecido su creencia. Ahora que se encontraba de pie en esta habitación, se le ocurrió pensar que los medios acababan de aumentar exponencialmente. Y para él, también el fin. Rehusarse representaba el riesgo de perder lo que le importaba más que nada en el mundo: Josh. Aceptar requería que cruzara a un territorio moral del que no habría retorno.

– De acuerdo, la registraré como el sujeto cero uno, – dijo Richard, alzando el cuello para mirar a Brand.

– Suena bien, – respondió Brand.

Richard se volvió hacia Mareta, justo en el momento en que ella inflaba sus mejillas y disparaba un escupitajo de saliva directamente hacia su rostro. Éste cayó justo sobre su ojo izquierdo y comenzó a deslizarse por su mejilla hacia su boca.+

Intentando no mirarla, él se limpió con la manga de su bata. Cuando tomara muestras solicitaría una prueba de hepatitis.

Era hora de comenzar a trabajar.

CAPÍTULO

CUARENTA Y OCHO

CUANDO LAS PERSONAS piensan en Nueva York, lo primero que imaginan es el perfil de la ciudad y la multitud de personas. Pero en la calle correcta, en el momento correcto, podrías encontrarte completamente solo, sin un alma alrededor. Así se encontraba Carrie ahora. A diez calles de su casa. Y el silencio significaba que podía escuchar los pasos que la seguían perfectamente claro.

Los pasos aceleraron. Ella volteó pero no vio a nadie. Podía sentir la presencia de la persona que la seguía. Un hombre, definitivamente un hombre.

Su mano descendió hasta su bolsillo y buscó su pequeña lata de gas pimienta. Había sido un regalo de Lock, acompañado de una larga explicación. Un cuchillo podía ser arrebatado. Lo mismo con una pistola. Un *taser*, el arma para mujeres que estaba de moda, era demasiado complicado de usar. Si fallabas con el agujón tenías que acercarte al atacante. ¿Alarma de violación? Alguien tendría que tomar la decisión de involucrarse, y se encontraban en Nueva York. Así que le había dado el gas pimienta y le había enseñado algunos movimientos: a golpear con el codo, a defenderse a dos manos. Todo con una sola idea en mente: darle el tiempo suficiente para alejarse. Como le había dicho, todo eso no era más que defensa personal. Huida organizada.

Ella sintió la tapa roja en la parte superior de la lata y la abrió hacia adelante. Sintió el gatillo debajo de ella. Utilizó su dedo índice para mover el frío anillo de metal y localizar la boquilla. Lo último que quería era rociarse a sí misma.

Podía sentir al tipo casi a la altura de su hombro. Estaba segura que se trataba de un hombre por el sonido de sus pasos.

Tres pasos más y se daría la vuelta, sacando el gas pimienta al mismo tiempo.

– ¡Vaya! Carrie, lo siento, no estaba seguro de que fueras tú. No quería ir gritando detrás de una extraña en medio de la calle y asustarla.

– Eres un idiota, Ryan.

– Todos dicen eso.

– Pensé que eras un ladrón.

– Vas a desear que lo sea en un segundo.

– ¿Por qué?

– Necesito un último favor.

Su día había comenzado a las seis con un viaje al gimnasio y una hora de castigo en la escaladora. Miles de personas que vivían en la ciudad, en edificios sin elevadores, soñaban con mudarse por la oportunidad de escapar de tener que subir varios pisos todos los días. Y aquí estaba ella, rodeada de mujeres de su edad y más jóvenes, pagando por tener ese privilegio.

Los hombres podían escapar yendo a sentarse frente una cámara. Algunos kilos extra y una

cara de sabueso les daba algo de dignidad. Para las mujeres, eso podía acabar con su carrera. Esa era la realidad de su negocio.

Ahora eran las nueve de la noche y estaba enfrente de una cámara, afuera de las oficinas de Meditech. Tres horas después de haber salido de trabajar. Dos de esas horas las había pasado persuadiendo a Gail Reindl de acceder a su historia.

En su auricular podía escuchar la voz del presentador en el estudio:

– En medio de otro dramático desarrollo en el caso de secuestro de Josh Hulme, iremos en vivo con nuestra corresponsal afuera de las oficinas de la Corporación Meditech, que tiene una exclusiva actualización. ¿Carrie, de qué se trata esta nueva información que ha salido a la luz?

Como un golfista, Carrie realizaba una rutina cada vez que aparecía en vivo. Tomaba un profundo aliento y lo contenía hasta contar hasta tres. Esta vez contó hasta cinco.

– Gracias, Mike. Como aquellos que han estado siguiendo la historia ya saben, se ha hecho un arresto, y el FBI le informó a nuestras fuentes que no están buscando a nadie más en relación con este crimen. Sin embargo, el día de hoy hablé de manera extraoficial con una fuente cercana a la Corporación Meditech, que afirma que la *au pair* de Josh en el momento del secuestro, una joven rusa que fue encontrada muerta poco después del rapto, estaba teniendo una relación personal con un miembro del personal de seguridad de la compañía.

El presentador volvió a hablar.

– ¿Y por qué es eso un descubrimiento significativo, Carrie?

– Bien, Rob, recordarás que Josh Hulme fue visto por última vez con su *au pair* subiendo a un automóvil afuera de un edificio de departamentos en Upper East Side, lo que llevó a muchos a concluir que esta joven estaba de alguna forma involucrada en el secuestro.

– ¿Y qué tiene el FBI que decir al respecto?

– Hasta ahora no han dicho mucho, aunque se cree que esta nueva información ya ha sido llevada a su atención.

Al terminar, Lock fue el primero en aplaudir. Ángel se unió a él, ladrando en aprobación mientras se tallaba contra la pierna de Lock.

– ¿Quieres comer algo? – preguntó Carrie.

– ¿Qué hay de Paul?

Ella se quedó callada por un momento, y después suspiró.

– Terminamos.

Lock hizo su mejor esfuerzo por no parecer complacido.

– Eso fue repentino.

– Sí, lo fue.

– ¿Quién cambió de parecer?

– ¿Importa?

Lock dudó por un momento.

– Si se trata de la persona que me está invitando a salir, podría ser.

Detrás de ellos, el camarógrafo dejó de espiarlos por un minuto para aclararse ruidosamente la garganta.

Lock se giró hacia él.

– ¿Tienes algo que decir?

– Sólo que si fuera yo no necesitaría que me preguntaran dos veces.

Dejaron a Ángel de vuelta en el departamento y se dirigieron a la planta baja, hacia el restaurante italiano del vecindario de Carrie. Con manteles a cuadros rojos y blancos, e iluminación tenue, el lugar había permanecido exactamente igual por tanto tiempo que ahora se

consideraba retro. Ambos ordenaron pasta y se dividieron una botella de vino rojo.

– ¿Han habido más problemas? – le preguntó Carrie a Lock mientras una sola vela brillaba entre los dos. – ¿Es por eso que me pediste que hiciera esa nota?

– No, es un seguro.

– ¿Contra quién?

– Un seguro de vida.

– ¿Para quién?

– Para mí.

– ¿Y eso como funciona?

– Bien, asumiendo que se trata de las mismas personas, alguien que está dispuesto a secuestrar a un menor y asesinar a alguien a mitad del día en Midtown, no va a pensarlo dos veces antes de liquidarme.

– Pero si tú los acusas...

– Comienza a verse mal que sufra un accidente. No significa que esté a salvo, pero les dará algo en que pensar.

– ¿Y eso dónde me deja a mí?

– No te tocarán.

– Me gusta que estés tan confiado.

– Si los periodistas fueran un blanco justo serían una especie en peligro de extinción. Ahora bien, hay mejores maneras de manipular una historia que matar al mensajero. Están contando con el hecho de que, después de cierto tiempo, todo esto se olvidará.

– ¿Y así será?

– Todo se olvida, con el tiempo.

– ¿Entonces por qué seguirlos presionando?

Lock sonrió, y tomó la botella para rellenar las dos copas.

– Porque soy el tipo de idiota que hace eso.

Ella abrió su bolso y tomó un grueso sobre de manila.

– Lo sé. Es por eso que te traje todo lo que pude conseguir sobre Meditech. Y sobre el coronel retirado Brand.

Él tomó el sobre.

– ¿Te molesta que lea en la mesa?

– Adelante, si puedes leer con esta luz.

Él buscó los archivos sobre Brad, y hubo dos palabras que llamaron su atención. Abu Ghraib.

– Él estuvo ahí cuando Lindy King y su novio fueron mantenidos como prisioneros con estricta supervisión, – dijo Carrie.

– ¿Entonces cómo es que nadie ha escuchado hablar de él? – preguntó Lock mientras seguía leyendo.

Tan pronto como aparecieron las fotografías de Abu Ghraib, Brand había recibido, y aceptado, una oferta de baja honorable. Si hubiera sabido lo que estaba pasando habría sido suficientemente sabio para mantener su rostro fuera del cuadro.

– Meditech hizo una revisión completa de mi servicio cuando me contrataron. Hablaron con varias personas. Deben haber hecho lo mismo con Brand.

– Tal vez por eso fue que lo contrataron, – dijo Carrie.

Más tarde esa noche, hicieron el amor en el departamento de Carrie. No fue igual a las veces anteriores. Fue más lento, con una conexión aún mayor. Antes había sido recreativo. Esta vez se sentía como el preludio de algo más profundo.

Después, Carrie se acurrucó junto a él, con la cabeza en su pecho. Ella se quedó dormida, rodeada aún por los brazos de Lock. No se trataba de un dilema al estilo de *Cuando Harry conoció a Sally* para Lock. Se sentía bien. Estuvieron así por mucho tiempo.

Cuando ella despertó, seguía estando oscuro, y él ya no estaba ahí. Ángel debió haber entrado en algún punto de la noche, y estaba dormida al pie de la cama. Carrie se levantó y se puso su bata. Caminó hacia la sala.

Lock estaba de pie junto a la ventana, poniéndose su chamarra mientras miraba a la calle vacía abajo.

– Es temprano, ve a la cama.

Ella bostezó, estirando los brazos sobre su cabeza.

– Me levanto temprano.

– No tan temprano.

– ¿Por qué? ¿Qué hora es?

– Son las cuatro.

– ¿A dónde vas?

– A Brooklyn.

– ¿A las cuatro de la mañana?

Él caminó hacia ella y la besó suavemente en los labios.

– Es la mejor hora para ver Brooklyn. Cuando está completamente oscuro.

CAPÍTULO

CUARENTA Y NUEVE

EL AMANECER ERA AÚN una lejana amenaza mientras Lock y Ty, vestidos completamente de negro, avanzaban hacia el segundo perímetro del complejo de Meditech.

Lock humedeció su dedo y lo colocó sobre la cerca para verificar si estaba electrificada.

– Apuesto a que cuando eras niño metías tenedores en los enchufes sólo para ver que pasaba, ¿me equivoco? – preguntó Ty.

– Un destello azul antes de ser arrojado hasta el otro lado de la habitación.

– Y aprendiste que no debías volverlo a hacer, – dijo Ty.

– No, lo volví a hacer un año después. Quería asegurarme de que no había sido algo de una sola vez.

Lock se detuvo, y analizó el área interna del complejo con una mirada. Sus ojos encontraron el conjunto de alojamiento.

– De acuerdo, – dijo Ty, – ya revisamos. Ahora salgamos de aquí.

– ¿Qué es eso de ahí?

– No sé, hombre. Esto es lo más lejos que he llegado.

– ¿Entonces qué crees que sea?

Ty analizó la misma cerca que Lock, tomó el mismo pedazo de alambre, notó la forma en la que se doblaba sobre sí mismo. La curva en la parte superior de una cerca podía decir muchas cosas. La más importante era, ¿su objetivo era mantener a alguien adentro, o evitar que alguien entrara?

– Parece un calabozo, – dijo Ty.

– ¿Entonces qué está haciendo un modelo a escala de Guantánamo Bay en medio de un complejo de investigación?

Ty alzó la mirada.

– ¿Cómo esperas que sepa eso?

– Vuelve. Yo voy a echar otro vistazo.

– De acuerdo, te veré al frente, – dijo él a regañadientes.

Lock le arrojó las llaves y vio como Ty desaparecía en la oscuridad. Entonces, bajando su mochila, tomó un par de cortadores de alambre y comenzó a trabajar en un área donde las cámaras de vigilancia estaban dirigidas hacia los campos abiertos más allá de la cerca.

En menos de dos minutos había dos aperturas en la cerca, lo suficientemente separadas para que él pudiera pasar a través de ellas. Una vez seguro del otro lado, desenrolló la cerca de nuevo para que, en la distancia, luciera intacta. Entonces midió la distancia desde el poste más cercano de la cerca de metal hasta su escotilla de escape improvisada.

Cuando Lock estaba poniendo los cortadores de alambre nuevamente en su mochila, sintió el cañón de una M-16 presionado contra su espalda.

– Sabes, Lock, si lo que querías era hacer el gran recorrido, sólo tenías que preguntar.

CAPÍTULO CINCUENTA

LOCK YACÍA boca abajo en el piso mientras lo revisaban, tomando su billetera, teléfono móvil y su Gerber. Su 226, por suerte, estaba en su automóvil.

Brand recorrió la lista de nombres en el teléfono de Lock. Se detuvo en el número de Ty, y levantó la pantalla para que Lock pudiera verla.

– Él sigue allá afuera esperándote. Mejor dile que volverás por tu propia cuenta, que no encontraste lo que estabas buscando y que vas a salir de la ciudad por un tiempo.

– ¿Y por qué haría eso?

– Pensé que era tu amigo. No te gustaría arrastrarlo a esto más de lo que ya lo has hecho, ¿o sí?

Brand tocó el botón verde para llamar y le entregó el teléfono a Lock. Entonces tomó una M-16 de uno de los hombres que lo acompañaban, la colocó contra su hombro y presionó el cañón contra el centro de la frente de Lock.

– ¿Ty? Sí, escucha, no necesitas esperarme... No, encontré otra salida. Escucha, tengo algunas cosas que hacer. Te alcanzaré en algunos días. – Hizo una pausa. – No, hombre, estaré bien.

Terminó la llamada y Brand le arrebató el teléfono, lo apagó y lo metió en su bolsillo.

– ¿Ahora, quieres hacer el recorrido o no?

– ¿Acaso tengo elección?

– No. Esto es como la vieja maldición china. Ten cuidado con lo que deseas, porque podrías llegar a conseguirlo.

Alcanzaron lo que Lock supuso que era la entrada principal en lo que Ty había pensado que era un calabozo. No había una manija ni una cerradura externa. Simplemente se abrió.

– ¿No repararon en ningún gasto, eh? – le preguntó a Bran.

– Espera a ver lo que tenemos adentro.

– Oh, estoy tan emocionado como un niño en Navidad, – respondió Lock.

En el interior había un pasillo. Era de aproximadamente dos metros de ancho, y se extendía por otros diez metros, terminando en una puerta similar a la que habían atravesado. Las paredes eran de concreto blanco desnudo.

– ¿Fue aquí donde mantuvieron al niño? – le preguntó Lock a Brand.

– Sólo sigue caminando.

Alcanzaron la siguiente puerta y se detuvieron. Brand pasó delante de Lock y continuó.

– Voy a preparar tu habitación.

La puerta se abrió y Brand entró, dejando a Lock con los otros dos guardias. Del otro lado, Brand llamó a otro equipo de dos hombres para que se les unieran en la puerta de una de las celdas. Se les indicó que trajeran su equipo de protección con ellos.

Cinco minutos pasaron. Después diez.

Finalmente, Lock escuchó las botas pesadas y una puerta que se abría, seguida por el sonido de un breve pero violento forcejeo. Entonces la puerta que estaba enfrente de él volvió a abrirse y Brand salió, quitándose el casco. Tenía profundas marcas de arañazos en un lado del rostro, pero estaba sonriendo.

– ¿Quieres conocer a tu nueva compañera de habitación?

Llevaron a Lock adelante. Se detuvieron frente a la celda de Mareta. Había una mancha de sangre en la pared que se encontraba junto a la puerta. Lock contó otras seis puertas de cada lado. Se escuchaban golpes y sonidos detrás de cada puerta, a excepción de una. La puerta frente a la que estaban parados.

Brand volvió a sacar el teléfono de Lock. Lo encendió.

– ¿Hay alguien de quién te gustaría despedirte?

Lock se quedó de pie donde estaba y no dijo nada.

Brand comenzó a revisar los nombres en su teléfono.

– Aquí hay algo. ¿Qué hay de Carrie? – Se detuvo y se golpeó la frente con la palma de la mano, fingiendo sentirse avergonzado. – Ah, soy un tonto. Debí haberte dicho antes. No tendría caso llamarla.

Brand elevó el teléfono para que Lock pudiera verlo borrar el número.

– Fue atropellada. El conductor ni siquiera se detuvo. Fue un imbécil en una Hummer.

Lock intentó atacarlo. La palma abierta de su mano derecha alcanzó la barbilla de Brand, doblando su cuello y haciéndole caer de espaldas. Los gritos provenientes de las otras celdas aumentaron en volumen.

Un bastón golpeó a Lock detrás de las rodillas, y sus piernas se doblaron bajo su peso. Sombras negras danzaron enfrente de él cuando recibió un segundo golpe en la nuca. Entonces escuchó que la puerta se abría, lo levantaron y lo arrojaron en su interior.

Cayó a unos metros de distancia de la puerta, y escuchó como ésta se cerraba. Entonces escuchó el sonido de un objeto metálico siendo arrastrado por el suelo. Parpadeó un par de veces e intentó recuperar la visión.

Su Gerber yacía sobre el suelo de la celda, con la hoja extendida. La mano de una mujer apareció y lo tomó. Él levantó la cabeza. Ella estaba de pie sobre él. Los dedos de su mano derecha formaban un puño ajustado alrededor de su mango.

Lock la miró a los ojos y se preparó para recibir el impacto.

CAPÍTULO

CINCUENTA Y UNO

CARRIE DURMIÓ HASTA TARDE. Su aparición no programada la noche anterior significaba que no debía trabajar hasta el almuerzo. Usualmente se dirigía directamente a la ducha, pero esta mañana podía oler a Lock en su piel y no quería perder eso. En la cocina, preparó el desayuno para ella y para Ángel. Ambas limpiaron sus platos en tiempo récord.

Caminó por hacia la sala y encendió la televisión. Algunas de las otras televisoras habían retomado su historia de Meditech. Estaban siguiendo su rastro, lo habían estado haciendo desde el asesinato de Gray Stokes. El siguiente mes sería un buen momento para solicitar que la integraran en el estudio. Le gustaba la emoción de perseguir historias, pero también sabía que las personas que hacían su trabajo sentían agrado por los tiburones por un motivo: si no avanzabas, estabas muerto.

En el mostrador de la cocina su agenda electrónica parpadeó. Ella la levantó y revisó sus correos electrónicos. Había uno reciente de Gail Reindl comunicándole las noticias nocturnas. Gail quería felicitarla en persona cuando llegara a la oficina. El trabajo como presentadora estaba cada vez más cerca.

Ángel se había posicionado frente a la puerta y estaba ladrando. Carrie volvió al cuarto, se puso pantalones deportivos y sujetó su cabello en una coleta. Tomó la correa de Ángel, que estaba junto a la puerta, junto con un abrigo, y bajó las escaleras. Ángel trotó a su lado, rebasándola ocasionalmente y jalando su correa, desesperada por llegar al parque.

Carrie le dio un fuerte jalón a la correa cuando alcanzaron el paso peatonal.

– Tranquila, muchacha.

La perra se detuvo y la miró. El semáforo peatonal indicó que podían pasar.

– Ahora podemos avanzar.

Carrie dio un paso hacia la calle. Ni siquiera vio a la Hummer mientras esta ignoraba el semáforo y avanzaba hacia ella, cinco toneladas de caos a setenta kilómetros por hora y ganando velocidad con cada metro de asfalto que avanzaba. Ella alzó la mirada en el último segundo, jaló a la perra y volvió a la acera justo en el momento en el que las llantas del vehículo se raspaban contra el concreto encima del drenaje.

Un anciano con gruesos lentes de fondo de botella tocó su brazo.

– ¿Está usted bien?

Su corazón latía con fuerza en su pecho. Todo su cuerpo parecía estar vibrando. *¡Venía directo hacia mi!* pensó.

– ¡Esas malditas cosas no deberían circular por nuestras calles! – gritó el anciano hacia la Hummer mientras ésta se pasaba el siguiente conjunto de semáforos, disminuía la velocidad y daba la vuelta hacia la izquierda, desapareciendo de la vista.

CAPÍTULO

CINCUENTA Y DOS

– HOMBRE, debimos haber traído rosetas de maíz.

Brand se comportaba como alguien que tiene que trabajar antes de el último cuarto del Supertazón y decide grabar todo el juego para verlo después. Tan pronto como Lock estuvo dentro de la celda llamó por radio al operador del circuito cerrado de televisión para asegurarse de que grabara el contenido de la grabación de la celda de Mareta en un disco duro.

– ¿Ya lo tienes?

El operador asintió.

– Está todo listo. Es este de aquí, – dijo, señalando a la la pantalla de en medio en un banco de monitores.

La imagen estaba congelada: Mareta, la viuda afligida, miraba al soldado herido que se arrastraba hacia ella.

– Hombre, cuando esto termine, voy a subir esta mierda a Live Leak. Vamos, déjame ver.

El operador presionó el botón, y Brand se inclinó hacia adelante para disfrutar la acción.

Lock ya había entendido algunas cosas antes de la puerta de la celda se abriera. Quedaba claro que Brand se estaba divirtiendo de una forma que iba más allá de la satisfacción que habría obtenido sólo de encerrarlo en una celda. Había algo del otro lado de la puerta que excitaba a Brand de sobremanera.

Por el diseño del edificio, tanto en el interior como en el exterior, Lock comprendió que no había sido construido sólo para prevenir escapes, sino también para limitar y contener el movimiento lo más posible. Eso significaba que sus ocupantes eran considerados demasiado peligrosos de manejar.

Lock se había preparado para una pelea. Hasta la muerte, de ser necesario. La suya o la del otro tipo. Entonces Brand había soltado la bomba acerca de Carrie. Brand obviamente había esperado que la noticia descontrolara a Lock, pero tuvo el efecto opuesto. Sintió una gran oleada de energía, y con ella una oleada de adrenalina. Incluso con su disminuido estado físico, sentía que la ira que sentía lo ayudaría a sobrevivir cualquier cosa.

Cuando volteó hacia arriba desde el piso de la celda y se encontró con una mujer, la decisión había sido simple. Natalya había sido arrojada al East River con una bala en el cráneo. Carrie se había convertido en la víctima de un infortunado “accidente”. Dos mujeres muertas eran más que suficiente.

Se quedó quieto y esperó.

– ¿Estás seguro que esta cosa funciona? – preguntó Brand, azotando su carnosa mano sobre el teclado.

Lock y la detenida apenas y se habían movido en la grabación. Permanecieron en sus lugares, mirándose el uno al otro en una especie de confrontación silenciosa.

– Sí, señor.

– Adelántalo. Veamos la acción.

El operador movió el cursor, acelerando la grabación. La mujer avanzó hacia adelante mientras Lock yacía en el piso.

– Bien. Ahí.

En la pantalla, Mareta colocó el cuchillo en el suelo. Aún dentro de su alcance, si llegaba a necesitarlo. Entonces se arrodilló junto a Lock y lo ayudó a enderezarse.

– ¿Qué demonios? – explotó Brand. Había llegado a la primera mitad del primer cuarto sólo para descubrir que uno de los hombres de la defensiva había roto líneas y había comenzado a bailar el vals con el mariscal de campo del equipo enemigo.

Mareta había escuchado a los hombres acercándose. Incluso después de todo este tiempo no había podido escapar al terror que nublaba su mente cuando la puerta de la celda se abrió. Se había tensado, y entonces relajó cada parte de su cuerpo. Tenías menos posibilidad de romperte un hueso si estabas relajado. Los moretones y laceraciones eran una cosa, pero había pasado tres meses en una prisión en Moscú con una tibia rota y sin atención médica. El hueso había sanado por sí mismo, pero la había dejado con un coqueo y el recuerdo de un intenso dolor.

Entraron rápidamente, uno tras otro. El más grande de ellos la arrastró hasta la cama y sujetó sus hombros contra la pared. El otro hombre la tomó por la cintura y sujetó sus muñecas con una mano, mientras que con la otra revolió en su bolsillo. Se escuchó un chasquido y una de sus manos quedó libre. Espero a que le quitara la esposa de la otra mano y arañó su cara. Sintió como su piel se desprendía bajo sus uñas. Intentó sostenerse de su cabello, pero era demasiado corto. Le gritó, llamándola perra, y la golpeó en el rostro.

Ella se derrumbó por la fuerza del golpe. Un hombre se había sentado en su pecho y el otro en sus piernas, enviando una punzada de dolor por su pierna izquierda, la que había sido rota en Moscú. Había escuchado los grilletes golpeando el concreto al ser removidos también.

Los hombres salieron entonces de la celda, y ella corrió hacia la puerta mientras ésta se cerraba. Golpeó el acero con sus puños. Escuchó cómo se habría otra puerta y se volvía a cerrar. Entonces volvieron, abrieron de nuevo su celda, y arrojaron a otro hombre en el interior.

Iba vestido con ropa normal. Parecía norteamericano, o al menos se veía como ella imaginaba que los norteamericanos se veían cuando no llevaban uniforme. Su cabello era aún más corto que el de los guardias y tenía una cicatriz reciente que corría por la parte superior de su cabeza. Él había visto el cuchillo y después a ella, pero no hizo ningún intento por tomarlo, ni siquiera cuando ella se agachó para recogerlo.

Su mirada se encontró con la de ella. No había miedo en sus ojos. Ella sostuvo el cuchillo en una mano, como le había enseñado su esposo. Él siguió sin moverse. Se quedaron así por lo que pareció una eternidad. Ella se dio cuenta que él había notado el cuchillo, pero nunca lo miró. Ni una vez.

Entonces, finalmente, habló.

– No voy a pelear contigo. Así que si vas a hacerlo, termina de una vez.

Ella desvió la mirada hacia el lente de la cámara montado en la esquina, bajó el cuchillo, y extendió su mano. Él la tomó, y ella lo ayudó a levantarse.

De vuelta en el cuarto de control, Brand se había cansado de su civilidad.

– De acuerdo, ve a la proyección en vivo.

El operador presionó una tecla. La pantalla quedó en blanco. El operador volvió a presionarla.

– ¿Qué es eso? ¿Cuál es el problema? – preguntó Brand, agitado.

- No estamos recibiendo la señal de esa cámara.
- Inténtalo de nuevo.
- Acabo de hacerlo.

Brand pateó la pared con frustración. Media hora antes, la celda había estado ocupada por una mujer solitaria, esposada y con grilletes. Ahora estaba ella, Lock, y un cuchillo. ¿Qué diablos había salido mal?

CAPÍTULO

CINCUENTA Y TRES

LOCK LE DEVOLVIÓ el cuchillo a Mareta: una muestra calculada de confianza de la que esperaba no tener que arrepentirse. Si iba a salir de aquí, iba a necesitar su ayuda.

Una alarma que había estado sonando en el fondo durante los últimos cinco minutos se quedó callada. Lock investigó la celda, examinando cada ángulo de la construcción. Mareta lo observaba.

– La única salida es la puerta, – dijo ella.

– ¿Hablas inglés? Lo siento, que pregunta tan estúpida.

– No saben que los entiendo, – dijo ella, asintiendo hacia la cámara desconectada que yacía en la cama.

– ¿Quién eres? ¿Por qué estás aquí?

– Mi nombre es Mareta Yuzik.

Esta pieza de información fue suficiente para responder ambas preguntas. Lock no hubiera reconocido su rostro, porque muy pocas personas lo habían visto. Y la mayor parte de quienes lo habían hecho estaban muertos. Pero por supuesto que reconocía el nombre. De hecho, le provocó un involuntario escalofrío desde la base de la columna hasta la nuca.

Mareta era una de las viudas negras más notables de Chechenia, mujeres cuyos esposos habían sido asesinados por los rusos y que operaban como terroristas suicidas en la sangrenta guerrilla de Chechenia para ganar su independencia de la madre patria. El esposo de Mareta había sido un notable general. Lo que la hacía resaltar era el hecho de que había rechazado el martirio para asumir el comando de los guerrilleros del grupo de su esposo.

El grupo de Mareta había pasado los últimos años provocando una ola de violencia desenfadada. Sus logros incluían la masacre de algunos de los políticos más importantes de Moscú durante una presentación del ballet Bolshoi. Demostrando una comprensión terroríficamente precisa acerca de lo que requerías para ser notado como un terrorista en el mundo moderno, Mareta había concluido el evento decapitando personalmente a la bailarina principal en el escenario. Por supuesto, ahí se encontraban los nuevos ricos rusos, y también sus guardaespaldas. Se había desencadenado un enfrentamiento a disparos en la que los equipos de protección asesinaron a más de sus respectivos clientes que los mismos chechenios. El gran final había sido una gigantesca explosión.

En medio de esa particular nube de humo, Mareta y sus compañeros desaparecieron, lo que llevó a todo el mundo a asumir que todo el asunto había sido un trabajo realizado por el Kremlin, cuyos más importantes rivales políticos habían perecido en el ataque. Para los *apparatchik*, se había tratado de una feliz coincidencia.

El seguimiento de Mareta requirió la misma cantidad de primeras planas mundiales. Sus guerrilleros entraron a un jardín de niños del otro lado de la frontera de Chechenia y mantuvieron

a dos docenas de niños como rehenes antes de asesinarlos a todos a sangre fría, grabando los eventos para la posteridad.

Una vez más, Mareta desapareció en la noche antes de que el edificio fuera invadido y la mayor parte de sus guerrilleros fueran asesinados por las fuerzas especiales rusas.

Era este segundo escape el que le había ganado el apodo de Fantasma en los medios rusos. Habían habido numerosos avistamientos desde ese entonces, incluyendo en el norte de Irak, Pakistán y la Provincia de Helmand. El que apareciera aquí los superaba a todos.

Lock decidió seguir el juego de Mareta y fingió demencia.

– ¿Sabes por qué estás aquí?

– Vengo a morir, – dijo, inexpresiva.

– ¿Y las otras personas que trajeron aquí también son de tu país?

– Algunos. Algunos son de otros lugares. – Ella picoteó un clavo con la punta del Gerber. – Ahora déjame hacerte la misma pregunta. ¿Por qué estás aquí?

– Es una larga historia.

Mareta miró a un lado y otro de la celda.

– Tal vez tengamos suficiente tiempo.

Lock confiaba en su nueva compañera de celda tanto como confiaba en Brand, así que le dijo que era un periodista investigando las actividades de una compañía farmacéutica.

– ¿Tienen periodistas de investigación, no es así?

– ¿De investigación? – ella pronunció la palabra como si fuera lo más divertido que había escuchado en mucho tiempo. – Sí, tenemos de esos. El gobierno los mata.

Claramente se trataba de una chica algo pesimista.

– Así que, cuando estaba investigando este lugar, – continuó Lock, – me encontraron y me golpearon. Supongo que me aventaron aquí esperando que tú pudieras terminar el trabajo por ellos.

Mareta escuchó con calma. Caminó hacia la puerta y de regreso, haciendo figuras en el aire con la hoja del cuchillo.

– ¿Entonces por qué crees que estoy aquí?

– Quieres decir, ¿qué interés puede tener una compañía farmacéutica en ti?

– Sí.

– Creo que eres un conejillo de indias.

– ¿Conejillo de indias?

– Sí. Van a utilizarte para ver si algo de lo que están probando es seguro para su uso en humanos.

– ¿Qué cosa?

– Eso, no lo sé.

En realidad, tenía un par de ideas. La presencia de Mareta en el lugar debía de haber sido aprobada por alguien de alto rango. Tal vez se trataba de un convenio entre gobiernos. Tal vez Meditech estaba desarrollando algo que los rusos podrían usar para interrogarla. Tanto la CIA como la KGB buscaban las llamadas drogas “de la verdad” durante la Guerra Fría, desde pentanol sódico hasta algo más ortodoxo como whisky, o una imagen del objetivo en una situación comprometedor. En un mundo donde un buen trabajo de inteligencia podía salvar miles de vidas, algo que fuera efectivo valdría más que su peso en oro.

– ¿Así qué, para qué periódico trabajas?

– Estoy por mi cuenta, – dijo Lock. Era parcialmente cierto, pero la expresión de Mareta le indicó que no le creía, ni le importaba, en realidad. No era tan terrible que fuera tan malo

mintiendo, pensó.

Mareta dejó de caminar alrededor de la celda y se acercó a Lock. Sostuvo la punta de su cuchillo a cerca de tres metros de su ojo derecho, demasiado lejos para que él se lo arrebatará.

– Digamos que no te creo.

Lock hizo su mejor esfuerzo por no parpadear. Sabía que discutir con ella lo haría parecer aún más sospechoso.

– No hay mucho que pueda hacer al respecto.

Ella mantuvo la punta del cuchillo en el mismo lugar.

– Ya intentaron algo así antes. En Moscú. Me pusieron en una celda con otra mujer. Me aseguré que nunca pudiera tener hijos. Y en esa ocasión no tenía un cuchillo.

– ¿Fuiste capturada?

– Dos veces. Y escapé dos veces.

Lock miró el cuchillo, y luego volvió la mirada hacia Mareta.

– ¿Entonces, si crees que soy un espía, por qué no me has matado?

– Obtener información de una persona es una actividad recíproca. He aprendido de mis interrogadores a lo largo de los años más de lo que ellos han aprendido de mí.

– Carajo.

– Por favor, no uses esa clase de palabras.

Lock hizo una nota mental. Le gusta: decapitación pública. Le disgusta: Lenguaje inadecuado.

– Tal vez deba asegurarme de que tampoco puedas tener hijos.

Ella movió el cuchillo lentamente, desde su rostro hasta su entrepierna.

CAPÍTULO

CINCUENTA Y CUATRO

CINCUENTA Y CUATRO

Lock estaba sentado en el piso con la espalda contra la pared de la celda. Todo lo que le faltaba para completar su aspecto de Steve McQueen era un bate de béisbol.

– ¿Y cómo crees que deberíamos llamar a los niños?

Mareta, que estaba en la cama, apuntó el cuchillo hacia su rostro de nuevo.

– Hablas demasiado.

– Sólo intento pasar el tiempo.

– Deberías estar pensando en una forma de salir de aquí.

– Pensé que lo tenías cubierto.

Ella lo miró de frente.

– ¿Y por qué pensarías eso?

Maldición. Nada de lo que Lock había dicho desde que había entrado en la celda había sugerido que conocía su reputación, y eso estuvo demasiado cerca.

– ¿Dijiste que habías escapado dos veces luego de ser capturada, no es así? – respondió, pensando rápidamente.

Ella hizo una mueca, columpiando las piernas hacia el borde de la cama. Presionó la punta del cuchillo gentilmente contra su brazo, como un ama de casa revisando si el pollo ya está cocinado.

– No eres un periodista, – dijo ella.

– ¿Por qué dices eso?

– He conocido a varios.

Lock recordó otra historia en la que supuestamente Mareta había estado muy involucrada. Seis reporteros a favor del Kremlin fueron enviados a Moscú para mostrar lo bien que estaba funcionando el esfuerzo de guerra en Chechenia. La primera cabeza había llegado a la oficina de Moscú en una gran caja marrón una semana después. Un día después, una segunda cabeza. Al terminar la semana todas las cabezas habían sido devueltas. Entonces comenzaron a llegar las manos. Eso tomó dos semanas. En total, fue un proceso de tres meses. Un constante goteo de horribles características. Lo único que no llegó fueron sus corazones. Supuestamente los dejaron en Chechenia.

– Casi todos los periodistas son gordos, – continuó Mareta. – Por pasar todo el día sentados, recibiendo dinero del gobierno.

– Aquí no es así, señorita, – dijo Lock. – Aquí tenemos libertad de prensa.

– También en Rusia. Son libres de escribir o decir lo que ellos quieran. Pero, de alguna forma, sólo escriben lo que la gente que les paga quiere escuchar. Gran coincidencia. – Ella seguía mirándolo. – ¿Entonces quién eres?

No parecía que fuera a rendirse pronto.

– Ya te lo dije.

– Ya te dije que mentiste.

– Escucha, si vamos a salir de aquí con vida, tenemos que confiar el uno en el otro.

– La confianza requiere honestidad.

Lock estaba de acuerdo con eso. Estaba a punto de romper la primera regla de captura: inventar una cubierta y mantenerla. Pero esta no era una situación regular. Para empezar, Brand no dudaría en delatarlo, especialmente si creía que eso podría matarlo.

Examinó a Mareta. En una pelea limpia no sería competencia, a pesar de su reputación. Pero tenía el cuchillo. Los tipos que ven el Campeonato de Ultimate Fighting suelen hablar de un ‘combate’ con cuchillos, pero no existe tal cosa. Lo único que puedes hacer es ser apuñalado. Y desangrarte, poco después.

– De acuerdo, tienes razón, – dijo él.

Ella escuchó tranquilamente mientras él le contaba acerca de haber trabajado para Meditech, y le resumía los eventos que habían llevado a su captura y aprisionamiento en el complejo. Ella no dijo nada, y permaneció completamente inexpresiva, deteniéndolo solo en ocasiones para aclarar una frase o palabra que no comprendía por completo. La única vez que reaccionó a la historia de Lock fue cuando le mencionó a los activistas de los derechos de los animales y su causa. La sola idea le parecía absurda. Lock entendió su escepticismo. Para alguien que había presenciado y cometido el asesinato de seres humanos, debe haber parecido un concepto extraño. Consideró repetir la frase de Gandhi que Janice le había espetado desde su cama en el hospital, pero se lo pensó mejor.

Terminó y espero a que Mareta dijera algo. El silencio llenó el espacio entre los dos. Normalmente, le habría gustado eso, pero esta vez lo que necesitaba era empatía. Y el compartir historias era la forma más sencilla que conocía de conseguirla.

– ¿Y qué hay de ti? ¿Por qué estás aquí?

– Ya sabes quien soy, – respondió Mareta.

– Sí, lo sé.

– Pero no pareces asustado.

– ¿Debo estarlo?

– Todo el mundo le teme a los fantasmas.

Lock lo consideró por algunos momentos.

– Tal vez soy diferente.

Mareta estudió las paredes de la celda, igualmente reflexiva.

– Es verdad, – respondió. – Sigues vivo. Y si quieres seguirlo estando deberías pensar en una forma para salir de aquí.

CAPÍTULO

CINCUENTA Y CINCO

LOCK FUE el primero en escuchar que una puerta que era abierta al final del corredor. Le hizo una seña a Mareta para que se levantara. Se colocaron a ambos lados de la entrada de la celda mientras dos conjuntos de pasos se acercaban, acompañados por el sonido de un carrito. Hubo más ruidos metálicos, seguidos por un hombre que gritaba algo en un idioma que Lock no entendía.

– ¿Qué está diciendo?

– Está preguntando quien más está aquí.

Mareta presionó su rostro contra la puerta de la celda y gritó algo a modo de respuesta. Lock entendió lo que parecía ser su nombre. En su propio idioma tenía un sonido más gutural, e iba cargado de amenaza.

– Estás armando toda una reunión, – dijo Lock.

Mareta gritó algo más, esta vez en otro idioma. Lock podía escuchar que el hombre se reía de lo que ella había dicho.

– ¿Qué le dijiste?

– Le dije que nos bañaríamos en la sangre de nuestros captores.

– Ahora entiendo porque no hay tantos comediantes chechenios por aquí. ¿Por qué no intentas preguntarle cuántos de ustedes hay aquí?

Ella gritó de nuevo, y el hombre rugió en respuesta.

– Diez. Tal vez más.

– ¿Qué está pasando ahora?

Mareta presionó su rostro contra el panel de acceso en la parte inferior de la puerta. Lock la tomó por el hombro y la jaló hacia atrás. Ella lo miró furiosa.

– Si te acercas demasiado podrían abrir esa cosa y tirarte una buena dosis de gas pimienta, – le advirtió.

Volvió a conversar a gritos con el otro prisionero.

– Es hora de la comida, – le dijo a Lock.

Y efectivamente, unos momentos después la apertura se abrió y aventaron una bandeja en el interior. Ésta era de metal, para que resultara más difícil romperla y usarla como un arma. Llenando los espacios en la bandeja estaba lo que Lock imaginaba era una comida típica de prisión. Dos rebanadas de pan. Jugo de naranja. Alguna especie de guiso con arroz. Un cuadrado de chocolate barato y una banana. No estaba mal. Era incluso mejor que la comida de clase turista de la mayoría de las aerolíneas por las que había volado.

Tomó una rebanada de pan y le entregó la otra a Mareta. Ella la rechazó, arrugando la nariz.

– Come tú primero.

Él supuso que no lo decía solo por ser una buena anfitriona.

- ¿No tienes hambre?
- No sé que pueda tener esa comida.
- ¿Si tiene veneno de ratas, te gustaría que yo lo descubriera primero?
- Exactamente, – respondió ella.

Lock puso el pan nuevamente sobre la bandeja.

- No piensas en estas cosas, – dijo ella con una mueca.

Tenía razón. Lock no pensaba en eso.

Ella tomó el pan de la bandeja, rompió un pedazo y se lo entregó a Lock.

- No me trajeron aquí para envenenarme. Pero podría tener algo para hacernos dormir.
- ¿Entonces por qué quieres que lo pruebe?
- Ya verás.

Lock tomó el pan y se lo metió en la boca. Mientras masticaba tentativamente, se volvió dulce en su boca. Tragó. Tomó un pequeño sorbo de jugo de naranja para pasárselo. Sabía raro. Vertió el resto del jugo de naranja en uno de los compartimentos de la bandeja. Un extraño residuo flotó en la superficie. Lo agitó con un dedo.

- Por lo menos podrían haber gastado en Rohypnol. Al menos se disuelve.

Él se sentó en el piso, descansando la cabeza contra el frío concreto.

– ¿Y qué hace una chica como tú en un lugar como éste? – preguntó Lock, intentando iniciar una conversación para repeler la frustración que Lock comenzaba a sentir en los huesos.

- No te interesa.

– Ahí es donde te equivocas. Quiero decir, estoy asumiendo que no naciste siendo una perra malvada que cree que es aceptable asesinar brutalmente a civiles inocentes.

- ¿Quieres saber por qué le corté la cabeza a Anya Versokovich?

Lock se encogió de hombros.

- Lo hice porque ella... estaba ahí.

Lock se estaba sintiendo cansado, probablemente a causa de la caótica semana que había tenido, y como consecuencia de las constantes oleadas de adrenalina, y no por lo que sea que había llegado a su cerebro a través de un pequeño sorbo de jugo.

– ¿Eso es todo? ¿Ese es tu gran motivo para haber decapitado a la *prima ballerina* del Ballet Bolshoi?

- Es la misma razón que me dieron los rusos.

- ¿Que te dieron para qué?

- Para lo que me hicieron. ¿Quieres que te cuente?

Lock descansó su cabeza contra la pared de la celda y cerró los ojos.

- Claro.

- ¿Sabes algo sobre mi esposo muerto?

- Conozco su reputación.

– Yo estaba bañando a mis dos hijos cuando ellos llegaron. Mi hijo tenía cuatro años. Mi hija tenía tres. Cuando el comandante ruso no pudo encontrara a mi esposo, dejó a dos de sus soldados en la habitación con nosotros. No quería que nadie dijera después que el había estado ahí.

Con una terrible previsibilidad, Mareta continuó. Lock mantuvo los ojos cerrados. No estaba seguro de querer mirarla cuando terminara su historia.

– Mientras uno de los soldados me violaba, el otro puso un cuchillo en las gargantas de mis hijos. Los forzó a mirar. Cuando el primer hombre hubo terminado, el otro tomó su turno. Entonces amarraron mis manos detrás de mi espalda y me forzaron a mirar. Ahogaron a mi hijo,

primero. Y después a su hermana. Después, fui llevada a la planta baja a hablar con el comandante. Mi esposo había matado rusos, ¿pero qué había hecho yo? Así que le pregunté “¿Por qué hace esto? Y me respondió: “Porque estabas aquí.”

Lock abrió los ojos. El rostro de Mareta estaba imperturbable. Inexpresivo. Sólo sus ojos traicionaban lo que en verdad sentía. Su voz se quebró un poco cuando habló.

– ¿Qué pasó después?

– Me dejaron, pero los seguí.

– ¿Los mataste?

– A cada uno.

– ¿Y donde termina, Mareta?

– No termina.

– Sabes que esta vez no hay forma de escapar.

– Siempre hay forma de escapar, – dijo ella, mirando hacia la distancia.

– ¿Siempre?

– La muerte es una salida.

– Es verdad, pero hay algo que no entiendo. ¿Por qué fuiste siempre la única que pudo escapar?

– Es simple. Entre más atención pone alguien, menos ve.

Más acertijos.

– ¿Y qué significa eso?

– Cuando miran hacia arriba, permanezco abajo. Cuando miran hacia abajo, permanezco arriba.

– ¿Te gustaría decirlo en inglés?

Ella esbozó una pequeña sonrisa.

– Ya entenderás.

CAPÍTULO

CINCUENTA Y SEIS

– ¿Por qué no simplemente aventamos una granada, volamos todo y dejamos que Dios se encargue del resto? – preguntó Brand.

Stafford le respondió furioso.

– Porque doce es el mínimo para cumplir con la Primera Fase.

– Entonces encontremos a otra persona, – replicó Brand.

– ¿Y dónde sugiere usted que busquemos, coronel? ¿Craigslist? – Stafford señaló la pantalla en blanco con un dedo. – Llévame ahí. Quiero hablar con ellos.

Brand rio.

– Ella no habla inglés, y Lock no es tan tonto como para salir de ahí sabiendo que lo esperamos del otro lado. No tenemos tiempo de matarlos de hambre, tampoco.

– Entonces encontraremos alguna manera.

Brand se encogió de hombros mientras Stafford salía del cuarto de control.

– No puedo esperar.

– Brand, trae tu arma contigo, – le dijo Stafford mientras se adelantaba.

– No se permiten armas de fuego en el bloque de alojamiento, – le recordó Brand, tomando su Glock y siguiéndolo por el corredor.

– Haz una excepción.

– Realmente no creo que sea una buena idea.

– Tienen un cuchillo. Tú mismo lo dijiste.

– ¿Y que pasa si consiguen quitarnos la pistola?

– No pasará.

Unos minutos después llegaron a la puerta de la celda de Mareta. Brand se colocó de un lado de la puerta, Stafford del otro.

– Dame tu arma, – dijo Stafford.

Brand sacó la Glock, colocó una bala en la cámara y se la entregó a Stafford.

– ¿No vas a entrar ahí, o sí?

– No, – dijo Stafford, tomando la Glock y apuntándola hacia la cabeza de su jefe de seguridad. – Lo harás tú.

Brand mantuvo la calma.

– No te atreverías.

– Me atreví a matar a Stokes, – dijo Stafford.

– Eso fue diferente. Todo estaba arreglado. Todo lo que tenías que hacer era jalar el gatillo.

Stafford aplicó presión al gatillo con su dedo índice.

– ¿Qué es diferente ahora?

Brand levantó las manos, rendido.

– Está bien. Está bien.

– Míralo de esta forma, – dijo Stafford. – Siempre me habías dicho que Lock era un impostor y que tú eras mucho mejor que él. Ahora es tu oportunidad de probarlo.

CAPÍTULO

CINCUENTA Y SIETE

– ¿Estás bien?

Carrie ni siquiera había notado que Gail Reindl se había subido al elevador.

– Estoy bien. ¿Por qué?

– Tus manos están temblando.

Carrie fingió una sonrisa.

– Tomé demasiado café.

Gail pareció analizar el rostro de Carrie.

– ¿Estás segura que sólo es eso?

– Un imbécil en una Hummer se pasó una luz roja cuando iba cruzando la calle. Casi me atropella. Me dejó algo nerviosa. Estaré bien en un segundo.

Gail hizo una mueca, como admitiendo que la ciudad era un caos. Las puertas del ascensor se abrieron y ella salió, para alivio de Carrie.

¿Qué más podía decir? ¿Que la Hummer había sido idéntica a la que había atropellado a la esposa de Gray Stokes, excepto porque era negra y no roja? ¿Que alguien había intentado matarla? ¿Que ser paranoica no negaba que alguien había ido tras ella? Desde que la película *Network* había sido estrenada, y había incluido a un presentador completamente loco, la forma más segura de evitar obtener un trabajo como presentador era mostrar algún signo de inestabilidad mental. Y Carrie no había llegado aún hasta ese punto. No, si tenía que hablar con alguien, sería con Lock.

Carrie se detuvo junto a la fuente de sodas. Uno de los productores estaba llenando su taza de café.

– Tienes una invitada, – le dijo, haciendo un gesto hacia el escritorio de Carrie.

Lo primero que Carrie vio fue la silla de ruedas. Después notó a Janice Stokes. Antes de que Carrie pudiera evitarlo, se le vino un pensamiento a la mente. *Parece muerta.*

Carrie se sentó, moviendo su silla de forma que quedara junto a Janice.

– Arrestaron a mi hermano.

– ¿Bajo qué cargo?

– Auxilio en el secuestro de un menor. Lock prometió que nos ayudaría a mantenerlo alejado de esto. Don no podría soportar ir a prisión.

– ¿Lo hizo?

– No. Y necesito sacarlo de Rikers antes de que algo malo le ocurra.

– ¿No sería mejor que hablaras con un abogado?

– Ya lo hice.

– ¿Y qué te dijo?

– Que tendría que esperar hasta que llegue a juicio.

- Tu hermano podría solicitar ser puesto bajo protección.
- Lo que lo haría parecer aún más culpable.
- Lo lamento, no quiero ser grosera, ¿pero qué podría hacer yo?
- Pensé que tal vez podrías decirme donde se encuentra Ryan Lock, para empezar. Intenté llamarlo, pero su teléfono está apagado. No puedo contactar a su amigo Ty, tampoco.

Carrie le creía. Había llamado a Lock justo después del incidente con la Hummer y había pasado directo a buzón de voz.

- No es inusual que Lock desaparezca. Créeme, lo sé.

Janice pausó, como si estuviera tomando una decisión. Entonces estiró una mano hacia la parte de abajo de su silla y sacó un sobre de manila.

- Algunos amigos me ayudaron a revisar las cosas de mis padres. No pude verlo todo hasta ayer. – Le entregó el sobre a Carrie. – Ryan me preguntó si mi padre sabía algo sobre Meditech. Ya sabe, para haberlos hecho cambiar de opinión en el asunto de las pruebas con animales.

Carrie metió la mano en el sobre y sacó una sola hoja de papel. Impreso en la parte superior se encontraba un enlace de internet: www.uploader.tv/Meditech

CAPÍTULO

CINCUENTA Y OCHO

LA BANDEJA de la comida estaba vacía junto a la puerta, Mareta estaba junto a ella, recostada en posición fetal. Tenía las rodillas abrazadas contra su pecho, los ojos cerrados. Su mano derecha estaba escondida debajo de su cuerpo, ocultando el cuchillo.

Lock estaba recostado junto a ella, en una posición similar. Sus piernas estaban estiradas de forma que una de ellas casi tocaba la puerta. De esa forma, aún si se quedaba dormido, se enteraría si alguien entraba.

Había estado bastante quieto durante la última hora. Entonces se escucharon pasos en el corredor, directamente afuera de su puerta. Una sola persona, que se movía lentamente, cuya presencia era traicionada solo por la acústica, que parecía estar diseñada para revelar el más mínimo sonido.

Los pasos se detuvieron. Una gota de saliva cayó desde la boca de Lock hasta el piso.

La puerta se azotó contra la pierna de Lock. Él se movió, pero no abrió los ojos.

– Está bien, – escuchó que susurraba Brand.

Dos conjuntos más de botas caminaron por el corredor. Lock abrió los ojos por un segundo. A su izquierda podía ver la bota de Brand mientras pasaba encima de él.

Lock estiró un brazo para sujetar el tobillo de Brand. Él luchó por mantener el equilibrio pero cayó al suelo. Cayó encima de Lock, golpeando con la rodilla su ojo izquierdo.

El cuchillo cayó en un arco, deslizándose en el interior del casco de Brand y rebanándole la oreja. Él gritó, quitándose el casco. Su oreja colgaba de un lado a otro de su cabeza como un pescado.

Brand movió su brazo hacia adelante, hacia Lock. Lock intentó tomarlo por la muñeca, pero no fue suficientemente rápido. Brand impulsó su brazo hacia atrás, donde se encontraba el rostro de Mareta, y su codo la envió girando hacia la cama. El cambio en el peso de Brand le permitió a Lock liberarse del hombre, que era más pesado.

Lock empujó a Brand y se arrojó contra la puerta. Mareta se arrojó contra Brand, clavando el cuchillo en la concha que protegía su entrepierna. Mareta lo sacó justo antes de recibir un segundo codazo en la cara. Uno de los dientes frontales de Mareta salió despedido de su boca y cayó en el piso.

La protección corporal de Brand la despistaba. Su cabeza estaba cubierta por un casco reforzado Kevlar. Los paneles protectores de cuello y garganta continuaban hasta el chaleco principal. Las mangas reforzadas continuaban hasta los guantes anti cortes. Debajo de la cintura, la protección era igual de completa. Hasta los tobillos. Brand volvió a lanzarle un golpe. Ella lo esquivó y atacó sus pies. Su rodilla la golpeó en el rostro, rompiéndole el pómulos. Ella enterró el cuchillo con toda su fuerza en donde terminaba su bota derecha, perforando el cuero suave y enterrando la cuchilla en su pie. Fue el turno de Brand para gritar.

El ruido proveniente de las otras celdas había alcanzado un nivel crítico. Lo que Lock creía que eran alabanzas y gritos de victoria conformaban un surreal ruido de fondo.

Mareta dio la vuelta hacia la espalda de Brand, torciendo la mano mientras mantenía un firme agarre en el mango del cuchillo que sobresalía del pie de Brand. Entonces lo soltó y puso su antebrazo alrededor de su cuello, ahorcándolo. Esta vez estaba demasiado cerca para que pudiera golpearla con los codos.

Brand forcejeó mientras Lock se esforzaba por hacerse escuchar sobre el ruido. Del otro lado empujaban la puerta con la intención de abrirla, y su fuerza se agotaba con cada segundo.

– ¡Si entran es hombre muerto! – gritó.

Los empujones cesaron.

Lock volteó la mirada hacia donde se encontraba Brand, con Mareta detrás de él, su brazo derecho formando un torniquete alrededor de su cuello y la mano izquierda sujetando la barbilla en el extremo de su casco. Lock sabía que estaba lista para torcer su cabeza hasta un punto sin retorno para sus vértebras cervicales tan pronto como abrieran la puerta.

– ¡Mantengan sus posiciones! – gritó Brand, en una voz entrecortada.

– Diles que retrocedan.

– Ya lo escucharon. Retrocedan.

Lock permaneció junto a la puerta.

– Si veo a alguien, lo matamos.

Contó hasta diez y abrió la puerta. Echó un rápido vistazo. No había nadie. El corredor estaba vacío hasta la puerta de seguridad en el fondo, que estaba cerrada.

Él volvió a entrar a la celda y le quitó a Brand su bastón, radio, *taser* y el gas pimienta que no había tenido posibilidad de usar. El problema con casi todas las armas no letales era que los espacios cerrados las volvían inútiles. En un espacio donde no era posible blandir un bastón, el gas pimienta tampoco era una opción viable, lo que dejaba el *taser*, que una vez en mano era fácilmente arrebatable.

Lock presionó el *taser* contra la espalda baja de Brand, encontrando la abertura entre su chaleco y el protector de su entrepierna. Mareta lo soltó, y Lock presionó el botón.

El cuerpo de Brand saltó.

– Mierda. ¿Para qué hicieron eso?

– Satisfacción personal.

Lock sacó el micrófono y audífono del radio de Brand.

– Bien, ¿cuál es el canal de respaldo?

– Tres, – gruñó Brand.

Lock sabía que siempre debía haber un canal de transmisión alternativo para la comunicación en caso de que el canal original se viera comprometido. Era algo que se acordaba de antemano. A veces se acordaba en incrementos predeterminados, de dos o tres. Usualmente los patrones eran sencillos de adivinar, dado que debían ser tan simples como el tipo más simple que fuera a usarlos.

– Si no escucho ruido de fondo voy a quitarte toda esa protección y dejar que Mareta juegue contigo y el Gerber, – dijo Lock, mientras buscaba el canal tres.

Y efectivamente, escuchó al parlamento chino en plena transmisión. Las transmisiones solían cruzarse unas con otras, puntualizadas por estática repentina. Lock bajó el volumen.

– No hay manera de que salgas de aquí con vida, Lock.

Lock volvió a usar el *taser* con Brand. Él dio un grito ahogado.

– Cuando quiera tu opinión, te la daré, – le dijo Lock.

– ¿Por lo menos podrían sacar el maldito cuchillo de mi pie? – exhaló Brand.

– Claro.

Lock se arrodilló y jaló el cuchillo de la bota de Brand. Salió con un sonido de vacío y un chorro de sangre. Él limpió la cuchilla y la mantuvo en su mano.

Había un gran número de preguntas que Lock quería hacer. No sólo acerca de Josh, ya había razonado casi todo al respecto por sí solo, pero acerca de la presencia de Mareta y sus colegas.

– ¿Qué hace ella aquí? – preguntó Lock con un movimiento de cabeza.

– Es un sujeto de prueba. Necesitan hacer pruebas en seres humanos y ella fue lo más cercano a uno que pudimos conseguir.

Esa respuesta consiguió que Brand recibiera otro pulso de alto voltaje del *taser*.

– ¿Es por eso que sigue viva?

– Básicamente.

– ¿Y secuestraron al hijo de Hulme haciéndolo pensar que lo habían hecho los activistas de los derechos de los animales? ¿Para asustarlo y hacer que regresara a la compañía?

– No fue mi idea.

– ¿Qué hay de Stokes?

– Él se enteró de los ensayos clínicos en humanos. Algún buen ciudadano en la compañía debe haberlo filtrado. Lo usó para chantajearnos, pero ya sabes como a la compañía le gusta remediar los cabos sueltos.

– ¿Hulme sabe algo de esto? – preguntó Lock.

– Lo dudo. Parecía bastante sorprendido cuando entendió quien estaba reemplazando a los monos. – Brand miró a Mareta, que estaba de pie con la cabeza echada hacia atrás, apretándose la nariz para detener el sangrado.

– ¿Entonces por qué usar a alguien de Chechenia?

– Yo que sé. Probablemente fueron detenidos en Medio Oriente. Pensé que recibiríamos tipos con turbantes o las sobras de la Bahía de Guantánamo, pero no fue así.

– De acuerdo, Brand. ¿Cómo salimos de aquí?

– Ya te lo dije, Lock, no se irán. Justo ahora, el lugar está completamente bloqueado. Si logras pasar a mis muchachos, te encontrarás con un ejército en el perímetro.

– Te tenemos a ti.

– Gran cosa. Soy tan desechable como tú. Tan pronto te vean te encenderán como un árbol de Navidad.

– Entonces será mejor que te quites ese equipo de protección.

Mareta y Lock vigilaron de cerca a Brand mientras éste se desvestía. Lock, sintiéndose poco caballeroso, tomó las protecciones extra que se encontraban sobre la ropa de Brand y las colocó sobre la suya, antes de colocarse el equipo de protección completo, sin ponerse el casco todavía. Sintió cierto alivio al saber que Mareta era la persona que corría menos riesgo de los tres. Su estado como sujeto de prueba la mantenía segura.

El sonido en la radio disminuyó. Lock subió el volumen y esperó. Justo cuando comenzaba a preguntarse si había habido otro cambio de canales, hubo un ruido de estática y la voz de Stafford se escuchó desde la bocina.

– ¿Lock? ¿Estás ahí?

Lock se llevó el radio hacia los labios.

– Estoy aquí.

– ¿Está Brand con vida?

– Todos estamos vivos. Por ahora.

- En cinco minutos llegará el ejército.
 - ¿El ejército?
 - Así es.
 - No los involucres en esto, Stafford. Si alguien en el ejército supiera lo que estás haciendo, te llevarían en helicóptero hasta Teherán con una foto firmada de Dick Cheney engrapada a tus calzoncillos.
 - Cinco minutos, Lock. Mataré a todos en esa celda si tengo que hacerlo.
 - Mentira. Necesitas a la mujer para completar tus números.
- Stafford no respondió, lo que decía mucho por sí mismo.
- Lock se giró hacia Mareta.
- Tú eres la experta. ¿Qué hacemos ahora?
 - Hacemos esto, – dijo Mareta, degollando a Brand.

CAPÍTULO

CINCUENTA Y NUEVE

STAFFORD PERMANECIÓ de pie en el corredor, con la Glock de Brand en la mano. Tres puertas más adelante, la puerta de la celda de Lock se abrió y un enorme objeto esférico salió rodando. Le tomó un segundo registrar lo que era. Los ojos estaban cubiertos. El cráneo rapado. Una enorme herida recorría su cráneo. Era la cabeza de Lock. La perra loca había descuartizado a Lock y había aventado su cabeza hacia el pasillo como una bola de boliche.

El estómago de Stafford dio un vuelco, y su cena de doscientos dólares cayó sobre sus botines Harris de quinientos dólares.

Una figura salió de la celda, su cara iba cubierta por la visera anti motines, empujando a Mareta a punta de cuchillo. Su rostro era un desastre, su cabello estaba lleno de plastas de sangre.

– Bueno, maldición, – dijo Stafford, haciendo un gesto hacia los dos guardias para que abrieran la puerta. – Lo hizo.

La figura le dio otro empujón a Mareta. Con fuerza. El impulso la arrojó al otro lado de la puerta y hacia los dos guardias. Ellos forcejearon por sostenerla.

Al hacerlo, la figura estiró una mano y le arrebató la Glock a Stafford. Sorprendido, Stafford ni siquiera intentó detenerlo.

– ¡Lo hiciste, Brand! ¡Lo hiciste!

La figura apuntó el arma hacia su cabeza.

Stafford comenzó a tartamudear.

– Escucha, no debes estar resentido. Sabía que lo harías. Lock nunca fue rival para ti.

La figura elevó su visera.

– ¿Ah, sí? – dijo Lock, sujetando a Stafford y presionando el cañón de la Glock sobre su sien.

Un grito surgió de uno de los guardias mientras Mareta lo sujetaba, intentando quitarle el protector de la garganta. Él levantó una mano para rechazarla y ella lo mordió. Mientras su arma caía al piso, la otra mano de Mareta, que sostenía el cuchillo, se movió hacia el rostro del hombre, buscando una apertura en su traje protector y llevando el cuchillo directamente hacia su arteria carótida. Un chorro de sangre surgió irregularmente y escurrió por la pared mientras el otro guardia intentaba sujetar a Mareta.

Lock empujó a Stafford para quitarlo del camino, apuntó la Glock hacia abajo y eligió su blanco lo mejor que podía utilizando la mirilla de hierro a quemarropa. Disparó una sola bala hacia la pierna de Mareta. Ella soltó al soldado, estirando la mano hacia donde había recibido el disparo. El guardia ileso la jaló hacia el piso, arrebatándole el cuchillo y golpeándola con la rodilla en la espalda.

Un segundo demasiado tarde, Lock se dio cuenta que Stafford había tomado el arma del guardia agonizante. Se dio la vuelta y apuntó la Glock hacia Stafford, pero no antes de que el guardia que estaba arrodillado sobre Mareta lograra apuntar su arma directamente hacia el rostro

desprotegido de Lock.

Él podía ver que el punto rojo de la mira láser trazaba un patrón desde su boca hasta un punto directamente entre sus ojos. Lentamente, quitó su dedo del gatillo de la Glock y la colocó lentamente en el piso.

CAPÍTULO SESENTA

EN EL ÁREA HOSPITALARIA, Lock estaba amarrado a una camilla. Del otro lado de la habitación, Mareta estaba similarmente restringida, su pierna derecha era un sangriento desastre. Richard Hulme, que había sido reclutado como el médico sustituto de emergencias, estaba de pie junto a ella.

– ¿Cómo ocurrió esto? – le preguntó a Stafford, quien caminaba de un lado a otro del cuarto.

– Pregúntale al Llanero Solitario por allá, – dijo Stafford, haciendo un gesto hacia Lock.

Lock descansaba su barbilla sobre su pecho. Sus únicas heridas reales eran cortes y moretones que había recibido al haber bajado la Glock. Todos los guardias habían sido parte del equipo de Brand. La pena, en este caso, se había manifestado en la forma de golpes y patadas hacia Lock, que lo acompañaron hasta el área hospitalaria.

Pero, notó Lock mientras recibía la paliza, no le habían puesto un dedo encima a Mareta. Era una mujer. Estaba herida. Pero no creía que era por esas razones que se habían detenido. La necesitaban. Y ahora, esperaba, lo necesitarían a él por lo menos lo suficiente para mantenerlo con vida un poco más de tiempo.

– Bien, las buenas noticias son que dudo que necesite una amputación, – dijo Richard. – Pero necesitamos llevarla a una unidad de emergencia adecuada tan pronto como sea posible.

– No lo haremos, – dijo Stafford. – Tendrás que tratarla aquí. Podemos conseguirte lo que sea que necesites.

– Han pasado veinte años desde la última vez que hice algo así.

– Es una buena oportunidad para refrescar tus conocimientos, entonces.

– ¡Papá!

Josh estaba de pie en la entrada de la habitación, flanqueado por dos guardias.

– Lo lamento, – dijo uno de ellos mientras el otro intentaba sacar a a Josh de la habitación. – Todo lo que escuchamos fue que el doctor Hulme se encontraba aquí.

Josh se liberó y corrió hacia su padre.

– ¿Qué le pasa a estas personas? – preguntó, mirando a Lock y a Mareta por encima del hombro de su padre.

– Tuvieron un accidente. Pero no te preocupes, papá los va a curar. Ahora, ¿por qué no vas de regreso a tu habitación?

Uno de los guardias se acercó para llevárselo.

– Vamos, hijo.

– No, dejen que se quede, – interrumpió Stafford.

Lock observó como Josh miraba a su padre y a Stafford, sin saber a quien obedecer. Era la primera vez que veía el niño, además de las veces que lo había visto en fotografías. La furia que sintió al saber que había sido utilizado por Stafford actuó como un opiáceo en su cuerpo,

calmando su dolor. Maldición. Debió haberle disparado cuando tuvo la oportunidad, y así dar todo por terminado.

Stafford volvió su atención hacia Mareta, e hizo una mueca cuando vio la herida de su pierna.

– ¿Sigue estando en condiciones de participar en el ensayo? – le preguntó a Richard.

– ¿Estás loco? Por supuesto que no.

– ¿No podrías arreglar los resultados?

– Espera un segundo. Primero querías que los firmara, ¿ahora quieres que los falsifique?

– Tienes razón. Pero nos sigue haciendo falta alguien. Tendremos que encontrar a una persona que tome su lugar.

Lock observó como la mirada de Stafford se posaba sobre Josh.

– Me pregunto si habrá algún beneficio clínico en probar que tan efectiva es la vacuna en un grupo de edad diferente, – musitó Stafford.

Richard se colocó entre Stafford y su hijo.

– Puedes irte al infierno, Stafford.

Lock se esforzó por levantar la cabeza.

– Pueden usarme a mí.

CAPÍTULO SESENTA Y UNO

CARRIE MAXIMIZÓ la pantalla de RealPlayer en su computadora. La pantalla estaba negra, a excepción de una estampa de tiempo y fecha en la esquina inferior izquierda de la computadora. Si era precisa, la cinta había sido grabada diez minutos antes de la media noche, un mes antes de que Gray Stokes fuera asesinado afuera de Meditech.

Apareció un texto blanco que subió por la pantalla. Alguien se había tomado la molestia de armar todo esto. Carrie tomó un bloc de notas de su escritorio y anotó lo que decía.

PRIMERA FASE DE DH-741

SALA DE PRUEBA EN ANIMALES DE MEDITECH

REACCIÓN DEL SUJETO DE PRUEBA ANIMAL

EXPOSICIÓN POST VACUNACIÓN A FILOVIRUS

Mientras el texto avanzaba por la pantalla hubo un repentino corte en el material, tembloroso, portátil, robado. Un metal gris cubrió todo el cuadro. Un lento acercamiento reveló que el gris era el barroto de una jaula. Aparecieron más barrotes, y Carrie pudo distinguir lo que parecía ser un mono rhesus café, mirando hacia la distancia. Las manos del mono sujetaban las barras, su boca estaba más abierta de lo que parecía ser posible. Estaba gritando. Lágrimas de color rojo sangre brotaban de sus ojos. Agitaba los barrotes de la jaula.

La cámara se movió hacia un lado, mostrando a su compañero, que golpeaba su cabeza contra los barrotes, mientras que se arañaba los ojos con los dedos. Se escuchaban más gritos que provenían de los lados.

En la jaula de a lado otro rhesus se retorció. Su espalda se arqueaba y caía, como si estuviera siendo sometido a una fuerte corriente eléctrica. Sus rasgos humanoides se contorsionaban por el dolor. Entonces volvió a arquearse, cayó de espaldas y no se volvió a mover.

La persona que estaba grabando siguió avanzando. Un animal muerto o agonizante tras otro.

Hubo un golpe al cerrarse una pesada puerta, y alguien entró.

– ¿Doctor Hulme?

Entonces la pantalla se oscureció nuevamente.

CAPÍTULO SESENTA Y DOS

DE VUELTA EN LA CELDA, Lock intentó dormir, pero hacerlo resultaba imposible debido a los grilletes, esposas, su cuerpo adolorido y un mal caso de arrepentimiento.

Había tomado la decisión de dispararle a Mareta en el calor del momento, racionalizando que no era una buena idea dejarla libre entre el inocente público norteamericano, pero no había tenido el valor de matar a la mujer. Dispararle los había mantenido con vida a los dos, y le había comprado tiempo, ¿aunque, para qué? Había sido su mejor, tal vez única, oportunidad de escape, y la había arruinado por completo. El mono podía estar muerto, pero el organillero seguía con vida. Y suponía que Mareta tampoco debía estar muy contenta.

La puerta de la celda se abrió repentinamente y dos guardias con equipo protector entraron.

– Relájense. No les voy a hacer nada, – dijo Lock, rodándose hacia un lado. – Aunque tal vez vomite.

Ellos hicieron que se pusiera de pie y lo sacaron de la celda. Él esperó que lo golpearan y lo patearan, pero nunca ocurrió.

La puerta se abrió al final del corredor y lo llevaron hasta el final del edificio. El débil sol de invierno lastimaba sus ojos mientras lo llevaban por un patio abierto hasta el área hospitalaria. Ahí habían aún más puertas, más seguridad para pasar.

Eventualmente, alcanzaron una habitación que Lock recordaba vagamente de cuando lo habían llevado con Mareta al área médica unas horas antes. No había dos camillas en el interior, solo una mesa de exploración, un escritorio y una silla. Richard Hulme estaba sentado detrás del escritorio.

Los guardias subieron a Lock a la mesa de exploración.

– Estaré a salvo, – dijo Richard.

Los guardias no se movieron.

– Lo sentimos, doctor Hulme, tenemos órdenes.

Lock se preguntó que tanto sabían los guardias acerca de lo que había ocurrido para que Lock apareciera en la celda de Mareta. Dudaba que Brand confiara en alguien que no fuera uno de sus confidentes más cercanos para hablar del secuestro de Lock, o del papel que había jugado Lock en su persecución.

– Está completamente amarrado, – respondió Richard.

– Como dijimos, estamos aquí para asegurar su seguridad, – respondió el segundo guardia.

– Y en verdad lo aprecio. Y si lo que quieren es verme mientras examino por completo a un hombre adulto, incluyendo un examen de próstata, es asunto suyo.

– ¿Próstata? – preguntó el primer guardia.

– Va a meterme un dedo en el trasero, – respondió Lock. Los dos guardias intercambiaron una mirada.

– Está amarrado, – dijo el segundo guardia, sin entusiasmo ante lo que iba a pasar en esa habitación. – De acuerdo, estaremos justo afuera, pero dejaré la puerta abierta. Si se cierra la atravesaremos.

Una vez que se quedaron solos, Richard comenzó a examinarlo, comenzando con una valoración visual.

– Te dieron una paliza.

– Me han dado peores, – mintió Lock.

Richard se acercó un poco más para revisar que no hubiera sangrado en los oídos de Lock.

– ¿Crees que haya alguna cámara grabándonos? – susurró. Entonces se hizo hacia atrás – ¿Estás experimentando algo de dolor?

– Creo que eso es fácil de ver, – dijo Lock. – Pero mientras no suba de nivel estaré bien.

Richard comprendió de inmediato y bajó la voz al continuar con la examinación.

– Escucha, ¿conoces el procedimiento para esta prueba?

Lock se encogió de hombros.

– ¿Importa?

– En tu caso, sí. Voy a administrarte placebo pero quiero que actúes como si tuvieras una reacción violenta justo después de la administración. – Volvió a subir la voz. – ¿Puedes alzar los brazos, por favor?

– ¿Qué hay de los otros? ¿Vas a hacerles pruebas también? – le preguntó Lock a Richard mientras éste colocaba un estetoscopio en su espalda.

– Espero comenzar contigo.

– Es demasiado riesgoso. Especialmente ahora que tienen a Josh aquí.

– Pueden culparme a mí si la vacuna no funciona.

– ¿No crees que funcione?

– Creo que sí funcionará, pero no voy a jugar a ser Dios con esta gente, no me importa quienes sean.

– Puede que no tengas opción, doctor Hulme.

CAPÍTULO

SESENTA Y TRES

JOSH ESTABA ACOSTADO en su cama, leyendo una historieta para niños de su edad. No como ese horrible álbum. Ya había descubierto que si veía otras cosas podía sacar esas imágenes de su cerebro. Pero no parecía poder deshacerse del olor del lugar donde lo habían mantenido cautivo. Estaba en todas partes.

Levantó la mirada hacia su padre cuando entró en su habitación.

- ¿Qué tenía esa señora?
- Se lastimó en un accidente.
- Parecía que le habían disparado.
- Así fue. Pero como dije, fue un accidente. Es por eso que nunca debes tomar un arma.
- ¿Se había portado mal?
- Sí, pero no le dispararon por eso.
- ¿Natalya se portó mal?
- No, no realmente.
- ¿Un poco mal? – Josh miró a su padre, notando lo cansado que lucía.
- Confío en la persona equivocada, eso es todo.

Mareta estaba durmiendo cuando Richard llegó para revisarla, su respiración era lenta pero continua. Él tomó su mano, esposada a la cama. Sus dedos se doblaron sobre los suyos cuando despertó. Su mano era cálida y suave.

– ¿Cómo te sientes?

Sus pupilas se dilataron y se contrajeron, luchando por enfocarse a través de una cortina de morfina.

- ¿Yani?
- ¿Era Yani su esposo? ¿Su hijo?
- No, soy el doctor Hulme. Vine a ver como estabas.
- Mi pierna, ¿logró salvarla?
- Sí, pero necesitamos llevarte a un verdadero hospital.
- ¿Sabe lo que le hice a ese hombre?

Richard había escuchado algo mientras los guardias discutían como había muerto Brand. Cada detalle era más horrible que el anterior.

- No es mi trabajo juzgarte, – respondió él.
- Tuve que hacerlo, – susurró. – Iba a matarme. No tuve elección.
- Él estudió su rostro, su piel oliva, la calma en sus ojos marrones, sus altos pómulos.
- ¿Estás cómoda? ¿Hay algo que pueda traerte?
- Tal vez algo de agua.

Richard caminó hacia el lavabo del otro lado de la habitación y llenó un vaso. La ayudó a

sentarse y puso el vaso en sus labios. Ella tomó pequeños sorbos y volvió a hundirse en las almohadas.

– Gracias.

Entonces intentó tomar una de sus manos, las esposas se golpearon contra el marco de la cama. Las puntas de sus dedos trazaron un círculo sobre su palma.

– Ayúdeme. Si me quedo aquí, moriré.

CAPÍTULO

SESENTA Y CUATRO

ESPOSADO Y ENCADENADO, Lock fue llevado por una esclusa hacia el cuarto de ensayo. Largas mangueras de aire rojas colgaban del techo a intervalos de dos metros. Los dos guardias vestidos con trajes de bioseguridad que lo habían traído hicieron una revisión final de sus ataduras.

Lock levantó la cabeza a tiempo para ver como volvían a salir por la esclusa. Otro hombre en un traje de bioseguridad entró por el otro lado. En su espalda llevaba un respirador. Richard Hulme se veía como el astronauta más improbable del mundo.

Lock notó que las manos de Richard temblaban mientras colocaba todo lo que necesitaría en una mesa. Algodones. Jeringas estériles. Cruzó al otro lado de la habitación hacia algo que a Lock le pareció una nevera para cervezas súper cargada, que estaba conectada a la pared.

Richard lo abrió, tomó el primero de doce viales, y volvió a cerrar la tapa. Lock sabía que la vacuna debía ser mantenida a temperatura constante. Richard le había dicho eso. Un pequeño marcador rojo de calor en la etiqueta se volvía azul tan pronto como cambiaba hasta un grado de temperatura. En ese vial se encontraban dos marcadores de calor. El segundo había sido colocado por Richard para señalar que sus contenidos eran de solución salina.

Richard subió la manga de Lock. Lock había asistido a suficientes ejecuciones a lo largo de su vida para saber que una persona a punto de morir rara vez exhibía pánico, ya fuera porque su mente ya se había ido, o porque les habían administrado algo para regular su humor antes de ser llevados a la cámara.

A Lock no le gustaban las agujas. Nunca le habían gustado. Así que desvió la mirada cuando Richard limpió una vena en su brazo con un algodón estéril. Una precaución casi cómica, considerando las circunstancias. Si Lock iba a morir dudaba que un poco de falta de higiene tuviera importancia.

Un vidrio transparente cubría una de las paredes. Podía ver a Stafford observándolo. Mientras la aguja se deslizaba, Lock le hizo una seña obscena con el dedo. Era lo que Stafford esperaba. Y si Stafford lo miraba a él no estaría muy concentrado en Richard.

Parecía estar funcionando. Con Lock amarrado y suficiente odio entre los dos hombres, Stafford sonrió, haciendo un gesto de despedida con la mano.

Richard terminó de llenar la jeringa. Le dio golpecitos a la jeringa para sacar las burbujas de aire.

Cuando la aguja presionó la piel de Lock, Stafford se adelantó y presionó un botón en la consola que estaba enfrente de él. Se inclinó hacia adelante para hablar por un micrófono. Una bocina en la pared en el interior del cuarto de ensayo comunicó su voz.

– Cambio de planes.

– Pero... – comenzó a decir Richard.

La esclusa se abrió y dos guardias entraron con otra camilla. El hombre en ella era de edad indeterminada, su piel estaba deteriorada por la intemperie y su rostro estaba casi totalmente cubierto por una gran barba. Murmuraba para sí mismo. Los guardias empujaron la camilla del hombre hacia donde se encontraba Lock y salieron. Richard se encogió de hombros molesto y tomó una nueva jeringa.

Stafford volvió a hablar por el micrófono.

– ¿No debería estar usando la jeringa que ya está llena, doctor Hulme?

Richard tomó la jeringa con la que iba a inyectar a Lock y la introdujo en el brazo del hombre. El hombre cerró los ojos con un aspecto de serenidad digno de un adicto. Tal vez estaba soñando en todas esas vírgenes, pensó Lock.

Richard presionó el émbolo, vació los contenidos de la jeringa, sacó la aguja del brazo del hombre y volvió a limpiar.

El hombre abrió los ojos. Una expresión de ligera decepción se cruzó por su rostro.

– Ahora Lock, – ordenó Stafford.

Richard volvió a abrir la nevera, sacó una jeringa nueva de su empaque y la llenó con un lote de la vacuna viva.

Lock sintió una delgada capa de sudor en las palmas de sus manos. Su boca estaba seca y tenía un ligero sabor metálico.

Del otro lado del vidrio, el rostro de Stafford permaneció neutral.

– Sólo piénsalo, Lock. Estás haciendo historia.

Lock repitió el gesto que había hecho antes. Esta vez con verdadera intención. Una vez que las preparaciones estuvieron completas, Lock miró estoicamente hacia el techo. Lo último que quería ver en ese momento eran las orgullosas facciones de Stafford.

Apenas sintió la punzada de la aguja contra el dolor que ya había estado experimentando en el resto del cuerpo de forma continua. Sintió una cálida sensación que se esparcía por todo su brazo. Ya era demasiado tarde para hacer algo: ahora solo quedaba esperar. Pensó en apegarse al plan original y fingir un ataque, pero Stafford no lo creería, aún si los demás sí lo hacían. Además, no confiaba en sus habilidades histriónicas.

Lo siguiente que supo fue que Richard estaba limpiando el sitio donde lo había inyectado, una diminuta gota de sangre manchó el algodón. Richard lo aseguró con cinta adhesiva.

– ¿Cómo te sientes? – le preguntó Richard.

– Tan mal como antes.

– De acuerdo, concursante número tres, – dijo Stafford, con todo el ánimo de un anfitrión de un programa de concursos.

– ¿Qué pasa ahora? – le preguntó Lock a Richard.

– Esperamos veinticuatro horas y te exponemos al agente vivo.

– ¿Y entonces?

– Esperamos para ver si la vacuna es efectiva, – dijo Richard.

– ¿Y si no lo es?

Richard rompió el contacto visual.

– Morirás.

CAPÍTULO SESENTA Y CINCO

LA PROCESIÓN de sujetos de ensayo tomó más de una hora de trabajo. Llevados de dos en dos, para ahorrar tiempo, la mayoría de ellos se portó dócilmente. Algunos más que otros. En un caso, mucho menos que los demás: el sujeto número siete derrumbó a uno de los guardias con un devastador cabezazo, el método por defecto para atacar a alguien con los brazos y piernas amarrados. Richard tuvo que inyectar al hombre en la pierna. Ninguno de los sujetos mostró reacción alguna a la vacuna.

Cuando hubieron terminado, Richard se unió a Stafford en el cuarto de observación.

– Buen trabajo.

– Una enfermera pudo haber hecho eso, – dijo Richard, quitándose el traje de bioseguridad.

– Puede ser, pero era importante que te sintieras parte del equipo, – dijo Stafford.

Richard no lo había considerado hasta ese momento. Al obligarlo a realizar la monótona tarea de inyectar a los sujetos de prueba, lo habían convertido en un cómplice. Él había violado sus derechos humanos tanto como todos los demás. Podía decir que había habido coerción, ¿pero que había hecho Meditech además de rescatar a su hijo de los activistas de los derechos de los animales y mantenerlo a salvo?

Sin importar lo que dijera, parecería que intentaba librarse de la culpa. Stafford lo había manipulado completamente.

– No tienes que estar tan deprimido, Richard, – continuó Stafford. – Si funciona, piensa en todas las vidas que podrán ser salvadas.

– Y en todo el dinero que ganarás.

– El dinero que *ganaremos*. Esta es una empresa colaborativa, y es por ello que todos tenemos acciones.

– ¿Terminé aquí? – preguntó Richard.

– Por el momento.

Richard salió, sin escolta, para ir a ver a Josh. Había un tangible aire de tranquilidad en el lugar. La tensión colectiva que había ido en aumento desde el inicio del ensayo parecía haberse disipado. Incluso los guardias, que habían estado aprehensivos al borde de ser agresivos desde el incidente con Brand, parecían haberse relajado un poco. Uno de ellos incluso murmuró un saludo cuando Richard pasó junto a él.

Tal vez todo saldría bien, se dijo a sí mismo. Si la vacuna funcionaba, Stafford se tranquilizaría. Richard podría irse. Olvidar lo que había ocurrido.

Aferrándose a esos pensamientos, abrió la puerta de su habitación. Josh estaba acurrucado debajo del duvet. Se sentó en el borde de su cama y se estiró para acariciar la cabeza de su hijo.

Pero sus dedos encontraron sólo una almohada. Frenéticamente, la levantó, aventando el duvet al piso con el mismo movimiento.

La cama estaba vacía.

CAPÍTULO

SESENTA Y SEIS

UNA LUZ sobre la cama iluminaba a Mareta. Más allá de ella estaba oscuro. El guardia asignado a vigilarla no estaba. Por lo que había notado en su aliento y la tonalidad de su piel, supuso que había salido por un cigarrillo.

Pero ella no estaba sola. Junto a su cama, Josh se sentó en una silla.

– ¿Qué le pasó a tu pierna, – preguntó. – Quiero decir, ¿qué pasó en realidad?

– Un hombre me disparó.

Josh no reaccionó.

– Eso fue lo que pensé. ¿Por qué te disparó?

– Para salvarse a sí mismo. – Ella pausó. – Y tal vez para salvarme a mí.

Josh frunció el ceño mientras intentaba seguir esa lógica y no lo logró.

– ¿Te aburres estando aquí acostada todo el día?

– Mucho, – respondió Mareta.

– Yo también.

Mareta volvió la cabeza hacia él y sonrió.

– Tal vez podríamos jugar un juego.

Richard se apresuró hacia el área de alojamiento, con un guardia a su lado luchando por seguirle el paso.

– No se preocupe, doctor Hulme, lo encontraremos. Probablemente sólo salió a pasear.

Richard observó a Stafford subiendo a un automóvil. Corrió hacia él. El guardia se interpuso entre los dos.

– ¿Qué le han hecho? – exigió Richard.

– ¿De qué demonios estás hablando?

– Josh se ha ido.

– Eso suena a un juego difícil, – dijo Josh, enumerando las cosas que tenía que hacer con los dedos de una mano.

– Pensé que eras bueno para los juegos.

– Lo soy.

– Está bien, entonces pruébame.

Josh elevó la barbilla.

– De acuerdo, lo haré.

– Entonces voy a contar hasta doscientos, – dijo Mareta, y cerró los ojos.

– Hasta mil.

– De acuerdo, hasta mil. Uno. Dos. Tres... – Josh se dio la vuelta y salió corriendo de la habitación.

Habiéndole asegurado a Richard que ayudaría con la búsqueda de Josh, Stafford volvió a

entrar al auto y llamó a su padre.

- Está saliendo todo muy bien, – le dijo.
- ¿Completaron la etapa uno?
- La vacuna no ha provocado efectos secundarios hasta ahora.
- Tampoco lo hizo en los animales, – dijo con frialdad Nicholas Van Straten.
- Pero ha sido alterada desde entonces.
- ¿Qué hay de Brand?
- ¿Qué hay con él?
- ¿Creías que no me enteraría, Stafford?
- Tuvimos una situación de seguridad. Ya ha sido resuelta.
- Asegurémonos de que siga así. He estado soportando muchísima mierda de los medios por el video.

– ¿Cuál video?

Josh había participado en una búsqueda del tesoro antes, pero no en una que requería que no fuera visto. Era difícil. Especialmente porque había muchísimas personas corriendo por el lugar. Lo bueno era que sólo tenía que encontrar un objeto, aunque cómo iba a hacerlo no tenía idea. Todo lo que podía hacer era intentar.

Al agacharse en un hueco en el corredor, uno de los guardias pasó junto a él. Ahí estaba, justo en su cinturón. Eso no estaba bien. Tenía que encontrar a alguien que no lo tuviera en su cinturón. Sabía donde dormían los guardias cuando no estaban trabajando. Missy le había enseñado cuando llegaron la primera vez. Tal vez podría buscar ahí.

Josh le entregó las llaves a Mareta.

– ¿Hasta qué número llegaste?

– Novecientos noventa y nueve, – dijo Mareta, escondiendo las manos entre los dobleces de la sábana.

– Guau, llegué justo a tiempo.

– Hiciste un gran trabajo.

La puerta se abrió de golpe y Richard entró corriendo, flanqueado por dos guardias. Tomó a Josh en sus brazos, apretando a su hijo contra su hombro.

– ¿Está bien? – le preguntó uno de los guardias.

– ¿Por qué no lo estaría? – dijo Mareta.

– Sólo estábamos jugando. ¿Estoy en problemas? – la voz de Josh estaba angustiada con preocupación.

– Sólo no vuelvas a hacerlo, ¿está bien? – lo regañó Richard.

– ¿Qué pensaron que le iba a hacer? – preguntó Mareta, sujetando con fuerza las pequeñas llaves de las esposas que tenía en la mano.

Ella esperó cerca de una hora antes de llamar al guardia.

– ¿Puedo tomar algo de agua? – le preguntó con la voz rasposa.

– Claro.

Él le acercó un vaso. Ella se enderezó con dificultad. Cuando él puso su brazo detrás de su espalda para ayudarla, ella liberó su mano y le clavó los dedos en los ojos con tanta fuerza como pudo. Su otra mano sujetó el cabello en su nuca, jalando su cara tan cerca que podía oler el aroma a tabaco en su collar. Entonces mordió su nariz con todas sus fuerzas, tomando la punta carnosa y rasgando el cartílago con sus dientes frontales.

Estando demasiado cerca como para golpearla, él solo movió los brazos. Tranquila y deliberadamente, Mareta arrugó la esquina de la sábana cubierta de sangre y la forzó dentro de su

boca para ahogar sus gritos.

CAPÍTULO

SESENTA Y SIETE

LOCK SE DESPERTÓ REPENTINAMENTE, sorprendido por dos cosas. Estaba vivo, y la puerta de su celda estaba completamente abierta. Se puso de pie con dificultad y salió al pasillo. Vacío. Sin guardias a la vista.

Se quedó de pie por un momento, intentando orientarse. Había tenido el mejor descanso de las últimas semanas, aún si había durado solo algunas horas. El sabor metálico seguía en su boca, pero fuera de eso y sus dolores usuales, se sentía bien.

Hubo un chasquido, y la puerta de la celda junto a él se abrió. Al igual que las puertas externas, debía haber tenido un control remoto. Un hombre salió, era el mismo al que le habían inyectado el placebo que debía ser de Lock. Parpadeó y se estiró para tocar el hombro de Lock, como si el contacto físico pudiera asegurarle que no se trataba de un sueño.

Hubo otro chasquido. Otra celda se abrió. Luego otra. Y otra. En menos de dos minutos todos los sujetos de ensayo habían salido. Todos se veían bien.

Se reunieron en pequeños grupos, algunos de ellos hablaban en apurados susurros. Uno de ellos se dirigió hacia Lock, poniéndose en guardia.

El sujeto del placebo se colocó entre los dos, hablándole al agresor. Él retrocedió.

La puerta al final del pasillo se abrió. Comenzaron a dirigirse dubitativamente hacia ella.

Uno de los hombres dijo algo y los demás rieron. El sujeto del placebo levantó sus manos esposadas, indicándoles que guardaran silencio.

Lock iba hasta el final mientras ellos caminaban hacia la puerta abierta. Él la atravesó, cerrándola detrás de él. Los hombres del fondo se sobresaltaron al escuchar que se cerraba. Al final del corredor, la puerta se abrió. La empujaron y caminaron hacia la oscuridad.

Los doce seguían esposados, y presentaban un extraño espectáculo al caminar bajo la luz de la luna, un grupo encadenado haciendo maniobras nocturnas, con el sujeto Placebo habiendo tomado aparentemente el mando. Les siseó cuando se separaron, indicándoles que volvieran hacia las sombras.

Lock eligió ese momento para separarse del grupo. Sabía aproximadamente lo mismo que los demás respecto a lo que estaba ocurriendo: nada en absoluto. Pero sabía que con la cantidad de armas que los rodeaban, estar en un área abierta sonaba como la peor idea posible.

El sujeto Placebo hizo un gesto a los hombres del frente para adelantarse. Ellos lo hicieron, arrastrándose hasta el borde del edificio. Entonces, repentinamente, se detuvieron.

Lock podía escuchar a un guardia que se aproximaba por la esquina, no por sus pasos, sino porque estaba comunicándose por la radio, informando que había revisado un sector y que estaba a punto de dirigirse al siguiente. Procedimiento estándar para seguridad no estática. Revisar y confirmar. Revisar y confirmar. Repetir hasta morir. Con toda probabilidad literalmente en el caso de este pobre diablo.

– Base, aquí Sanguijuela. Amarillo bien, avanzando hacia rojo.

Hubo una pausa.

– ¿Base? ¿Me escuchan?

Tenía sentido que el hombre no obtuviera respuesta. Las celdas habían sido remotamente abiertas, y la única forma de hacer eso debía ser desde el cuarto de control.

Había doce de ellos ahí. Lo que significaba que sólo una persona faltaba.

CAPÍTULO

SESENTA Y OCHO

LA HABITACIÓN ESTABA vacía cuando Lock llegó. Había algunos libros, algunas ropas de niño, pero no estaba Josh. La idea de que los rehenes lo habían alcanzado llegó repentinamente a su mente, aunque no había sangre ni signos de forcejeo.

Levantó uno de los suéteres del niño y se quedó de pie por un momento. Entonces volvió a salir, y se encontró de frente con el cañón de una pistola M-16, portada por un pálido Hizzard.

– Ponte de rodillas.

– Hizzard, no tenemos tiempo para esta mierda.

El miedo parecía haber hecho que Hizzard entrara en modo automático.

– ¿Cómo escapaste del área de alojamiento?

– Me teletransporté.

Hizzard presionó la pistola contra él.

– Al piso.

Lock pasó una mano frente a su rostro.

– Hizzard, soy yo, Lock. ¿Recuerdas?

– Eres un detenido. Mi misión es aprehender y devolver a todos los detenidos al área de alojamiento.

– Bien, suerte con eso. Tienes a doce chechenios furiosos, o paquistanís, o lo que sean, rondando libres por ahí, sin mucho tiempo para contenerlos.

El sonido de armas disparándose puntualizó el resumen de Lock.

– ¿Cómo puedo saber que no estás mintiendo?

– ¿A quién diablos le importa si estoy mintiendo o no? ¿No entendiste lo que dije? Esta es una unidad de investigación nivel cuatro que está a punto de ser controlada por terroristas. Si no actuamos ahora, moriremos.

Hizzard tomó su radio.

– Eso tampoco servirá de mucho. Creo que el cuarto de control ha sido atacado. No recibirás ayuda de nadie que esté ahí.

Los ojos de Hizzard reflejaron duda.

– Hizzard a Base.

La respuesta fue el crepitar de la estática, después un voz, femenina, con un acento.

– Base a Hizzard. Sal y deja tu arma en el piso.

Bajo otras circunstancias, Lock se habría permitido sonreír al ver la expresión en el rostro de Hizzard. En lugar de hacer eso, le arrebató la M-16.

– ¿Tienes otra arma?

Hizzard levantó una solapa en su chamarra.

– Glock.

– Es mejor que nada, supongo, – dijo Lock, cargando la M-16 y dirigiéndose al exterior, con Hizzard caminando a regañadientes detrás de él. – ¿Cuántos guardias están de servicio?

– Quizá una docena.

– ¿Quizá?

– Eso creo.

Clásica operación de Brand, pensó Lock.

– ¿Y qué hay de las armas? ¿M-16 y Glocks?

– Hay más cosas en la armería.

– Oh Dios, espera, ¿qué armería? – preguntó Lock, mirando alrededor en busca de la puerta de vuelta a su propio universo.

– Ese edificio de ahí.

Hizzard señaló entre la oscuridad hacia un pequeño edificio a unos trecientos cincuenta metros de distancia en medio de otros dos edificios más altos. Lock había asumido que se trataba de un cuarto de calderas, o una instalación de un generador de respaldo.

– ¿Tienes acceso a ella?

Hizzard alcanzó su cinturón.

– Sí, tengo la llave aquí.

– Maravilloso.

– ¿Qué?

– Bien, si tú tienes la llave, tengo que asumir que la otra “quizá una docena” de guardias también tiene una.

– No lo sé.

– Vamos entonces, Einstein, vayamos a ver.

La puerta principal estaba abierta cuando llegaron, el acero reforzado había resultado inútil ante un exceso de llaves. Amateur no comenzaba a describir el lugar. Lock dejó que Hizzard entrara primero, y después lo siguió.

Unas cuantas cajas de municiones distintas yacían tiradas en el piso, pero a juzgar por los estantes y armeros vacíos, el lugar había sido prácticamente vaciado.

La tapa doblada de un gran cofre de metal sobresalía en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Hizzard la abrió y miró el interior.

– Oh, mierda.

– ¿Qué tienen ahí? ¿Lanzacohetes? – preguntó Lock.

– No, aquí era donde Brand mantenía los explosivos plásticos.

CAPÍTULO

SESENTA Y NUEVE

LOCK Y HIZZARD salieron de la armería. El ruido de pequeñas armas de fuego puntuaba el silencio.

Rodearon por una esquina, Lock daba vueltas amplias en caso de que los prófugos estuvieran justamente ahí, con Hizzard proveyéndole una cubierta, y la Glock extendida en su mano derecha.

– Despejado, – susurró Lock, un segundo antes de que los prisioneros aparecieran.

Lock comenzó a levantar su M-16. Pero era demasiado tarde. El prisionero ya tenía a Lock en la mira. El tiempo se detuvo para Lock. Hizzard se dio la vuelta, pero iba a ser demasiado tarde.

Entonces, mientras el prisionero sonreía con sus dientes rotos, y su dedo comenzaba su recorrido milímetro a milímetro hacia el gatillo, una bala se incrustó en medio de su frente. Él cayó hacia adelante, su bala alcanzó el piso en lugar de golpear a Lock, mientras Ty salía de su cubierta a la izquierda.

– Uno menos, faltan once, – dijo, caminando hacia el prisionero.

Lock miró a su segundo al mando.

– ¿Estuviste ahí todo el tiempo, no es así?

Ty sonrió.

– Sí.

– A veces eres un imbécil, Tyrone, ¿lo sabes?

– ¿Qué puedo decirte, hombre? Aprendí del mejor.

Se volvió hacia Hizzard, quien aún tenía la Glock apuntada hacia el prisionero muerto.

– ¿Cómo te va, Hizzard?

Lock respondió por él.

– Una botella de Jack, un tuvo de Anusol, y el chico estará bien.

Ty le dio la vuelta al prisionero con la bota.

– Sí. Está bien muerto.

Volvió a dejar caer al hombre, boca abajo, y le dio a Hizzard un golpe juguetón en el hombro.

– ¿No es divertido?

En la distancia podían escuchar sirenas, y algunos disparos más en el perímetro. Continuaron hacia su objetivo, el cuarto de control, la entrada se encontraba cuatrocientos metros adelante.

El acercamiento final hacia la puerta era un campo abierto. Lock no podía ver a ningún prisionero, ni a ningún guardia. Presuntamente, los prisioneros estaban en las orillas del complejo, peleando, mientras que los guardias de Brand debían estar escondidos en alguna parte, preguntándose como era que todo había salido tan mal tan rápido.

Lock indicó a Ty y Hizzard que buscaran cubierta, y se preparó para correr. Como lanzándose al precipicio, sabía que no debía pensarlo demasiado. El secreto, como en muchas otras cosas en la vida, era poner un pie enfrente del otro. En este caso, tan rápido como fuera posible.

Ve. Corrió hacia la entrada, consciente sólo de su propia respiración y sus pies mientras golpeaban el suelo. La M-16 que sujetaba en ambas manos. Esperó a escuchar los disparos de Ty y Hizzard que lo cubrían, pero nunca llegaron.

Llegó hasta la puerta, se detuvo para tomar aire en tres grandes bocanadas, se arrodilló y posicionó la M-16, apuntando a la mitad del edificio más cercano. Indicó a los otros dos que avanzaran.

Ver a Ty correr era peor que hacerlo él mismo. Esperó que aparecieran silbidos o el chasquido de un solo disparo. Pero ninguno llegó.

Ty y Hizzard chocaron los puños: dejar la muerte atrás los había unido inmediatamente.

En el interior, todo estaba silencioso. Un rastro esporádico de sangre marcaba el camino hacia el cuarto de operación. Lock y Ty siguieron el rastro, dejando a Hizzard para que asegurara la entrada.

El cuarto de control tenía vidrio reforzado en tres lados. Mareta apenas y los notó cuando se acercaron. Lock también podía ver a Richard. Josh estaba en sus brazos, dormido.

Podía dispararle a Mareta. Dudaba que la primera bala penetrara el vidrio, pero la segunda podría. O tal vez la tercera. Pero ella permaneció impávida. Entonces se puso de pie. Ty bajó su arma. Cuando ella se giró hacia ellos, Lock pudo ver por qué. Alrededor del pecho, tenía un cinturón de explosivos armado con precipitación. Tiras de C4 con lo que parecían clavos enredados con cinta adhesiva y acomodados a intervalos de tres centímetros, con un detonador amarrado a la altura de su cintura.

Lock había visto cinturones suicidas antes, pero este era diferente del modelo común en un terrible aspecto. Los explosivos, especialmente como C4, eran difíciles de conseguir, y por lo tanto se usaban tan poco como fuera posible. El daño era impartido por el empaque que cubría las cargas: cojinetes de bolas, clavos, tornillos, pernos. Lo que hacía a este cinturón diferente era la cantidad de explosivos. Eran casi dos o tres kilogramos. Mareta no sólo explotaría, sino que se convertiría en polvo fino. Y, probablemente, el resto de las personas en ese cuarto también.

CAPÍTULO SETENTA

FRISK SE ENCONTRABA de pie a cincuenta metros del perímetro del complejo y observaba como, del otro lado de la muralla, formas oscuras corrían entre los edificios. Miró a su alrededor a los grupos de cumplimiento de la ley agrupados en pequeños corrillos. FBI. ATF. SWAT. Todos se encontraban ahí, y todos tenían un plan diferente para proceder. Aunque el Grupo Antiterrorismo del que era parte había sido designado para establecer la cadena de mando, los viejos hábitos resultaban difíciles de cambiar.

Frisk miró a la figura solitaria que salió hacia la luz que arrojaban las lámparas colocadas por el equipo SWAT en la puerta principal. La figura alzó los brazos a modo de rendición. Frisk entrecerró los ojos para verlo mejor.

La figura pronto se acercó lo suficiente para que Frisk pudiera identificarlo.

– Hijo de perra.

Debió haberlo imaginado.

Un par de oficiales de SWAT en trajes de bioseguridad corrieron hacia Ty, con sus escudos antibalas sostenidos al frente y sus pistolas de mano a los lados.

– ¡Tírate al piso! – gritó uno de ellos.

Ty les hizo un gesto.

– Escuchen, yo no estuve expuesto. Pero necesito hablar con alguien, de inmediato.

– ¡Tírate al piso o recibirás un disparo! – le advirtió el oficial de SWAT, haciendo un gesto hacia su pistola.

Frisk observó como Ty asumía la posición, y le colocaban esposas en las muñecas. Lo llevaron hacia el perímetro. Hombres y mujeres, que habían pasado una vida enfrentando lo peor que la raza humana podía ofrecer, retrocedieron.

Frisk siguió a Ty mientras lo conducían a una camioneta blanca. Dio tres pasos más y estaba adentro. Estaba equipada como un laboratorio móvil. Dos personas más en trajes de bioseguridad lo recibieron.

– Les dije, estoy limpio.

– Necesitamos asegurarnos.

Ty extendió el brazo.

– ¿Cuánto tiempo tomará?

– Treinta minutos.

Uno de los dos sujetos en traje tomó una muestra de sangre.

– Esto nos dirá si tiene alguna de las diez enfermedades virales hemorrágicas principales

– ¿Y qué si las tengo?

– Será puesto en cuarentena y tratado.

– ¿Pueden tratar estas cosas?

– La mayor parte. Excepto una variante de ebola. No tenemos una vacuna para esa todavía.

Diez minutos después, Frisk entró en la camioneta, usando también un traje de bioseguridad. Ty lo saludó con un asentimiento de cabeza.

– Te ves bien para ser blanco, – dijo, – aunque deberías considerar hacerle un dobladillo a los pantalones.

– Debí haber sabido que Lock y tú estarían involucrados en todo esto. ¿Qué demonios está pasando?

– ¿Quieres la versión corta o la larga?

– La corta.

Ty le contó. Con cada fragmento nuevo de información, Frisk palidecía más. Todo lo que había sabido antes era que habían habido disparos en una unidad de investigación biológica Nivel 4.

– ¿Entonces por qué te dejaron salir? – preguntó Ty.

– Soy el mensajero.

– ¿Y cuál es el mensaje? ¿Qué es lo que quieren?

– Un documento firmado por el presidente, garantizando su estado como prisioneros de guerra bajo el Convenio de Génova, junto con una garantía de que no serán deportados. Ah sí, y una fotografía firmada de Will Smith.

– ¿Todo eso? – preguntó Frisk.

– La última parte es negociable. Creo que podríamos convencerlos de contentarse con una de Eddie Murphy.

– Me da gusto ver que encuentras todo el asunto tan divertido, pero estoy seis niveles por debajo de ser capaz de ofrecer garantías ejecutivas firmadas.

– Entonces deberías comenzar a mover la cadena de mando.

– Incluso si obtenemos un acuerdo, todos estarán en la cárcel por el resto de sus vidas naturales.

– Lo saben.

– De acuerdo, hablaré con alguien, – dijo Frisk, saliendo de la camioneta. – ¿Pero eso es todo, cierto? No hay nada más.

– Eso es todo.

Ty miró a Frisk salir de la camioneta. Cruzó los dedos y suspiró. Mareta había tenido otra exigencia, pero Lock le había dicho que no la mencionara, aunque Ty no necesitaba que lo hiciera. Tan pronto como le autorizaran, Ty se encargaría de eso él mismo. En realidad, lo esperaba con ansias.

CAPÍTULO

SETENTA Y UNO

TY ENCONTRÓ a Carrie entre las filas de autobuses que habían llegado hasta el final del camino de servicio. Las buenas noticias eran que estaba limpio. Las malas eran que tendría que convencerla de ayudarlo en algo por lo que ambos podrían pasar el resto de sus vidas tras las rejas.

Tan pronto como lo vio, corrió hacia él.

– ¿Dónde está Ryan? ¿Qué está ocurriendo allá adentro?

– Te equivocas, chica. ¿No deberías hacer esas preguntas en sentido inverso? Siendo miembro de la prensa y todo eso.

– Sólo contéstame.

– Está adentro. No diría que está exactamente a salvo, pero está bien, considerando la situación.

– ¿Cuál situación?

Ty la llevó hasta la parte trasera del autobús.

– Necesita nuestra ayuda.

Carrie tomó aliento y se concentró.

– De acuerdo. ¿Qué clase de ayuda?

Ty ya había decidido decírselo poco a poco.

– ¿Tienes un automóvil aquí?

– No.

Él sacó un conjunto de llaves.

– Maldición, tendremos que usar el de Lock.

– ¿Ty, qué está pasando?

– ¿Dónde está la perra tonta con la que te dejó?

– En el autobús, dormido.

– Tendremos que llevarla con nosotros.

– ¿A dónde? ¿A dónde vamos? – Ella volteó hacia el autobús del noticiero. – Estoy trabajando. No puedo sólo irme.

– Ryan necesita que lo hagas.

– No me has dicho aún qué es lo que quiere que haga. Y no iré a ninguna parte hasta que lo hagas.

Ty colocó su mano sobre la llanta de repuesto en la parte trasera de la camioneta del noticiero.

– Pensándolo bien, podemos usar éste también. Matar dos pájaros de un tiro. Puedes conseguir la historia mientras yo hago mi encargo.

– ¿Estás sordo? No iré a ninguna parte hasta que alguien me diga por qué.

- Entonces morirá mucha gente.
- De acuerdo, pero debes decirme al menos a dónde vamos.

Ty le hizo un gesto al camarógrafo de Carrie.

– Arriba. – Entonces volteó hacia Carrie. – Vamos a hacer cumplir algo de responsabilidad corporativa.

CAPÍTULO SETENTA Y DOS

MARETA OBSERVÓ las sombras oscuras que aparecían periódicamente a través de la pared de monitores con tanto interés como un policía retirado que había sido relegado al turno de madrugada de un centro comercial rural. Tomó algunos analgésicos, revisó la estampa de tiempo en la esquina de la pantalla más cercana, giró en su silla y disparó al guardia que estaba más cercano a ella en la cara.

Josh se movió en su sueño mientras Richard se lo pasaba a Lock y corría hacia el hombre moribundo. Un chorro de sangre cubrió el rostro de Richard, una injusta recompensa para un acto de compasión.

Lock puso su mano detrás de la cabeza de Josh y presionó su rostro contra su pecho. Incluso con la aparentemente infinita capacidad de comprensión que tenían los niños, había algunas cosas que no debería tener que ver.

Lock podía sentir como los brazos y piernas de Josh se tensaban mientras veía a Richard atender al guardia moribundo. Se estiró tanto como pudo, observando como Richard lo miraba al hacerlo.

- Deja ir al niño, Mareta. Ya ha sido utilizado demasiado.
- No le haré daño.

Mareta pausó.

- Siempre y cuando se cumplan mis exigencias.
 - Este país no negocia con terroristas.
 - Corrección. Nadie lo ha visto. Hay una diferencia.
 - Mira, me tienes a mí, lo tienes a él, – dijo Lock, haciendo un gesto hacia Richard.
- Ella se giró sobre su silla, la espontaneidad del movimiento aterrando a Lock.
- Yo no provoqué esta situación, – dijo.

Hubo movimiento afuera del cuarto de control. Uno de los prisioneros, un joven paquistaní que los otros llamaban Khalid, llevaba a tres guardias a punta de pistola. Sus uniformes estaban rotos, y uno de ellos tenía un ojo cerrado debido a la paliza que había recibido. Mareta abrió la puerta y ellos fueron empujados en el interior, forzados a sentarse en el piso.

– De acuerdo, hagamos un trato, – dijo Mareta. – Una vez que tu amigo entregue su cargamento, el niño se puede ir. Mientras tanto, por cada hora que pase, uno de estos hombres morirá.

Lock sabía que discutir con ella no serviría de nada.

– Ya te expliqué que esto tomaría por lo menos dos horas. El tiempo de viaje por sí solo durará eso, sin contar el tiempo de extracción.

Mareta pareció considerarlo.

- Sólo dos de estos hombres morirán.

CAPÍTULO

SETENTA Y TRES

DOS PASTORES alemanes caminaron por la reja que rodeaba el condominio de Nicholas Van Straten en Shinnecock Bay, mostrando los colmillos. Ty metió la mano en una bolsa de papel marrón, sacando media docena de hamburguesas que habían recogido en el camino en una cadena de comida rápida, dio unos pasos hacia atrás y las aventó sobre la reja. Los perros las olisquearon con sospecha. Entonces uno de ellos, presuntamente el alfa, levantó una pata y orinó sobre ellas. Los otros lo imitaron un segundo después.

Así que los perros habían sido entrenados para comer sólo lo que su dueño les daba, lo que usualmente se lograba por medio de una cruda forma de terapia de aversión que involucraba golpearlos con un palo cada vez que se acercaban a comida que no les era llevada por él.

– Plan B, entonces, – dijo Ty, caminando de vuelta al automóvil. Abrió la puerta trasera y Ángel brincó hacia afuera.

Carrie los siguió.

– Oh, ¿a dónde la llevas?

– Es el truco más viejo que existe. No te preocupes, – dijo, dándole palmaditas a Ángel en la cabeza, – le gustan los chicos malos.

Carrie cruzó los brazos.

– ¿Cómo sabes eso?

– Bueno, siguió a Ryan, ¿no?

Carrie miró a su alrededor.

– Ni siquiera deberíamos estar aquí.

– Es el precio que hay que pagar por tener la premisa del siglo.

Le quitó la corre a Ángel y ella caminó hacia la cerca.

– Ve, – susurró Ty, antes de volverse hacia Carrie. – ¿Cuál es el camino al corazón de un hombre, si no es el estómago?

– Eso es asqueroso.

– Oye, fue idea de tu novio, no mía.

Los pastores estaban frenéticos, presionando sus húmedas narices contra la reja. Los colmillos expuestos y los ladridos habían dado paso a colas ansiosas y ladridos de deseo. Para alivio de Ty, Ángel les correspondía, disfrutando la atención de no sólo uno, sino los dos pastores alemanes. Uno de ellos comenzó a cavar la tierra junto a la cerca, aventando terrones al aire. El otro se unió a la actividad, y pronto ambos perros se encontraron en una carrera por ver quien podía cavar un hoyo hacia Ángel primero.

Les tomó menos de diez minutos a los dos perros cavar un hoyo suficientemente grande para poder pasar al otro lado. Ni siquiera se fijaron en Ty o Carrie cuando se aproximaron a Ángel para olfatearla.

Ty comenzó a trabajar para cortar un hoyo en la cerca con un par de cortadores de alambres, y entonces se volvió hacia Carrie.

– ¿Tienes claro lo que tienes que hacer ahora?

Carrie comenzó a caminar de vuelta a la camioneta del noticiero, que estaba estacionada a cierta distancia de las puertas del complejo.

– No es gran ciencia, – respondió.

Los dos perros gruñeron y Ty miró sobre su hombro, preocupado porque hubieran perdido el interés en Ángel. Sintió alivio al notar que estaban enfrentándose el uno al otro, presuntamente para ver quien tendría el primer turno. Ángel se sentó a mirarlos, moviendo la cola. Ty dejó a Carrie para que disfrutara el espectáculo en vivo, y desapareció de la vista bajo tierra.

Mientras se hacía camino hacia la mansión, comenzó a repasar los sistemas de seguridad del lugar. Los perros eran la disuasión más notoria y efectiva, especialmente al intruso casual. Montados en el exterior de la casa, se encontraban sensores de movimiento. Luces infrarrojas y cámaras de un circuito cerrado de televisión le permitían tener una vista de trescientos sesenta grados del área que rodeaba la casa a un miembro del equipo de seguridad en el cuarto de operación, un espacio cubierto en la planta baja. Cualquiera que evitara ser detectado al acercarse se enfrentaría a contactos inalámbricos en los cuatro puntos de entrada, y más sensores de movimiento en cada habitación, salvo las cuatro recámaras y los pasillos. Nadie quería que Van Straten se levantara a orinar durante la noche y activada una alarma de ciento cincuenta decibeles.

Ty se acercó sesenta metros al frente de la casa y se detuvo. Las luces estaban encendidas en dos de las habitaciones frontales. Hizo un ajuste mental acerca del tiempo que tendría una vez que entrara en el lugar.

Esquivó los sensores de movimiento y se dirigió a la cochera. Estaba adyacente, pero separada de la casa. No había cámaras ahí. Tampoco sensores de movimiento. Forzó la puerta lateral y entró. El lugar olía a aceite de motor y detergente. Había tres autos estacionados en el espacio interior, que fácilmente podía acomodar el doble de carros. El primero era un Mercedes 500 SLK, de conducción suave. Ty lo descartó de inmediato. El segundo era el auto de Stafford. Mucho mejor. Pero tampoco usaría ese.

Junto al auto de Stafford, se encontraba la Hummer acorazada. Era negra en lugar del color rojo que había tenido antes. Recién pintada. Adivinó que era la que habían usado para intentar atropellar a Carrie. Ella le había contado todo en el camino.

Sacó su teléfono móvil y envió un mensaje de cinco letras al número de Carrie: L-L-A-M-A. Entonces subió a la Hummer y comenzó a trabajar.

– Es esa perra tonta de la NBC, – dijo Stafford, alcanzándole el teléfono a su padre, quien estaba tomando su tercer whisky en las rocas.

– ¿Qué quiere?

– Algo acerca de una violación de seguridad en el sitio del astillero.

Van Straten arrebató el teléfono de la mano de su hijo.

– Habla Nicholas Van Straten.

– ¿Señor Van Straten, dónde se encuentra?

– ¿Por qué?

– ¿Ha hablado el FBI con usted?

– No, ¿por qué lo harían?

– Porque, esté donde esté, debe irse de inmediato. Hay una gran amenaza a su vida y a la de su hijo.

- Señorita Delaney, puedo asegurarle que estamos completamente a salvo.
- ¿Señor Van Straten, tiene una televisión en su habitación?
- Sí.
- Entonces ponga la NBC.

Nicholas movió la mano hacia el control remoto sobre la cama. Stafford lo levantó y se lo arrojó a su padre, que lo atrapó y marcó el canal. La pantalla estaba dividida. En el lado derecho se observaba una masa de vehículos de respuesta emergente, grabados a cierta distancia, pero reconociblemente estacionados cerca de la unidad de Meditech. En el lado izquierdo de la pantalla se observaba una toma estática de la puerta frontal de su casa.

- ¿Señor Van Straten?
- Aquí estoy.
- Y Ryan Lock se le unirá pronto. Recibí una llamada de él hace una hora para asegurarme que iba en camino de hablar con usted. Sonaba bastante furioso...

Carrie no pudo terminar el enunciado antes de que Nicholas Van Straten terminara la llamada. Satisfecha de no haber dicho ninguna mentira, se volvió hacia el camarógrafo.

- De acuerdo, volvamos al astillero.
- ¿No hará una entrevista? – preguntó el camarógrafo.
- Ni siquiera está ahí, – mintió ella.

El hombre se encogió de hombros y comenzó a empacar su equipo mientras Ángel trotaba hacia ellos, cubierta de tierra y moviendo la cola.

- Puta, – dijo Carrie, abriéndole la parte trasera de la camioneta.

Ty se tensó cuando la puerta de la cochera se abrió. Un par de botas se abrieron camino hacia la Hummer. Se detuvieron en la puerta del conductor, justo a lado de donde se encontraba la cabeza de Ty. Él podía estirarse y tocarlas.

Esperó a que las botas caminaran hacia el otro lado y comenzaran a inspeccionar el vehículo. O a que el rostro del conductor apareciera a su nivel para poder poner una pistola en su rostro. O a que apareciera el espejo montado para que pudiera tomarlo, jalar al sujeto hacia abajo y ahorcarlo con el trapo que llevaba guardado en la camisa.

Pero nada de eso ocurrió. Las cosas habían decaído rápidamente desde que Lock y él habían sido despedidos. O el conductor estaba en un gran apuro. Tal vez las dos cosas.

La Hummer se encendió cuando el conductor presionó el botón, desactivando la alarma y abriendo las cuatro puertas. Ty observó una bota que se subía al auto encendido, la puerta que se abría y la otra bota que seguía. La puerta del conductor se cerró.

Ty se empujó con las manos, arrastrándose hacia atrás, saliendo justo detrás de la defensa de la Hummer. Sacó su Glock, la preparó, se agachó, caminando como pato los pocos pasos que había entre su posición y la puerta trasera del lado derecho. Su siguiente acción requeriría de un componente importante: velocidad.

Se estiró y tomó la manija, abrió la puerta y se metió en la camioneta. El interior de la Hummer era suficientemente grande para que pudiera extender el brazo sin que el conductor lo viera.

- Sostuvo la pistola contra la cabeza del conductor.

- Si haces cualquier cosa, hasta respirar mal, amigo, eres historia.

CAPÍTULO

SETENTA Y CUATRO

CROFT MOVIÓ la mano lentamente hasta su hombro y sacó su arma, una SIG 226. Se la entregó a Ty. Ty la intercambió con la Glock, guardando ésta en su funda como repuesto.

– Deja las llaves en la ignición y sal del vehículo.

Una vez que Croft lo hizo, Ty le aventó un trapo.

– Pon eso en el gran hoyo que está en medio de tu cara y date la vuelta.

Croft atrapó el trapo y lo metió en su boca. Entonces se dio la vuelta. Ty buscó en los bolsillos de Croft las llaves del Mercedes, usándolas para abrir la cajuela. Empujó a Croft hacia ella. Él entró, a punta de pistola.

– Tan pronto como me aleje llamaré a la policía y enviaré a alguien para que te saque.

Ty cerró la cajuela y se sentó en el asiento del conductor de la Hummer. Sacó la Glock de su funda y la guardó en el compartimento entre los asientos frontales; dejó la SIG en su regazo. Se estiró, presionó el botón que abría la cochera y manejó, cerrando la puerta nuevamente tan pronto como la Hummer hubo salido.

Giró el monstruoso vehículo hacia el frente de la casa. La puerta se abrió y apareció un guardia. Tenía sentido. Había estado esperando a un equipo de tres hombres: uno manejando, uno como guardaespaldas, y otro que se quedara atrás para actuar como seguridad residencial en caso de que tuvieran que volver en un apuro.

El guardia fue seguido por Nicholas Van Straten. Después se acercó Stafford. En la oscuridad y a través del vidrio tintado, Ty sabía que ninguno de ellos podría verlo.

De acuerdo al procedimiento estándar, el guardia abrió la puerta y retrocedió. Van Straten y Stafford estaban demasiado ocupados hablando como para ver a Ty. Además, la luz del interior de la cabina había sido desactivada: era el procedimiento común para mitigar un ataque de francotirador. Nada le gustaba más a un tirador que una luz que iluminara a su objetivo.

Los Van Straten tomaron sus asientos. Stafford parloteaba como si estuviera drogado. En el espejo retrovisor, Ty podía ver a su padre haciendo su mejor esfuerzo por ignorarlo. Todavía no lo miraban. El personal era como ruido de fondo para tipos como ellos.

El guardia cerró la puerta y comenzó a darle la vuelta al vehículo para subirse al asiento de enfrente. Ty presionó el botón de la consola que cerraba todas las puertas y aceleró, dejando al guardia de pie donde la Hummer había estado.

Las puertas estaban abiertas, y él aceleró para atravesarlas.

– ¿A dónde, caballeros? – preguntó, dándose la vuelta, saboreando sus expresiones de sorpresa. – O podría detenerme en algún lugar tranquilo, sacarlos, hacer que se arrodillen en alguna zanja y dispararles en las nuca.

Stafford habló.

– Escucha, Tyrone, si esto se trata de tu despido–

– Ah, claro, porque así es como normalmente reacciono cuando soy despedido.

– ¡Dale la vuelta a este vehículo inmediatamente! – dijo Stafford, su voz chillona y poco convincente.

Con un ojo en el camino, Ty quitó su mano derecha del volante y le apuntó con la 226.

– Cierra la maldita boca.

– Sí, – dijo Nicholas Van Straten. – Cierra la maldita boca, Stafford.

Ty notó que la mano de Stafford se deslizaba hacia la manija de la puerta, tan casualmente como lo haría un chico de catorce años intentando tocar el seno de su cita en un cine. – Está cerrada. Pero si quieres probar tu suerte, por lo menos espera a que estemos en la carretera.

– ¿A dónde nos estás llevando? – preguntó Nicholas.

– No te preocupes, lo reconocerás cuando lleguemos.

CAPÍTULO

SETENTA Y CINCO

JOSH SE AGITÓ en los brazos de su padre mientras Mareta hacía que un guardia se inclinara en el piso con la cara hacia la pared. En su mano derecha sostenía una Glock; en la derecha, dos piezas de metal unidas al detonador, cuyo contacto garantizaría la muerte de todos. Lock quería que el niño saliera con vida, y esta era su oportunidad.

– ¿No ha visto ya suficiente muerte? – le preguntó Lock.

– Entonces llévalo afuera.

– Lo haré, – dijo Richard.

– Adelante, – dijo Mareta, como si el deseo de salvar al niño de ver un asesinato a sangre fría fuera una clara señal de debilidad.

Lock vio como Khalid los escoltaba a los dos afuera.

– Gracias.

El guardia que estaba frente a la pared comenzó a derrumbarse.

– Por favor, no dejes que haga esto. Tengo una esposa e hijos.

Mareta golpeó su nuca con la Glock, dejándole una gran herida en el cráneo.

– ¿Entonces por qué tomaste este trabajo?

– Cinco minutos. Dale otros cinco minutos, Mareta, – dijo Lock.

– Entonces al final de esos cinco minutos pedirás otros cinco minutos. Conozco estos juegos.

Había algo que Lock esperaba que Frisk y el equipo antiterrorismo estuvieran considerando. La mayoría de los terroristas no sobrevivían a su primer ataque; Mareta los organizaba con la misma frecuencia con la que una mujer recién casada de Long Island organizaba *baby showers*. Por ahora se había apegado a la guía del negociador de rehenes mejor que ellos.

– ¿Cómo está tu pierna? – preguntó Lock, con la esperanza de distraerla.

– De maravilla.

Ella revisó las pantallas. Más vehículos esperaban en el perímetro. La mayoría de ellos estaban agrupados a ambos lados de la puerta.

– No hay señal de tu amigo, – dijo ella.

– Llegaré.

Mareta bajó el arma.

– De acuerdo, te daré tus cinco minutos. Pero después de eso, dejaré pasar sólo media hora para matar al siguiente.

– Habías dicho una hora.

Mareta suspiró.

– Negociamos. Yo te doy algo, tú me das algo. ¿Así funciona, no?

CAPÍTULO SETENTA Y SEIS

A TREINTA Y dos kilómetros del astillero, se encendió la luz del tanque de gasolina de la Hummer, indicando que estaba casi vacío. Ty gruñó. El consumo de gasolina de una Hummer era mala en las mejores condiciones, pero añádele una tonelada de armamento B-7 y prácticamente requiere su propio pozo petrolero.

– ¿Hay algún problema? – preguntó Stafford desde el asiento trasero.

– Nada que no pueda manejar, – respondió Ty con una mueca.

Cinco kilómetros más adelante encontró una gasolinera. Su plan era simple. Amenazar a sus pasajeros. Cargar cincuenta dólares de gasolina. Aventar un billete por la ventana y volver al camino.

Ty se detuvo y se dio la vuelta.

– Me iré por menos de dos minutos. Estarán dentro de mi campo de visión todo el tiempo. Si veo cualquier tipo de movimiento, forma o sombra que me incomode, los mataré en seguida.

Apagó el motor, tomó las llaves, salió y cerró la Hummer. Tomó una boquilla y la metió en el tanque de gasolina. Sus ojos se movían de los dólares y centavos que tenía en las manos hacia la pantalla y las puertas de la Hummer. Miró hacia el punto donde deberían estar Stafford y Van Straten. No podía ver nada a través del vidrio, pero no quería que se dieran cuenta.

Durante esos días, cuando compraba gasolina, los números avanzaban como en una máquina tragaperras, pero esta bomba parecía glacial. Cincuenta dólares después, colocó la boquilla nuevamente en la bomba, cerró la tapa y se dirigió a pagar, volteando a ver la Hummer cada pocos metros.

Colocó el dinero en una bandeja en la puerta y corrió de vuelta.

Cuando llegó hasta la puerta del conductor, lo recordó. Maldición. La Glock. La había dejado en el compartimento central.

Miró hacia atrás. El encargado de la gasolinera, un chico hispano de unos veinte años de edad, estaba sentado sobre un banco, viendo la televisión.

Ty sacó su arma, abrió la puerta y se ocultó detrás de ella, esperando ver algo de movimiento. Nada.

Desde el ángulo en el que estaba, sólo podía ver el hombro de Nicholas Van Straten. Pero papá no era el que le preocupaba.

– Salgan del auto. Uno a la vez. Tú primero, Stafford.

– Quédense en el auto. Salgan del auto. ¿Por qué no te decides?

– Cállate, Stafford. – escuchó Ty que susurraba Van Straten.

– ¿Podrías al menos abrir la puerta, entonces? – preguntó Stafford, irritado.

Ty azotó la puerta del conductor, se movió a un lado del vehículo, se estiró y abrió la puerta de la cabina, asegurándose de colocar la puerta acorazada entre él y Stafford. Stafford salió con

las manos en alto.

Ty miró sobre su hombro para ver al encargado de la gasolinera mirándolos, sin duda intentando comprender que clase de criminal retrasado traería a sus víctimas con él hasta la gasolinera para robarles.

Ty no tenía más opción que continuar. Revisó a Stafford. No llevaba nada.

– De acuerdo, ahora tú.

Nicholas Van Straten salió y Ty repitió el procedimiento. Nada.

– Quédense aquí, – les dijo.

Subiendo al asiento de enfrente, abrió el compartimento. La pistola no estaba. Volvió a salir para ver a Stafford haciendo señas frenéticamente al encargado, fingiendo que hacía una llamada telefónica.

– ¿Dónde está? – le preguntó a Stafford.

– No sé de que estás hablando.

Stafford estaba haciendo exactamente lo mismo que él haría en esa situación. Evadiendo. El encargado de la gasolinera ya estaba en el teléfono, manteniendo la vista en lo que ocurría afuera, hablando tan rápido como podía en el teléfono.

Stafford debía saber que Ty tenía un propósito con ellos. De otra forma los habría matado a los dos en la casa. O habría descarrilado la camioneta en Shinnecock Bay para terminar con el asunto.

– No los necesito a los dos, – dijo Ty. ¿De quién debería deshacerme?

– Creo que si hacemos una votación terminaría en empate, – dijo con sequedad Nicholas Van Straten.

– Ya veo, – dijo Ty, considerándolo. – Supongo que entonces me corresponde el voto de desempate.

Apuntó la pistola hacia la cabeza de Nicholas Van Straten.

– Adelante, – dijo Stafford.

– Está escondida en el asiento trasero, – dijo Nicholas.

– Hasta ahí llegó la unidad familiar, – dijo Ty, volviendo al vehículo y tomando el arma.

Los apresuró de vuelta a la Hummer, justo cuando la policía comenzaba a llegar.

Una sola unidad de patrullero. Con más unidades presuntamente en camino. A juzgar por los gestos del encargado, que había estado ocupado en el teléfono intentando explicar un robo cuando a él no le estaban robando, Ty adivinó que la llamada había sido considerada sin importancia. De todas formas, si dejaba que la situación se prolongaba las cosas podrían terminar solo de una manera.

Esperó a que el policía saliera de su vehículo, puso la reversa y apretó el acelerador. La parte trasera de la gigantesca camioneta comprimió el motor del Chrysler.

Sonriendo por primera vez desde que había llegado a la gasolinera, Ty aceleró, dejando atrás a un furioso policía que gritaba en su radio.

CAPÍTULO

SETENTA Y SIETE

LA HUMMER AVANZÓ entre un tráiler del Puesto de Mando Nómada y una máquina elevadora del Escuadrón Antibombas de la policía de Nueva York. Van Straten y Stafford no podían más que mirar con sorpresa a más de cien hombres y mujeres, muchos de los cuales armados, que se movían cuidadosamente entre el perímetro y los vehículos.

– Llegamos, muchachos, – dijo Ty. – Bajen todos los que tengan que bajar.

Detuvo la Hummer. A su derecha, dos policías regulares de Nueva York estaban mirándolo con atención. Uno de ellos hablaba por la radio, y el otro le murmuraba algo a su compañero. Cuando comenzaron a caminar hacia la Hummer, Ty bajó la ventana para escuchar lo que estaban diciendo.

– Oye. Detén ese vehículo.

Sí, justo lo que pensó que estaban diciendo.

Cerró la ventana, cambió la velocidad y apuntó directamente a la puerta. El truco era golpearla a una buena velocidad, aproximadamente treinta kilómetros por hora, y empujar justo por el centro. El error que hacía la mayor parte de la gente cuando golpeaban, por decir algo, un bloqueo de camino, era tomar toda la velocidad posible y dirigirse directamente a él. En los cerrados círculos del mundo de la seguridad, a eso se le llamaba “chocar”. Muy diferente a lo que él pretendía hacer.

Ty no volvió la mirada al acercarse a la puerta. No tenía que hacerlo, porque estaba completamente seguro de que nadie lo seguiría. El perímetro era ahora más psicológico que físico.

La reja se agitó con el impacto inicial. Éste fue seguido por el ruido de metal contra metal.

Para entonces Stafford, por fin, entendió lo que estaba ocurriendo. Eran el pago por el rescate, en forma humana. Junto a él, su padre se sentó completamente recto, actuando con algún tipo de fortaleza patricia.

Cuando la Hummer penetró la reja, el par de policías que habían estado corriendo junto a ella, golpeando la puerta como *groupies* dementes persiguiendo una limusina, se quedaron atrás.

La Hummer continuó hacia adelante, directamente hacia el edificio donde se encontraba el cuarto de control. Un par de disparos rebotaron en el techo, las primeras gotas de metal de una tormenta que se avecinaba.

Ty detuvo la Hummer en la entrada del edificio principal, salió y abrió la puerta de los pasajeros de un lado a modo de cubierta.

– De acuerdo, señoritas, es el final del viaje. Mejor métanse pronto, antes de que uno de los entusiastas niños exploradores de la ATF decida utilizar sus huesudos traseros blancos como práctica para un ejercicio de tiro.

Van Straten y Stafford salieron y se metieron en el edificio. Los tres hombres fueron

recibidos por la guardia de honor de Mareta. Uno de ellos quiso tomar el arma de Ty, pero él lo rechazó. Stafford y Van Straten fueron llevados a lo largo del pasillo hacia el cuarto de control.

La puerta se abrió y Ty les indicó que entraran.

Mareta analizó a los Van Straten de arriba a abajo con el desapego profesional de un verdugo.

– Bien, trajimos lo que pediste, el niño y el doctor vienen conmigo ahora, – dijo Lock.

Ty se quedó junto a la puerta, las manos en la empuñadura de su pistola. La Glock estaba guardada incómodamente en la parte baja de su espalda.

– No fue todo lo que pedí, – dijo Mareta luego de un incómodo silencio.

– Escucha, si es dinero... – balbuceó Nicholas Van Straten.

Mareta lo ignoró.

– El niño puede irse, pero necesito al doctor.

Josh corrió hacia su padre y abrazó su cintura.

– ¿Por qué está él aquí? – preguntó Nicholas.

– Pregúntele a su hijo, – dijo Lock, señalando a Stafford.

Se inclinó hacia Josh.

– ¿Qué te parece si voy a dejarte y vuelvo después a cuidar a tu papá? ¿Te haría sentir mejor?

La cabeza de Josh se sacudió con fuerza.

Era el turno de Richard.

– Por favor, Josh. Estaré bien, en verdad.

Lock separó a Josh de su padre, un diminuto dedo a la vez.

– ¿Está bien? – dijo él, finalmente.

Josh volvió a darle a su padre un abrazo.

– ¿Listo? – preguntó Lock, con una mano en el hombro del niño.

Josh pasó saliva con fuerza. Asintió. Su mano se deslizó en la de Lock y comenzaron a salir del cuarto de control.

Nicholas Van Straten se volvió hacia Stafford.

– ¡Eres una desgracia!

– Hice lo que tenía que hacer. Mi madre hubiera entendido.

– Tu madre era una perra con un corazón helado.

– Mejor ser eso que un cobarde.

Mareta observó el intercambio con desdén.

– Les daré a los dos la oportunidad de probar su hombría muy pronto, – les dijo.

Stafford y su padre dejaron de discutir e intercambiaron una angustiada mirada.

– ¿No creerán que los traje aquí nada más para matarlos, o sí?

CAPÍTULO

SETENTA Y OCHO

DELINEADA por la luz del helicóptero de la Policía de Nueva York, una pieza de tela blanca ondeaba en la mano de Lock. Su otra mano sujetaba a Josh mientras lo llevaba hacia la puerta del perímetro, una sección de la cual colgaba de una sola bisagra. Contó al menos dos francotiradores con mirillas sobre ellos. Dado la reciente moda terrorista de usarse ellos mismos y, en ocasiones, civiles como dispositivos de explosión improvisados, no resultaba sorprendente.

– ¿Josh, podrías quitarte la chamarra?

– Pero hace frío.

– Sólo por un momento.

– ¿Por qué?

Podía ver en los ojos del niño que no lo haría si no le daba una buena razón primero.

– Porque podrías traer una bomba debajo.

– No seas tonto. Los niños pequeños no tienen bombas.

– Usualmente, no.

– ¿Pero a veces sí? – le preguntó Josh.

Lock había visto una vez a una niña de doce años con Síndrome de Down, caminando hacia un punto de revisión de la marina en la Ruta Irlandesa en Bagdad. Había tomado la mano de un soldado, y después se había explotado a sí misma.

– En realidad no, – respondió, – pero me gustaría que lo hicieras de todas formas.

Josh se quitó la chamarra. Lock levantó la playera de Josh por un momento para que su estómago fuera visible.

– De acuerdo, puedes volver a ponértela.

Los francotiradores movieron ligeramente la mirilla. Adivinó que ahora las dos se encontraban sobre él. Una en la cabeza. Una en el torso.

Lock se abrió la chamarra y levantó su camisa, dando un giro de trescientos sesenta grados, con las manos estiradas hacia los lados. Los francotiradores no le quitaron la mira de encima.

A treinta metros de la puerta, soltó la mano de Josh.

– Adelante.

El niño caminó hacia el frente, y luego volvió a mirar a Lock.

– Tengo que volver, Josh. Tengo que ir a cuidar a tu papá, ¿recuerdas?

Josh casi logró sonreír antes de darse la vuelta y correr hacia el agente antiterrorista que llevaba un traje de bioseguridad en el lado izquierdo de la puerta. El agente se acercó al niño tentativamente, puso sus brazos alrededor de él, revisándolo en el proceso.

– ¡Lock!

Lock miró sobre su hombro para ver a Frisk. Le indicaba que fuera hacia adelante. Lock indicó con el pulgar hacia atrás el complejo.

Frisk rompió filas y corrió hacia la tierra de nadie. Lock se movió con rapidez para interponerse entre él y los edificios. Un disparo de los prisioneros hacia Frisk y los dos estarían fritos.

- ¿Qué ocurre aquí? – preguntó, cansado después de su breve carrera.
- No dejan que Hulme se vaya.
- ¿Qué hay de Van Straten y Stafford?
- ¿Los viste?
- Fueron reportados desaparecidos hace media hora, después de que tu amigo los recogiera. Bien, pensó Lock. Croft debía haber decidido darle a Ty algo de tiempo.
- Le di a los prisioneros lo que querían.
- ¿Qué era eso?
- Las personas responsables de este embrollo.
- ¿Te refieres a los Van Straten? – le preguntó Frisk.
- Todos saldrán con vida.
- ¿Y le crees a esa perra loca?
- Mira, Frisk, no tenemos muchas opciones en este momento.
- Y mientras estás aquí, ¿qué diablos hace tu novia?

Lock escaneó el circo en el perímetro, viendo a la prensa y al personal de emergencia, atraídos como polillas a la luz.

- Hablando de eso, ¿qué le han dicho a los medios?
- Violación de seguridad no específica.
- Eso durará dos segundos.

– Por eso es importante que resolvamos esto en cuanto antes, – dijo Frisk. – De una forma u otra.

- Estoy completamente de acuerdo.

Justo antes de volverse hacia el edificio, Lock miró a Josh, cubierto en un tipo de sábana que usualmente se entregaba a los corredores después de un maratón, siendo llevado a una ambulancia por dos personas en trajes de seguridad. *Al menos está a salvo*, se dijo a sí mismo. Eso debía contar de algo.

- Espera. ¿No irás a volver a ese lugar? – preguntó Frisk, haciendo un gesto.

Lock siguió caminando. Esperó a que Frisk lo siguiera. A que alguien intentara detenerlo. Pero nadie lo hizo.

CAPÍTULO

SETENTA Y NUEVE

DESNUDOS HASTA LA CINTURA, esposado y con grilletes, Nicholas y Stafford Van Straten, junto con los guardias restantes capturados por los prisioneros, estaban en posición de firmes. Mareta caminó frente a ellos, con un plumón negro en la mano derecha. Se detuvo frente a Nicholas y dibujó un número uno en su pecho con el marcador. Stafford fue marcado con el número dos. Como ganado.

Al llegar al tercer hombre, uno de los guardias, Lock habló.

– Esto es basura. Están trabajando. Y lo que estás a punto de hacerles no es mejor que lo que te iban a hacer a ti.

– Salvo porque no somos terroristas, – agregó Stafford.

Ella los ignoró a ambos, dibujando el número tres en el pecho del hombre. Una vez que todos los hombres fueron enumerados, Mareta dio un paso atrás para admirar su obra.

– Comencemos.

Dos de los prisioneros se pusieron a ambos lados de Nicholas Van Straten y lo sacaron de la habitación.

Se reunieron detrás de la partición de vidrio: Mareta, Lock, Ty, los terroristas restantes y los guardias y, de pie en el centro, con la misma mirada de interés que reservaba para Lock, se encontraba Stafford.

– Por fin, alguien encontró algún uso para el viejo, – observó.

Lock lo miró mientras Richard, ahora vestido en un traje de bioseguridad, salía del otro lado de la partición y caminaba hacia Nicholas.

– No te preocupes, Stafford, – dijo, – tu turno llegará muy pronto.

– ¿Me veo preocupado?

Lock tenía que concederle a Stafford que se veía mucho más tranquilo de lo que hubiera imaginado. Mucho más tranquilo que cuando Lock lo llevó al techo aquella noche.

– He visto todos los datos, ¿recuerdas? – continuó Stafford. – La vacuna funcionará.

– Será una ratificación muy sólida si lo hace, – dijo Ty del otro lado del vidrio mientras Richard abría cautelosamente el contenedor y llenaba una jeringa con uno de los viales. Sus manos temblaban.

– Quiero que sepan que estoy administrando esto en contra de mi voluntad, – dijo al presionar el émbolo y forzar el líquido en el torrente sanguíneo de Nicholas Van Straten.

Algunos minutos después, mientras sacaban a Van Straten, Stafford fue llevado al interior. Nicholas ignoró por completo a su hijo. Su rostro estaba pálido, sus labios casi blancos.

– Por Dios, es solo una vacuna, – dijo Stafford. – Ya ha sido administrada a sujetos de prueba y no han mostrado efectos secundarios.

Torció el cuello como si quisiera estirarlo después de un extenuante partido de tenis mientras

dos hombres de Mareta lo empujaban sobre la camilla.

– Me quedaré de pie, gracias.

Los dos hombres lo forzaron a acostarse en la camilla y lo amarraron mientras Lock y Ty compartían una mirada de sorpresa.

– Oye, podría ser mucho peor, – dijo Ty, – al menos no está boca abajo. Entonces realmente estaría gritando por su mami.

– No es un espectáculo que me gustaría ver, – dijo Lock.

Detrás de Stafford, Richard caminó hacia un refrigerador grande, abrió la puerta y sacó un vial de acero inoxidable con un tapón de goma de una nevera blanca en el segundo estante. Sus manos estaban firmes ahora mientras sacaba una jeringa de su empaque estéril.

– Vamos Hulme, terminemos con esto, – lo provocó Stafford.

– Sí, hagámoslo, – dijo Richard detrás del casco de su traje de bioseguridad, llenando la jeringa.

Stafford elevó la cabeza tanto como podía para ver, desafiante, hacia el vidrio.

– Quiero decir, todos ellos recibieron la vacuna y no sufrieron efectos secundarios.

– Es correcto, – dijo Richard, introduciendo el contenido de la jeringa en el torrente sanguíneo de Stafford.

– ¿Entonces de qué tengo que preocuparme? ¿Nada, verdad?

Richard pausó.

– Nada en absoluto, aparte del hecho de que acabo de inyectarte con una variante viva de ebola.

CAPÍTULO OCHENTA

EL ESTÓMAGO de Stafford se hundió con miedo. Sabía que ese tipo de ebola vaciaba tu cuerpo por ambos extremos. Y cuando ya no quedaban heces o vómito que expulsar, y sentías que la situación no podía empeorar, el sangrado comenzaba. Orejas, nariz, boca, ano. Cuando la múltiple falla orgánica o el choque hipovolémico aparecían para sacarte de tu miseria, era un alivio.

Pero el proceso no era instantáneo. Distaba de serlo. El virus se tomaba su tiempo para residir en el cuerpo, secretándose en tus células, esperando, dándote tiempo suficiente para contemplar lo que vendría a continuación. Y mientras miraba las facciones de Richard, que lo contemplaba detrás de su traje de bioseguridad, Stafford podía jurar que sentía la variante viva del ebola dispersándose por su cuerpo, preparándose para el ataque.

– Dame la vacuna, Richard, – suplicó.

– Dame una buena razón para hacerlo.

– Eres un médico. ¡Tomaste un juramento!

– Es verdad. Lo hice. Pero necesito algo a cambio.

– Lo que sea. Nómbralo. Si esto funciona, Meditech podría ser la primera compañía de biotecnología de trillones de dólares. Duplicaré tus acciones. Las triplicaré. Sólo dime un número.

– No quiero dinero. Quiero que hables en público acerca de como trajiste a estas personas – hizo un gesto hacia el cuarto donde se encontraban Mareta y sus compañeros, – a nuestro país para ser usados como animales, y pusiste la vida de millones de norteamericanos en juego, todo para poder salir de la sombra de tu familia.

– Por supuesto, por supuesto. Eso no será un problema. Tan pronto como reciba la vacuna.

– No. La confesión primero, después la absolución.

– ¡Pero esta cosa ya está dentro de mí! ¡Entre más tardes en administrarla menos probabilidades tendré de recuperarme! ¡Lo sabes!

– Entonces debemos apresurarnos, ¿no crees?

Detrás del vidrio, Mareta comenzaba a impacientarse. Dado que tenía suficientes explosivos para hacerlos volar a todos, Lock se imaginó que su impaciencia no era algo bueno.

– ¿De qué están hablando? – preguntó ella.

– Iré a averiguarlo.

Cuando estaba a punto de abrir la segunda puerta, Richard salió. Se quitó el casco del traje de bioseguridad. Con la cara enrojecida, se quitó un mechón de cabello que estaba pegado a su frente por el sudor.

– Le di un ultimátum. Va a confesar en televisión en vivo.

– ¿Cuál es el ultimátum? – preguntó Lock.

– Acabo de inyectarlo con virus del ebola. Si mantiene su parte del trato recibirá la vacuna.
– ¿Y cómo propones que pongamos a un acarreador vivo en la televisión?
– Tu amiga es reportera.
– No. Es demasiado riesgoso. Carrie no vendrá aquí.
– Pero de esta forma la gente conocerá la verdad.
– ¿La verdad? La verdad es que alguien haya estado importando terroristas para usarlos como conejillos de indias en pruebas de fármacos para neutralizar sus capacidades biológicas provocaría que hicieran un desfile en cada estado de la nación.
– Excepto tal vez en Vermont, – interrumpió Ty. – Son comunistas.
Mareta aplaudió una vez con las manos.
– Suficiente. No pedí que nadie suplicara por mi vida. Pero este nuevo método – señaló a Richard, – ese método me gusta. Traigan al siguiente sujeto de prueba y denle el agente vivo también. Entonces veremos si esta vacuna en realidad funciona.

CAPÍTULO

OCHENTA Y UNO

MARETA SE SENTÓ en una silla, subiendo una pierna al escritorio de control. Ambos Van Straten y los guardias restantes habían sido administrados con la variante de ebola y devueltos a sus celdas. Mareta había decretado que debía pasar una hora antes de que se les diera la vacuna. Nicholas Van Straten, que había recibido tanto la vacuna como el agente, actuaría como un punto medio de control, mientras que Lock y los otros prisioneros estarían del otro lado del espectro. Sólo Richard, Ty y Mareta estaban limpios.

– Debimos haber traído unas cartas, – dijo Ty, a nadie en particular, mientras observaba como los monitores de seguridad quedaban repentinamente en blanco.

Khalid, que estaba sentado junto al escritorio de control, le dio golpecitos a una de las pantallas, primero con su mano y luego con el extremo de una M-16.

– Oye, Fonzarelli, eso no va a funcionar. Cortaron la electricidad, – dijo Lock.

Mareta se encogió de hombros, impávida. Un segundo después, se apagaron las luces. La oscuridad fue total. Entonces un haz de Maglite iluminó el rostro de todos, a excepción del de Mareta.

Hubo un rápido intercambio entre Mareta y Khalid, entonces se apagó la luz de nuevo y la puerta se azotó.

– ¿Quién anda ahí? – preguntó Lock, moviéndose dos pasos a la derecha.

– ¡Yo! – gritó Ty.

– Aquí estoy, – respondió Richard.

– De acuerdo, Ty y Richard. ¿Alguien más?

Nada. Escuchó de nuevo, la oscuridad los cubría de paranoia.

– ¿Se han ido? – preguntó Richard.

La respuesta llegó cuando otro haz de luz emanó del escritorio de control. Khalid lo había encendido directamente hacia Lock.

– Escuchen, no podemos quedarnos aquí. ¿Entienden?

Khalid no respondió. Probablemente no hablaba inglés, aunque dado el registro de Mareta Lock no se arriesgaría.

– Si nos entiendes, Khalid, di algo, estúpido violador de camellos, – dijo Ty.

No. Ni siquiera había escuchado frases en algún disco de rap.

– No creo que hable inglés, Ryan.

– Gracias por aclararlo, Tyrone.

– De nada. ¿Sigues armado?

– Sí.

– Yo también. El amigo está sólo.

– Eso estaba pensando. ¿Richard?

- ¿Sí?
- ¿Alguna vez jugaste asesinato en la oscuridad cuando eras niño?
- A veces, con mis primos. Siempre ganaba.

Genial, pensó Lock.

– De acuerdo, en un momento voy a necesitar que te muevas. Haz algún ruido cuando lo hagas. Y mantente agachado.

- No puedo.
- ¿Por qué?
- Estoy asustado.
- ¿Ayudaría si te digo que yo también lo estoy?
- No mucho.

El ruido de armas de fuego se escuchó afuera. Entonces la explosión de lo que Lock suponía debía corresponder a un petardo. O algo de C4. Lo que fuera, seguro no se trataba del presidente firmando ninguna garantía.

La voz de Richard:

- ¿Lock?
- ¿Sí?
- Estoy listo.
- Bien, cuando tú digas.

La silla de Richard se deslizó por el suelo. El rayo de luz dejó la cara de Lock y se dirigió a su derecha. Donde Khalid debía haber encontrado a Richard, solo encontró vidrio.

Lock hizo su movimiento, lanzándose del otro lado de la habitación en la dirección que Khalid había establecido momentos antes con la Mini-Mag. Fue un momento existencial, como tirarse de un barranco.

Lock recibió el golpe de la M-16 en el estómago, pero el impulso lo llevó hacia adelante, tirando a Khalid de la silla. Un estallido de luz surgió ante sus ojos cuando recibió otro golpe, esta vez en la cara. Intentó no caerse hacia atrás, para mantenerse lo más cerca que pudiera. Con la mano derecha le dio un puñetazo a Khalid, viendo un hueso sobresaliente y encontrando lo que creyó que era su garganta debido al silbido que producía. Entonces lo hizo de nuevo, y de nuevo, hasta que el sonido cesó por completo.

Se liberó del cuerpo de Khalid y tomó la Maglite. La utilizó para encontrar la M-16, la cual había sido arrojada a poca distancia. Movié el haz de luz y encontró a Ty que lo apuntaba con un arma y a Richard en cuclillas en la esquina de la habitación.

Richard miró entre los dedos cuando se sintió la ola de una explosión del otro lado de la habitación, desde el exterior. ¿Mareta? Lock lo dudaba. No salías de todas las situaciones como lo había hecho ella para morir patéticamente cuando había una posibilidad de escape.

Lock cruzó la habitación y ayudó a Richard a levantarse. Le dio palmaditas en la espalda.

- Lo hiciste bien. Ahora salgamos de aquí.
- Espera.

Richard cruzó hacia donde estaba Lock.

- Dame eso, – dijo, tomando la linterna. Iluminó con ella a Khalid, que estaba tirado en el piso. – ¿Está muerto?
- Espero que sí, – dijo Lock. – Ahora vámonos.

CAPÍTULO

OCHENTA Y DOS

DEMASIADO PRONTO. Las palabras habían llegado a su mente y se rehusaban a salir. No era que moriría solo. O en agonía. No, lo peor que había pasado, la última gran vergüenza, era que moriría como un pie de página.

Entonces, con un golpe ruidoso que sacudió las paredes a ambos lados de él, apareció una señal que indicaba que tal vez no todo estaba perdido. Se apagaron las luces. Una nube de polvo quedó atrapada en su garganta, y tosió. Entró más polvo por su nariz.

Se agachó hasta el piso y se arrastró hasta donde él creía que debía estar la puerta cuando otra explosión sacudió el piso de concreto. Su mano se resbaló y cayó al suelo, golpeándose la cara.

Le tomó un momento enderezarse y comenzar a andar de nuevo, utilizando sus dedos para navegar. Metal frío. La puerta.

Sintió el borde. Estaba en un ángulo. Podía pasar sus manos del otro lado. Más que sus manos. Su brazo. Ambos brazos.

Pasó poco a poco y llegó al corredor. El polvo había comenzado a asentarse a nivel de piso. La puerta del otro lado estaba abierta, entraba luz.

Tentativamente, se puso de pie. La puerta de a lado había sido dañada también, sacada de su marco. Él la empujó y se cayó. Estuvo a punto de caer con ella.

Podía ver a un hombre recostado en la cama. Stafford Van Straten se acercó y miró a su padre. Dos profundos cortes habían penetrado el rostro de su padre, formando una cruz sangrienta.

– ¿Stafford?

Su padre estiró una mano, pero Stafford decidió ignorarla.

– La vacuna. Tienes que encontrar la vacuna, – susurró.

– ¿Y entonces qué?

Nicholas intentó elevar la cabeza, pero el esfuerzo era demasiado.

– Si no lo haces, morirás.

– ¿Moriré en una prisión, quieres decir?

Vio como su padre intentaba limpiarse la sangre que brotaba de su ojo derecho.

– Entonces sal de aquí.

– ¿Cómo un cobarde? – Stafford escupió. – ¿Probando de una vez por todas que soy un perdedor?

– ¿De qué estás hablando?

– ¿Jamás lo entenderás, verdad? Esto no es por el dinero. Nunca fue por el dinero. – Stafford cayó de rodillas para estar al mismo nivel que su padre. Afuera, podía escuchar los disparos de algunas armas haciendo eco en el complejo. – Es acerca de la historia, y el lugar de nuestra familia en ella. Mi lugar.

CAPÍTULO OCHENTA Y TRES

CAFFREY HABÍA METIDO un tenedor de plástico en su burrito cuando vio a la mujer que se acercaba a él, una muleta bajo un brazo y una nevera bajo el otro.

– Mierda.

Salió de su automóvil, sacó su arma, un revólver Smith and Wesson 64 de acero inoxidable de la vieja escuela, y lo apuntó hacia su pecho.

– Alto ahí.

Ella siguió avanzando.

Había escuchado algo en una de las juntas acerca de una mujer. Sabía que era extranjera. Alguien había dicho que no hablaba inglés. ¿O habían dicho que sí lo hablaba? Maldición. Debía de haber prestado más atención, en lugar de mandarle un mensaje a uno de sus patrulleros acerca de Burritoville.

– Señora, deténgase ahí.

Buscó a sus alrededores a alguien que lo ayudara, pero todos parecían estar dirigiéndose, como moscas hacia la mierda, hacia las puertas de los edificios.

Ella siguió avanzando. Completamente tranquila. Ni siquiera parecía haber notado la pistola. Una mujer. Recién llegada a América. Tal vez no entendía lo que decía.

Entonces se detuvo. A unos tres metros de distancia. Tal vez menos. Sin romper el contacto visual. Sin ver su arma. Fingiendo que no estaba.

– De acuerdo, así está bien. Ahora, quédese ahí y no se mueva.

Pero se movió, colocando la nevera en el suelo. Cruzó la otra mano frente al pecho.

– Dije que no se mueva.

Ella llevaba puesta una chamarra de esquí acolchada, o al menos eso le parecía a Caffrey. Su mano se dirigió al cierre.

Tendría que esperar hasta ver un arma. No podía dispararle a alguien por abrirse la chamarra.

– Bien, ya fue suficiente.

Ella continuó abriendo el cierre hasta el fondo.

– Señora, no tengo tiempo para juegos.

– Tampoco nosotros. – Un hombre salió entre las sombras. Blanco. Un tipo joven. Cubierto en una delgada capa de polvo que lo hacía parecerse a uno de esos tipos que hacían de estatuas humanas en Midtown, recibiendo dinero de turistas.

– Adelante, – dijo el sujeto. – Muéstrale.

Lenta y deliberadamente, la mujer abrió la chamarra de un lado, y la mano que sostenía el arma de Caffrey dejó de funcionar. La Smith and Wesson cayó al suelo.

Veinticuatro años de ladrones, asesinos, drogadictos, violadores, y reincidentes. Veinticuatro años de ser testigo de lo que a menudo era el punto más bajo en la vida de una persona. Una y

otra vez. Un círculo sin fin de errores humanos, a veces manchados de maldad. Caffrey estaba seguro de haber visto, oído, probado, tocado y sí, incluso sentido, todo ello. Pero esto, esto iba más allá.

Ella había abierto la chamarra con el gesto de un mago y Caffrey se había quedado de pie ahí, casi esperando que hiciera una reverencia. Pero todo lo que había ocurrido había sido que el hombre que estaba de pie detrás de ella había corrido al frente para recoger el revólver de Caffrey.

Aún absorto, Caffrey no intentó detenerlo.

– ¿Tienes un teléfono móvil?

– ¿Qué? – dijo Caffrey.

El tipo apuntó a Caffrey con el arma. Él apenas y lo notó.

– ¿Tienes un teléfono móvil? – preguntó de nuevo.

– En el auto.

– Ve por él, – le indicó. – Necesito el número.

CAPÍTULO

OCHENTA Y CUATRO

SALÍA humo de cada edificio en el complejo. En dos de ellos ardía fuego, la espuma que le vertían los bomberos, vestidos con respiradores y trajes de bioseguridad, parecía no hacer nada para aminorar las llamas. Entre los edificios había varios cuerpos regados. Los prisioneros habían hecho un buen trabajo en resistir el ataque, llevando con ellos al menos a media docena de la fuerza antiterrorista y otro personal.

En el tráiler del Centro de Control de Enfermedades Lock estaba perdiendo la paciencia mientras esperaba sus resultados.

– ¿Cuántas veces? Justo ahora debo ser una de las personas más seguras en América.

Sus súplicas no sirvieron de nada. Había un procedimiento, e iba a ser seguido. Afuera podía escuchar que el ruido de las radios iba en aumento en lugar de disminuir. No era una buena señal después de un asalto. Entonces, cuando uno de los técnicos hacía sus últimas revisiones, escuchó a Ty gritándole a alguien justo del otro lado de la puerta.

– ¿La perdieron? ¡Imbéciles!

Eso era todo. Lock perdió la paciencia y salió, empujando al idiota de cuello ancho hacia la puerta con la palma abierta.

El tipo lo siguió hacia afuera, sacando su arma.

– Señor, vuelva al interior.

– He conocido a sirvientas más intimidantes que tú, amigo, así que baja la pistola mientras puedas.

La confrontación fue interrumpida por el tipo de bioseguridad.

– Está bien, Brad, está limpio.

Lock se unió a Ty.

– ¿El Fantasma volvió a hacerlo?

– Eso parece.

Lock volvió la vista hacia las ruinas mientras una excavadora del Escuadrón Antibombas de la policía de Nueva York pasaba junto a ellos.

– Diablos, probablemente ya está en Sudamérica con lo que quede de la fortuna de la familia. ¿Qué hay de los demás?

– Richard está a salvo, de nuevo con su niño. Oye, hicimos lo que veníamos a hacer. Sólo tenemos que arreglar ese cabo suelto.

– Yo diría que una perra loca con más de dos kilos de C4 es un poco más que un ‘cabo suelto’.

– Es de Chechenia. Creí que tenían un problema con los rusos, no con nosotros.

– No lo tenían, hasta ahora, – dijo Frisk, llegando por detrás de ellos. – Y no es la única que nos hace falta.

- ¿Podrías explicarte?
- Toda la reserva de la variante de ebola ha desaparecido también.

CAPÍTULO

OCHENTA Y CINCO

POR ENCIMA del horizonte de Manhattan, la noche y un grupo de nubes invernales habían hecho que el Air Force F-15 fuera invisible mientras daban una vuelta por la isla. Debajo, los cielos estaban vacíos, a excepción de los siete helicópteros de la policía de Nueva York que rondaban alrededor de Midtown. Todas las aeronaves comerciales habían sido aterrizadas, Kennedy cerrado; al igual que La Guardia y Newark.

Por debajo de ellos, los pilotos de los helicópteros podían trazar un pulso rojo de luces de automóviles que circulaban debajo de ellos por los puentes de Brooklyn, Manhattan y Williamsburg. Sentados junto a los pilotos iban francotiradores, listos para dispensar retribución desde lo alto, revisando y volviendo a revisar sus armas, esperando la llamada.

Los mismos puntos rojos podían ser observados en la distancia, desde el puente de Queensboro, en la entrada del túnel de Queens Midtown. Del otro lado de la isla el tráfico que esperaba para entrar al túnel Lincoln parecía retroceder hasta alguna distante rampa de salida de Nueva Jersey de la que ni siquiera Springsteen había escuchado hablar.

Desde las alturas, la ciudad parecía estar disfrutando de un nuevo brote de popularidad justo en el momento en el que había llegado por fin al máximo de su capacidad de contención de seres humanos. El cielo parecía, finalmente, tener un límite.

Bajo tierra era otra historia. Cuatrocientos pasajeros estaban sentados en los carros del tren A, sin moverse. Tensos. Silenciosos. Más atrás en la vía, las personas salían de las plataformas y volvían a las calles. Se colocaban rejas de hierro para bloquearlas. Las venas de la ciudad eran cerradas una tras otra.

Ocurría lo mismo en el túnel Holland. Ocurría lo mismo en cada túnel que entraba a la ciudad. Los motores estaban apagados. Los conductores furiosos intercambiaban miradas de enojo con los inexpresivos policías.

– Tengo que ir por mi hija a una fiesta. Llamó hace una hora. Estaba llorando.

– Pero mi departamento está inundado. Me llamó el conserje. Tuve que manejar hasta aquí desde Maine.

– ¿Qué diferencia haría que dejara pasar un sólo auto, oficial?

Cada súplica, amenaza y soborno era recibido con la misma respuesta. No. La ciudad está cerrada. Nadie entra, nadie sale.

Manhattan está en aislamiento.

CAPÍTULO

OCHENTA Y SEIS

– ¿Quién crees que se tendrá la razón? – preguntó Ty cuando el helicóptero se fue y se dirigió sobre el East River hacia Manhattan.

– ¿De qué diablos hablas? ¿La razón de qué? – preguntó Lock, luchando por hacerse escuchar sobre el ruido de las aspas del motor.

– El Día del Juicio, tonto. Los judíos creen que son la tribu perdida, ¿no es así? Y luego están los protestantes. Ellos son los elegidos. Igual que los católicos. Los mormones piensan que son ellos. Los musulmanes. Maldición, ¿no les tocaría una paliza después de lo que han hecho últimamente? ¿Los hindús? No creo. ¿Testigos de Jehová? Se han esforzado. Debe valer de algo. Los budistas creen que van a volver en forma de mariposas o algo así. Pero por pura lógica, no pueden estar todos en lo correcto. ¿Sabes por quién apuesto yo?

– La Nación del Islam?

– No, al diablo con ellos, no han sido los mismos desde que perdieron Farrakhan. Yo apuesto por los irlandeses.

– Ser irlandés no es una religión.

– Intenta decirles eso. No, algo tan grande como el Día del Juicio va a ser una tonta cuestión de suerte. Y nadie es más tonto ni tiene más suerte que los irlandeses.

Ty se reclinó en su asiento, aparentemente satisfecho por haber rechazado a las principales religiones del mundo y al hogar de al menos un décimo de la población en un solo discurso.

Frisk se giró en su asiento.

– ¿Siempre es así? – le gritó a Lock.

– Desafortunadamente, sí. Te acostumbrarás.

– ¿No crees que es un poco irrespetuoso?

Ty parecía ofendido.

– Si se te ocurre un mejor momento para cuestionarte estas cosas, házmelo saber. Ah, y antes de que comiences a darme un sermón acerca del 11 de septiembre, perdí a un hermano en la Torre Dos.

El hermano de Ty había estado en el Departamento de Bomberos, era uno de los sujetos que subía cuando todos los demás bajaban. Él y Ty habían sido muy cercanos. Ty se había unido a la Marina después de ese día, decidiendo que actuar sería mejor que llorar. Ahora, en la parte trasera de un helicóptero, volando hacia una ciudad de la que cualquier persona preferiría estar saliendo, Lock esperaba que la historia no estuviera a punto de repetirse.

– ¿Podemos volver a hablar del tema que nos concierne? – preguntó Frisk cuando el helicóptero comenzó a descender en la pista de aterrizaje.

– Hagámoslo, – dijo Lock, mientras el piloto les hacía gestos para que no se movieran durante los siguientes segundos.

– Si le hacemos caso a tu corazonada, y ella dejó el perímetro, se va a dirigir a donde pueda causar más daño colateral.

– Lo que, en su cabeza, debe ser aquí, – dijo Lock mientras se quitaban los cinturones, salían y dos francotiradores ocupaban sus lugares.

Lock comenzó a caminar hacia el borde del edificio, con Ty junto a él, ambos volviendo a sus papeles respectivos de líder del equipo y segundo al mando.

– ¿Cuántas personas hay allá abajo? – preguntó Lock, alcanzando un escalón de concreto de un metro de alto que separaba el techo del aire.

– Yo diría que unos ochocientos mil.

– No, no en la ciudad, en la plaza, – respondió Lock.

– Mira hacia abajo si no me crees.

Lock lo hizo, sintiendo un repentino vuelco al corazón que casi lo tiró por el borde. Ty sujetó la chamarra de Lock, jalándolo hacia atrás. Lock no retiró la mirada. Frisk no mentía. Times Square estaba completamente lleno de personas que llegaban tan lejos como alcanzaba a ver.

– ¿Qué diablos está haciendo toda esta gente aquí?

Times Square solía estar lleno durante las noches, siempre había sido así, incluso cuando habían expulsado a algunos de sus residentes, pero esto era una locura. No se trataba sólo de las aceras, cada centímetro de la plaza estaba ocupada.

Frisk lo miró confundido.

– ¿No lo sabes?

– Por eso estoy preguntando.

– ¿Y no sabes que día es hoy?

Lock no lo sabía. Pero entonces, mientras miraba hacia una bola de cristal gigantesca que estaba lista para descender sobre el edificio de One Times Square, y las pantallas de televisión con presentadores de televisión, ajenos a las masas incluso a estas alturas, lo supo. Sabía exactamente que día era. O mejor dicho, que noche.

– Es la Víspera de Año Nuevo.

CAPÍTULO

OCHENTA Y SIETE

– ¿Cuántas personas dijiste?

Los tres hombres estaban de pie sobre el escalón de concreto, Ty había colocado una mano en la espalda de Lock, en caso de que su amigo sufriera de un desmayo.

– En los alrededores inmediatos, estimamos que ochocientos mil, – respondió Frisk.

– ¿Evacuación? – preguntó Ty.

– No es una opción.

– ¿Por qué no?

– Si tú quieres decirle a casi un millón de personas que anda suelta una de las terroristas más notables del mundo con un montón de explosivos amarrados al cuerpo, adelante. Probablemente perderíamos a algunos miles sólo en la estampida.

Lock sabía que Frisk tenía razón. Era el sueño húmedo de cualquier jihadista hecho realidad. Perfecto para un ataque suicida. Miles y miles de personas apretadas unas contra las otras en un lugar público. A partir de eso había un alcance infinito para la generación de pánico. Y, tal como Frisk había dicho, el pánico podría llegar a matar a más personas que la bomba. Aunque, si Mareta estaba aquí en alguna parte y detonaba el dispositivo, el pánico sería un dispositivo secundario ideal.

– Las personas están acostumbradas a ver este tipo de presencia policial en la Víspera de Año de Nuevo, – señaló Frisk.

– ¿Qué hay del cierre de puentes y túneles?

– Hemos sido tan poco específicos como hemos podido, y hasta ahora los medios nos están ayudando a efectuar el embargo.

Lock pensó repentinamente en Carrie. Recordó lo que Brand había dicho, acerca de que había sido atropellada por una camioneta, y el alivio que sintió cuando Ty le dijo que estaba a salvo y bien.

– ¿Crees que Mareta esté aquí? – preguntó Frisk.

Lock bajó del escalón, y se volvió a asomar para dirigir una última mirada a las masas que se hallaban en la distancia.

– Sí, está aquí, – dijo, caminando hacia la escalera.

CAPÍTULO

OCHENTA Y OCHO

EMPAPADO EN SUDOR, Stafford salió del vehículo de la policía, se movió hacia la parte trasera del auto y abrió la cajuela. Dio un paso hacia atrás, con el revólver de Caffrey en la mano, y le indicó a Mareta que saliera.

Ella descendió entumecida, y su chamarra se alzó para revelar el teléfono móvil que tenía amarrado como el micrófono de un radio a la parte trasera del cinturón. Los cables subían desde el teléfono hacia su espalda y se perdían de vista.

– Es hora de encontrarnos con nuestro destino, cariño.

– Estoy lista, – respondió ella.

– Dilo con un poco más de convicción, entonces. Suenas como si no quisieras abrirte camino hacia los libros de historia. Pensé que eso es lo que les gustaba a la gente como tú.

Cuando se había encontrado a Mareta en las ruinas humeantes del compuesto, habiéndose deshecho de su escolta armada, Stafford había descubierto rápidamente el secreto del éxito de Mareta. Poseía la habilidad de aceptar el martirio de otros, sin aprovechar la oportunidad ella misma. El Fantasma. Sí, claro. La Madre de Todos los Cobardes, habría sido un nombre más apto. La sorpresa sin nada de la maravilla. Ésta vez, sin embargo, se aseguraría de que El Fantasma desapareciera con un estallido.

Al no haber tomado, por algún extraño motivo, una clase llamada “Fabricación de Explosivos para Principiantes” cuando había estado en Dartmouth, Stafford se sintió aliviado de ver que Mareta había hecho casi todo el trabajo pesado ella sola. Todo lo que le quedaba por hacer era decorar el pastel y ponerle las velas.

– ¿Crees que tus hijos estarán esperándote cuando llegues allá arriba, Mareta?

– No hables de mis niños, – dijo ella, caminando hacia él.

Él bajó la pistola, retrocedió y sacó su Blackberry de su bolsillo. Había un número previamente marcado en la pantalla. Colocó el pulgar sobre el botón para llamar.

– Bien, bien, no hay que apresurarnos, ¿de acuerdo?

La empujó hacia adelante. Detrás de ellos, Caffrey yacía recostado sobre el asiento trasero de su auto, la boca abierta, sangre saliendo de sus ojos.

CAPÍTULO

OCHENTA Y NUEVE

LOCK NUNCA HUBIERA IMAGINADO que los miembros del Cuarto Estado fueran tan taimados. Incluso en medio de una zona de guerra, se podía confiar en que los medios enfrentarían los momentos más oscuros con un humor ácido que podía hacer que el soldado más cínico de operaciones especiales descubriera su sentido interior de corrección política. Pero esto era diferente.

Se habían reunido en una unidad de transmisión, arreglada de forma que pudieran controlar la fuente de cada cámara. Al aire, las personas en casa podían ver tomas de las multitudes del año anterior, festividades con un alegre comentario acorde al ambiente. Nadie había llamado para quejarse. O los Estados Unidos estaban muy tomados o las cadenas televisivas debían ir encontrando un nuevo ángulo.

Lock estaba sentado junto a Carrie, escaneando las pantallas, indicándole ocasionalmente que le pidiera al operador de la cámara que hiciera algún acercamiento a la multitud. Fuera de eso, Lock permaneció en silencio, concentrado. Concentrado en mirar, más que ver. Los hombres que hacían el trabajo de Lock, y lo hacían bien, sabían que la mayor parte de las personas caminaban con los ojos abiertos como si estuvieran dormidos. También sabían que ese era un lujo que ellos no podían darse.

Carrie se estiró y tocó su mano. Él la retiró con una palabra:

– Después.

Ella suspiró.

– De acuerdo.

En la galería, Ty estaba tomando un acercamiento más directo con el productor supervisor:

– No, esa no, imbécil. ¡Esa!

Aún el poco rato que había pasado con Ty había dejado al productor, que estaba más acostumbrado a dar gritos que a recibirlos, con los ojos llorosos y un claro temblor en el labio inferior.

– Ahora, ahí. Haz un acercamiento, nene. Acercamiento.

Un momento después el sujeto de su interés se dio la vuelta para revelar una gruesa barba que cubría una prominente manzana de Adán.

– Maldición, – gruñó.

Frisk caminaba por la alfombra detrás de ellos.

– ¿Han tenido suerte?

Lock sacudió la cabeza.

– Al menos cuando estás buscando una aguja en un pajar, el pajar se queda quieto.

Se escuchó una voz más abajo en la galería.

– Esos imbéciles.

Las cabezas rotaron y los ojos se volvieron hacia el monitor en el extremo, una transmisión en vivo del evento en Times Square. Al frente, el mismo chico de fraternidad con el que Carrie había discutido en la conferencia de prensa de Stokes y Van Straten hablaba hacia la cámara. A la altura de su pecho, un letrero daba las malas noticias: Importante violación de seguridad en Unidad de Bioterrorismo... Virus del ebola desaparecido... Times Square, posible blanco.

La puerta se abrió, y una pared de perfume capaz de derrumbar a más personas que cualquier arma bioterrorista precedió a Gail Reindle, que entraba en el tráiler mientras los teléfonos comenzaban a sonar.

– De acuerdo, Carrie, se acabó el engaño, hay que ponerte frente a una cámara.

Mientras salían las personas de la televisora, la mirada de Lock quedó fija en los monitores mientras, lentamente, las noticias comenzaban a llegar a la vasta multitud. Con los teléfonos celulares junto a sus oídos, varias personas habían comenzado a moverse, saliendo de la plaza, a empujones si tenían que hacerlo. El resultado colectivo de tantos individuos intentando alejarse de una multitud era la formación de grandes embudos de humanidad. Parecían plancton, avanzando en todas direcciones para escapar de un depredador invisible.

Frisk se detuvo detrás de él.

– Oh, mierda.

Entonces Lock miró algo. Una toma de cerca de una pequeña sección de la multitud. Algunas figuras aisladas. Tal vez dos docenas. Se puso de pie, con el dedo índice presionado contra la pantalla.

– Ahí. En el borde izquierdo de la pantalla. Háganle un acercamiento a ella.

Uno de los técnicos que se había quedado atrás susurró en su micrófono, y la imagen se movió.

Algunos segundos después, la mujer se encontraba en el centro del cuadro. Llevaba puesta una pesada chamarra de esquí. Su cabello estaba amarrado en una coleta.

– Más cerca. La cara. La cara.

La mujer movió la cabeza y, desde la pantalla, Mareta Yuzik les devolvió la mirada.

CAPÍTULO NOVENTA

– ESQUINA SURESTE de la 41 y Broadway, – gritó Frisk mientras salían disparados hacia Broadway, tirando a cualquiera que no se quitara del camino con rapidez.

Dos calles.

– Ya tenemos a varios hombres ahí.

– De acuerdo, – gritó Lock, que ya estaba sin aliento. – ¿Saben qué hacer?

Lidiar con los que solían llamarse dispositivos explosivos improvisados de uso corporal era igual que lidiar con cualquier dispositivo explosivo regular, u otro tipo de bomba. Confirmar. Asegurar. Acordonar. Controlar Excepto que, con una bomba que estaba atada a un ser humano, había una variable altamente impredecible involucrada: el ser humano.

Entre más se acercaban al lugar, más fuerte era la corriente de gente que corría en la dirección opuesta. Por lo que escuchaban al pasar, parecía que la mayor parte de ellos ni siquiera sabía por qué corría, excepto que todos los demás lo hacían. El instinto de rebaño había empezado a tomar control.

Un hombre empujó a su hija de diez años enfrente de él. Ty la vio tropezar y perderse entre un borrón de pies. Nadie volteó para ver sobre qué o quién estaban caminando. Su padre fue arrastrado por la multitud. Ty, con una determinación de Marín, se abrió camino a codazos hasta donde estaba ella. La puso de nuevo en pie y la llevó al frente de una tienda donde se reunió con su padre, y entonces volvió a correr.

Lock lo perdió de vista. Y a Frisk. Pero casi estaba ahí. No tenía que buscar ni revisar su radio. Lo sabía porque la multitud estaba disminuyendo. Y entonces, como si hubiera pasado a través de una pared de papel, se encontró en medio de una calle desierta.

Una mujer estaba de pie dándole la espalda. Una línea de hombres vestidos de azul la rodeaba, con las armas en alto. Un par de ellos tenían escudos antibalas, la mayoría no lo llevaban.

– ¿Mareta?

La mujer se dio la vuelta. Era ella. Miró a Lock con una mirada completamente inexpresiva. No podía saber siquiera si lo reconocía o no.

Uno de los hombres detrás de los escudos le gritó.

– ¡De acuerdo, manos arriba, donde pueda verlas!

Mareta obedeció, estirando los brazos, en la posición de un crucifijo.

– Bien, con tu mano derecha quiero que te abras la chamarra.

Lentamente, tomándose su tiempo, y sin hacer movimientos bruscos, su mano llegó hasta su cierre y ella comenzó a bajarlo.

– ¿Qué diablos es eso?

Ty y Frisk habían llegado y estaban de pie junto a Lock. Podían ver el cinturón suicida, pero

al frente, atorados entre los explosivos, habían seis viales de acero inoxidable. Consciente o inconscientemente, Lock notó que todos los que la rodeaban habían dado un paso hacia atrás.

– ¿Estás pensando lo mismo que yo? – dijo Ty.

– No lo haría, – dijo Frisk, aprehensivo.

– Sí lo haría, – dijo Lock. ¿A cuántas personas dijo Richard que podía eliminar esa cantidad de biomaterial?

– A toda la ciudad.

El oficial del Escuadrón Antibombas continuó dándole instrucciones, siendo traicionado sólo por el temblor de su voz.

– Bien, sigue así. Con una mano. Sin movimientos bruscos.

El cierre se atoró repentinamente. Mareta jaló con fuerza, liberándolo, y terminó de abrirse la chamarra.

– Bien, ahora quítatela, – dijo el oficial, saliendo de detrás de su escudo por un momento para mostrarle cómo hacerlo.

Ella lo imitó a la perfección. La chamarra cayó al piso.

– ¿Por qué está cooperando? – preguntó Frisk.

– No lo sé, – fue todo lo que Lock pudo responder. Entonces sus ojos miraron su cintura.

– Eso no está bien, – dijo él.

– ¿Qué? – preguntó Frisk.

Amarrado a su cintura con cinta adhesiva y cables que lo conectaban a las cargas explosivas, se encontraba un teléfono móvil.

– Lo que significa que...

Lock hizo callar a Ty con un gesto de la mano.

– Frisk, ¿quién más había desaparecido cuando hicieron el conteo final de la unidad de investigación?

– Faltaba uno de los prisioneros, pero ya lo localizamos.

– ¿Alguien más? Piensa.

– Sólo Stafford Van Straten.

CAPÍTULO

NOVENTA Y UNO

STAFFORD SACÓ la Blackberry de su bolsillo, tocó la pantalla hasta abrir su agenda y buscó un nombre: Mareta.

Debajo de ese, se encontraba otro nombre: Nicholas. Consideró llamar a su padre una última vez. ¿Pero qué podría decirle, más allá de despedirse de él? Así que el cursor se quedó donde estaba, a un clic de hacer historia.

Una llamada al teléfono que Mareta llevaba en la cintura y todos los que se encontraran a un radio de media calle de distancia serían carbonizados. Aquellos que sobrevivieran a la explosión inicial serían los suertudos. Los viales que ella llevaba dispersarían la variante de ebola a lo ancho y a lo largo, las heridas abiertas de los sobrevivientes asegurarían la transmisión del virus. ¿Quién sabían cuántos morirían al final? ¿Diez mil? ¿Cien mil? ¿Un gran millón? Sonrió. Era más que suficiente para que fuera recordado.

Stafford se estaba preparando, con el dedo a un milímetro del botón de la Blackberry, cuando la pantalla se encendió mostrando una llamada entrante.

– Hola, Staff. Soy Tyrone.

– Puedo terminar la llamada, Tyrone.

– Sé que puedes, Staff. Pero sólo necesitaremos un disparo limpio para deshacernos de ti.

– Suerte con eso. Si supieran donde estoy ya lo habrían hecho.

– Buen punto. Una cosa más, Staff. Lock y yo nunca tuvimos tiempo de discutir nuestro despido de la compañía.

– No te preocupes, me encargaré de eso ahora, – dijo Stafford, terminando la llamada.

Lock estaba en movimiento, con una mano sobre el hombro de Mareta, llevándola hacia la entrada del tren subterráneo, a media calle de distancia. Una pequeña multitud de gente estaba reunida en los escalones. Algunos se movieron, otros solo miraron a Lock mientras corría hacia ellos, empujando a Mareta frente a él.

Algunos asumieron que estaba herida o que intentaban ponerla a salvo, pero una mujer logró ver el pecho de Mareta y comenzó a gritar.

– ¡Oh, por Dios! ¡Es una bomba! ¡Tiene una bomba!

Lock los ignoró a todos, su visión estaba borrosa y estrecha. Estaba demasiado cansado y no podía respirar bien. Una sacudida, una caída, podrían detonar el cinturón. No habría necesidad de que el teléfono móvil lo activara.

– ¡Salgan del camino!

Stafford caminó velozmente en forma paralela al subterráneo, las personas corrían en dirección opuesta inseguras de hacia donde ir, la situación cambiaba tan rápidamente que generaba pánico total.

Podía ver a Lock avanzando entre la gente hacia la abarrotada entrada del subterráneo. Había

unas cien personas. Sería perfecto.

Stafford tenía la Blackberry en la palma de su mano. A la ciudad entera, en realidad.

– ¡Con permiso!

Stafford alzó la mirada demasiado tarde y fue embestido por un Guido de cuello grueso, vestido en una chamarra satinada de los Gigantes de Nueva York y una gorra de béisbol a juego.

Recuperó el equilibrio, presionando el botón. Un segundo después, la pantalla leía: *Llamando a Mareta*.

Lock elevó la SIG, y empujó a Mareta detrás de él. Forzó los torniquetes y empujó a Mareta del otro lado de la barrera de seguridad, mientras un trabajador de tránsito, que se había estado quejando, se quedaba callado al ver la pistola.

Bajaron algunos escalones. Caminaron hacia la plataforma. Cada paso que daban los llevaba más lejos de la superficie. Más lejos y, él esperaba, más seguros.

El teléfono que llamó está fuera del área de cobertura.

Stafford resistió la tentación de aventar la Blackberry hacia el suelo. En lugar de hacerlo, comenzó a caminar hacia la entrada del subterráneo.

En la plataforma, Lock se detuvo para recuperar el aliento. La ironía le llegó de golpe. Era el guardaespaldas de una terrorista suicida. Sería una gran adición a su currículum. Si vivía.

Un túnel en ambos lados de la plataforma. Más lejos. Más seguro. No hay cobertura en los túneles. Tomó una gran bocanada de aire y empujó a Mareta por la plataforma hacia el túnel, lejos de las escaleras.

Stafford lo había resuelto. Plan B. No tenía que llamar al teléfono móvil. ¿Necesitaban un disparo limpio? Él también. Un sólo disparo a cualquier parte del pecho de Mareta y sería suficiente.

Estaba en la parte superior de las escaleras. Una mujer de mediana edad con un uniforme de Autoridad de Tránsito estaba de pie en el fondo, sorprendentemente, repeliendo a un nudo de gente que se dirigía hacia el subterráneo. El sentido de derecho de los neoyorkinos y una puerta abierta los había llevado a esa situación.

– Gente, retrocedan. El subterráneo no está abierto.

Un hombre gordo vestido de traje preguntó:

– ¿Entonces por qué está la puerta así?

Stafford se abrió paso entre la multitud.

La mujer bajó su brazo hasta su pecho.

– El subterráneo está cerrado.

Stafford sacó el revólver de Caffrey, le disparó en la cabeza a quemarropa y brincó el torniquete. Los gritos llenaron el aire, seguidos por una estampida para salir de la calle. Volviendo la vista, Stafford vio a Ty descendiendo los escalones de tres en tres, con la pistola en alto, listo para negociar su despido. Stafford comenzó a correr.

Lock y Mareta habían llegado al final de la plataforma. Los inundaba un hedor de orina y una sola rata muerta extendida sobre los rieles.

– ¿Qué pasará si sobrevivo? – preguntó Mareta.

– Morirás en la cárcel, – dijo Lock, sin energías para mentir.

La mano de Mareta se elevó y ella se liberó, saltando hacia las vías. El riel electrificado estaba a centímetros de sus pies. El corazón de Lock palpitó con fuerza cuando ella se agachó, levantó su pierna herida sobre él y siguió caminando.

Lock saltó detrás de ella, tropezándose en un charco de lodo y agua. Para entonces Mareta ya estaba subiendo del otro lado. Varado entre el conjunto de vías, Lock escuchó el sonido de

pisadas bajando los escalones en un extremo de la plataforma. Entonces apareció Stafford Van Straten.

Ocultándose de Ty pero visible para Lock, Stafford se agachó detrás de uno de los pilares de azulejos blancos.

Stafford vio a Mareta del otro lado de la plataforma y elevó el revólver de acero inoxidable, centrándola entre las mirillas de metal. Había sido el mejor tirador en el ROTC. Por cuatro años seguidos.

Lock elevó su SIG, y la apuntó hacia Stafford con su mano derecha. Él no se dio cuenta. No tenía que hacerlo. Sólo tenía que jalar el gatillo.

La bala golpeó a Stafford en la cara, penetrando su mejilla derecha antes de continuar hasta sus muelas, rompiendo esmalte y raíz, continuando hacia su pómulo y hacia afuera.

Antes de que Stafford cayera al suelo, antes de que el revólver golpeará la plataforma, Lock le disparó dos veces más.

Un disparo en la garganta, con algo de suerte. Lock estaba en la zona.

Un último disparo en el esternón.

Cuando las botas de Ty pisaron la plataforma, el cuerpo de Stafford Van Straten cayó sobre el concreto.

Mareta había empezado a correr de vuelta hacia los escalones. Lock comenzó a correr tras ella, haciéndole un gesto a Ty para rodearla.

Repentinamente, mientras Lock luchaba por subir hacia la plataforma, había casi treinta metros de distancia entre ellos. Mareta había ido cojeando pero de alguna forma había ganado mucha velocidad. El aire enfrente de ellos parecía negro a los ojos de Lock. Su cuerpo necesitaba un descanso. Había pasado demasiado tiempo alerta.

Ty gritaba su nombre desde lo que parecían millones de kilómetros de distancia. Confusión. Su mente intentaba forzar a su cuerpo a trabajar. Intentó explicarse lo que le estaba ocurriendo. La vacuna. La bomba. Un infinito de posibilidades.

Entonces, Mareta cambió súbitamente de dirección. Se alejó de las escaleras. Hacia el túnel del otro lado de la plataforma. Lock recuperó la conciencia, volvió a la zona, mientras Mareta desaparecía en la oscuridad.

Determinado a prevenir que El Fantasma hiciera un último acto de desaparición, Lock corrió sobre las vías.

CAPÍTULO

NOVENTA Y DOS

UNA MANO SUJETÓ el hombro de Lock. Él se dio la vuelta.

– Tranquilo, – dijo Ty. – Soy yo.

– ¿La ves?

– No veo una mierda aquí abajo. Pero tengo buenas noticias.

– ¿Ah, sí?

– Apagaron el tercer riel y el escuadrón antiterrorismo está avanzando por la calle 34. No tiene a donde ir.

– Recuerda con quién estamos tratando. ¿Tienes una linterna?

– Sí. Espera.

Ty sacó una Mini-Mag de su cinturón y rotó el anillo del extremo. Iluminó el túnel, pero el haz de luz sólo cubría tres metros.

– Tendrá que bastar, – dijo Lock, con una completa falta de convicción.

Ty apuntó el haz hacia sus pies, lo suficiente para que pudieran sortear los rieles y la basura.

Lock volvió la mirada al escuchar voces detrás de ellos. Refuerzos. Cuatro policías de la Autoridad de Tránsito. Sin trajes de bioseguridad. No había duda sobre su valor, pero no podía decirse lo mismo de su buen juicio.

El haz de una de sus linternas golpeó a Lock de lleno en los ojos. Él subió las manos. El policía que iba al frente le hizo un gesto a su colega para que lo moviera.

Ty trotó hacia ellos para hablar.

– Deberían traer trajes de bioseguridad si quieren estar aquí.

– Los de ustedes deben ser invisibles, – dijo el policía que llevaba la linterna.

– Nuestra situación es un poco diferente.

– ¿Por qué?

– Nosotros ya fuimos expuestos, – respondió Ty.

Uno de los colegas del policía con la linterna comenzó a jalarlo hacia atrás.

– Vámonos.

El policía de la linterna se encogió ligeramente de hombros, elevando el haz de luz y desviándolo para apuntar más allá de Lock.

– Si todos deben usar trajes de bioseguridad, tal vez tu amigo y tú deberían decírselo a toda esa gente.

Ty se dio la vuelta y movió siguió la luz de la linterna hasta que el camino se interrumpió repentinamente, iluminando un tren subterráneo lleno de gente.

CAPÍTULO

NOVENTA Y TRES

SEIS CARROS. Cada uno lleno a su capacidad total de doscientas cuarenta y seis personas. Además del conductor. Incluso si estuvieran a dos tercios de su capacidad, un número bajo para ser Víspera de Año Nuevo, estaban hablando de mil personas. Todas bajo tierra, en la oscuridad, con Mareta escondida entre las sombras, dándole un sentido completamente nuevo al término Tren Fantasma.

Lock se acercó al primer carro. Iba lleno. Había rostros distorsionados contra el vidrio de la ventana del carro; algunos parecían aterrados, otros expectantes, la mayoría estoicos. Lock supuso que los más inexpresivos correspondían a los neoyorkinos. Lock le había pedido a los cuatro policías que retrocedieran y acordonaran la zona en caso de que Mareta intentara perderlos y volver por ahí mientras Lock se acercaba al primer carro.

– Necesitamos sacar a esta gente de aquí, – dijo uno de ellos.

– No me digas, Sherlock, – murmuró Lock, indicándole a Ty que se le uniera desde el otro extremo del último carro.

– Está bien escondida, si está aquí, – dijo Ty.

Lock miró uno de los carros y luego a los oficiales de tránsito.

– ¿Tenemos más trenes en este segmento?

– Sólo está éste.

Cerró los ojos por un momento, recordando lo que Mareta le había dicho por teléfono cuando él le había preguntado acerca de su capacidad de evitar ser detectada, incluso cuando parecía imposible. No podía atravesar las paredes, lo sabía. Pero de alguna forma lo hacía.

Cuando miran hacia arriba, me quedo abajo.

Ella no lo decía literalmente, estaba seguro de ello. Pero había entendido un simple hecho: el arte de escapar consistía en entender hacia donde miraría el enemigo.

– ¿Estás bien?

La voz de Ty devolvió a Lock a la realidad. Los oficiales de tránsito estaban inspeccionando el tren. Los dejó seguir y llevó a Ty aparte. Bajó la voz de forma que nadie pudiera escucharlos. Un momento después, se separaron.

Lock caminó de vuelta hacia los policías.

– ¿Puedo tomar prestada su linterna un momento?

El Nazi de la Maglite se la entregó como si fuera su recién nacido, y Lock se volvió hacia el oficial al mando. Cuando habló se aseguró de hacerlo en una voz suficientemente alta, para que todos pudieran escucharlo.

– Tiene razón, tenemos que restablecer la corriente para que éste cachorro vuelva a la plataforma. Pero dígame al conductor que vaya despacio. Ella está aquí, en alguna parte. Debe estarlo.

Mientras el oficial al mando corría hacia el carro delantero para hablar con el conductor, Lock se acercó a Ty.

- En cuanto se detenga en la calle 42, pide que vuelvan a cortar la energía.
- Entendido.

Lock le indicó a Ty que caminara junto al carro principal mientras él se agachaba junto a las vías que iban hacia el sur. Desde donde estaba, podría ver la parte inferior de los carros mientras pasaban.

Algunos minutos después seiscientos voltios de corriente directa pasaron por el tercer riel con un zumbido, y las luces dentro de los vagones se encendieron.

Tan pronto como el último carro había pasado, Lock hizo hincapié en seguirlo en dirección de la plataforma, alcanzándolo de forma que caminaba paralelamente al tercer carro. Doscientos metros más adelante apagó la linterna. Cien metros después, se detuvo en una puerta de servicio dentro de la pared del túnel, fuera de la vista. Y esperó.

Horas de aburrimiento, momentos de terror. Así era el trabajo. Pero mientras los malos guardaespaldas se enfocaban sólo en que hacer durante los momentos de terror, un buen guardaespaldas sabía que el verdadero trabajo se hacía durante las horas de aburrimiento. Lock había cultivado la habilidad de permanecer alerta. Ver y mirar. No sólo oír, sino también escuchar.

Más adelante en las vías podía escuchar a los pasajeros saliendo del tren, y las órdenes de los agentes del escuadrón antibombas que se habían unido a la Autoridad de Tránsito.

- Quédense donde están.
- Coloquen sus manos sobre sus cabezas.
- De acuerdo, pueden avanzar.

Eso era todo lo que podía oír. Pero no era lo que intentaba escuchar. Pasaron diez minutos. Sus ojos comenzaron a ajustarse a la oscuridad mientras las moléculas de rodopsina en los bastones de sus ojos comenzaban a modificarse, permitiéndole distinguir el espacio a su alrededor.

Entonces escuchó la voz de Ty. Suficientemente alta para que Lock pudiera escucharla:

- Oye, Frisk, ¿ya apagaron la corriente?
- No te escuché.

La mano de Lock apretó con más fuerza la empuñadura de su SIG. Pronto haría su jugada. Tenía que hacerlo. Una vez que todos los carros fueran revisados y se dieran cuenta que no estaba ahí, vendrían de vuelta por el túnel. Más hombres. Docenas de ellos. Cientos, tal vez.

Lock se movió con cuidado, pasando la mano izquierda frente a su cuerpo de forma que la Maglite descansara sobre el cañón de la SIG. Intentó no pensar en lo que estaba en juego. Las vidas que podrían perderse. Cientos de miles, potencialmente. Ignorarlas resultó mucho más fácil de lo que hubiera creído.

Un tipo que salta a su muerte desde un edificio en llamas provoca horror. Un millón de personas muriendo de hambre suena a lo que es, sólo un número.

El único número que le importaba ahora era un dos. Él. Y ella.

Relajó su respiración. Filtró el ruido proveniente de la plataforma. Dejó de oír. Intentó escuchar.

Y entonces lo escuchó. Un sonido de raspado. Una rata, tal vez. De nuevo, esta vez más alto, más definido, más como el sonido de alguien jalando una bolsa de basura entre una pila de hojas húmedas. Mareta. Cerró los ojos, concentrado en la dirección.

Sonaba cerca. Podía escuchar su respiración. Debía haber estado a no más de cincuenta

metros de ella todo este tiempo.

Él se dio la vuelta en un movimiento. El sonido volvió a escucharse. Hasta donde podía distinguir, ella estaba retrocediendo por el túnel, alejándose de la calle 42.

Se plantó firmemente y encendió la linterna, iluminando una pared húmeda y gris. Bajó el haz hasta donde supuso que quedaría a la altura de su cabeza y lo viró hacia la izquierda.

Mareta parpadeó ante él.

– Se acabó, Mareta, – dijo Lock.

Sus pupilas se volvieron puntos. Logró sonreír, débil y poco convincentemente.

– Nunca se acaba.

– Esta vez sí, – dijo él, caminando hacia ella, el cono de luz se esparcía por su rostro con cada paso que daba.

– ¿No recuerdas lo que dije?

– Recuerdo todo.

– ¿Y qué hay de lo que dije acerca de que la muerte es un escape?

Un movimiento de tela. No necesitaba bajar el haz de luz hasta sus manos para saber que estaba buscando los alambres de metal que activarían el explosivo amarrado a su torso. Había aprovechado el tiempo que había pasado en el túnel, arreglando el detonador unido al teléfono móvil para que una vez más estuviera anclado a las piezas de metal.

– Esta vez no hay escapatoria, Mareta.

Él bajó el haz de luz hacia su estómago. Su mano izquierda estaba rígida a un costado, el alambre sujeto entre sus dedos índice y pulgar. Su mano derecha estaba apretada formando un puño, descendiendo para tomar el otro alambre que colgaba de su cintura.

– Détente, – dijo Lock, apuntándole con la SIG. Ella obedeció.

– Bien, esa mano, – apuntó el centro del haz de luz hacia su mano derecha, – vuélvela a subir.

Ella comenzó a elevarla, alejándola del alambre, con el puño aún cerrado, con tanta fuerza que sus nudillos estaban blancos. Entonces, al elevar su mano a la altura de su hombro, repentinamente hizo el brazo hacia atrás y hacia arriba. Hubo un repentino destello de acero cuando ella lanzó el cuchillo que llevaba oculto en la mano hacia Lock.

El destello de luz que se reflejaba de la cuchilla fue suficiente para desconcentrarlo mientras apuntaba. Su disparo se desvió por completo mientras el cuchillo llegaba a su blanco, clavándose en su pecho, a pocos centímetros de su hombro izquierdo.

Lock tropezó hacia adelante y cayó, el cuchillo se clavó dos centímetros más mientras el golpeaba las vías y la Maglite caía fuera de su alcance.

Sintió como su agarre sobre la empuñadura de la SIG perdía fuerza. El dolor en su pecho era intenso. Cada pulsación era una agonía mayor que la anterior.

El disparo atrajo gritos provenientes de ambos extremos del túnel. Escuchó a Ty primero.

– ¿Ryan?

Pudo escuchar el miedo en la voz de Ty mientras el eco de su pregunta no recibía respuesta.

– ¡Ryan!

La caballería estaba en camino. Lock podía sentirlo. Pero no estaba suficientemente cerca para salvarlo.

Escuchó a Mareta caminando hacia él, y alzó la mirada justo a tiempo para recibir una patada justo en la cara. Su cuello latigueó hacia atrás.

– ¿Por qué no escapamos juntos? – dijo ella, mientras su mano derecha buscaba el otro alambre de contacto.

– ¡Ryan!

La voz de Ty de nuevo, una entre muchas. Lock se preguntó por qué sonaba más distante cuando Ty tenía que estarle acercando.

Lock apretó con más fuerza la SIG cuando la mano de Mareta descendió más, reapareciendo repentinamente con el otro alambre de contacto. Quedaban sólo un par de centímetros entre los dos alambres. El circuito estaba casi completo.

Tomó un profundo aliento y elevó la muñeca de la mano que sostenía la pistola tanto como su articulación le permitía.

Su dedo forzó el gatillo.

El culatazo golpeó su brazo con tanta fuerza que brotaron lágrimas de sus ojos a causa del dolor que se esparció hasta su pecho.

El disparo golpeó a Mareta de lleno en la cara, destruyendo su nariz, arrojando el cartílago hacia sus mejillas. Ella se balanceó hacia atrás sobre sus talones, sus brazos se abrieron hacia los lados como si estuviera intentando recuperar el equilibrio.

Cayó de espaldas y no volvió a moverse. Sin sacudidas. Sin estertores. Los brazos estirados, las piernas juntas, en una curiosa imitación de la posición de un crucifijo.

Ty fue el primero en llegar. Sin querer arriesgarse, le disparó una vez en la garganta y una vez en la parte inferior de la garganta, haciendo que el ángulo de entrada de la bala fuera el adecuado para cortar la parte superior de su columna vertebral pero se mantuviera a buena distancia de los explosivos. Con una lúgubre satisfacción, se volvió hacia Lock.

Lock se puso poco a poco de pie. Ty hizo su mejor esfuerzo por obligarlo a recostarse de nuevo.

– Ayúdame, idiota, – gruñó Lock.

– Estás herido.

– Sí, pues tu eres feo.

Ty le ayudó a Lock a levantarse cuando los agentes de la agencia antiterrorismo llegaron desde todas direcciones.

– ¡Retrocedan, por Dios! ¡Dejen pasar a la unidad antibombas! – gritó Frisk.

Ty observó el cuerpo de Mareta sin emoción.

– Fue un trabajo bastante bueno.

Entonces vio como el color desaparecía del rostro de Lock.

– Amigo, necesitas recibir atención. Puedo vivir con tu fealdad, pero va a ser más complicado que andes por ahí con eso en el hombro.

Lock se apoyó sobre su amigo para enderezarse.

– Necesito hacer una cosa más.

– Los dos están muertos, – dijo Ty, exasperado. – Terminamos.

Lock volvió la mirada hacia el túnel, hacia donde entraba la luz.

– Una cosa más.

– ¿No vienes hasta acá en Víspera de Año Nuevo para perderte esto, o sí? – le preguntó Lock a Ty mientras ambos se encontraban de pie en el triángulo que conformaba Times Square.

Dos paramédicos los esperaban a cierta distancias. Sus repetidos intentos por darle a Lock la atención más básica posible habían sido recibidas con un gruñido y una petición de morfina.

– Y no la porquería diluida que me dieron antes.

La bola descendió en silencio de un palo montado sobre el edificio de One Times Square. A excepción de la policía y otro personal de emergencia, el lugar estaba vacío. Todos dejaron lo que estaban haciendo para verla avanzar. Cuando la masa de cristal llegó al final de su camino,

indicando el fin de un año y el inicio de otro, Lock se derrumbó sobre el hombro de Ty, incapaz de seguir sosteniendo su propio peso.

– Feliz Año Nuevo, hermano.

EPÍLOGO

A LA ORILLA del grupo de dolientes que se habían reunido para el funeral de Janice Stokes, Lock pudo ver a Carrie. No llevaba un micrófono, ni una cámara, estaba ahí solo para atestiguar una vida vivida y perdida. Cerca de ella se encontraban John Frisk y un par de agentes del escuadrón antibombas.

Mientras el ataúd de Janice descendía hacia la tierra donde estaban enterrados sus padres, él se acercó y tocó la mano de Carrie.

Ella se dio la vuelta y le sonrió.

– Por fin te dejaron libre.

– Me autorizaron salir hoy en la mañana, – le aseguró Lock.

A decir verdad, había pasado la mayor parte del tiempo desde que había ocurrido todo siendo informado y desinformado por un sinnúmero de agencias gubernamentales. Entendió rápidamente la razón por la que les estaba tomando tanto tiempo darlo de alta: querían asegurarse de que contarían con su silencio en ciertos asuntos.

No tendrían que haberse preocupado: el bioterrorismo consistía tanto en inducir miedo como en matar, y desde el punto de vista de Lock, el miedo era algo que la gente sentía constantemente. Últimamente, al menos.

Carrie se inclinó hacia él.

– ¿Está bien si...?

– Cien por ciento seguro.

Ella acomodó su cabeza entre su cuello y su hombro, inhaló su aroma y lo besó gentilmente en los labios. Esto hizo que su corazón diera un vuelco dentro de su pecho. Ella buscó su mano con la suya.

Él le dio un pequeño apretón y se inclinó para estar aún más cerca de ella.

– No estoy seguro de que la gente deba besarse en los funerales. Puede parecer poco apropiado.

Se dieron la vuelta hacia la tumba, aún sostenidos de la mano. Del otro lado de la tumba, Lock alcanzó a ver a Don Stokes, rodeado de dos corpulentos oficiales de correccional. Don saludó a Lock asintiendo la cabeza, ya que las esposas que llevaba en las muñecas le impedían hacer algún otro gesto.

Don se había declarado culpable de haber participado en la exhumación del cuerpo de Eleanor Van Straten y había recibido una condena de dos años. Cody Parker había recibido cinco años y había asegurado su *status* de mártir.

Nicholas Van Straten no había vivido lo suficiente para participar de la investigación federal bajo la que se encontraba la junta directiva de Meditech y que amenazaba con ver el final de veinte años de negocio tras las rejas, luego de que el público americano comenzara a ver sus

prácticas de negocios como lo que realmente eran: un gran robo.

Había habido una gran indignación mundial ante el uso que se le había dado a los detenidos. Los países del Medio Oriente en particular habían causado un gran escándalo, aunque Rusia había permanecido extrañamente silenciosa. China tampoco intervino, razonando con una eficiencia neocomunista típica que, finalmente, se había encontrado un uso productivo para los disidentes. El Congreso y el presidente vieron el evento como una prueba positiva de existía la necesidad de aumentar la regulación federal sobre las empresas privadas, y nadie en Wall Street se atrevió a contradecirlos, por miedo a que esto provocara que comenzaran a investigar otras áreas.

– Debo ir a saludar a algunas personas. Espérame, – dijo Lock, disculpándose.

– ¿He estado esperando todo este tiempo, no es así? – dijo Carrie, quitando un mechón de cabello rubio que había caído sobre su rostro.

Lock se acercó a Frisk y estiró la mano. Frisk tenía el aspecto de no saber si agradecer o estrangular a Lock, así que mantuvieron una conversación lo más breve posible.

Don Stokes estaba siendo dirigido hacia la camioneta que lo llevaría de vuelta al Departamento de Correccionales cuando Lock lo alcanzó.

Lock volvió la mirada hacia la tumba.

– Lamento lo de tu hermana.

– Ella permaneció fiel a lo que creía.

Lock no tenía ninguna respuesta que no fuera a provocar un argumento. Ya había tenido suficiente de la gente. Y de sus creencias.

– ¿Cómo te va en la prisión? – preguntó.

– No es tan malo como dijiste.

– ¿Ah, no?

– Es peor.

Lock estaba observando como Don era metido en la camioneta de la correccional cuando Carrie lo alcanzó en la base de la colina.

– ¿Ahora qué? – le preguntó ella.

Él se giró hacia ella.

– Tú dime.

El apartamento de ella aún se sentía como su hogar. Cuando Carrie entró en la cocina y cerró la puerta tras de ella, se puso a analizar las fotografías en la sala. Paul no había vuelto a aparecer. Esa idea había sido realmente la única que había logrado torturarlo cuando había estado en aislamiento.

Carrie lo llamó desde la cocina.

– Hay alguien aquí que te ha extrañado mucho.

– ¿Me extrañaste? – preguntó Lock, incapaz de mantener una sonrisa fuera de su rostro.

– Tal vez un poco.

Él entró a la cocina. Ángel lo saludó en la puerta, agitando la cola. Lock le rascó detrás de la oreja. Ella golpeteó el piso con una de sus patas traseras a modo de apreciación.

– ¿Qué le has estado dando de comer? Está más gorda, – dijo Lock, retrocediendo un poco para verla mejor.

Carrie rio.

– Está embarazada.

Lock estudió al perro.

– Supongo que en realidad no eres un ángel, después de todo.

– Hablé con Richard Hulme. Le pregunté si Josh querría a alguna de las crías.
– ¿Qué dijo?
– Dijo que le encantaría. Se van a mudar a Washington, y él volverá a trabajar para el CDC.
– Eso no va a funcionar. Richard tiene un sentido de la moral demasiado grande como para trabajar en el gobierno.
– Creo que le hará bien. Y a Josh. Tienen demasiados malos recuerdos en el departamento donde viven.
– Hay algunos buenos recuerdos en este, – dijo Lock, mirando a su alrededor.
– ¿En qué estás pensando, vaquero?
– Ah, nada, olvídale.
Ella le entregó una taza humeante de café.
– Gracias.
– He estado pensando, – dijo Carrie.
Él sintió que el corazón le latía en la garganta.
– ¿Ah, sí?
– Estuve pensando que tal vez te gustaría quedarte aquí un tiempo. Cuidar a los cachorros cuando lleguen.
– ¿Me estás pidiendo que provea protección para un montón de perritos?
– ¿Y qué dices?
Lock rodeó su cintura con sus brazos y frunció el ceño.
– Supongo que me ayudará a mantenerme alejado de los problemas.

SOBRE EL AUTOR

Sean Black se crió en Escocia, estudió cinematografía en Nueva York y ha escrito guiones para muchas de las series televisivas británicas más reconocidas.

Para investigar las tres primeras novelas de suspense protagonizadas por Ryan Lock, se sometió a semanas de entrenamiento intensivo como guardaespaldas y pasó una temporada en el interior de la cárcel de máxima seguridad más peligrosa de los Estados Unidos, Pelican Bay Supermax, en California.

OTRAS OBRAS DE SEAN BLACK

[Aislamiento](#) (Ryan Lock nº 1)

[Punto Muerto](#) (Ryan Lock nº 2)

Sin salida (Ryan Lock nº 3)

[La recompensa del diablo](#) (Ryan Lock nº 4)

ÍNDICE

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)
[Capítulo 44](#)
[Capítulo 45](#)
[Capítulo 46](#)
[Capítulo 47](#)
[Capítulo 48](#)
[Capítulo 49](#)
[Capítulo 50](#)
[Capítulo 51](#)
[Capítulo 52](#)
[Capítulo 53](#)
[Capítulo 54](#)
[Capítulo 55](#)
[Capítulo 56](#)
[Capítulo 57](#)
[Capítulo 58](#)
[Capítulo 59](#)
[Capítulo 60](#)
[Capítulo 61](#)
[Capítulo 62](#)
[Capítulo 63](#)
[Capítulo 64](#)
[Capítulo 65](#)
[Capítulo 66](#)
[Capítulo 67](#)
[Capítulo 68](#)
[Capítulo 69](#)
[Capítulo 70](#)
[Capítulo 71](#)
[Capítulo 72](#)
[Capítulo 73](#)
[Capítulo 74](#)
[Capítulo 75](#)
[Capítulo 76](#)
[Capítulo 77](#)
[Capítulo 78](#)
[Capítulo 79](#)
[Capítulo 80](#)
[Capítulo 81](#)
[Capítulo 82](#)
[Capítulo 83](#)
[Capítulo 84](#)
[Capítulo 85](#)
[Capítulo 86](#)
[Capítulo 87](#)
[Capítulo 88](#)
[Capítulo 89](#)
[Capítulo 90](#)
[Capítulo 91](#)

[Capítulo 92](#)

[Capítulo 93](#)

[Epílogo](#)

[Sobre el autor](#)

[Otras Obras de Sean Black](#)